

Jean-Luc Bannalec

UN CADÁVER EN PORT DU BÉLON

UN NUEVO CASO DEL COMISARIO DUPIN



Lectulandia

Ha aparecido un cadáver en Port du Bélon, noticia que el comisario Georges Dupin recibe con preocupación teñida de un cierto alivio porque le salvará del seminario sobre «Técnicas sistémico-sistémicas del interrogatorio en la investigación» al que le han obligado a asistir.

Pero cuando Dupin llega a la pequeña localidad bretona, no hay rastro del cuerpo ni indicios de que se haya cometido ningún asesinato. Poco después, sentado en el restaurante donde se sirve el marisco más fresco del mundo, escucha el testimonio, confuso y extraño, de la mujer mayor que alertó a la policía. Y su instinto le dice que ha de creerla.

Lectulandia

Jean-Luc Bannalec

Un cadáver en Port du Bélon

Comisario Dupin - 4

ePub r1.0

Titivillus 27.07.16

Título original: *Bretonischer Stolz. Kommissar Dupins vierter Fall*

Jean-Luc Bannalec, 2015

Traducción: Marta Mabres Vicens

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

a L.

a Dr. H. A.

Hay personas que te hacen feliz cuando llegan,
y otras que te hacen feliz cuando se van.

Dicho bretón

El primer día

Era el más grande de todos. Gritó con fuerza. Autoritario. Seco. Con la cabeza erguida en actitud arrogante. Dirigía aquel graznido enérgico a un compañero que asomó por detrás de un saliente de roca y que en ese momento se apresuraba hacia él. Hacía frío. La temperatura era de prácticamente cero grados y el aire olía a hielo húmedo.

El comisario Georges Dupin, de la policía de Concarneau, se encontraba delante de él y lo contemplaba con admiración. El ejemplar, de aspecto imponente con tantos aspavientos, medía al menos un metro de altura.

Cabeza negra, ojos marrones de mirada penetrante, cuello negro. Manchas brillantes de color naranja amarillento en el cogote. Pico largo y noble, oscuro en la parte superior y naranja intenso por debajo. Tenía el pecho de color naranja chillón, y el vientre, de un blanco deslumbrante. La espalda, al igual que las aletas, le brillaba en color gris pizarra desde la nuca hasta la cola. Las patas, en cambio, lucían un negro intenso. El pingüino rey era un espectáculo exquisito, majestuoso.

Entretanto, el compañero, algo más pequeño, ya había llegado junto a él. Dupin sabía que los pingüinos se reconocían unos a otros por los graznidos.

De repente ambos se pusieron a gritar. Unos gritos breves, entrecortados y, sin duda, amenazadores. Por un momento, Dupin pensó que iban dirigidos a él. Se equivocaba. Al otro lado del saliente del pabellón ártico, cubierto de nieve, había tres juanitos, sus pingüinos preferidos. Estos, junto con el grupo de saltarrocas, formaban allí, en el Océanopolis de Brest, la colonia más grande de pingüinos de Europa; por eso, Dupin, un apasionado de los mismos, se acercaba a verlos varias veces al año, siempre que viajaba hacia Brest. Ese día lo acompañaba Henri, un exparisino, como él, que dos décadas atrás había encontrado el amor y la felicidad en el fin del mundo y se había convertido en su mejor amigo en la «nueva patria». *Tout commence au Finistère*, «todo comienza en el fin del mundo», afirmaba, con acierto, un dicho bretón: así era como pensaban y sentían allí.

El comisario Dupin se dirigía a Brest para asistir a un seminario de formación continua del cuerpo de policía, una actividad que, por desgracia, iba unida a su ascenso, una promoción cuyo significado real aún desconocía. Oficialmente había dejado de ser comisario superior para ser nombrado jefe superior de policía, aunque, desde tiempos inmemoriales, en Concarneau no había habido más que un simple comisario. Por otra parte, la suya era una comisaría de dimensiones discretas, si bien, según afirmaciones nunca contrastadas, era la única de toda Francia que disfrutaba de vistas panorámicas del mar y el casco antiguo del puerto, con su enorme fortaleza. Se trataba, por lo tanto, de una comisaría pequeña, aunque en los últimos años su «ámbito de actuación» se había ido ampliando de forma gradual a medida que iban

jubilándose los comisarios de los municipios cercanos y la situación de las arcas públicas empeoraba. El ascenso de Dupin prácticamente había coincidido con el aniversario de sus cinco años de servicio en la Bretaña. Durante la llamada telefónica formal para comunicárselo, el prefecto había calificado de «correcta» la «labor aceptable» que había «desempeñado» Dupin ese tiempo, afirmando que «a pesar de todo, y principalmente gracias al trabajo común, se habían producido algunos logros policiales remarcables». Cinco años atrás, el día uno de marzo, Dupin había iniciado su primera jornada laboral en la Bretaña después de un desagradable traslado desde la metrópolis, los motivos del cual seguían alimentando toda suerte de leyendas, a cual más abstrusa.

El tema del seminario, especialmente elegido para él a modo de bonificación por parte de la Prefectura, era «Técnicas sistémico-sistemáticas de interrogatorio en la investigación» bajo la perspectiva, como no podía ser de otro modo, de los hallazgos más recientes en el campo de la psicología. Dupin tenía fama de realizar interrogatorios poco ortodoxos y, ciertamente, ajenos a cualquier consideración psicológica, que podían tacharse de cualquier cosa menos de sistemáticos, al menos en el sentido habitual del término.

Sin embargo, la participación en el curso era obligatoria y el ascenso iba acompañado de un aumento de salario que, sin ser generoso, tampoco resultaba desdeñable. En suma, aquello era chantaje. De ahí que Dupin no habría tenido ningún inconveniente en saltarse la sesión inaugural de ese día de no ser porque felizmente coincidía con los planes de Henri, que tenía previsto asistir a una reunión de gastrónomos cerca de Brest.

Los dos pingüinos rey se acercaron con paso torpe a los tres juanitos, que, al punto, parecieron comunicarse con las alas y se lanzaron al agua con audacia. Veloces, con maniobras de viraje alocadas y, sobre todo, una alegría desafiante, se alejaron, cada uno por su lado, para luego girar de repente, acercarse de nuevo con gesto atrevido y desaparecer finalmente por los pasillos de agua en dirección a otras pilas. Aquel espectáculo duró apenas cinco segundos. Cuando estaban en su elemento, aquellas aves, de apariencia tan torpe en tierra y que habían perdido la capacidad de volar con la evolución, eran los nadadores más ágiles y rápidos del mundo acuático. La forma aerodinámica del cuerpo les permitía alcanzar una velocidad de hasta cuarenta kilómetros por hora. Eran capaces de aguantar la respiración bajo el agua veintidós minutos y alcanzar una profundidad de hasta quinientos metros. El comisario leía todo lo que se publicaba acerca de los pingüinos y recopilaba celosamente los datos y cifras que iba conociendo. Una de las cosas que más le impresionaba de los pingüinos era su sentido de la orientación: su agudeza visual les permitía captar detalles de cuanto había bajo el hielo y en el fondo del mar, y retenerlo con técnicas mnemográficas; así sabían en todo momento dónde estaba el orificio más próximo por el que salir, algo indispensable, sin duda, para su supervivencia. En cierto modo, lo mismo que para un comisario. Y luego estaba la

capacidad para mantener siempre una temperatura corporal constante de treinta grados, aunque en el exterior la sensación de frío fuera de menos ciento ochenta y ocho, y se hallaran expuestos a situaciones terribles para Dupin: tormentas pavorosas, la oscuridad más absoluta durante semanas y la falta de alimento.

Henri y Dupin habían intentado, en vano, seguir con la vista a los tres juanitos. Pero entonces, justo cuando se disponían a marcharse, salieron los tres disparados del agua con un salto poderoso por detrás de los dos pingüinos rey y se posaron, de pronto, en tierra firme, sobre el saliente helado, en una maniobra digna de una película de acción. Los movimientos de los juanitos, en apariencia tan desordenados, habían sido de todo menos casuales: habían acordado una estrategia. En el trabajo en equipo, los pingüinos eran imbatibles.

Los dos pingüinos rey estaban claramente molestos. Por un instante, pareció que se rebelarían con violencia, ya que irguieron el cuerpo con una tensión física evidente. De hecho, el ejemplar más grande graznó con dureza. Pero entonces, súbitamente, los dos reyes se zambulleron en el agua, con mucha calma, casi con parsimonia, levantaron la vista una vez más y se marcharon nadando.

El saliente de la comida había pasado a pertenecer a los juanitos.

—Ellos sí que saben —afirmó Dupin, con una sonrisa de satisfacción.

—Al final el más listo es el más fuerte —comentó Henri riéndose.

Si bien la colonia de pingüinos de la Bretaña era la mayor de Europa, su característica más destacable era otra: esos pingüinos eran franceses, oriundos de territorio oficial francés, en concreto, de las Crozet, unas islas subantárticas. Y, algo todavía más remarcable, ¡esas islas, en realidad, eran un archipiélago bretón! Habían sido descubiertas en el siglo XVIII por Julien-Marie Crozet, un oficial de marina nacido en Morbihan, cerca del famoso golfo, y por lo tanto bretón. Por consiguiente, aquellos pingüinos eran bretones. Además de todo ello podía deducirse la existencia de una Bretaña antártica. Para los no iniciados en cultura bretona, algo así podría parecer chocante, pero hacía tiempo que a Dupin ya no le sorprendían esas cosas: en los últimos años había conocido la Bretaña de los mares del sur, la caribeña, la mediterránea e incluso la australiana. En palabras de Nolwenn, su secretaria: «¡La Bretaña no existe, hay muchas Bretañas!».

—¿Sabías que los pingüinos pueden catapultarse hasta dos metros por encima del agua mediante técnicas de aceleración explosivas? Unos ingenieros de armamento lo investigaron para estudiar el lanzamiento de torpedos y...

El entusiasmo de Dupin se vio interrumpido por el timbre estridente y monótono de su móvil. Lo sacó de mala gana.

Nolwenn.

—¿Diga?

—¡Señor comisario, es completamente inaceptable! ¡Intolerable!

El asunto era grave. Saltaba a la vista. Pocas veces en aquellos años había asistido Dupin a algo así. Su secretaria, competente en todo y habitualmente serena incluso en

las situaciones más delicadas, estaba muy alterada. Tras tomar aire, la mujer prosiguió:

—En pocos días, el último farero de Francia abandonará su faro. Y pasarán a estar todos controlados informáticamente. ¡Ahora pertenecen a la DirmNAMO!

—Nolwenn, yo...

—Es el fin de un oficio. Extinguido. Para siempre. ¡Ya no quedan fareros! Jean-Paul Eymond y Serge Andron vivieron treinta y cinco años en un faro, a sesenta y siete metros de altura, resistiendo a tormentas terribles, con olas cuya espuma rebasaba la cúpula y ante las que no se podía hacer otra cosa que rezar. ¡Cuántas veces, con tormentas como aquellas, repararon el faro arriesgando su vida para salvar la de otros! ¿Acaso los ordenadores repararán por su cuenta los cables defectuosos en medio de la tormenta? ¡Y qué decir de los cristales rotos!

Volvió a coger aire.

—¡Señor comisario, sepa usted que el farero es un personaje histórico muy importante! Lo dicho: esto es inaceptable.

Por triste que fuera aquello, Dupin aún no sabía qué esperaba Nolwenn de él. ¿Una intervención policial, tal vez? ¿Tenía que detener a alguien?

—¿Es un asesinato? ¿Qué ha ocurrido? —murmuró Henri esforzándose por ser discreto pero incapaz de ocultar su curiosidad. La expresión de Dupin posiblemente dejaba entrever el estado de ánimo de Nolwenn, aunque tal vez solo fuera de desconcierto.

El comisario le tranquilizó con un gesto.

—¿Ya está en el centro de formación, señor comisario?

Nolwenn había cambiado completamente de tono al instante. Su voz fue fría, totalmente neutra. Lo cual no extrañó a Dupin. Al oír «centro de formación» visualizó termos de florecitas dispuestos sobre mesas de Resopal de un marrón indefinido y llenos de café aguado y asqueroso preparado horas antes. De hecho, desde la semana anterior tenía órdenes estrictas del médico de no tomar café en un mes; en palabras del expeditivo doctor Pelliet, Dupin tenía que «reducir drásticamente el consumo de café». Bernez Pelliet le había diagnosticado (de nuevo) una infección aguda de la mucosa gástrica, una gastritis tipo C realmente dolorosa. No conformándose con aquel diagnóstico, el doctor además había dictaminado que Dupin presentaba un «grave nivel de dependencia a la cafeína con sintomatología prototípica». En resumen, una sarta de tonterías. En cualquier caso, la prohibición de tomar café era una pesadilla para el comisario; temía que, de cumplirla a pies juntillas, pudiera llegar a sufrir una grave crisis psíquica, con peores síntomas que el síndrome de abstinencia. Por eso, al final, se había comprometido consigo mismo a tomar únicamente un café por la mañana, diciéndose que, a fin de cuentas, tomar solo uno era como no tomar ninguno.

—Yo... Bueno, no. Estoy...

—Oigo los pingüinos.

Nolwenn habló sin el menor asomo de ironía. A veces a Dupin le asaltaba la duda de si tal vez su secretaria le había instalado un dispositivo geolocalizador. La creía perfectamente capaz.

—Señor comisario, el seminario empieza dentro de exactamente tres minutos.

—Sí, lo sé.

—Muy bien. Le Ber quiere hablar con usted. Es sobre el robo del banco de anoche.

—¿Alguna novedad?

Alguien había robado en la oficina bancaria de un pueblo de mala muerte y, no contento con hacerse con todo el dinero del cajero automático, había optado por llevarse también la máquina, para lo cual había tenido que usar maquinaria pesada. En suma, no parecía haber sido una buena idea.

—Él y el inspector Labat han estado en el banco, acaban de llegar.

—Dígale que lo llamo en un momento, desde el coche.

—Espero que se lo pase usted bien, señor comisario.

Nolwenn colgó.

Henri seguía mirándolo con curiosidad.

—Nada importante.

—Tengo que irme. —Henri se dirigió hacia la salida.

—Sí, yo también.

Dupin siguió a su amigo con fastidio. No había nada que hacer: tendría que asistir al seminario.

El agua caía por todas partes: de lado, por la derecha, por la izquierda, desde delante, desde atrás, de forma oblicua desde abajo y, a veces, casi por casualidad, desde arriba. Aquella lluvia era algo único: no tenía gotas. De hecho, no tenía la apariencia normal de la lluvia, sino que estaba formada por unos hilillos larguísimos, finos, incontables, que calaban la ropa como tentáculos mecidos por golpes de viento caprichosos, que cambiaban constantemente de dirección. Ni siquiera se veían las nubes. El cielo estaba hecho de materia nebulosa, triste y grisácea, formando un bloque monótono suspendido en las alturas pero muy cerca del suelo. Aquello deprimía a Dupin; era algo que no se daba prácticamente nunca en la Bretaña. Casaba a la perfección con la perspectiva que le aguardaba en el centro de formación. El aire olía a lluvia. Todo olía a lluvia y a humedad.

Los treinta metros que separaban la salida del edificio principal del de la entrada, donde se había refugiado junto a Henri, habían bastado para que la ropa se les empapara por completo, incluso los calzoncillos. En París, la lluvia era lluvia, sin más; desde que vivía en la Bretaña, Dupin había aprendido qué era la lluvia auténtica, y lo mismo podía decirse de las nubes, el cielo o la luz. De todos los elementos. De todos los sentidos. Había aprendido a diferenciar entre tipos de lluvia de lo más

diverso, igual que los bretones; como los esquimales con la nieve. Peor que la lluvia en hilillos era la llovizna, esa lluvia tan contundente y total, y que ahí llamaban *le crachin*. Era una lluvia que pasaba desapercibida y que solo se hacía patente cuando, al cabo de unos segundos, había calado por completo en la ropa. Pero lo que Dupin había aprendido sobre todo era algo que en días como aquel resultaba un poco incomprensible y era que allí no llovía tanto como las malas lenguas se empeñaban en asegurar. Recientemente había leído en un periódico de París: «En la Bretaña hay dos estaciones: un período corto de lluvias prolongadas y un período prolongado de lluvias cortas». Cualquier estadística científica sería demostraría la intención calumniosa de esa afirmación. Anualmente en la Bretaña (del sur) llovía menos que en la Costa Azul. Con todo, lo más importante era que los bretones apenas notaban la lluvia, lo cual para Dupin reflejaba su actitud vital. Y no era que estuvieran acostumbrados a la lluvia. No, era por dos motivos importantes: que solo era un fenómeno meteorológico y que había cosas más importantes, como, por ejemplo, la vida. A nadie se le ocurriría cancelar una de las múltiples fiestas a causa de la lluvia. Por otra parte, a los bretones les fastidiaba tremendamente que algo «de fuera» les dijera lo que tenían que hacer, ya fueran los planes centralistas de París o, simplemente, el tiempo. Así, una expresión habitual de los bretones cuando alguien de fuera se quejaba de la lluvia era «*En Bretagne il ne pleut que sur les cons*», esto es, «En la Bretaña la lluvia solo cae para los idiotas». El hecho de ser capaz de salir a la calle incluso bajo la tormenta más fuerte sin apenas notar la lluvia se encontraba entre las diez características para reconocer a un bretón listadas por la fabulosa revista *Bretons*. Igual que hacer aspavientos si la mantequilla no es salada, preguntar «¿Nos tomamos una copa?» a los dos minutos de conocer a alguien o sacarse del bolsillo la *gwenn ha du*, la bandera bretona, y convertir cualquier reunión de más de veinte personas en un encuentro bretón.

Los coches de Henri y de Dupin estaban aparcados de lado en la primera fila del enorme aparcamiento, que ese día, un martes laborable, a una semana del inicio de la Pascua, estaba prácticamente desierto a las diecisiete horas.

De nuevo se oyó el timbre monótono.

—Genial.

Dupin se sacó el teléfono del pantalón vaquero: tenía la pantalla llena de arañazos. Deseó para sus adentros que el aparato fuera hermético: su media de consumo de móviles era de dos al año. Ese mismo apenas tenía un mes: era el primer *smartphone* del comisario, una pequeña revolución orquestada por Nolwenn.

Dupin vio el número de Le Ber. No podía ser otro. Pero no era el momento. Tenían que marcharse.

—No quiero llegar tarde, Georges. —Henri se disponía a realizar la segunda carrera del día: había unos veinte metros hasta los coches—. Quiero preparar mi alegato a favor de la panceta bretona. Y que esta vez gane. No hay nada más sabroso. Sobre todo el *Terre et Paille* de Bossulan.

No tenía sentido esperar a ver si remitían las ráfagas.

Dupin dejó que sonara el teléfono. La llamada pasaría a Nolwenn. A pesar de la situación, tan desfavorable, al oír el comentario de Henri al comisario se le hizo la boca agua. El encuentro al que iba a asistir su amigo era la solemne votación anual sobre el alimento o plato en torno al cual giraría la *Semaine du Goût*, la semana del sabor de ese año. Durante una semana las escuelas, las guarderías, las cantinas e incluso los restaurantes rendirían honores a cuatro o cinco alimentos. Era, sin duda, un homenaje a los tesoros sensoriales, prácticamente infinitos, de Francia.

—La panceta lo es todo. —Estaba claro que Henri tenía tiempo para su pasión—. Dorar la panceta en una cazuela con mantequilla salada y caramelizar ligeramente con algo de miel silvestre: la panceta es el ingrediente más importante del *friko kaol*, la cazoleta bretona, sin olvidar, por supuesto, las salchichas ahumadas, las patatas, las cebollas y la col de Milán de Lorient. Hum. Intuyo que se me van a ocurrir algunas buenas ideas.

—A mí me interesan todas.

Otra vez aquel timbre monótono e insistente.

Le Ber de nuevo.

Dupin vaciló. Tal vez debiera contestar.

—Pásate otra vez por casa cuando quieras. —Dicho esto, Henri salió corriendo bajo la lluvia—. ¡Adiós, Georges!

—¡Nos vemos, Henri! —exclamó Dupin con el teléfono ya al oído—. Me pilla usted en mal momento, Le Ber. Si le parece...

—Es sobre el robo del banco. Han...

—Hablabamos más tarde por teléfono, Le Ber.

—Es que, en lugar de robar el cajero automático, se han llevado el terminal.

—¿Cómo dice?

—Bueno, ya sabe. Los dos aparatos son idénticos: en uno se saca dinero y en el otro se realizan operaciones bancarias. Hasta ahora no tenemos ninguna pista sobre los autores.

—¿Han robado la impresora de actualización de las libretas?

—No es una impresora sin más, es...

—¡Qué absurdo!

—Con él también pueden hacerse transferencias o...

—Lo hablamos mañana.

—Bueno, solo quería que estuviera al corriente. Yo...

Al otro lado de la línea se oyó un golpe fuerte, como el de una puerta abierta con fuerza. Le Ber se interrumpió de inmediato.

Por un instante no ocurrió nada. Luego Dupin oyó una voz muy clara, dinámica. Una voz imperiosa. Labat. Su segundo inspector.

—Cuelga, vamos. Hay que informar al comisario enseguida. Ya mismo. Es una emergencia. —Dupin oía perfectamente a Labat—. Hay un cadáver. Ensangrentado.

No muy lejos del Bélon, en un margen de hierba junto a un pequeño aparcamiento. Bajo la punta de Penquernéo. Saliendo del puerto, del Port du Bélon, junto al río, hacia la desembocadura, en el camino superior, en dirección a Rosbras... —El estilo militar de Labat capitulaba ante la prolija minuciosidad de sus explicaciones, tan propia de él—. Hay un campo grande y a la derecha...

—¿Qué ocurre? —gritó Dupin—. Le Ber, ¿qué pasa?

—Bueno, acaba de llegar Labat y dice que...

—¡Cuelga ya! —Labat estaba ya junto a Le Ber y gritaba con todas sus fuerzas cerca del auricular.

—Pero, Labat, ¡si es el jefe! —se defendió Le Ber, desesperado—. ¡Ya está al teléfono!

—Le Ber, pásame a Labat —ordenó Dupin.

Al instante tenía al teléfono a su segundo inspector.

—Señor comisario, ¿es usted?

—¿Quién iba a ser, Labat? ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de un hombre, está...

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué sabemos?

—Nada. Todavía no sabemos nada. Acabamos de recibir el aviso. Un colega de Riec-sur-Bélon. Una anciana ha salido a pasear al perro y dice que ha visto a un hombre tirado en el suelo, en una postura extraña y cubierto de sangre. Tras verlo, se ha acercado a toda prisa a un restaurante para llamar porque le quedaba más cerca que su casa. Es La Coquille, se trata...

—Conozco La Coquille.

Labat se permitió una pausa totalmente innecesaria.

—¿Y bien?

—Nada más. Es todo lo que sabemos. Dos colegas de Riec ya están de camino. Llegarán en unos minutos.

—Bien. Quiero un informe enseguida. Voy para allá ahora mismo. Llegaré en unos tres cuartos de hora. Les veré allí a los dos, a usted y a Le Ber. Llámenme en cuanto averigüen más cosas.

—Por supuesto, señor comisario.

—Y dígame a Nolwenn que me indique enseguida la ubicación exacta del aparcamiento donde se encuentra el cadáver.

—Como he dicho, está en lo alto de los acantilados, si...

Dupin colgó.

Se quedó inmóvil unos instantes.

—¡Mierda!

Luego se dirigió a paso rápido a su coche. Al final se saltaría el seminario, pero no sería por su culpa.

Dupin acababa de tomar a cien kilómetros por hora la última rotonda antes de entrar en la única vía rápida, de cuatro carriles, de la región. Al hacerlo llevó a su viejo Citroën XM al máximo de sus capacidades físicas, como pudo percibir de forma palpable y audible. Solo saldría de la autovía cuando llegara a la altura de Riec. Entretanto, Nolwenn ya le había llamado: las callejuelas situadas sobre el saliente de la desembocadura del Bélon, como de costumbre, no tenían nombre, por lo que el GPS no resultaba de gran ayuda. La secretaria le había dado unas indicaciones aproximadas y acordaron volver a hablar más adelante para que pudiera seguir orientándole. Nolwenn le informó también de que la policía científica y el forense ya estaban de camino. No hablaron mucho, porque Dupin no quería bloquear la línea. Los limpiaparabrisas se agitaban furiosos de un lado al otro con pobres resultados. Habría sido mejor reducir la velocidad.

De nuevo se oyó el timbre grave del teléfono del coche, casi tan antiguo como el propio vehículo. Dupin pasó los dedos por sus teclas diminutas para descolgar.

—Jefe, ¿me oye?

—Perfectamente, Le Ber.

—¡Ya puede dar media vuelta! No hay cadáver. Falsa alarma.

—¿Cómo dice?

—Que, al parecer, no hay cadáver, jefe.

Dupin se enderezó en el asiento.

—¿Está bromeando?

—Los dos colegas de Riec están en el aparcamiento, en el sitio donde se supone que estaba el cuerpo. Pero no hay nada: ni cadáver ni muerto ni herido. Nada. Tampoco han encontrado ninguna pista ni rastros de sangre.

Dupin había levantado un poco el pie del acelerador. Muy poco.

—¿Y eso qué significa?

—De momento, podemos...

—¿Ha hablado con la anciana que ha visto el cuerpo? ¿Quién es? ¿Qué sabemos de ella?

Aquello era increíble.

—Es una actriz retirada, Sophie Bandol. Es famosa. Vive en Port du Bélon, en las afueras. Al parecer es algo excéntrica y a veces se confunde. Es lo que dice nuestro colega.

—¿Sophie Bandol? ¿Sophie Bandol vive en Port du Bélon?

Increíble. Dupin la adoraba. Todas sus películas. Había sido una de las grandes actrices francesas del siglo xx, de los años dorados, una artista de la talla de Jeanne Moreau, Catherine Deneuve, Brigitte Bardot o Isabelle Huppert.

Él la imaginaba en la Costa Azul o en París.

—Sí. Desde hace tiempo. Y eso que no es de aquí. Es de París.

De cualquier modo, eso era lo de menos.

—¿Está con los policías?

—No creo.

—Tal vez no estén en el lugar correcto.

—Se conocen todos los rincones. Y la descripción ha sido de lo más precisa. Parece ser que la señora Bandol pasea por allí a diario.

—Quiero hablar con ella, Le Ber. Que venga al aparcamiento. Es urgente. Pronto estaré ahí.

—Vale. Se lo digo a los colegas. Labat y yo estamos cerca de Trégunc. ¿Le parece que...?

—¡Por supuesto! Quiero verlos a todos en el sitio.

—Puede que alguien se hiciera daño y quisiera descansar un poco antes de marcharse a casa. Podría ser.

Dupin resopló.

Podría ser.

—O tal vez... Sophie Bandol está bastante mayor, debe de tener ochenta años, o más. La gente a esa edad a veces se comporta...

—¿Cree usted que no está bien de la cabeza, que se lo ha inventado todo?

—Es una posibilidad.

En teoría, sí, era una posibilidad. Claro.

—¿A qué distancia estuvo la actriz del cadáver?

—No lo sé. Pero, como ya le he dicho, parece que no hay ningún cadáver.

—¿Quizá haya desaparecido el cadáver?

—¿Desaparecido? —Le Ber no supo qué responder a eso, como si tuviera dudas sobre el sano juicio del comisario.

—Hasta luego, Le Ber.

Acto seguido, Dupin había colgado.

Se reclinó en el asiento del coche.

En efecto, podía tratarse de una falsa alarma y que no hubiera habido ningún cadáver, con lo cual dejaría de ser asunto de la policía. De todos modos, ese tipo de avisos debían comprobarse hasta que no quedase ningún asomo de duda. Exigían una confirmación formal y, por lo tanto, no podía obviarse la inspección del supuesto lugar del crimen. En teoría, podía encargárselo a sus inspectores, pero, si lo hacía, no le quedaría más remedio que regresar al seminario. Por otra parte, había casos endemoniadamente descabellados.

Dupin pisó el pedal a fondo.

Treinta y cinco minutos más tarde, los neumáticos del Citroën chirriaron al frenar en el asfalto roto del pequeño aparcamiento situado debajo de Goulet-Riec.

—Gracias, Nolwenn. Ya he llegado. La llamaré más tarde.

Dupin colgó. Como siempre, Nolwenn lo había guiado a la perfección.

Inesperadamente, a la altura de Quimper el ambiente se había iluminado; con la cercanía del mar, el gris deprimente se había ido volviendo más fino y transparente. Había dejado de llover. En la salida de la autovía de cuatro carriles, el gris se había desmenuzado por completo, dando paso a un cielo mágico de color plateado, delicado y muy claro. Cristalino. Sí, esa era la palabra. Era un tono que solo se veía en primavera. Cada estación tenía sus propios tonos de cielo; de hecho, todos los meses tenían el suyo.

Aquel cambio meteorológico no podía ser más típico de la Bretaña. Dupin habría jurado que aquella lluvia deprimente tardaría días en remitir; de hecho, todo parecía indicarlo.

Al final del aparcamiento, a la derecha, había tres coches de policía. Los dos Peugeot eran los de sus inspectores. Le Ber y Labat tenían la costumbre de ir cada uno en su propio vehículo; el tercero tenía que ser el de los colegas de Riec. Dupin se había parado un poco antes de llegar al aparcamiento, en el arcén estrecho y lleno de hierbas, en medio de la calle.

No se veía a nadie.

El comisario se apeó, se quedó quieto un momento e inspiró hondo.

Era maravilloso. Todo había vuelto a su sitio. Aquella vastedad, el cielo, la luz. Los olores eran especialmente intensos. El Atlántico estaba cerca. Allí, junto al río, ya se paladeaba la sal en el aire; el ambiente olía a algas y a minerales. En su último gran caso, Dupin había tenido que informarse sobre la composición exacta del agua marina y había quedado muy impresionado. No era de extrañar que la vida hubiera surgido de ahí. Oyó el oleaje, que chocaba contra las rocas. Con brisa marina, podían oírse las olas desde muy lejos; todas y cada una de ellas. Si había algo en este mundo con alguna posibilidad de sumirlo en un estado de calma profunda —algo, por otra parte, prácticamente imposible en esta vida—, tal vez sería la meditación con el rumor de las olas.

Dupin se dirigió hacia la mitad del aparcamiento, que estaba algo empinado. Al final del mismo, un camino llevaba a un sendero que ascendía entre robles de formas sinuosas, los cuales mostraban ya los primeros brotes, de un verde intenso. Dos caminos estrechos y pedregosos conducían hacia los acantilados que daban al mar. Allí había espinos y pinos aislados, aunque sobre todo destacaba el amarillo vivo de la retama. En esa época, presentaba una floración desafiante, extensos matorrales enmarañados salpicaban el paisaje. Detrás de la retama, la amplia y poderosa línea turquesa del Atlántico. A menos de cien metros. Y por encima, el azul cristalino del cielo. Una luz casi sobrenatural.

Dupin volvió a mirar a su alrededor. Desde allí tampoco se veía a nadie. Nada se movía. El aparcamiento era, ciertamente, un lugar solitario, situado en el interior, cubierto por maleza de un metro de altura con un bosquecillo detrás.

Labat había hablado de un margen de hierba junto al aparcamiento. Dupin escrutó

el suelo de forma intuitiva, pero era inútil. No tenía ni la más remota idea del lugar exacto en el que afirmaba haber visto el cadáver la famosa actriz. El asfalto estaba mojado; también allí había llovido y el suelo brillaba al sol.

Dupin marcó el número de Le Ber. Nada. El de Labat. Nada tampoco. La pantalla del teléfono mostraba dos barras estables. ¿Por qué no contestaban? Quizá no tuvieran cobertura.

Tras pensar unos instantes, tomó el sendero que discurría entre los robles, que estaban cada vez más próximos entre sí.

El camino conducía a lo alto de la colina y resultó ser inesperadamente empinado. Dupin casi había llegado arriba. El paisaje cambió de forma brusca. El robledal, típico de las leyendas celtas, pasó a convertirse en un prado ligeramente ondulado, salpicado por docenas de montículos recién hechos por los topos que desprendían un intenso olor a tierra, y varios manzanos aislados. Los bretones conocían aquel paisaje, tan propio de los libros de cuentos, como *les terres* y se caracterizaba por sus formas armónicas, y una tranquilidad y placidez que contrastaban con los acantilados, de formas duras, y la violencia del océano. Unos paisajes tan distintos y, sin embargo, tan cercanos entre ellos.

Aquella planicie en forma de colina se encontraba entre las desembocaduras del Aven y el Bélon, dos ríos —fiordos, en realidad— míticos, que llegaban al mar en la misma bahía, el uno procedente del nordeste y el otro, del noroeste. Las amplias y profundas hendiduras que habían ido creando en la tierra componían un triángulo regular, una especie de tres cuartos de isla, con lo que se formaba así un enclave propio protegido al que solo podía accederse desde el norte, por las minúsculas carreteras entre Pont-Aven y Riec-sur-Bélon.

Ni rastro. Allí tampoco había nadie.

Dupin emprendió el camino de vuelta.

Al poco estaba de nuevo en el aparcamiento. Probaría en el sendero que llevaba al mar.

De pronto oyó voces, aunque ininteligibles. Después vio llegar por el camino a sus dos inspectores, una mujer policía y otro agente al que Dupin no conocía.

—¿Dónde está la actriz?

El tono de voz de Dupin, que no les había saludado ni de palabra ni con un gesto, sonó más antipático de lo que pretendía.

—Ha insistido en volver de inmediato a Port du Bélon porque tenía mucho frío —respondió Labat, satisfecho—. Entienda que no podíamos obligar a la anciana a esperarle aquí mientras regresaba usted de su visita a los pingüinos.

Le Ber se adelantó a la reacción de Dupin, que sin duda habría sido airada.

—Nos ha indicado el lugar en el que, según ella, ha visto el cadáver. Luego la hemos acompañado a La Coquille —explicó, con actitud circunspecta.

—¿Y el cadáver no ha vuelto a aparecer?

—No, jefe.

—Muéstreme dónde ha visto Sophie Bandol a ese hombre.

—Sígame.

La joven policía, de coleta rubia y brillantes ojos verdes, había tomado el mando con discreción y se volvió bruscamente hacia la izquierda. Avanzaron hasta el comienzo del aparcamiento, que medía alrededor de veinticinco metros de largo por quince de ancho. El muro de matorrales formaba allí una especie de nicho. La hierba silvestre y arbustiva llegaba a la altura de los tobillos.

—Aquí es. —La agente señaló el lugar, a medio metro del asfalto, justo delante de la capa espesa de matorral—. Según parece, el hombre tenía el cuello doblado en un ángulo extraño. Además, la señora Bandol afirma que ha visto sangre. Lo he marcado todo con un hilo.

Fue entonces cuando Dupin distinguió un hilo de nailon que transcurría en paralelo al borde del asfalto.

—Ah, esta es, bueno, nuestra nueva colega. Aún tiene poca experiencia. Creo que esa habría sido una tarea para la policía científica —farfulló entonces el agente de más edad, un hombre bien entrado en la cincuentena, al que a primera vista Dupin encontró muy simpático—. Me llamo Erwann Braz. ¿Sabe? En mi opinión, es poco probable que aquí haya ocurrido algo, en fin, digno de investigación. Hemos examinado la zona con detenimiento y no hemos encontrado nada. Por cierto, es un verdadero honor para mí tener el gusto de conocerle, señor comisario.

Pronunció la última frase con un tono embarazosamente servil. Con ella el hombre puso fin a la simpatía inicial que había despertado en el comisario. Dupin no soportaba los halagos.

—Creo que su compañera... —Dupin miró directamente a la agente.

—Magalie Melen —contestó ella pronunciando su nombre como si disparara.

—Que su compañera Melen ha obrado de forma muy correcta.

Magalie Melen no tenía aspecto de necesitar el apoyo del comisario.

—¿Ha visto Sophie Bandol la cara del hombre?

Melen volvió a tomar la palabra.

—No, porque estaba en una postura retorcida y ella ha guardado algo de distancia.

—¿Y dónde ha visto la sangre?

—No ha sabido decírnoslo.

Se oyó entonces un coche y todos se volvieron. Era un todoterreno ostentoso. Dupin lo reconoció al punto: René Salou. Su forense favorito. El mister Universo de la ciencia forense. Insoportable. Su llegada ponía fin a la racha de suerte de Dupin, que había conseguido librarse de él durante algún tiempo.

—Genial.

—La señora Bandol venía de la colina —prosiguió Melen, imperturbable, al tiempo que señalaba el camino que acababa de recorrer Dupin—. Dice que no ha visto el cuerpo de inmediato, pero que el perro se ha puesto a ladrar con fuerza. No se

ha acercado a menos de cuatro o cinco metros. Nos ha indicado dónde se ha quedado. Afirma que el perro estaba totalmente fuera de sí incluso ahí y que le ha dado miedo que se acercara al cadáver y... —Melen vaciló y, por un instante, calló— pillara alguna cosa.

—¿Que pillara alguna cosa?

—Sí. Es lo que ha dicho.

—Es una mujer mayor —explicó Le Ber—. Sin duda, debe de haberse asustado mucho.

—A veces se le va un poco la cabeza. Se desorienta. Debe de ser algún tipo de demencia senil. Por no hablar de su carácter, tan extravagante y chiflado —apuntó entonces Erwann Braz, impaciente.

—¿Quién dice eso? ¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Dupin con tono áspero.

—Lo sabe todo el mundo. En los últimos años ha acudido a la policía en varias ocasiones por un par de presuntos robos. Pequeñeces. Y siempre sin fundamento. En una ocasión llegó a afirmar que le había desaparecido una gran piedra de la entrada. En la gendarmería todos la conocemos.

Desde siempre, había pocas expresiones que enojaran más a Dupin que aquel «Lo sabe todo el mundo».

—Lo cierto es que la piedra había desaparecido —objetó Magalie sin perturbarse.

—Ya ve usted —añadió Dupin, satisfecho.

Sorprendentemente, fue Labat quien devolvió la objetividad a la conversación.

—Comisario, hemos inspeccionado la zona y no hemos encontrado nada destacable.

—Bueno, bueno, entonces el dictamen forense ya está listo. ¡Fabuloso! Podríamos habernos ahorrado el viaje. —Salou se había acercado al grupo por detrás—. Hoy en día la policía se encarga incluso de la labor forense. ¡Es extraordinario!

Salou iba acompañado de su equipo: dos muchachos jóvenes que se creían tan fantásticos e imbatibles como su jefe.

—Quiero que se retiren de inmediato todos los vehículos de la potencial escena del crimen. Y entiendo como tal todo el aparcamiento. Todos y cada uno de los vehículos que se encuentran aquí constituyen una infracción del reglamento. Podrían haber contaminado pruebas decisivas.

Salou y su equipo dejaron sus grandes maletines plateados de forma sincronizada y los abrieron. Ni los dos policías de Riec ni Dupin ni sus inspectores reaccionaron ante la petición del forense.

—En las circunstancias actuales —apuntó Le Ber, impasible—, puede que no haya existido ningún cadáver.

—De hecho, no disponemos de ninguna prueba digna de consideración —apuntó el viejo policía, con lo que volvía a desacreditarse.

—En principio —Labat no perdía su asombrosa objetividad—, hay una declaración, aún no refutada, que afirma que aquí ha habido un cadáver,

ensangrentado, además. Aunque ya no esté, por los motivos que sea. Tal vez el asesino simplemente se lo haya llevado.

—Muéstrenme el lugar donde se supone que estaba el cuerpo. —Salou también dominaba el arte de no inmutarse por nada.

El agente de más edad miró a Dupin con expresión inquisitiva y servil; este enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—La anciana que ha puesto la denuncia dice que era aquí. —Braz indicó el lugar a Salou.

—Esto es una zona aurática. —Soltó Le Ber de repente, con tono sombrío y misterioso. Esa tendencia suya era bien conocida y contrastaba con su lado tremendamente práctico.

Al punto todos volvieron la cabeza hacia él. Dupin se alegró de que nadie preguntara nada más, ni siquiera los dos colegas de Riec. Acto seguido Labat volvió a reclamar la atención.

—Mi informante sospecha que en los últimos días se han producido robos de arena en las playas de Kerfany-les-Pins y de Trenez. Están muy cerca de aquí.

Genial. Lo que faltaba. Desde hacía semanas, Labat no hablaba de otra cosa con Dupin ni con sus compañeros de la comisaría que no fuera el robo de arena. El comisario ya no podía oír hablar más del asunto, a pesar de que Nolwenn le había aconsejado con insistencia que no se lo tomara a la ligera. De hecho, de vez en cuando se daban casos de robos de arena, en muchas costas, e incluso a gran escala. En contra de la opinión popular, la arena es una materia prima muy cara y prácticamente universal que se utiliza en grandes cantidades para los fines más diversos: para el cemento, la argamasa, el cristal, el papel, el plástico; el silicio de la arena de cuarzo, sobre todo, era fundamental para los microchips, los ordenadores, los móviles y muchas otras cosas. Labat había repetido los datos una y otra vez: para construir una casa se necesitan doscientas toneladas de arena, y para un kilómetro de autopista, treinta mil. Según cálculos prudentes, el setenta por ciento de las playas del mundo habían sido víctimas de la construcción y, la mayor parte, de forma ilegal. Había bandas organizadas y empresas que se dedicaban a robar arena en grandes cantidades. Se trataba, según le habían explicado a Dupin, de un fenómeno global que afectaba también a la Bretaña y que tenía unas consecuencias ecológicas catastróficas. Pocos años atrás, se había fundado una asociación muy combativa, llamada Le Peuple des Dunes, esto es, «el pueblo de las dunas», que tenía como objetivo oponer una resistencia contundente para proteger las playas. Nolwenn había dejado en el escritorio de Dupin un gran artículo al respecto titulado «La guerra por la arena».

En cualquier caso, por apremiante que fuera el asunto, no era ni el momento ni el lugar.

—No me venga ahora con lo de la arena, Labat. Tenemos otras cosas de que ocuparnos.

—¿Saben ustedes que en las playas vírgenes cerca de Kerouini y Pendruc robaron arena durante dos años sin que nadie se diera cuenta? De hecho, el autor del delito fue detenido de forma totalmente casual.

Labat era un fanático, pero no le faltaba la razón: un robo de arena bien perpetrado era difícil de detectar. Los delincuentes accedían en camión a las playas solitarias durante las noches en las que la marea estaba baja y a la mañana siguiente había barrido cualquier pista. Incluso la desaparición de grandes cantidades de arena podía pasar desapercibida, precisamente porque con la marea alta el mar y las tormentas a menudo se llevaban grandes cantidades, que podían devolver al cabo de unos días o, en algunos casos, depositar en otros lugares, bien por completo o de forma parcial, quedándose una parte. Aquello ocurría varias veces al año. Dupin siempre se preocupaba entonces por si afectaría a su playa preferida, esto es, si de pronto un día desaparecía la arena y no volvía jamás. Era increíble el modo en que el mar creaba nuevos paisajes de forma incesante; en ocasiones toda una bahía aparecía cubierta de una capa de arena fina que se adentraba hasta medio kilómetro en las aguas, y otras veces, la misma bahía quedaba cubierta de piedras, rocosa, con una profundidad de dos o tres metros y sin nada de arena. En febrero, una tormenta se había llevado tanta arena de la playa Sables Blancs, de Concarneau, que había dejado a la vista durante días los troncos petrificados de un antiguo robledal milenario. Como una gigantesca instalación artística, se alzaban medio metro por encima del suelo fangoso.

—¿Acaso advierte usted alguna relación entre el cadáver que dice haber visto la señora Bandol, la desaparición del mismo y los robos de arena que se dan en la costa de por aquí?

Dupin agradeció a la joven agente una pregunta tan precisa, aunque aquello no detuvo a Labat.

—Estoy convencido de que el delincuente de Kerouini no actuaba solo. Diga lo que diga el constructor. Detrás de todo eso tiene que haber una estructura, una organización criminal. ¡Una mafia! Hace poco detuvieron a una de esas bandas en Senegal.

—Por el momento, a mí todo eso me parece muy vago —comentó Magalie Melen tranquilamente.

—La quiere todo el mundo: en la Bretaña tenemos la mejor arena que existe. El granito más puro. Es el más codiciado. Es ideal para cualquier cosa, como...

—Basta, Labat. Ya lo sabemos.

—De todos modos, permítanme que indique que es muy dudoso —insistió Erwann Braz— que nos enfrentemos a algo de ese tipo en este caso.

—¿A qué hora ha dicho la anciana que había visto a alguien aquí tumbado? —vociferó entonces Salou, que se había arrodillado en el suelo a un par de metros.

—Dice que eran poco antes de las cinco.

—Genial. Seguramente aquí también llovía a cántaros. —Por el tono, parecía que

Salou considerase aquel hecho una afrenta personal—. Con un chaparrón como ese los rastros orgánicos se diluyen en pocos minutos; vamos a tener que tomar muestras de la tierra y seguramente no tendremos ninguna oportunidad.

Dupin se sentía cada vez más inquieto.

—Hablaré personalmente con la señora Bandol.

—Pero, entonces, ¿qué se supone...?

Como siempre, Labat tenía algo que objetar.

—Usted espere aquí con Le Ber y los dos compañeros hasta que el señor Salou pueda emitir su primera evaluación.

Mientras hablaba Dupin ya se había retirado un poco y se dirigía rápidamente hacia el coche.

—Pero es que nosotros...

A Labat no había quien lo hiciera callar.

—Hasta luego.

Dupin abrió la puerta del coche, se subió y apretó el pedal del acelerador en el momento en que arrancaba el motor. El Citroën dio una sacudida hacia delante.

Aquella situación era absurda. Y no solo por Labat y su obsesión por el robo de arena. Intervenían también un gran icono cinematográfico del siglo xx y un cuerpo que de repente desaparecía y de cuya existencia, en realidad, no había constancia. Aunque en principio no podía considerar poco fiable a Sophie Bandol por el mero hecho de ser mayor y, según decían, algo extravagante, una cosa era cierta: los ancianos podían confundirse.

Dupin adoraba Port du Bélon, un lugar pequeño y maravilloso donde el tiempo y el mundo parecían haberse detenido. Adoraba su encanto, su pátina, su ambiente, como esas películas de los setenta y los ochenta, en las que celebraban la vida en torno a grandes mesas de madera en jardines silvestres junto a ríos, lagos o a orillas del mar.

Port du Bélon se encontraba en la desembocadura del Bélon, que allí, a apenas doscientos metros del Atlántico, era ya muy amplio. Con la marea alta, el océano se adentraba varios kilómetros en el interior de la tierra. Por el otro extremo, desde la tierra, el Bélon fluía en forma de riachuelo por prados y bosques idílicos, por tierras oscuras y ricas en nutrientes, de las que siempre se llevaba un poquito. En Le Guily, todavía a ocho kilómetros del mar, tras pasar por debajo de un puente pintoresco, dejaba de ser un riachuelo para convertirse, de pronto, en un río, un río salado. Las aguas dulces y las saladas se mezclaban en proporciones siempre cambiantes. Y eso creaba algo único. Un secreto, un regalo. El mar y el río: esa era la peculiaridad del lugar, que se percibía en el aire, en los olores desacostumbrados, en algo que se paladeaba: una mezcla única de tierra —con prados y praderas verdes, flores, campos y el olor intenso del suelo denso y el bosque húmedo—, río y, dependiendo de la

dirección y la fuerza del viento, el mar salado y yodado.

El lugar se hallaba escondido en el corazón de un espeso bosquecillo bretón, sobre un saliente agudo y plano; un bosquecillo como el de los acantilados junto al aparcamiento: ancestral, lleno de hiedra y muérdago. En el margen de la única vía que llevaba a Port du Bélon, se erguían árboles de copas altas que se unían por encima de la carretera formando un túnel verde oscuro.

No había más de una docena de casas: todas de granito blanco o claro, y dos mansiones bicentenarias, auténticos palacios, *châteaux*, con jardines anárquicos de los que sobresalían varias palmeras espesas. Esos edificios reflejaban aún su antiguo esplendor, pero también el paso del tiempo: hiedra por todas partes y pintura desconchada. El encanto de la decadencia, del pasado.

Dupin había dejado el coche en el aparcamiento, situado un poco más arriba, y había llegado a pie, como siempre; había bajado por el estrecho callejón sin salida que conducía directamente al agua, a un pequeño muelle.

Le encantaba pasar el rato allí, en ese malecón, justo al lado del agua. Una escalera empinada con la barandilla oxidada descendía hasta el río; cuando la marea era alta, llevaba al agua.

Enfrente, al otro lado del río, se alzaba Bélon, con sus cuatro casas de paredes de color blanco resplandeciente, contraventanas azules y tejados de pizarra oscura. También Bélon se hallaba rodeado de bosques teñidos de un verde tierno e incipiente y colinas suaves; había, como en Port du Bélon, robledales, salpicados aquí y allá por pinos y abetos que destacaban con su altura. En las aguas tranquilas, que en ese momento se mostraban de un esmeralda oscuro, se mecían sosegadamente algunas barcas de pescadores de la zona, pintadas de colores intensos, naranja, verde, amarillo, turquesa, rojo. Se llamaban *Au Large*, *Horizont*, *Dauphin*; había una que se llamaba *L'Espoir II*. Dupin se preguntó con melancolía cuál habría sido la triste historia de la *Espoir I*, de aquella primera esperanza.

La marea aún estaba muy baja; en ese momento el Bélon era realmente un río y se veía cómo fluía hacia el mar. En ambas orillas se divisaban grandes superficies de tierra, arena y lodo, que reflejaban el sol con intensidad. Eran paisajes amplios, de brillos inquietantes; escenarios de ensueño en blanco y negro, con una luz tan cegadora que incluso arrancaba los colores al paisaje. Centenares de pintores habían retratado aquella naturaleza inigualable. Desde allí se divisaba, con sus extrañas formas oscuras, lo que desde el siglo XIX había hecho famoso, en realidad legendario, aquel lugar no solo en la Bretaña y en Francia, sino en el mundo entero: los parques de ostras, unos enormes criaderos que, con la marea alta, quedaban sumergidos.

Port du Bélon era, con Cancale, situada más al norte, la Meca de las ostras y del arte de su cría y reproducción. Allí había surgido y se había desarrollado la ostricultura bretona. Las ostras bélon eran un auténtico mito y se degustaban con fruición en las mejores ostrerías y restaurantes del mundo: en Tokio, Nueva York, Roma, Londres y, por supuesto, París. Aquellas ostras procedían de allí. En cambio,

el lugar estaba despojado de cualquier tipo de pretensión o agitación. Ocurría lo mismo que en los pequeños pueblos de la Champaña: aquellos exclusivos manjares evocaban, a saber por qué, lugares muy refinados cuando, en realidad, estaban muy apegados a la tierra.

Port du Bélon no era un sitio elegante, pero eso precisamente lo hacía todavía más bello. Bastaba con salir del coche para notar su magia. Un encanto que tenían también otros lugares. El comisario tenía una lista muy personal de los lugares que le hacían sentir contento, feliz, por muy grande que fuera la palabra. En la vida debían buscarse estos sitios. Semanas atrás había estado allí con Claire, de hecho, como casi siempre que iba a pasar el fin de semana (como buena normanda, las ostras la volvían loca). Últimamente se encontraban poco en París. Claire iba más a menudo a Concarneau, lo cual Dupin recibía con alegría, porque le evitaba la visita de rigor a su madre. Incluso se había quedado algunos días entre semana, después de un turno de fin de semana en el hospital. «Quiero hacerme una idea de cómo es la vida normal aquí, de cómo es tu día a día», le había dicho. A última hora de la tarde, bajo un sol magnífico y con una brisa fresca, habían caminado a lo largo de la orilla del Bélon, en uno de los paseos más maravillosos que conocía Dupin, para regresar luego con el cuerpo agradablemente cansado y las mejillas enrojecidas por el sol y el viento. Se habían quedado allí sentados hasta bien entrada la noche. Comiendo, bebiendo, hablando y riendo.

Dupin se desperezó. Era capaz de permanecer horas allí de pie, mirando. Ensimismado.

Pero no era el momento apropiado.

La Coquille distaba apenas unos pasos; se encontraba a las afueras, en una de las últimas curvas pronunciadas del fiordo. Aquel restaurante, que llevaban tres hermanas bastante mayores, era toda una institución, un paraíso para los amantes del marisco.

A esa hora tan solo había un par de mesas del restaurante ocupadas; la situación cambiaría pronto. Dupin reconoció a Sophie Bandol de inmediato: estaba sentada junto a una de las ventanas que daban a la terraza de madera. En una pequeña mesa para dos, al lado de una amplia repisa repleta de gaviotas talladas en madera, pequeños botes pintados de colores vivos, un faro de líneas azules y blancas, una lámpara con una pantalla grande y anticuada, y varios cuadros con imágenes del Atlántico. Todo mezclado sin ningún orden. A lo largo de décadas en La Coquille habían acumulado cientos de objetos, sobre todo marinos, que habían colgado y colocado sin orden alguno en todos los rincones donde cabían. A Dupin le encantaba aquello. Sextantes, flotadores salvavidas, conchas y piedras, pequeñas cajitas de cristal dentro de las que se habían creado paisajes de playa en miniatura; remos, barómetros, trozos de cabos, lámparas de camarotes.

Dupin se notó un poco nervioso, lo cual le resultaba muy incómodo y nada habitual: jamás le habían impresionado ni las autoridades ni los famosos. Solo si

sentía admiración por ellos.

—Buenas tardes, señora Bandol, encantado. Soy el comisario Georges Dupin, de la comisaría de Concarneau.

Aquella timidez repentina le hizo adoptar una actitud muy formal, lo cual fue muy embarazoso. Sophie Bandol lo miraba con una mezcla de escepticismo y curiosidad.

Dupin comenzó de nuevo.

—Señora Bandol, ha llamado a la policía informando de que había visto a un hombre en el suelo en un aparcamiento cercano a la punta de Penquernéo. Ha supuesto que estaba...

—Soy capaz de ver perfectamente si alguien está muerto. Y he visto a un muerto. Un cadáver. Del todo difunto. Un suceso triste.

La mujer tenía un aspecto magnífico: media melena rizada, teñida de rubio oscuro y peinada con aire desordenado y con la raya en el medio; ojos negros y brillantes, de mirada cálida —aquellos ojos habían fascinado a Dupin desde que viera su primera película—; boca grande, de labios carnosos, pintados de forma elegante con carmín, y una sonrisa generosa, sin reservas. Genuina, amplia.

Era la sonrisa que conocía de las películas, tan famosa como aquella mueca coqueta que hacía con los labios cuando los fruncía.

—Bueno, yo, señora Bandol, bueno, para mí es un placer. Quiero decir, me alegro muchísimo de conocerla. Casi no me lo creo.

Las palabras se le escaparon, sin más, pero Dupin estaba de acuerdo con ellas. ¡Tenía delante a la mismísima Sophie Bandol! Se sentía como un admirador.

—¿Qué piensa hacer ahora que resulta que el muerto ha desaparecido, comisario? ¿Va a buscarlo? Supongo que no piensa permitir que se le escape un cadáver. Me parece que es una situación muy desagradable.

—¿Les traigo alguna cosa? —Jacqueline, una de las tres hermanas de La Coquille, se acercó a ellos.

—Jacqueline ya me ha tomado nota. Tengo un hambre de lobos, ¿sabe? —De pronto, la señora Bandol había adoptado un tono muy confidencial, como si estuviera a la mesa con un buen amigo—. ¿Qué va a comer usted, señor comisario?

—Yo... No, gracias. Yo tomaré... —pensó en cuántos cafés más podía considerar como no cafés teniendo en cuenta la cantidad que consumía habitualmente— solo tomaré un té.

Dupin se dio cuenta de que había sido lastimoso; además, el té no le iba bien, lo había intentado varias veces y no le hacía nada, por muy negro que fuera.

—Ah, y también —se apresuró a añadir cuando Jacqueline ya se había dado la vuelta evaluando la comanda con cierta irritación— una copa de Anjou.

Uno de sus vinos preferidos.

—Eso ya es otra cosa —comentó Jacqueline con un tono algo más conciliador.

—Lo que ha ocurrido es terrible —musitó la señora Bandol y sus palabras dejaron

entrever auténtico pánico. Luego, al momento, sin transición alguna, esbozó una sonrisa animada y alzó una copa vacía—. Si no le importa, yo me mantengo fiel al champán.

—¿Qué es lo que ha visto, señora Bandol? Por favor, cuéntemelo otra vez, con todos los detalles. Intente ser lo más precisa que pueda, no se deje nada.

—Zizou se ha puesto a ladrar como un loco —empezó a decir bajando la vista hacia sus piernas.

Debajo de la mesa, a sus pies, yacía un perro de tamaño mediano, marrón y blanco, de aspecto simpático. Aunque Dupin no entendía de perros, aquella raza la conocía: era un foxterrier, el perro de Tintín. Milú. Por un instante, el perro alzó la cabeza, luego volvió a recostarla tranquilamente sobre las patas delanteras.

—Estaba frenético. Todavía estábamos en el bosquecillo, en el sendero. No habíamos llegado al aparcamiento. Enseguida he visto que algo no iba bien. ¿Sabe? Zizou no pierde los nervios fácilmente. Tiene un carácter muy flemático. Y estaba claro que no se trataba de un jabalí ni de una liebre o un zorro. A veces ladra cuando Kiki está cerca, pero tampoco era el caso. ¡Suerte que lo llevaba con la correa! —dijo para terminar.

—¿Y después? —Dupin se sacó la libreta roja del bolsillo trasero del pantalón y uno de los bolígrafos Bic que compraba en grandes cantidades en el estanco junto al Amiral y que luego perdía a una velocidad igual de impresionante.

—Le he preguntado qué le pasaba y me ha hecho ir a toda prisa hacia el aparcamiento. Estaba cada vez más nervioso. Entonces lo he visto. Al hombre, se entiende. Estaba tumbado en la hierba, junto al asfalto. Ya le he indicado el sitio al inspector. No me he acercado más. No quería que Zizou se pusiera aún más nervioso. Ni que pillara alguna cosa.

Dupin prefirió no ahondar en la última frase.

—Describame todo lo que ha visto.

—La lluvia era como una cortina de agua, así que no se veía muy bien. ¿Qué quiere que le cuente? Era un hombre. Tenía el cuello doblado de un modo extraño. No era normal; también me ha llamado la atención una pierna, no sabría decirle cuál. No le he visto la cara. Bueno, tal vez un poco. Ya le digo que, por precaución, no he querido acercarme más.

—¿Cómo ha sabido que estaba muerto?

—Era evidente.

Una afirmación rotunda, sin duda. Jacqueline, entretanto, les había servido el té, el vino y otra copa de champán.

—¿Y qué me dice de la sangre?

—Que había. El cadáver estaba ensangrentado.

—¿En qué parte del cuerpo?

—No sabría decírselo.

—¿Había mucha?

—No, creo que no. Pero tampoco era poca.

—¿Qué edad le echaría usted al hombre?

—Era imposible verlo bien. Pero tenía pelo. Corto, creo. —Entonces se interrumpió e hizo un ademán de asombro repentino—. ¡Oh, el pelo era castaño oscuro! —Entrecerró los ojos—. Sí, eso es, castaño oscuro. Bueno, ahora ya tiene usted una pista.

—¿Está totalmente segura de ese detalle, del cabello castaño oscuro?

—Absolutamente, me parece.

—Y, en cambio, no de que llevara el pelo corto.

—No.

—¿Y esto no se lo ha dicho antes a mis compañeros?

—No era consciente. Supongo que aún estaba conmocionada. En otras circunstancias —dijo levantando un poco la voz—, habría informado de inmediato.

—¿Recuerda usted la cara? ¿Algo llamativo?

—Bueno, solo lo he visto de lado.

—¿Le ha llamado la atención alguna cosa? —Dupin suspiró suavemente—. ¿Una nariz especialmente grande, cualquier otro rasgo?

La señora Bandol lo miró con gesto sorprendido.

—No.

—Piense que... —intervino Dupin.

—Señor comisario, debería usted concentrarse más en los detalles seguros.

—¿Sabría decirme cómo iba vestido?

—No. —Poco a poco, la mujer había ido adoptando un tono malhumorado—. La situación no permitía concentrarse en algo en concreto, precisamente.

—¿Qué más ha visto? ¿Quizá junto al hombre, en la hierba? ¿O tal vez en el aparcamiento?

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha notado algo inusual en el aparcamiento?

—No.

—¿Había algún coche?

—No.

—¿Tal vez alguien que se acercara o se marchase?

—Ah, sí, es cierto.

Dupin alzó la vista.

—¿Cuándo ha visto a alguien? ¿Dónde?

—No. Me refiero a un coche. Había uno, grande, me parece.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no era uno de esos coches pequeños que están de moda últimamente.

—¿Se acuerda del color?

—No. Puede que fuera oscuro.

—¿Negro?

—No. En todo caso, rojo. No lo sé. No se veía.

—¿No se veía?

—No tenía buena visibilidad. Y Zizou y yo estábamos muy concentrados en el hombre muerto.

—¿Dónde estaba el coche?

—Venía de la calle a la izquierda. Antes de llegar al aparcamiento.

—¿Lejos del cadáver?

—Un poquito, sí, pero no mucho. No.

—¿También se le ha olvidado mencionar esto a mis compañeros?

—Pues sí —respondió ella con tranquilidad.

—Así pues, solo había un coche. Uno solo, ¿verdad? ¿Puede afirmar con seguridad que no había más?

—Eso creo.

—Disculpen. —Jacqueline se acercó a la mesa con una de esas bandejas míticas de marisco en la que se apilaba una cantidad más que generosa de crustáceos y moluscos.

—Tome usted también un poquito. Jacqueline, traiga cubiertos para el comisario.

La cocina cuidaba bien de la señora Bandol: la presentación era espectacular. Había todo tipo de moluscos y crustáceos: escupiñas, almejas, almendras de mar, *palourdes grises*, *palourdes roses*, caracolas y langostinos grandes y pequeños, gambas rosadas, medio cangrejo de gran tamaño, un centollo y, por supuesto, ostras bélon. Dos horas antes, todo aquello estaba dando tumbos por el mar, luego había pasado a ocupar una pileta de agua de mar que había en la terraza del restaurante. Para deleite de Claire y Dupin, en la tiendecilla que había junto al restaurante vendían también comida para llevar; en ella tenían además limones, una vinagreta especial, mayonesa casera y pan moreno.

A Dupin se le hizo la boca agua. No podía evitarlo. Por otra parte, en aquella bandeja había suficiente para dos.

—¿Soy sospechosa? —La voz de la señora Bandol vibró al decirlo—. Ya me pasó una vez. ¡Vaya si lo fui! En 1960, en la Costa Azul. Hubo un asesinato en mi hotel, justo en la habitación de al lado. Fue un asesinato de verdad, con pistola auténtica, cuatro tiros a bocajarro y un torso acribillado. —La señora Bandol partió una gamba—. Era un joven muy guapo con el que había flirteado la noche anterior en el bar de la piscina y al que nadie más conocía. Fue muy misterioso. —Se interrumpió un instante y luego añadió tranquilamente—: ¡Qué tiempos aquellos!

—No creo que... —Dupin vaciló— pueda considerarse usted como sospechosa, señora Bandol. Por el momento, es protagonista del caso, ya que es la única testigo.

Ella adoptó una expresión seria y por un momento no dijo nada.

—Sé muy bien lo que dicen de mí: que soy una vieja loca, que a veces me imagino cosas, que me las invento. ¡Y no es cierto! —La señora Bandol se enojó de verdad—. Un médico me dijo que sufro una «demencia incipiente». ¡Menuda

tontería! ¡Ridículo! Estoy vieja y eso es todo. ¡Y, créame, no es nada divertido! ¡A mi edad, de vez en cuando, una se vuelve olvidadiza! ¿Y qué? En cualquier caso, he visto ese cadáver igual que ahora le veo a usted.

A medida que hablaba, la señora Bandol iba sacando con habilidad los caracoles de mar de sus caparazones con un tenedor de marisco.

—Yo la creo, señora Bandol. La creo.

Y así era. Dupin la creía. Aunque los detalles en sí no parecieran fiables, no la veía capaz de inventarse todo aquello.

Las facciones de la señora Bandol se relajaron y su sonrisa apareció de nuevo de inmediato. Le guiñó un ojo con complicidad.

—¡Y ahora, vamos a comernos todo esto!

Jacqueline ya había llevado un segundo cubierto. Dupin se dijo que no usarlo sería una tontería. Además, por el modo en que había hablado, la señora Bandol había dejado claro que, de momento, prefería no seguir comentando lo ocurrido.

Dupin se sirvió una cigala de gran tamaño.

—Es de Loctudy. Las cigalas de allí son las mejores. —La señora Bandol se concentró en el cangrejo, que estalló en pedazos en cuanto lo rompió con las tenazas.

Dupin se sirvió la mayonesa casera y medio limón. Aquello, mezclado con la carne fresca, blanca y sabrosa de la cigala... mejor, imposible.

Ya habían acabado de comer. Dupin había ido abandonando su comedimiento con cada bocado. La señora Bandol empezó a hacerle preguntas personales, directas, sin rodeos; le había preguntado por el trabajo, su lugar de nacimiento, su carrera policial y por qué se había hecho policía. Se había interesado también por si había alguna mujer en su vida. Habían hablado mucho sobre París y habían comentado que, puestos a escoger la ciudad más bella de Europa, sin duda elegirían París, seguida de Londres, Barcelona, Roma, lo clásico. Ambos pensaban que en esa ciudad se experimentaba una sensación especial, única, de felicidad. Dupin había pedido otra copa de Anjou, y la señora Bandol, otra de champán.

Aunque la situación era extraña, Dupin se lo estaba pasando muy bien. Y, además, estaba cumpliendo con su obligación como miembro de la policía. Todo fuera por el bien de la investigación. Lo que la señora Bandol había dicho era toda la información que tenían. Dupin tenía la obligación de comprobar si le venía algo más a la mente. Y sobre todo, muy importante, así podía asegurarse de si estaba en lo cierto al creer de forma intuitiva en la declaración de la mujer. A fin de cuentas, todo dependía de aquello. Debía formarse una imagen lo más precisa posible de ella. Y podía lograrlo mejor con las cigalas, las *palourdes*, las cabras de mar y el Anjou.

—A ver, señor comisario, ¿qué piensa hacer con el cadáver desaparecido?

Evidentemente la señora Bandol había decidido que ya era hora de volver al suceso.

—Todo lo necesario para encontrarlo; bueno, recuperarlo.

—¿Y cómo lo hará?

Buena pregunta.

—¿No se le ocurren más detalles?

La señora Bandol se reclinó ligeramente en su asiento.

—Es policía —dijo y escrutó el rostro de Dupin como si quisiera asegurarse antes de continuar hablando—, pero confío en usted y creo que debo contárselo.

Cogió la última ostra que quedaba. De hecho, se había comido ella sola las otras doce. Dupin no comía ostras. La señora la regó con un chorrito de limón y la sorbió con un gesto elegante.

—Yo no soy Sophie Bandol —dijo con una leve sonrisa. Luego se enjuagó la boca con un sorbo de champán.

—¿Cómo dice? —Dupin se incorporó.

—Me llamo Armandine Bandol.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Soy la hermana gemela de Sophie —aclaró, sin perder la sonrisa—. Todo el mundo nos confunde. Incluso ahora. Sophie vive en París. Hace veinticinco años nos compramos una casa, justo al lado del río. Es preciosa. Tiene que venir un día a visitarme. No pasábamos mucho tiempo aquí. Al principio, Sophie venía más que yo. Ahora viene muy de vez en cuando. Yo, en cambio, vivo aquí. Desde hace ya muchos años.

Tomó otro sorbo de champán. Esta vez más lentamente. Miró por la ventana, que daba al Bélon.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿cómo es posible? —Dupin se rascó la nuca. Estaba totalmente confundido.

—No es muy complicado. Tampoco hay mucho que contar.

—Cuéntemelo.

—Yo soy modista. Trabajé con Yves Saint-Laurent durante treinta años. Cuando dejé el trabajo, dejé también mi vida atrás; un periodista me tomó por Sophie Bandol y escribió un largo reportaje sobre la famosa actriz que se retiraba al fin del mundo. Con fotos y todo. Eso fue hace casi diez años. Al principio ninguna de las dos lo comprendimos, luego nos hizo gracia. Y el tema fue cobrando fuerza. La gente creía que yo era Sophie, y a Sophie la tomaban por mí. Ella estaba contenta de que por fin, de repente, la prensa rosa la dejara en paz en París. Y, bueno, aquí nadie se interesa por los famosos. Los bretones no se sorprenden por esas cosas y, por lo tanto, dejan tranquila a una actriz conocida.

Era increíble. Dupin no había oído nada parecido jamás. Sabía, en efecto, que Sophie Bandol tenía una hermana gemela que era idéntica a ella. Eso lo sabía todo el mundo. Pero nada más.

—Me he quedado con algo de hambre. —La señora Bandol hizo una seña a Jacqueline—. ¿Y usted?

—Yo... Bueno... —Dupin aún no se había recuperado de aquella historia tan extraordinaria—. Y usted, ¿en la Bretaña no ha necesitado nunca documentación para cuestiones oficiales?

—¿Qué va a ser? —Jacqueline estaba de nuevo junto a la mesa.

—Unas *palourdes roses* de Glénan, por favor. —Al instante, la señora Bandol se volvió de nuevo hacia Dupin—. En el supermercado, la pescadería, la panadería o en el quiosco, nadie pide papeles. Llevo una vida bastante retirada. Tengo a Zizou, una buena amiga, y un amigo de toda la vida. Están mis paseos y mi sala de costura, donde aún coso algunas prendas para mis amigos y para mí. De vez en cuando voy a París o recibo visitas. Eso es todo.

Dirigió una mirada inquisitiva a Dupin, aunque su expresión también tenía cierto aire despectivo.

—Jamás he dicho que sea Sophie Bandol. Y de hecho nadie me lo ha preguntado nunca.

Dupin no pudo más que sonreír.

Era curioso, cuanto más lo pensaba, más plausible le parecía. Por supuesto, era posible. Además, la señora Bandol no había cometido ningún delito. No había engañado expresamente a nadie, ni siquiera a él. Tampoco él se sentía especialmente defraudado, aunque tenía que admitir que le hubiera gustado mucho conocer a Sophie Bandol.

—¿Sus dos amigos saben quién es?

—Por supuesto. ¿Qué se ha creído, que les engaño?

Su indignación era extraña, pero auténtica.

—¿A usted qué le parece?

—Que lo encuentra divertido.

—¿Quiénes son esas dos personas?

—Oh, aquí solo está el señor Kolenc, un criador de ostras. Cría sobre todo ostras planas. Son las mejores. —Miró su plato con satisfacción—. Del calibre dos o tres, es decir, las más pequeñas. Mi amiga se llama Maëlle Gilot. Hace mermeladas y confituras. Vive a las afueras de Riec.

—¿Y qué hay de su médico, por ejemplo?

—Tiene la consulta en París. Lo he visitado un par de veces en los últimos veinte años; no es más que un curandero, como todos los médicos. Tengo una habitación en la casa de París de Sophie.

—Me parece que... —El timbre del móvil interrumpió a Dupin. Le Ber—. Discúlpeme un momentito, señora Bandol.

Dupin se levantó y se dirigió a la puerta de la terraza.

—Dígame, Le Ber.

—Es Salou. Acaba de marcharse. Nos ha hecho un informe provisional. Nada. Hasta ahora no ha encontrado nada. Ha tomado algunas muestras de la tierra donde supuestamente estaba el cadáver para comprobar si presentaba rastros de sangre,

fibras, etcétera.

—Llovía a cántaros —apuntó Dupin.

—¿Qué dice la señora Bandol? ¿Ha averiguado usted alguna cosa más?

—Bueno, ella... —Dupin se interrumpió. Si contaba la historia del intercambio de identidades, la declaración de la mujer perdería aún más credibilidad ante ellos—. La señora Bandol ha visto un coche un poco antes de entrar en el aparcamiento. Cuando han llegado los colegas de Riec, no han visto ningún vehículo, ¿verdad?

—No. ¿Cómo era?

—Oscuro.

—¿Negro?

—Oscuro —Dupin vaciló—, o rojo, dice.

—¿O rojo? —Le Ber no insistió—. ¿Y se le ha ocurrido alguna otra cosa?

—Al parecer, el hombre podría tener el pelo corto, pero, en cualquier caso, seguro que era de color castaño oscuro.

—Eso también es nuevo.

—Sí. Por lo demás, ha confirmado toda su declaración. No olvide que la señora Bandol estaba a unos cinco metros del cuerpo, había poca luz y caía una lluvia intensa. La visibilidad era, por lo tanto, muy mala. Y además Zizou estaba totalmente aterrado.

—¿Zizou, el perro?

—Sí, el perro.

—Vale, jefe. Los colegas de Riec preguntarán por la zona, a ver si alguien ha visto algo raro a última hora de la tarde, o si, por casualidad, estaba cerca del aparcamiento. Si le parece, Labat y yo regresaremos a Concarneau.

—Nada que objetar.

Una frase rara en sus labios, sin duda. Volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

Aunque toda la zona de Port du Bélon era de una belleza extraordinaria, la terraza de La Coquille, construida directamente sobre el río, era posiblemente el lugar más impresionante. Los clientes se sentaban en sillas altas dispuestas a lo largo de un mostrador de madera al final del cual se erguía un mástil de barco auténtico en el que ondeaba orgullosa la bandera bretona; en la parte cubierta de la terraza se hallaban las dos piletas de agua de mar. El Bélon recorría allí el último tramo antes de llegar a las aguas abiertas del Atlántico, una imagen que ningún pintor habría podido concebir de modo más idílico: unas colinas densamente arboladas descendían por ambos lados hasta el río, con suavidad, uniformes, casi simétricas. Las copas de los árboles se recortaban con claridad contra el cielo. Era un espectáculo de la naturaleza. Más allá se abría la inmensidad del mar. Dupin volvió la mirada hacia el oeste; el sol permanecía por encima de la línea del horizonte, pero había empezado a teñir de colores el cielo a su alrededor. Había empezado la hora naranja.

El comisario suspiró. Deseó que aquella fuera otra tarde y que Claire estuviera allí.

Se dio la vuelta y regresó al restaurante. Junto a Armandine Bandol.

La señora Bandol tenía en la mano un tenedor, en cuyo extremo había un trocito de tarta tatin. Sonreía, despreocupada.

—He pedido también una porción para usted —dijo señalando con la cabeza hacia su sitio. Allí, en un hermoso plato de porcelana, le esperaba un trozo especialmente generoso de pastel de manzana.

—¡Es evidente que le ha caído bien a Jacqueline!

En ese instante a Dupin le vino a la cabeza algo que había querido preguntar antes y que había apuntado en la libreta cuando tomaba notas.

—Kiki. ¿Quién es Kiki?

Armandine Bandol le dirigió una mirada divertida; luego, cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, lo miró con desazón.

—No me lo puedo creer, señor comisario. ¡A estas alturas ya debería saber quién es Kiki! ¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo aquí, en Concarneau, en la Bretaña?

—Cinco años.

—¿Y no lee usted los periódicos?

—Leo todas las mañanas el *Ouest-France* y el *Télégramme* de arriba abajo.

—Kiki es el tiburón de diez metros que siempre viene a nuestras costas a principios de abril. Le gusta la bahía, el Aven, el Bélon. A veces, con la marea alta, llega a adentrarse en el Bélon.

Claro. Dupin había leído cosas sobre él. Varias veces. Siempre con sensaciones encontradas.

—Se me había olvidado el nombre. —Era francamente ridículo.

—Así pues, ¿todavía no lo ha visto?

Ciertamente Dupin aún no lo había visto, cosa que, por otro lado, le alegraba.

—Es un tiburón peregrino. Después del tiburón ballena, es el segundo pez más grande de la tierra, ¿sabe? Pertenece a la familia del tiburón blanco.

Tras afirmar aquello, la señora Bandol adoptó un aire triunfante.

—Pero solo se alimenta de plancton —se apresuró a apostillar Dupin. Pese a las repetidas advertencias de Nolwenn, él, por precaución, había consultado una página especializada en zoología—. De hecho, aunque quisiera, anatómicamente es incapaz de digerir otro alimento, como la carne, por ejemplo.

En efecto, el tiburón peregrino pertenecía a la familia del tiburón blanco. Para Dupin, la idea de encontrarse de pronto nadando junto a la aleta de un tiburón de entre diez y doce metros resultaba estremecedora; a aquellos animales les gustaba acercarse a la costa, y a Dupin, por su parte, adentrarse nadando en las grandes bahías. Le disgustaba navegar, por ejemplo, en barca, en la misma medida en que le encantaba nadar en el mar. En verano, antes de irse a trabajar, solía salir a dar unas brazadas a primera hora de la mañana. Adoraba hacerlo y no quería arruinar ese

placer con la perspectiva de encontrarse con un tiburón. Con todo, sabía que no era un caso aislado: en la página web del *Ouest-France* había varios vídeos de tiburones peregrinos.

—Lo llamamos Kiki, igual que el ejemplar disecado del acuario de Concarneau. Es un ser tremendamente fiel. Zizou y yo lo vimos la semana pasada en la desembocadura. El plancton del Bélon es delicioso. De hecho, a las ostras las vuelve locas. Pero dejemos a Kiki. Hay temas más urgentes. ¿Cómo va a enfocar el caso, comisario? Yo estoy implicada. Soy la única testigo. —Calló un instante y luego prosiguió, con tono pensativo—: Una testigo difícil, que no puede decir muchas cosas porque no ha visto demasiado y a la que la memoria le gasta malas pasadas de vez en cuando.

A Dupin le habría gustado comentar algo más sobre el tiburón, por ejemplo, que Kiki era más bien un nombre de periquito. Pero lo dejó correr. En la Bretaña se había acostumbrado a no dejarse sorprender por la presencia de criaturas extraordinarias para un hombre de ciudad, como animales marinos y terrestres extraños, delfines, delfines mulares, pingüinos pequeños. Formaban parte del día a día. La última vez se había topado con Skippy, el canguro gigante. Posiblemente, se dijo, algún día se cruzaría con el gran mamut, el rinoceronte, el bisonte o la pantera gigante que habitaron en la Bretaña durante la prehistoria; a la postre, para el sentido temporal de los bretones, aquella época era muy reciente.

—Propongo que nos reunamos de nuevo mañana aquí para seguir hablando. —La señora Bandol había hecho una señal a Jacqueline mientras hablaba.

—Hemos tomado muestras de tierra en el lugar donde ha visto usted el cadáver.

—Es poco probable que encuentren algo con esta lluvia. Además, solo le he visto sangre en el tronco.

Dupin levantó la vista, sorprendido.

—Pero antes me ha dicho que no sabía dónde.

—Pues ahora parece que sí lo sé. Se lo digo ahora: tenía sangre en la parte superior del cuerpo. Me acaba de venir a la cabeza —dijo con convicción—. Me va bien hablar de ello. En cambio, la parte baja del abrigo, por ejemplo, estaba limpia.

—¿Del abrigo? ¿Ahora recuerda usted un abrigo?

—Sí, verde oscuro. Aunque también podría haber sido una chaqueta larga.

—¿Verde oscuro? ¿Lo ha distinguido?

—De lejos veo razonablemente bien.

Dupin, confundido, tomó nota de todo. Sangre en el tronco. Abrigo o chaqueta larga, verde oscuro. Luego tachó lo demás.

—Comisario, debo marcharme.

Jacqueline había dejado la cuenta en un platillo de plástico.

—Corre de mi cuenta. —La señora Bandol ya había sacado el monedero y depositó un par de billetes en el platillo sin mirar siquiera a Dupin.

—Muchas gracias, señora.

—Me lo he pasado bien. De hecho, ahora estamos en el mismo equipo.

Miró atentamente a Dupin; era evidente que esperaba una respuesta por su parte, aunque, en realidad, no hubiera preguntado nada.

—Eso parece, señora Bandol.

La mujer se levantó y apareció Jacqueline con uno de aquellos chubasqueros de color amarillo intenso que se habían convertido en uno de los muchos emblemas de la Bretaña. De hecho, cuando años atrás había muerto su inventor, Guy Cotten, se declaró luto oficial durante varios días. Había diseñado aquel legendario chubasquero, ya conocido en todo el mundo, en 1966, para los pescadores profesionales de alta mar. La prenda respondió además a una de las preguntas que Dupin aún no había formulado, esto es, cómo había podido dar su paseo diario la señora Bandol bajo aquella lluvia. Observó que calzaba unas botas de montaña de color marrón oscuro. De hecho, fue entonces cuando pudo contemplarla de los pies a la cabeza. Llevaba una falda larga de color negro, muy elegante y, a la vez, de aspecto cómodo; un *blazer* informal y, debajo, una camisa de seda, también de color negro.

Estaba fantástica. El amarillo intenso del chubasquero, que le llegaba prácticamente hasta las botas, contrastaba vistosamente con el negro.

Zizou se encontraba a su lado, totalmente despierto ya. Era evidente que conocía la rutina, las veladas en el local, los gestos.

También Dupin se había levantado.

—Pues hasta mañana, señor comisario. Jacqueline le dirá cómo ponerse en contacto conmigo.

—Yo... Bueno, sí. ¡Hasta mañana! Encantado de conocerla, señora Bandol. ¡Ha sido un placer!

—Ah, señor Dupin. —La señora Bandol sonrió con un ademán pícaro y se marchó.

Dupin volvió a sentarse.

No tenía prisa.

Toda aquella historia era descabellada.

Miró por la ventana, al río. Las barcas, amarradas a las boyas, se mecían con más fuerza. Estaba subiendo la marea. Pensó en el cadáver desaparecido, en la fabulosa y desconcertante señora Bandol, y se preguntó qué hacer con aquel «caso».

No supo qué responderse.

En el horizonte, al final del Bélon, el mar brillaba ya con tonos violeta y naranja. El sol se había posado tranquilamente en el Atlántico. En aquel atardecer el cielo había cambiado de tono en una única franja —a veces los colores quedaban prendidos solo en una línea del horizonte—, por lo demás, conservaba aquel azul claro, cristalino, como si quisiera defenderlo hasta el último momento. Únicamente al oeste había empezado a apoderarse de él la oscuridad.

Dupin estaba de pie en el pequeño muelle, muy cerca del agua, como siempre. Sacó el teléfono.

—¿Comisario?

—Es todo por hoy, Nolwenn.

—Le Ber ya me ha puesto al día. —Nolwenn, como siempre, estaba al corriente de todo—. Ningún otro dato. La señora Bandol no recuerda nada más que sea de utilidad.

—Hay un par de detalles más. —Dupin repitió las novedades.

—¿Le ha parecido confundida?

—En absoluto. En algún momento, tal vez. Me ha contado un par de excentricidades, y yo mismo he visto el curioso modo en que funciona su memoria. Ella... —Dupin se interrumpió. Por supuesto, no podía descartarse el hecho de que la mujer estuviera en verdad algo confusa.

—Me refiero a si de verdad dice disparates. ¿Le parece demente? ¿Es posible que se haya inventado una cosa así?

—No.

—Entonces usted la cree. ¡Perfecto! Siga su instinto, comisario. —Para Nolwenn, aquel era el factor más fiable que tenía un ser humano.

—Creo lo que cuenta. Estoy seguro de que ha visto a alguien ahí tumbado. Hay demasiados detalles, demasiado precisos.

Dupin era consciente de que justo eso, los detalles tan arbitrarios y precisos, no era una prueba fiable, pues podían interpretarse como indicios de lo contrario. Sin embargo, su intuición, considerando además aquella conversación tan exhaustiva, le decía que en el fondo lo que afirmaba la señora Bandol era cierto y que en el aparcamiento había habido un hombre herido o muerto.

—Muy bien. Entonces tenemos un caso —afirmó la secretaria sin mucha ilusión pero con energía—. Así que vamos allá. Lo primero será comprobar si ayer u hoy se ha denunciado la desaparición de una persona en Finisterre, Morbihan o en toda la Bretaña. Si había un cadáver, alguien lo echará de menos. Un hombre, pelo oscuro, posiblemente corto, abrigo o chaqueta de color verde oscuro, con herida en el torso. Conduce un coche oscuro o rojo. Algo es algo.

A Dupin aquella exposición de los hechos le pareció ciertamente lastimosa. Con todo, tenían que empezar por algún sitio. A veces la rutina era de ayuda.

—Hay que llamar a los hospitales y los médicos de Riec, y a los municipios de alrededor. Hasta Lorient y Quimper. A ver si a primera hora de la tarde han ingresado el cadáver de un hombre o ha llegado algún herido.

—Ya he tomado nota. Se encargará el inspector Labat. Le Ber hoy tiene que hincar los codos. —Nolwenn hizo una pausa forzada y su voz adoptó un tono alegre—. Ya sabe, para mañana. El diploma.

Ah, el diploma. Por supuesto.

Le Ber llevaba semanas dando la lata en comisaría. El final del seminario Idiomas

y culturas bretones, del Centro de Investigaciones Bretonas y Celtas de la Universidad de Brest. Tres horas de clase todos los martes a última hora de la tarde durante dos semestres. Dupin tenía que admitir que le había parecido irónico que fuera precisamente el orgulloso bretón Le Ber quien participara. Pero, por otra parte, precisamente por eso, era el candidato ideal. Nolwenn sospechaba que tenía que ver con la inminente paternidad de Le Ber: tal vez quería estar bien preparado para la educación de su hijo antes de que naciera. Una sospecha que Le Ber, cuya mujer estaba ya en el octavo mes, no había contradicho. El seminario trataba en profundidad las distintas lenguas bretonas, de cultura, arte, literatura, y sobre todo, de historia. Por lo que Le Ber explicaba entusiasmado cada semana en comisaría, este último tema se reducía esencialmente a analizar la historia de la humanidad en busca de todo cuanto habían descubierto, inventado y conseguido los bretones. Era, por lo tanto, una disciplina genuinamente bretona, que Dupin había asimilado hacía tiempo y que se practicaba en todas partes: en revistas, libros, radio; era, en fin, el deporte nacional. En las últimas semanas, Le Ber se había dedicado a organizar una especie de concurso de preguntas entre los compañeros de la comisaría y al mediodía se reunían para hablar de ello. ¿La primera obra monumental de la humanidad? A diferencia de lo que podía creerse, no habían sido las pirámides de Egipto, sino un túmulo de piedra bretón de setenta y cinco metros de longitud, el Cairn de Barnenez. ¿Cuándo se construyó? El 4500 antes de Cristo. ¡Las pirámides se construyeron dos mil años después!

—Ya he firmado en su nombre el permiso de dos días para Le Ber. Mañana hacen los exámenes escritos; la semana que viene, los orales.

—Bueno, pues entonces que se encargue Labat. Por supuesto. Que me informe de inmediato.

—Lo hará. Mañana por la mañana usted y yo hablaremos sobre los preparativos de la fiesta. Lo quiera o no. Ya faltan muy pocos días.

Dupin no quería. En absoluto. De ningún modo. No lo había querido desde el principio. Nada de fiestas. Primero había creído estúpidamente que conseguiría posponer de algún modo la celebración de sus cinco años de servicio. Pero al coincidir con su «ascenso» —que Nolwenn consideraba una «distinción para toda la comisaría»—, sus posibilidades habían quedado reducidas a ninguna. La fiesta se había convertido en una obsesión. Por otra parte, Nolwenn le había amenazado con organizarle una fiesta sorpresa si no encontraba colaboración por su parte. Para Dupin había sido la amenaza definitiva.

—De acuerdo —gimió.

—Mañana por la tarde no estaré. ¿Lo recuerda?

Dupin lo había olvidado.

—Ah, claro.

Un entierro. En algún lugar del interior. Tía Elwen. Una de las muchas tías del intrincado clan de Nolwenn. La secretaria no parecía haber sentido un apego especial

por ella; de hecho, la semana anterior, cuando anunció que tenía que ir al entierro, había añadido un chiste típico del humor bretón, que no tenía nada que envidiar al humor seco de los celtas británicos. Era el de un bretón entrado en años que se encuentra con un compañero de la misma edad en una reunión del gremio. «Harryston, viejo amigo, quería darte el pésame. Me han dicho que la semana pasada enterraste a tu mujer». A lo cual el aludido responde: «No tuve más remedio, amigo. Se había muerto».

—En fin, haré las llamadas ahora y luego me iré a casa. Buenas tardes, señor comisario.

—Buenas tardes, Nolwenn.

Ella colgó.

Dupin se quedó mirando cómo penetraban las aguas en la tierra. Se admiró ante la fuerza y la velocidad con que lo hacían. Era impresionante ver aquellas ingentes masas de agua regresando hacia el manantial y apoderándose de la tierra.

Subió lentamente por la calle hacia el aparcamiento. A izquierda y derecha del camino, se encontraban las dos casas señoriales pertenecientes a dinastías de cultivadores de ostras.

Decidió ir a Concarneau y tomarse un lambig en el Amiral. Lily, la propietaria, acababa de recibir la nueva cosecha de su cuñado.

El aparcamiento estaba desierto; el Citroën de Dupin era el único vehículo. Había oscurecido casi por completo y los árboles, altos y frondosos, apenas permitían el paso de la escasa luz.

De pronto, a apenas unos pasos del coche, Dupin oyó un ruido extraño.

Se sobresaltó.

Era una especie de graznido. Inquietante. Difícil de identificar. Pero muy cercano. Parecía proceder del otro lado del vehículo.

Dupin se quedó inmóvil, tenso. De forma involuntaria, posó la mano derecha en su arma.

Por un momento no ocurrió nada.

Luego, de repente, por encima del parachoques asomó una cabeza de color marrón, algo deforme. Tenía los ojos oscuros clavados en el comisario. A continuación, apareció un cuerpo desproporcionado.

Un ganso. Un ganso enorme y magnífico.

Entretanto, aquellos extraños graznidos se habían vuelto claramente agresivos. Dupin sabía cómo comportarse con los gansos. En el pueblecito de su padre, donde pasaba las vacaciones de niño, aquellas aves de tan malas pulgas le habían procurado suficientes experiencias desagradables y dolorosas para infundirle respeto. Podían llegar a ser auténticos monstruos. Y ese no era un ganso cualquiera: era un ganso de Toulouse, la raza más caprichosa y temperamental de todas.

El animal se le acercó con furor, entre graznidos y con una mirada siniestra. Dupin retrocedió de inmediato. El ganso se detuvo de repente y dio unos pasos hacia

la izquierda y luego hacia la derecha, como si al trazar aquella línea invisible, le advirtiera: «No te atrevas a cruzarla».

Dupin sabía lo rápidos que podían ser los gansos; era consciente de sus escasas posibilidades de engañarlo con una maniobra especialmente ágil. Tampoco la idea de sentarse a esperar a que el ganso desistiera y se marchara era una buena táctica con aquellos animales: eran más testarudos que él mismo. La situación no pintaba bien.

Solo había una solución.

Dupin se dio la vuelta y regresó a La Coquille. Se quedó de pie delante del mostrador. Una de las hermanas estaba entretenida limpiando copas. Le dirigió una mirada de curiosidad.

—Necesito unos restos de verduras. —El tono de Dupin había sonado demasiado resuelto, así que se apresuró a añadir «por favor».

—Para ser de París, sabe usted cómo salir de un apuro. —En la amabilidad con que habló la mujer mayor se percibía auténtico respeto. Se dio la vuelta, desapareció en la cocina y regresó al instante con una bolsa de plástico—. Mondas de zanahoria y restos de verdura y pepino: nuestra mezcla especial para Charlie. Le encanta. Está pasando una mala época. Ha tenido problemas amorosos. ¡Suerte!

Dupin se limitó a asentir. Sin duda, aquella charla habría podido ser mucho más animada, pero no veía el momento de marcharse.

El comisario sabía que solo había una cosa más poderosa que la misteriosa ira de los gansos: sus ganas de comer. En casa de su abuela, los restos de verdura eran el remedio máspreciado. Nunca fallaban.

Como era de esperar, Charlie seguía justo donde lo había dejado. Al momento volvió a emitir aquellos graznidos rabiosos.

Dupin apuntó y arrojó la bolsa hacia la izquierda, en dirección al seto, de tal forma que, sin dejar de llamar la atención de Charlie, le permitiera adelantarle por la derecha sin problemas.

Funcionó. Aunque por muy poco. Dupin salió corriendo hacia el coche, abrió la puerta con el último paso y entró de un salto, justo a tiempo de zafarse de los embates de Charlie, el cual, tras tomar un bocado rápido, había preferido atacar.

El comisario arrancó el coche, dio marcha atrás y se alejó del aparcamiento con un enorme giro.

Charlie siguió el coche unos metros, pero luego regresó entre graznidos a su mezcla especial.

Dupin esbozó una sonrisa. En el fondo le gustaban los gansos.

Poco antes de llegar a Concarneau, recibió una llamada de Labat. Una llamada extremadamente corta.

Labat no tenía ninguna novedad. Ni él ni Nolwenn habían averiguado nada con las llamadas que habían efectuado. No había ningún desaparecido reciente en ningún punto de la Bretaña.

Habría sido demasiado fácil.

Dupin se relamió pensando en el lambig.

El segundo día

—Sí, señor comisario, seguro, tenemos un muerto. Un cadáver. Está ahí, no hay duda. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Hay alguien con él? —Dupin, con el teléfono apretado con fuerza contra la oreja, estaba de pie, inmóvil, como si le hubiera alcanzado un rayo.

—Yo. Quiero decir, yo estoy a su lado.

—¿No lo puede perder de vista?

—Estoy a pocos metros del cadáver, lo veo todo el tiempo. —El estrés del policía era evidente en su voz. Estaba exasperado.

—No quiero que el cadáver permanezca un solo segundo sin vigilancia. ¿Y dónde dice usted que se encuentra?

—En los montes de Arrée. Prácticamente a los pies de Roc'h Trévél. Seguro que conoce usted la carretera D-785, la que pasa junto a los montes de Arrée, por el otro lado, por donde...

—¡Oh, no puede ser!

Conocía la carretera de las montañas, pero estaba a cien kilómetros de Port du Bélon, algo más arriba de Quimper, en el interior más profundo. Era una zona totalmente dejada de la mano de Dios, en el quinto pino.

—¿Lleva una chaqueta de color verde oscuro? ¿O un abrigo, quizá?

—¿Una chaqueta verde oscuro? —La exasperación del agente, un gendarme de Sizun, iba en aumento—. No. Lleva una *beige*, completamente empapada de sangre. Está hecha trizas. Vaqueros y zapatos de piel marrón o deportivas.

—¿Pelo corto, castaño oscuro? ¿Heridas en el pecho?

—Bueno, está magullado por todas partes, señor comisario. El muerto está en muy mal estado. Se encuentra justo a los pies de una de las cumbres escarpadas. Es como si hubiera caído. Pero sí hay una cosa. —El policía hizo una pausa.

—¿Qué?

—Tiene unos hematomas tremendos en el cuello. Según el médico, es posible que fuera estrangulado. Antes de caer. Está convencido de que los hematomas no están relacionados con la caída. No parece un accidente.

—¿Estrangulado?

Aquello era increíble. Dupin no aguardó una respuesta.

—¿Y a qué médico se refiere?

—Al nuestro, el de Sizun. Nos ha acompañado. Por si acaso. Por si el hombre seguía con vida. Es un doctor excelente; aunque tiene ochenta años, está en plena forma.

—¿Y está seguro de eso de los hematomas? ¿Tan pronto?

Los forenses solían decir que sin autopsia no había conclusiones definitivas.

—Sí, absolutamente. ¿Quiere hablar con él en persona?

—No, no. ¿Y el pelo? ¿Cabello corto y de color castaño oscuro?

—Yo no diría que sea largo... ¿Cómo de corto quiere decir? ¿Rapado?

—Pues corto, lo normal.

—Tal vez. En cualquier caso, no es ni pelirrojo ni rubio. Cuesta verlo, porque lo tiene bañado en sangre, y la cabeza...

—¿Y no hay nada que lo identifique?

—En los bolsillos del pantalón y la chaqueta no hay nada. Parece como si alguien se hubiera cuidado muy bien de que no pudiera encontrarse nada.

—¿Qué edad le echa usted?

—Ah, es difícil de decir. Sesenta y pico. Ya le digo, el cuerpo está fatal.

—¿De dónde es el forense oficial?

—Es una forense. De Brest. Debe de estar al caer.

Dupin estaba casi junto a su Citroën. Había recibido la llamada al salir de su apartamento, camino del Amiral. Se había dirigido de inmediato a su coche, que, como siempre, ignorando la normativa oficial que obligaba a la policía a aparcar en la zona exclusiva de la comisaría, se hallaba en la gran plaza que había junto a la dársena.

—Necesito saber cuanto antes la hora de la muerte, si murió ayer entre las cuatro y las cinco de la tarde. Y si lleva en la ropa o en el pelo algo que no se corresponda con el lugar en el que ha sido hallado. Tierra, hierba, lo que sea.

¿Y si al final había dos cadáveres, dos hombres asesinados? Si la señora Bandol estaba en lo cierto —aunque, evidentemente, todavía no podía darlo por seguro, Dupin continuaba partiendo de esa premisa—, el caso era absurdo: ¿dos delitos capitales, dos asesinatos en el sur del Finisterre, en apenas doce horas? En un sitio desaparecía el cuerpo de un hombre y en otro, a cien kilómetros de distancia, de repente, aparecía otro. Naturalmente resultaba fácil inferir que el cadáver de los montes de Arrée se correspondía con el que había desaparecido de Port du Bélon.

Los montes de Arrée eran una zona especialmente solitaria y, por lo tanto, un buen lugar para deshacerse de un cuerpo. Pero en torno a Port du Bélon había también lugares muy poco frecuentados, y más cercanos; en particular, uno, mucho más fiable, el Atlántico. Sin embargo, seguro que había un motivo, que aún no habían averiguado, para elegir aquel lugar. Puede que se tratara de un segundo cadáver.

—Pondré al corriente de todo a la forense en cuanto llegue.

—¡Mierda! —Dupin seguía sumido en sus cavilaciones.

El policía, claro está, no supo qué responder a eso último. Dupin retomó el hilo de la conversación.

—¿Quién ha encontrado el cadáver? ¿Por qué tan pronto?

Eran las ocho y cuarto de la mañana.

—Un grupo de excursionistas. Una excursión organizada, con guía. Doce personas. Han salido a las siete de Sizun. Querían subir a la cumbre y luego seguir

hasta el lago Saint-Michel. La temporada de excursiones acaba de empezar.

Dupin, que sabía que Roc'h Trévél, el punto más alto de la Bretaña, apenas medía trescientos ochenta metros de altura, no podía evitar sonreír al oír la palabra cumbre, aunque en dirección oeste, esto es, hacia el Atlántico, la colina descendiera de forma pronunciada. Él sabía qué era una cumbre, una montaña de verdad. El pueblo natal de su padre estaba cerca de los Alpes, a setecientos metros de altura; a menos de una hora de distancia, había montañas de dos mil metros y, algo más allá, de tres mil o más.

—¿Lo han encontrado en medio del camino?

—No. En un peñasco algo apartado. Se trata de un sendero estrecho y muy poco transitado. Alguien del grupo quería tomar una fotografía, se ha apartado del camino y ha visto el cadáver. Como ya sabe, justo a los pies de una pared escarpada. Debe de haber una altura de unos ciento cincuenta metros. El hombre seguramente cayó o alguien lo arrojó por ahí: de todos modos es posible que ya estuviera muerto cuando cayó.

—¿La gente de la zona sabe que ahí hay un sendero?

—Sí.

—¿Hay algún coche cerca?

—No.

—¿Ningún vehículo, tal vez oscuro o rojo?

—No.

—Entonces ¿cómo ha llegado ese hombre ahí?

—Todavía no lo sabemos. Mi compañero ha subido a la cresta. Está buscando pistas. Tal vez él averigüe algo más. Es muy bueno.

Dupin había llegado a su Citroën. Consultó la hora.

—Llegaré algo más tarde de las nueve. En cuanto la forense sepa alguna cosa, que me llame. Por cierto —se le acababa de ocurrir—, tome una fotografía del cadáver con el móvil y envíesela a mi secretaria. De inmediato.

Se la enseñarían a la señora Bandol. Su memoria se comportaba de un modo muy arbitrario, parcial, pero precisamente por eso tal vez fuera bueno sorprenderla. Aunque la esperanza resultara vana, debían intentarlo.

Dupin colgó sin esperar respuesta.

Todo aquello no tenía sentido. El día anterior, cuando estaba en el Océanopolis, con los pingüinos, se había iniciado una cadena de sucesos, a cuál más abstruso. Y parecía no tener fin. Dupin creía firmemente en el principio de la acumulación. Desde siempre. Así, los hechos extraordinarios, ya sean positivos o negativos, divertidos o ininteligibles, cuando se dan, raramente van solos, siempre los siguen otros.

De hecho, el mensaje de voz con el que le había despertado Claire esa mañana a las siete también había sido bastante raro, sorprendente y misterioso. Le había citado en Quimper esa misma tarde, «sobre las seis». Dejó dicho que le volvería a llamar para indicarle el lugar exacto. Al principio, Dupin había pensado que estaba

bromeando. El mensaje era raro porque no había ningún tren que llegara de París alrededor de las seis de la tarde. Había un TGV a las 16.45 y otro a las 18.45. Deseó llegar puntual a la cita. A fin de cuentas tenían, de verdad, un cadáver.

El paisaje era irreal, escabroso, raro, salvaje, de historia de miedo. Era el lugar perfecto para fantasías, cuentos y leyendas, que, por otra parte, abundaban en la zona. Se trataba, en definitiva, de la morada ideal para druidas, magos, hadas, enanos y otros seres maravillosos. Inquietante y totalmente inhóspito para las pobres criaturas humanas. Un escenario magnífico para películas de fantasía donde habrían podido filmarse perfectamente escenas de Frodo, Gandalf y sus compañeros.

Los montes de Arrée, la montaña bretona, constituían la frontera entre el sur y el norte del Finisterre. Dupin recordó la fascinación y, sobre todo, el inmenso asombro que había sentido al pasar por primera vez por la D-785 en dirección a Morlaix con motivo de alguna memez burocrática. Jamás habría imaginado que pudiera haber un paisaje como aquel en la Bretaña. La carretera discurría entre bosques oscuros de abetos, hasta que de pronto se sumergía en otro mundo: suaves lomas de granito y arenisca redondeadas por el clima, los *menez*, que se alternaban con peñascos escabrosos y desnudos con piedras de cuarzo escarpadas, unas extrañas formaciones rocosas llamadas *rocs*. Había además un par de extensas planicies. Era como si el suelo hubiera estallado de forma brutal y los *rocs* se irguieran por encima de la superficie, destacándose en un paisaje de brezos, aulagas, helechos, musgos, manantiales legendarios, riachuelos y pantanos. Aquí y allá había algunas ermitas solitarias, objeto a su vez de historias variopintas, y menhires misteriosamente colocados.

En opinión de Dupin, «sobrenatural» era el término que mejor describía aquel lugar; allí, en el corazón del Finisterre, acababa el mundo terrenal normal. Unos llanos solitarios en cuya espesa niebla tuvieron lugar luchas de poder entre vientos despiadados y tormentas atronadoras. La región estaba totalmente despojada de árboles, lo cual le confería un aspecto todavía más especial; allí, al igual que en las alturas vertiginosas por encima del límite arbóreo, los árboles simplemente no crecían. Los vientos y las tormentas transportaban desde el furioso Atlántico una espuma salada finísima que se depositaba en la cordillera, lo que impedía cualquier forma de vegetación compleja. Esa era la explicación científica. Pero existía también una leyenda al respecto, posiblemente la más descabellada que había oído Dupin. Según esta, cuando nació Jesús, el cielo mandó a Belén los árboles de los montes de Arrée para que adoraran al Mesías. Pero como ellos, bretones a fin de cuentas, se negaron en redondo, fueron condenados a secarse y a no volver a crecer.

En ocasión de aquel viaje que hizo a Morlaix, Le Ber le había insistido mediante historias muy gráficas en que solo se aventurara por la cordillera a la luz del día. Dupin no habría sabido decir hasta qué punto creía el inspector en aquello. Con todo,

por descabellado que fuera, había logrado infundirle, como siempre, una leve sensación de inquietud. Se decía que las almas impuras vagaban por la zona durante las horas previas e inmediatamente posteriores al atardecer con la esperanza de redimirse; que los enanos ejecutaban danzas salvajes en la oscuridad de la pradera y que los dibujos inquietantes en las viejas murallas de piedra de Ankou, la muerte, cobraban vida de noche. Al parecer, el mismísimo diablo había ocultado allí su tesoro y quien intentaba desenterrarlo era agarrado por las piernas y arrojado a las profundidades. Corría el rumor incluso de que la entrada del infierno, la *yoda*, estaba allí, en el *yeun-elez*, el pantano ancestral rodeado de *rocs* agrestes.

Dupin había logrado interrumpir aquellos relatos en algún momento. Tal vez fuera positivo que Le Ber no estuviera allí aquel día.

Estaba a punto de llegar. El Roc'h Trévél se alzaba impresionante a la izquierda de la carretera.

Al instante, Dupin vislumbró un pequeño Peugeot de la policía detenido en un aparcamiento sin asfaltar situado justo al lado de la carretera.

El plan del comisario era ver el cadáver y reunirse allí con Labat, los agentes y, sobre todo, la forense. Sin embargo, se dijo que si el autor del delito había dejado alguna pista, seguramente lo habría hecho allí arriba y no en el lugar donde se había hallado el cadáver.

Giró a la derecha y aparcó justo detrás del coche patrulla.

La meteorología, por su parte, parecía decidida a acentuar aún más el dramatismo del paisaje. Unos enormes nubarrones oscuros se deslizaban con aire amenazador por el cielo, y por los huecos informes que dejaban se colaba una luz intensa y fantasmagórica. Aquellos focos erráticos alumbraban puntos concretos del paisaje, diferenciándolos con claridad: una cima, parte de un prado, un lago. Hacía pensar en apariciones de carácter religioso o paranormal.

Dupin no pudo evitar sonreír al ver el desgastado indicador del camino que apuntaba a la «cumbre más alta de la Bretaña». No eran más de trescientos metros por un camino estrecho y pedregoso. La noche anterior tenía que haber llovido mucho, porque el camino se había convertido en un riachuelo. A derecha e izquierda de Roc'h Trévél, había otras cimas agrestes.

Dupin dedujo que tendría mejor perspectiva desde arriba y se puso en camino. A causa del suelo mojado, la marcha no tardó en convertirse en un avance agotador; al cabo de unos pocos metros, tenía los zapatos calados. Allí arriba todo, incluso la hierba descolorida, crecía de lado a causa del viento. La vegetación era escasa: apenas maleza baja y nudosa, con aspecto de bonsái demasiado crecido, y algunas manchas llamativas de color verde y lila separadas por rocas enormes.

Tuvo que recorrer los últimos metros hasta la cumbre trepando. Cuando llegó arriba, estaba totalmente sin aliento.

La vista era espectacular en todas las direcciones. Era tal como había imaginado: abajo, en el lado opuesto al lugar donde había dejado el coche, veía a un pequeño

grupo de personas. Reconoció a Labat por su nueva chaqueta roja; los otros tenían que ser el policía con el que había hablado por teléfono y los compañeros de la científica. El sendero, a un par de metros de él, apenas se distinguía.

Dupin vio también el gran saliente en el que yacía una silueta en posición extraña. El cadáver. Había alguien a su lado, seguramente la forense. Delante del peñasco había otras dos personas.

Todavía tenía que trepar entre cien y ciento cincuenta metros por la cresta para llegar al lugar desde el cual, según la hipótesis más plausible, habrían arrojado a la víctima, ya muerta, al vacío. Siempre y cuando el médico de Sizun estuviera en lo cierto, claro. Los peñascos allí eran más bajos.

El comisario estaba a punto de llegar al lugar cuando empezó a sonarle el móvil; el fuerte viento de las alturas le había impedido oírlo antes.

—¿Es usted, comisario?

—¿Quién si no, Labat?

—¿Dónde está, jefe? Le estamos esperando.

—Levante la cabeza.

—Pero ¿qué...?

Dupin vio que Labat se movía y alzaba la mirada. Le llevó un rato encontrarle.

—¿Ese de ahí arriba es usted?

—¿A usted qué le parece?

Labat empezó entonces a sacudir los brazos como un loco.

—¿Qué hace ahí?

—¡A ver, Labat, informe de lo que se sabe!

—La forense ya ha indicado la hora probable de la muerte. Considerando la rigidez *post mortem* y las marcas halladas en el cuerpo, y teniendo en cuenta, claro está, que la temperatura del cuerpo con este tiempo...

—¡Labat!

—El hombre murió ayer entre las nueve y las doce de la mañana. Como he dicho, es posi...

—¿Ayer por la mañana?

—Sí, entre las nueve y las doce.

Asombroso. Aquello podía tener grandes repercusiones.

De resultar cierto, entonces la señora Bandol habría visto el cadáver antes de que el asesino hubiera podido deshacerse de él, a las cinco de la tarde aproximadamente, en el aparcamiento cercano a Port du Bélon. Por lo tanto, el asesinato se habría producido antes de las cinco. No tenía ningún sentido estrangular a alguien por la mañana, esto es, entre siete y diez horas antes, y luego abandonarlo a las cinco de la tarde en el aparcamiento de Port du Bélon, y tampoco dejarlo ahí hasta esa hora y luego, al atardecer o por la noche, retirarlo, llevarlo a los montes de Arrée y arrojarlo desde un peñasco. Habría sido absurdo.

Pero entonces tenían dos cadáveres y, por lo tanto, dos asesinatos.

—¿Oiga? ¿Sigue ahí, señor comisario?

—Yo... ¿Y qué hay del estrangulamiento? ¿Qué dice la forense al respecto?

—Piensa lo mismo que el médico de Sizun. Es muy probable que la muerte se produjera, en palabras de la forense, por asfixia mecánica. Está claro que fue estrangulado. La cuestión de si ya había muerto cuando se precipitó al vacío o si, simplemente, estaba inconsciente se sabrá tras la autopsia. En todo caso, ella considera el estrangulamiento la causa más plausible de la muerte.

—Supongo que de momento no han encontrado nada que pueda identificar al hombre.

—Ya se lo habríamos comunicado —replicó Labat—. ¿Va a bajar? La forense quiere llevarse el cadáver cuanto antes.

Dupin estaba sumido en sus pensamientos.

—Sí, ya voy para allá.

Colgó y se quedó quieto unos instantes. Se pasó la mano por el pelo y luego miró a su alrededor. Mientras hablaba por teléfono, había ido ascendiendo lentamente.

Habían arrojado el cadáver al vacío desde algún punto en los metros siguientes. El asesino y la víctima debían de haber llegado en coche. El camino desde la carretera hasta ese lugar no parecía tan fatigoso como el que había tomado él.

Había varios escenarios posibles. El asesinato, el estrangulamiento, podía haberse producido allí o bien haber ocurrido antes. En todo caso, estaba claro que no había sido un paseo: el asesino tenía que ser bastante fuerte. O puede que no estuviera solo.

—¿Es usted el francés?

Una voz grave interrumpió los pensamientos de Dupin.

El comisario se volvió.

A pocos metros de distancia, detrás de un peñasco, asomó una cabeza y, a continuación, un uniforme. Era un policía muy mayor, o al menos lo aparentaba. Tenía el cabello cano y el rostro curtido por el sol, el tiempo y la vida.

Debía de ser el agente que buscaba pistas. Se quedó parado, de pie, y contempló a Dupin de los pies a la cabeza.

—Nunca ha venido nada bueno de Francia. En fin, no se lo tome como algo personal.

—¿Con quién tengo el honor? —Dupin reaccionó de forma especialmente amigable; acostumbraba no hacer caso de ese tipo de cosas. A fin de cuentas, ya hacía tiempo que consideraba un modismo bretón la expresión «Nunca ha venido nada bueno de Francia».

—Brioc L'Helgoualc'h.

—Encantado, señor... —Era uno de esos apellidos bretones típicos que, por algún motivo, Dupin era incapaz de retener a la primera, y menos aún de pronunciarlo—. ¿Ha encontrado algo ahí arriba?

—¿Acaso está usted ahora al mando?

—Si se refiere a la investigación del asesinato, así es, señor. —Dupin no se

inmutó.

—La cosa se pone cada vez mejor. —El tono de voz del agente no era, ni de lejos, tan poco amable como sus palabras—. ¿Es la primera vez que visita los montes de Arrée?

—¿Le parece relevante para esclarecer el caso si he estado antes aquí? —Dupin se mantuvo imperturbable. Aquel cascarrabias no parecía hostil.

—Sí, por supuesto.

—Iba a decirme si ha encontrado algo interesante.

Brioc L'Helgoualc'h masculló algo que Dupin no comprendió, se volvió y desapareció detrás del peñasco sin pronunciar palabra. Hizo un ademán mínimo con la cabeza, que con buena intención podía interpretarse como una señal para que lo siguiera.

Dupin suspiró y le siguió.

Aquella investigación prometía ser fabulosa.

Cuando dobló el peñasco, Brioc L'Helgoualc'h ya se había alejado un buen trecho; era mayor, pero tenía un paso rápido.

Estaba en cuclillas en el brezal, un poco por debajo de Dupin.

—¡Aquí! —gritó.

Dupin se le acercó y vio un pequeño sendero. También él se puso en cuclillas.

Entonces vio lo que quería mostrarle el agente: dos huellas algo pasadas por agua pero claramente distinguibles en una franja de tierra entre varias piedras y musgo. Un pie derecho y otro izquierdo, prácticamente en paralelo. Las pisadas eran profundas. Alguien había permanecido un buen rato allí. Una sola persona.

Dupin observó el trazado del camino: venía directamente de la carretera y llevaba directamente a la cresta de la roca a los pies de la cual yacía el cadáver.

—Un poco más abajo hay otra pisada. Y más arriba, otra. Pero la mayor parte del camino o es pedregoso o está cubierto de moho.

En ese momento sonó el móvil de Dupin. Labat, otra vez. No obstante, respondió.

—Señor comisario, ¿por dónde anda? Le estamos esperando. La forense quiere llevarse el cadáver.

—Estoy investigando —repuso Dupin con sequedad—. Confío en que tenga usted algún otro motivo, y bueno, para llamarme.

—La forense dice que aprecia indicios de forcejeo. Aparte de las marcas de estrangulamiento.

—Ah, ¿sí?

Aquello era importante.

—Presenta hematomas en la parte derecha de la cara, la barbilla y el vientre que podrían no deberse a la caída; y también tiene la muñeca derecha rota, lo que tampoco parece provocado por el impacto. De todos modos, ella quiere...

—¿Una muñeca rota?

Aquella riña tuvo que haber sido muy violenta. La víctima había peleado con dureza con su asesino.

—¿Ha dicho alguna cosa más?

—No, pero desde luego, antes de la autopsia, eso ya es algo.

—Ahora voy. Hasta entonces, quédense todos donde están.

Dupin colgó y se volvió otra vez hacia L'Helgoualc'h.

—Bueno, yo...

—¿Una muñeca rota? —La voz de L'Helgoualc'h había cambiado. El tono era inquietante.

—Sí, una muñeca rota.

—Al llegar la noche, en el pantano, las *kannerezed noz*, las lavanderas de la noche, unas mujeres pálidas y esqueléticas, empiezan a limpiar las mortajas de los muertos. Quien se topa con ellas debe imitarlas. Pero si al hacerlo no retuerce la ropa en la misma dirección, ellas le rompen la muñeca y la persona muere desangrada.

Miró a Dupin a la cara.

—No ha muerto desangrado. —Dupin se interrumpió—. Al menos no por una muñeca rota.

Con todo, tenía que admitir que aquellas espeluznantes imágenes le habían desconcertado un poco. Sin embargo, ese tipo de historias ya no le impresionaban. En todos sus casos surgía siempre algún mito o leyenda. A fin de cuentas, aquello era la Bretaña y no podía ser de otro modo. Por otra parte, eso le compensaba un poco la ausencia de Le Ber: de haber estado él, ya le habría contado historias como aquella hacía rato. De todos modos, su inspector las habría narrado con toda suerte de detalles y con mucha gracia. Comparado con él, L'Helgoualc'h se expresaba de un modo muy prosaico. Además, todo indicaba que el policía había decidido dejar ahí el tema y, al momento, estaba de nuevo junto a las huellas.

—Como ya les he explicado, abajo he encontrado las mismas pisadas. Calculo que son de un 45 o un 46. Sospecho que o era un hombre tremendamente gordo o iba muy cargado, con otro hombre, por ejemplo. Las huellas son profundas. —L'Helgoualc'h se colocó justo al lado de las mismas y se quedó quieto un instante. Luego se apartó—. Mire.

Dupin volvió a ponerse en cuclillas. La pisada del policía apenas se distinguía y parecía diminuta en comparación con la otra.

—Yo calzo un 41.

Dupin quedó impresionado. El cálculo de un 45 o 46 era muy preciso.

—Creo que trajo al muerto hasta aquí arriba, aunque no he encontrado señales de arrastre. Seguramente no fueron bastante profundas, ya se sabe, por la lluvia. El hombre se detuvo en varias ocasiones, es posible que para tomar aliento y, preferentemente, donde el suelo es plano. Si hubo una pelea, no fue en este peñasco, sino abajo.

Dupin asintió.

—Calzaba unas zapatillas deportivas. Unas Nike. Él...

—¿Unas Nike?

—La suela se distingue perfectamente.

Dupin volvió a observar las huellas. Aunque las marcas de las pisadas eran claras, no había observado la suela. Aquel L'Helgoualc'h era como un indio rastreador. Seguramente también existiría un vínculo ancestral entre los celtas y los indios del cual aún no tenía noticia.

—Unas formas bastante grandes, parecidas a los panales y, en medio, unas líneas ondulantes. Es un modelo habitual.

—Entiendo.

De ser así, ya tenían la primera pista sobre el asesino. Dejando de lado que tenía que ser alguien bastante fuerte. Zapatillas Nike del número 45 o 46. Dadas las circunstancias, se trataba de una pista decisiva. Aunque era preciso esperar al informe de la científica, Dupin no albergaba ninguna duda acerca de la habilidad de aquel policía.

—Está claro que no es un aficionado al senderismo. Nadie con dos dedos de frente viene a la montaña con ese tipo de calzado.

—¿Hay pisadas de alguien más?

—No.

—Y arriba, en la cumbre, ¿ha encontrado alguna otra pista?

—No. Es todo piedra. Imposible.

—De todos modos, quiero subir.

Dupin se dio la vuelta y tomó el sendero hacia la cresta. En efecto, no era tan cansado como el anterior.

Al poco tiempo, había llegado al último peñasco. La pendiente desde allí era imponente. Escarpada, profunda, plagada de afilados saledizos de piedra.

Dupin apartó la vista y giró en círculo lentamente.

Entre los nubarrones sombríos, habían ido abriéndose espacios cada vez mayores de cielo azul, de forma que a lo lejos podían verse la majestuosa península de Crozon y la bahía de Brest con el Atlántico, *ar mor braz*, «el gran mar». Al este, el pantano de las lavanderas de la noche, rodeado por tres *rocs*. Se veía también el pantano de Saint-Michel y, detrás de este, uno de los mayores bosques bretones, el bosque de Huelgoat, cuna también de historias fabulosas.

—Este lugar se llama «el balcón del Occidente».

De no haber oído llegar a L'Helgoualc'h, Dupin habría dado un respingo. El hombre estaba de pronto a su lado, hablándole con voz ronca y, a la vez, inesperadamente melancólica.

—Puede que a usted los montes de Arrée le parezcan colinas extrañas, pero en realidad son montañas. Unas montañas majestuosas. El macizo armoricano es una enorme cordillera montañosa que viene desde Normandía hasta aquí y recorre cientos

de kilómetros. Durante mucho tiempo, sus cumbres fueron más altas de lo que es hoy el Everest. Superaban los nueve mil metros. Tanto el Himalaya como los Alpes, los Pirineos o el Cáucaso son muy jóvenes comparados con estas montañas: no llegan a los cincuenta millones de años. Los montes de Arrée son diez veces más antiguos. Y esta es, caballero, la verdad sobre estas montañas.

Dupin tenía que admitir que estaba impresionado. Sabía que para los bretones el pasado era tan real como el presente y que un momento en el pasado, por ejemplo, hacía trescientos millones de años, era tan válido como uno actual; así pues, era completamente injusto y arrogante tomar arbitrariamente el presente como único punto válido en el continuo temporal. Y hacerlo además por el simple hecho de pertenecer a los que casualmente estaban vivos era pura altivez, soberbia moderna. Cuando uno miraba el mundo bajo el prisma bretón, los montes de Arrée eran, también hoy, verdaderas montañas.

—Esta es la Bretaña bretonante, aquí late el corazón de la Bretaña más que en ningún otro lugar.

L'Helgoualc'h hizo esa afirmación con tono solemne. En los últimos años, Nolwenn había instruido durante horas a Dupin sobre la Bretaña bretonante. Así se aludía al extremo más occidental de la península bretona, esto es, la Baja Bretaña, cuyo nombre en francés antiguo significaba «lejos de la capital», es decir, de Rennes; para los bretones, rebeldes por naturaleza, aquel era el mayor de los cumplidos.

Allí se hablaba bretón genuino, celta, y no el galo de la Alta Bretaña, el cual, como el francés, derivaba del latín vulgar y, por lo tanto, era un idioma moderno. El celta era, por lo menos, mil quinientos años más antiguo que el francés, un dato de gran importancia para los bretones. De ahí que, con el devenir de los años, la Bretaña bretonante hubiera adquirido la aureola de Bretaña «auténtica». Si el Finisterre era el núcleo de todo, el principio del mundo, el *penn ar bed*, la Bretaña bretonante, era el núcleo del núcleo.

—Voy a examinar el cadáver. —Dupin tenía que irse de verdad—. Un trabajo excelente, señor.

L'Helgoualc'h, como era de esperar, no respondió al halago. De hecho, su mirada se ensombreció.

—El asesino no es de por aquí.

—¿Qué le hace pensar eso?

—A un forastero ese precipicio debió de parecerle el lugar adecuado para deshacerse del cadáver para siempre. Pero cualquier persona que conozca mínimamente la zona sabe que por ahí abajo, no muy lejos, pasa un sendero. Una persona de por aquí se habría deshecho del cuerpo en el pantano. El *yeun-elez* se encuentra a apenas un par de kilómetros de distancia. —Hizo un gesto vago con la cabeza hacia el oeste—. El cadáver no habría salido de allí.

No era una afirmación descabellada.

—Cerca de Kernévez hay un sendero que lleva directamente ahí. En esa zona hay

turberas de varios metros de profundidad, repletas de agua y barro. Habría sido sencillísimo. Tuvo que ser alguien que no conocía la zona. Un extranjero, alguien de paso. Esto no tiene nada que ver con los que somos de aquí.

Por el tono que utilizó L'Helgoualc'h, parecía que hablara de una tribu.

—Ha desaparecido mucha gente en el pantano. Por la noche, sí, pero también de día, a plena luz del sol. —Igual que antes, pasó a relatar aquellos hechos inquietantes sin ningún adorno—. De repente asoma una niebla, la superficie del agua empieza a borbotear, como si el agua de debajo estuviera hirviendo. Si entonces se queda uno ahí parado mirando, está perdido. La curiosidad le costará la vida. El suelo cede. Se oye el aullido de un perro. Y luego uno desaparece para siempre en el *youdig*, la puerta del infierno. Un infierno frío. La última desaparición se produjo hace algunos años: el pantano engulló a tres hombres un día muy claro.

—¿Y no los encontraron nunca? —A Dupin se le escapó la pregunta, algo que le incomodó al instante.

—Jamás. Se peinó la zona del pantano de forma sistemática durante días.

Eso tenía que haber ocurrido antes de que llegara Dupin. No recordaba nada parecido. Se sintió aliviado.

—Así son las cosas por aquí. Todas las noches se oyen aullidos: son los demonios, las almas de los muertos, que se escapan unas horas. De vez en cuando, en los pueblos, aparecen seres que no son lo que aparentan ser ni lo que dicen ser. Hasta hace unos años, los sacerdotes católicos realizaban exorcismos por aquí: metían los demonios en el cuerpo de unos perros negros y luego arrojaban a los animales a las aguas del *youdig*. —L'Helgoualc'h levantó la vista hacia el cielo—. Estas montañas son un lugar especial. Todavía en la actualidad los druidas celebran las ceremonias más importantes en esta zona, sobre todo junto al pantano. Hace poco tuvo lugar la fiesta del nuevo año celta, que congregó a un grupo grande de druidas, unos trescientos.

Dupin había oído hablar de las asociaciones modernas de druidas. Se lo había explicado Le Ber. Curiosamente, el inspector no pertenecía a ninguna, pero conocía a varios miembros de las mismas y, como era de esperar, no encontraba nada raro en ello.

Al parecer, los druidas habían sido el punto final de esas fantásticas observaciones. L'Helgoualc'h dirigió una mirada inquisitiva a Dupin.

—Sí, es muy probable que fuera un forastero.

Dupin intentó sacarse de la cabeza las imágenes de los demonios malévolos.

—Me esperan abajo.

Sin querer miró en dirección al pantano y se preparó para emprender el descenso.

De vuelta al coche. Al mundo normal.

Tenía que concentrarse en hechos concretos: por lo que se desprendía de la situación actual, una persona fuerte habría acarreado a la víctima desde la carretera hasta lo alto del peñasco y la habría arrojado al vacío. A esas alturas, la víctima

posiblemente ya estuviera muerta, estrangulada. Se había producido una lucha violenta. El asesino no era de la zona. Calzaba deportivas. Nike.

Bueno, era algo.

El cadáver tenía muy mal aspecto. Aunque Dupin estaba acostumbrado a cosas como esas, era de las peores que había tenido que ver. «Completamente desfigurado» era una descripción adecuada. Durante la caída, el cuerpo había chocado repetidamente contra las rocas y tenía varias partes literalmente reventadas. El saliente en el que yacía estaba bañado de sangre. Había sangre y otras secreciones pringosas.

—¿Quiere seguir mirándolo más tiempo? Me gustaría poder llevármelo con urgencia a Brest y empezar con la autopsia.

La forense, una representante sorprendentemente simpática de su gremio, de unos cuarenta años, pelo rizado y castaño, y expresión concentrada, se encontraba en el peñasco, junto al cadáver. Dupin estaba a un lado. El paisaje allí abajo era totalmente distinto: los arbustos eran altos y se veían pequeños bosquecillos. A apenas unos pasos se alzaba un único y poderoso roble que proyectaba una sombra alargada.

Dupin había tenido que recorrer un tramo considerable; en coche solo se llegaba a varios cientos de metros del lugar por un camino cubierto de hierbas.

El hombre, por lo que podía decirse, parecía bastante flaco. Dupin calculó que pesaría unos setenta y cinco kilos. Su pelo era rubio trigueño, nada llamativo. Lo que veía era exactamente lo que ya le habían contado.

—Puede llevárselo. ¿Alguna otra conclusión?

—Todo lo que puedo afirmar ahora mismo ya se lo he contado a su inspector. Solo hay una cosa más: encima de la muñeca rota se aprecia parte de un tatuaje. Tal vez podría ayudar a la identificación. Voy a tener que retirar la ropa con un escalpelo, espero que quede suficiente piel como para poder verlo todo. —Habla con tono frío, profesional—. Le llamaré en cuanto tenga novedades.

—Sí, muy bien, gracias.

La forense hizo una señal a dos hombres jóvenes que aguardaban con una camilla junto al saliente.

Dupin se apartó también y se acercó al grupito que permanecía de pie en la hierba a un par de metros. Labat estaba hablando por teléfono. La conversación parecía, cómo no, muy importante.

Se le acercó un joven agente. Dupin lo saludó con gesto vago.

—¿Hemos hablado por teléfono?

—Exacto. Gendarmería de Sizun. Creo que ha conocido a mi compañero ahí arriba.

—¿Hay algo más concreto sobre lo que podría haber ocurrido aquí?

—No.

—¿Algún detalle relevante? ¿Una denuncia de desaparición? ¿Alguien de la zona ha informado de algo extraño?

El agente casi parecía asustado.

—No. Bueno, hasta ahora no.

Habría sido demasiado bonito.

—Los compañeros de la científica quieren saber si buscan algo más por aquí, en la parte baja. Si no, les gustaría subir a la cumbre y proseguir el trabajo.

Increíble. Allí incluso la policía científica tenía buen trato.

—No hay problema. —Dupin se reservó el comentario de que allí arriba posiblemente no encontrarían más que lo que había descubierto aquella especie de indio bretón. Advirtió además que la palabra «cumbre» ya no le hacía sonreír. A partir de entonces vería aquellas montañas de un modo distinto.

—Así pues, ¿no sabemos nada? ¿Nada en absoluto?

—Sí, bueno, no. —El agente adoptó una postura casi marcial al responder.

—Buen trabajo. —Aunque Dupin había empleado un tono animado, se dio cuenta de que estaba poniéndose de mal humor. En cualquier caso, el agente parecía más aliviado.

No tenía nada más que hacer ahí. Y en la cumbre tampoco.

En realidad, lo que necesitaba Dupin era un café. Le resultaba imprescindible para evitar que el mal humor fuera en aumento, y también porque lo que le hacía falta, sobre todo, eran ideas y tener la mente despierta. Todo apuntaba a que, de repente, tenía dos casos. Y ambos un verdadero misterio. El caso de allí y el de Port du Bélon.

—¿Cuánto hay hasta Sizun?

—Apenas unos minutos en coche.

—¿Es la localidad más cercana?

—Sí.

—Iré a echar un vistazo por ahí.

La actitud del agente dejaba traslucir que le hubiera gustado preguntar el motivo pero intuía que era mejor no hacerlo.

—Ya estoy aquí, señor comisario.

Se les había acercado Labat, el solícito inspector de Dupin.

—Fin de la llamada. Todo va de maravilla.

Su cara, en cambio, decía otra cosa. Parecía nervioso e inquieto, aunque procuraba disimular.

—¿Qué ocurre, Labat?

El inspector vaciló.

—No. Nada. Va todo perfectamente.

—Muy bien.

Fuera lo que fuese, Dupin no estaba dispuesto a sonsacarle.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y regresó al coche.

Sizun era una localidad diminuta. Un lugar bonito. Y, en efecto, tal como le habían dicho, estaba a pocos minutos en coche de las montañas.

Dupin estaba sentado delante del bar del Hôtel des Voyageurs. Sentía el calorcillo del sol, magnífico, en la piel, como si el astro quisiera dejar muy claro de lo que era capaz a principios de abril.

Un par de mesas y sillas de madera sencillas. Uno de esos bares —braserías, restaurantes— sencillos y auténticos que había en cualquier pueblecito francés, incluso en el rincón más recóndito del país. A Dupin le encantaban. Aquellos locales garantizaban un buen entrecot con patatas fritas y un tinto aceptable, lo cual constituía uno de los pilares básicos de la gran nación francesa. Igual que los demás edificios de la pequeña plaza central, el Hôtel des Voyageurs era una hermosa casa antigua de piedra encalada y forma alargada, con los marcos de las ventanas, los toldos y demás detalles de un verde extravagante. Allí se reunía todo el mundo, todos los días, por la mañana, al mediodía y, sobre todo, por la tarde; allí se desarrollaba la cotidianidad que conformaba la vida de las personas. En esos lugares, Dupin era capaz de permanecer sentado durante horas y observar cómo la gente vivía sin más. Allí celebraban lo ordinario y también lo extraordinario: nacimientos, bautizos, compromisos, bodas, aniversarios y entierros.

El comisario ya había pedido un café de los que no contaba y se lo había tomado. Le había provocado un dolor intenso. Había pedido también un bocadillo de jamón y queso por prudencia, para ofrecer algo más a su estómago. Por otra parte, tampoco sabía cuándo podría volver a comer algo. Cuando tenía un caso, con las comidas, nunca se sabía. El bocadillo que tenía delante era impresionante: se lo habían servido en un plato grande y, aun así, se salía del mismo.

Poco antes Dupin había hablado con Nolwenn. Brioc L'Helgoualc'h, el rastreador, era toda una institución en la policía del Finisterre, aunque hasta entonces Dupin no había oído hablar de él. No le pasó desapercibido el profundo respeto que se destilaba en la voz de Nolwenn.

Según le había indicado tres o cuatro veces, Nolwenn aún no tenía noticias de Le Ber ni de su examen. La parte escrita de la prueba había empezado a las nueve. En cambio, y con cierto retraso respecto a lo habitual, el prefecto sí había llamado. Gerard Guenneugues, un hombre de nombre impronunciable, carácter insoportable y, por desgracia, una persona ineludible. Quería que Dupin le llamara. «Urgentemente». «De inmediato». Eso no sorprendió al comisario: cuando se olía un delito que podía darle notoriedad, el prefecto se hacía notar. Lo curioso era, según Nolwenn, que aunque el prefecto quería hablar con él acerca del cadáver de los montes de Arrée, deseaba hablarle principalmente de otro tema. «Un asunto extraordinariamente delicado».

Dupin no tenía la menor idea de qué podía tratarse. Y, en realidad, no tenía ningunas ganas de averiguarlo. Pero no había tenido más remedio que prometérselo a

Nolwenn, que parecía darle mucha importancia. La experiencia le decía que en esos casos era aconsejable hacerle caso. Ya habían pasado diez minutos.

El comisario suspiró, dio un par de mordiscos al bocadillo y sacó el teléfono.

Lo tenía en la mano cuando se oyó aquel timbre monótono. Un número oculto. Tras vacilar un instante, descolgó.

—¡Comisario! Soy la señora Bandol. Tengo que hablar urgentemente con usted. Es importante.

Hablaba a gran velocidad.

—¿Qué le ocurre?

—Es sobre el suceso. He recordado más cosas.

Dupin se incorporó, interesado. Eso no se lo esperaba. La señora Bandol parecía estar muy segura y tenía la cabeza muy despejada.

—Cuénteme.

—De momento todo depende de lo que yo recuerde, ¿verdad? No tenemos nada más. —Hizo una breve pausa.

—Así es, señora Bandol.

—El hombre llevaba vaqueros. Seguro. Tenía, como le dije, el pelo muy corto, de color castaño oscuro, o incluso negro. ¡Muy oscuro! —Seguía hablando rápido, con apremio—. Y llevaba unos zapatos con pájaros. Al menos uno. Puede que fuera solo uno. Y chaqueta, no abrigo. No era tan larga como un abrigo. Y era de color verde oscuro. ¡Lo que dije! De color verde oscuro. Esta noche lo he visto claramente.

—¿Dice usted que lo ha visto claramente esta noche?

—Lo he visto todo. En un sueño.

—¿En un sueño?

—¡Y tanto! ¡Lo he visto con absoluta claridad!

Dupin vaciló.

—¿Quiere decir que lo ha soñado?

—Cuando sueño, lo veo todo. Incluso cosas de las que antes no me había percatado.

—Entonces, cuando sueña, recuerda cosas que ha olvidado.

—¡Eso mismo! Así pues, ya puede apuntárselo todo en esa libretita roja suya. Por cierto, yo también uso solo libretas Clairefontaine.

—Yo... ¿Hay alguna otra cosa, señora Bandol? ¿Ha soñado algo más?

—Me parece que es bastante. —Su voz adoptó un tono severo que Dupin ya conocía—. Si lo suma todo, obtendrá una imagen bastante precisa. Con eso se puede trabajar. Creo que es suficiente para conseguir una identificación. ¡Y así sabremos más!

—Me parece...

—¡Tiene que transmitir esos datos sin demora, comisario!

Dupin aún no sabía qué decir. Se serenó.

—Eso haré, señora Bandol. Sin demora.

—Perfecto. Manténgame al corriente. Ah, y sobre el hombre de la foto: no era él, imposible. Tengo aquí a una joven compañera suya. Ya se lo he dicho a ella. Esa foto no nos sirve de nada. Por muy reciente que sea ese muerto, no es el mío. ¡Hasta pronto, señor comisario!

Colgó. Dupin estaba perplejo. Se frotó las sienes.

El camarero le sirvió entonces un botellín de agua, que Dupin había pedido por pura desesperación, para no tomar otro café. El camarero le había dirigido una mirada de extrañeza, aunque no era ninguna sorpresa: en la Bretaña no se veía con buenos ojos beber agua. Los motivos eran de salud. Según los bretones, el agua oxidaba el cuerpo. *L'eau ça fait rouiller, l'alcool ça conserve!*, decían. «El agua oxida, el alcohol conserva». Con todo, Dupin se sirvió un poco. Luego sacó la libreta. Por la mañana, había comenzado de nuevo, esta vez, desde atrás, a la inversa. Por los montes de Arrée. El comisario añadió un par de cosas.

Cuando terminó, volvió a sonarle el teléfono.

El prefecto.

Al parecer el asunto era muy serio.

—¿Diga?

—Como siempre, comisario, no es posible dar con usted cuando se le necesita.

Con los años, Dupin había aprendido a hablar por teléfono con el prefecto sin que ello no derivara forzosamente en una catástrofe. Primero, en la fase colérica, lo mejor era no decir nada. En esos casos Guenneugues no necesitaba a nadie. Lo único que había que hacer era dejarle hablar.

—Siempre estamos igual. Pero, escuche, hay algo más importante. Se trata de Labat, su inspector. Tenemos un problema.

Dupin era todo oídos.

—¿Qué clase de problema?

—Hay sospechas iniciales de que anda metido en una actividad delictiva. Se le acusa de participación en los preparativos de un robo de arena en la playa de Trenez. La comisaría de Lorient me ha informado al respecto. Le han abierto un expediente disciplinario, está implicada la administración central. La comisaría lleva siguiendo la pista de una asociación criminal de forma encubierta desde hace meses y han obtenido las primeras pruebas. Con apoyo de París. Ellos...

—¿Qué dice que ha hecho Labat?

—Robar arena en grandes cantidades. Se la llevan de noche y él...

—Esto está totalmente fuera de lugar. Es un disparate. ¡Menuda tontería! —espetó Dupin interrumpiendo al prefecto—. Me refiero a lo de Labat.

—Hay pruebas. Fotografías del inspector explorando la arena de forma sistemática por la noche. Noches en que, ojo, no estaba de servicio. Vestido de negro y con una cómplice.

—¿Una cómplice?

Aquel asunto amenazaba con salirse de madre.

—Utiliza un nombre falso para ponerse en contacto con algunas empresas constructoras y ofrecerles cargas de arena. El material es profuso y de los últimos tres meses. Este asunto es gravísimo.

Increíble. Lo de los colegas de Lorient parecía una acción secreta de gran alcance.

—Es normal que lo hiciera. Él... —Estúpidamente, Dupin se encontró metido en aquella vorágine. ¿Cómo explicar al prefecto lo que él suponía, que Labat, obsesionado con los robos de arena, había investigado por su cuenta fuera de las horas de servicio?

—El inspector se encuentra en una posición muy delicada, comisario. Es su hombre. Deberíamos...

—El inspector Labat, como no puede ser de otro modo, investiga por orden mía, señor prefecto. En secreto.

El propio Dupin se sorprendió ante sus propias palabras. No se había parado a pensar, solo se daba cuenta de que estaba furioso. Labat podía ser muchas cosas, entre otras, insufrible, pero no era un delincuente. Aquellas acusaciones eran ridículas. Además, el inspector formaba parte de su equipo y, en ese sentido, Dupin no admitía bromas. En situaciones apuradas, se aparcaban las diferencias y antipatías personales.

—Ah, bien, entonces, asegura usted que él... —El prefecto no lograba articular palabra. La afirmación de Dupin lo había dejado totalmente desconcertado—. ¿Qué significa todo eso?

—Que desde hace tiempo en Concarneau también nos preocupa el tema de los robos de arena; evidentemente nos ha puesto en alerta el asunto de las playas de Kerouini y Pendruc. La investigación de Labat se ha centrado sobre todo en la playa de Trenez.

A Dupin no le quedó más remedio que decir algunas cosas al azar para aparentar veracidad y tapar, en lo posible, cuanto había hecho.

—Por orden nuestra, ha investigado de incógnito, fuera de horas de servicio, en lugares y con procedimientos sospechosos. Se lo pedí yo.

—¿Y quién es la mujer que lo acompaña? —Por desgracia, aquella pregunta ponía a Dupin en un aprieto—. Se le ha sido visto varias veces en la playa en plena noche con una mujer semicamuflada. Solo se le ve el cabello.

—Es para disimular. —Dupin siguió improvisando—. Se hace acompañar por una mujer para aparentar que son una pareja de enamorados.

Ya que se ponían románticos: Dupin sospechaba que aquella debía de ser la mujer de Labat, la profesora de lucha de la policía de Rennes. Prefirió no decir nada al respecto.

—Eso no hay quien se lo crea. ¿Por qué no fui informado?

—No teníamos más que una vaga sospecha.

Dupin también estaba sorprendido; siempre había creído que el prefecto sentía una predilección especial por aquel inspector tan solícito, que mostraba siempre una

actitud tan dócil hacia él; de hecho, pensaba que al prefecto le gustaba usar a Labat como prolongación de su propia persona. En ese momento, en cambio, lo dejaba caer como si fuera una patata caliente. Aquel gesto lo decía todo de su carácter.

—Fui yo quien le dio las instrucciones. De todo —insistió Dupin.

No le quedaba otra opción más que huir hacia delante. Solo deseaba que, en aquella locura por el robo de arena, Labat no hubiera cometido demasiadas estupideces. En cualquier caso, y en honor a la verdad, el comisario se temía lo peor.

—¡Se acaba de inventar usted todo esto! —El prefecto, curiosamente, mantenía un tono tranquilo.

—Ya ve, señor prefecto, que fue una medida correcta. Es evidente que algo de fundado había en nuestras sospechas.

De todos modos, eso carecía de importancia en aquel momento: a Dupin le asombraba que la obsesión de Labat tuviera, en realidad, algo de cierto.

—Ya veremos qué dice el inspector Labat en su defensa. Ahora mismo hay una patrulla de camino a los montes de Arrée para recogerlo e interrogarlo.

—¿Ha dicho usted que han ido a recogerlo?

—Esas acusaciones deben aclararse. El asunto ya no está en mis manos. Estas cosas, cuanto antes, mejor. Si confirma lo que usted dice, no hay nada que temer.

Labat, en un coche patrulla de camino hacia un interrogatorio en un procedimiento disciplinario. Dupin apenas podía creerlo.

—De todos modos, comisario, ahora mismo tenemos asuntos más urgentes entre manos. ¿Qué hay del cadáver de los montes de Arrée? ¿Y del de Port du Bélon de ayer, ese que luego desapareció?

Dupin tenía que llamar de inmediato a Labat. Charlando con el prefecto no iba a hacer nada por él.

—Acabamos de empezar la investigación en los montes de Arrée. Hace dos horas.

—Y, por lo que veo, aún no se sabe nada.

—No, pero todo está bien encaminado. Pronto tendremos las primeras conclusiones.

—Bien. Eso es lo que quería oír. La prensa ya ha empezado a armar revuelo. En internet ya hablan del «cadáver del pantano del infierno».

—No estaba en el pantano, sino a los pies de Roc'h Trévél.

Por fortuna, Dupin no había tenido noticias de la prensa. Pero aquello, sin duda, era un filón. Bastaba con pensar en el grupo de excursionistas para ver que ya había un buen número de personas dispuestas a contar historias de lo más jugosas.

—En cuanto a Port du Bélon, el titular dice «¿Un cadáver o ninguno?». Afirman que la policía todavía no sabe a ciencia cierta si ayer se produjo o no un asesinato. Huelga decir que no son los titulares que me complace leer. Tendré que hacer una declaración, ya sabe. Es mi responsabilidad.

Dupin tuvo que contenerse para no perder la calma.

—Partimos de la premisa de que ha habido un crimen. En efecto. También en el caso de Port du Bélon.

El prefecto guardó silencio. Dupin le dejó tiempo.

—Bien, en tal caso, espero que lo resuelva usted cuanto antes. Lo mismo que el asunto de las montañas. ¡Ah, comisario! En cuanto a lo de Labat... No le dé más vueltas. ¡Sea prudente!

Dupin no estaba dispuesto a responder a eso.

—¡E informe! ¿Entiende? Va a informarme usted con regularidad. Es una orden. Y ahora, tengo una cita importante.

Al instante, el prefecto había colgado.

Dupin estaba atónito.

Los disparates no dejaban de sucederse. Se encadenaban alegremente. Y lo peor era que cada vez eran más graves.

¿Qué le había pasado por la cabeza a Labat? El comisario, por desgracia, sabía cuál era la respuesta. Seguramente Labat, testarudo como un terrier, se habría ido obcecando cada vez más con aquella teoría del robo de arena. Eso era.

Otra cosa que no comprendía Dupin es que, si bien él jamás había soportado del todo al comisario de Lorient, nunca se habían enemistado en serio y, aunque era cierto que se habían producido algunas escaramuzas, la sangre nunca había llegado al río. ¿Por qué no le había llamado? De haberlo hecho, habría podido aclararle el asunto de antemano. Y habría podido hablar con Labat.

El comisario movió la cabeza: no era momento para esas preguntas. Había cosas más urgentes. Su inspector estaba a punto de verse gravemente perjudicado.

Dupin marcó el número de Labat. El inspector tardó un poco en responder.

—Señ...

—Labat, sostenga el móvil contra la oreja y escuche atentamente. Sé que está usted en un coche patrulla y que seguramente tiene alguien sentado a su lado, así que solo responderá con un sí o un no y lo hará en un tono que no llame la atención. — Dupin hizo una pequeña pausa, a modo de prueba.

Labat se tomó un momento y luego dejó oír un sí relativamente neutro.

—Muy bien. Y ahora recuerde lo que le voy a decir: yo no solo estaba al corriente de todo lo que ha estado haciendo usted, sino que le di órdenes de hacerlo. Yo, en persona. De todo. Y por ello se entienden todas las sandeces que ha estado usted haciendo en relación con su investigación sobre los robos de arena. ¿Me ha entendido?

Esa vez pasó algo más de tiempo hasta que llegó la confirmación.

—Sí.

—¿Era su esposa, Labat?

—Sí. —El tono de voz era lastimero, si bien se apreciaba el esfuerzo del inspector por mantener la calma.

—¿Ha hecho usted algo ilegal en el curso de sus, digamos, investigaciones?

—No.

—¿Seguro que no?

—No. Quiero decir, sí.

—Está bien.

Silencio.

—¿De verdad que no anda metido en nada raro? ¿En nada que sea objeto de delito?

Por prudencia, mejor preguntar.

—No.

—En tal caso, no le pasará nada. Yo me ocuparé de todo. Pronto volverá usted a estar de servicio.

—Sí. —Siguió una vacilación, luego un «gracias» de alivio y un comentario propio de un niño testarudo—: Ya ve usted que llevaba razón: hay gente robando arena.

Dupin colgó.

Todo aquel asunto era de locos. Debía mantener la cabeza fría. Era muy posible que se hubieran cometido dos asesinatos y tenía que andar pendiente de las cabriolas absurdas de su inspector.

Dupin había convocado a los dos policías de Sizun —L’Helgoualc’h, el rastreador, y el muchacho joven— a una breve charla en el Hôtel des Voyageurs. Durante las horas siguientes no tendría a nadie que pudiera ayudarlo: tenía a un inspector haciendo un examen de historia bretona y al otro, en un coche patrulla acusado de delito. Fabuloso.

Mientras esperaba, había vuelto a hablar con Nolwenn. Sobre todo, claro está, acerca de Labat. Evidentemente, ella se hallaba al corriente de todo, pero, aun así, estaba fuera de sí. Estaba decidida a llamar personalmente al prefecto. En cuanto al cadáver hallado en los montes de Arrée, no se le había ocurrido nada.

Los dos agentes se habían sentado a la mesa de Dupin, en la calle, y le habían hecho un breve informe. El cadáver se encontraba en Brest; la autopsia ya había empezado y la policía científica había finalizado su trabajo sin nuevos resultados. Como era de esperar, en la cumbre no habían hallado nada más que L’Helgoualc’h y habían confirmado sin excepciones lo que este había averiguado. Habían comprobado también la suela de la pisada con la base de datos y, en efecto, se correspondía a una zapatilla Nike. La empresa las usaba en tres modelos distintos. Otra cosa importante era que no habían hallado más huellas. Era altamente probable que en Roc’h Trévél solo hubiera habido un asesino.

—Pero alguien tiene que haber notado la desaparición de ese hombre. Desde ayer al mediodía o por la tarde. —Dupin no lo entendía—. ¿No hay ningún aviso?

L’Helgoualc’h había hablado poco hasta el momento; su joven compañero había

sido el encargado de informar.

—No, señor comisario. En ningún sitio. La forense ha limpiado la cara del fallecido y nos ha enviado una fotografía por correo electrónico. Me parece que, a pesar de las heridas, se le reconoce bien.

—Hágala correr. Pásela también a la prensa. —Dupin estaba harto. Tenían que hacer algo. No podían esperar, sin más, a que alguien se pusiera en contacto con ellos—. Envíela a todos los departamentos de la Bretaña y del resto del país.

—Hemos pensado en mostrarla por los bares y restaurantes de la zona. —El joven buscó la mirada de Dupin—. Aquí, entre nosotros, es un método efectivo.

El comisario asintió.

—¿Cuándo fue la última vez que se produjo un asesinato en esta zona? —Dupin le había dado vueltas a ese asunto. Tenía que haber pasado mucho tiempo.

—Fue en 1962. Una granjera mató a su marido, borracho, después de que este atropellara el caballo de la familia al llegar a la granja de noche a toda velocidad. —L’Helgoualc’h explicaba aquello con un tono impasible—. El hombre venía de este bar.

Dupin no preguntó más. Sabía del valor que tenían los caballos en el campo bretón. Nolwenn conocía decenas de historias sorprendentes sobre caballos gracias a su extenso clan. Durante siglos aquel animal había sido lo más valioso de una familia. El bienestar y la reputación de la misma dependían del número de caballos que poseía. A menudo incluso vivían en las casas, con la familia, y se llamaban como las esposas: Charlotte, Marianne o Ma Chérie. La pérdida violenta de un caballo era, por lo tanto, un motivo plausible de asesinato.

—Eso es todo. Nada más, ¿verdad?

—Nada de importancia. Muchos delitos por consumo de alcohol, pero todo bastante inocente. —L’Helgoualc’h se encogió de hombros—. Pocas veces hay robos. Y si se dan es a causa de alguna rencilla, por venganza.

—¿Y qué hay de la ropa del cadáver? ¿Se sabe algo?

El joven agente recuperó protagonismo.

—La forense nos informará de marcas, tallas y particularidades que permitan sacar conclusiones. Seguramente lo recibiremos muy pronto.

Dupin se inquietó al recordar algo.

—¿Alguna cosa sobre el tatuaje?

—Aún no.

—Bien, entonces...

Dupin se calló. Se le acababa de pasar algo por la cabeza. Se le había ocurrido al hablar de la ropa. La idea tal vez fuera extraña, pero en esas circunstancias, se dijo, por qué no. Era algo que había dicho la señora Bandol. Sobre uno de los detalles que había recordado por la noche, en el sueño.

Dupin se levantó sin explicación.

Necesitaba un ordenador. Tenía que comprobar una cosa. ¡El *smartphone*!

Siempre se le olvidaba lo que ese aparatito podía hacer.

Se inclinó ante la pantalla, buscó el navegador y lo abrió. Tras equivocarse dos veces, escribió al fin lo que buscaba. Al cabo de unos segundos, obtuvo las primeras imágenes. La cara del joven policía reflejaba un gran desconcierto; la de L'Helgoualc'h, un escepticismo profundo.

—Sí, podría ser. —Dupin siguió avanzando por la pantalla—. Sí. Bueno. —Miró a los dos policías—. Tengo que marcharme. Es importante.

Era importante y lo tenía que comprobar en persona. Tenía que hablar con la señora Bandol.

—Infórmenme de inmediato si surge alguna novedad.

—Entendido —dijo el joven agente, todavía sorprendido por la conducta repentina del comisario.

—Gracias. Y, de nuevo, ¡buen trabajo!

Dupin dejó un billete en el platillo de plástico y se marchó con paso rápido.

Tenía prisa.

—¡Ya está! ¡Ya ha salido! —Nolwenn estaba entusiasmada.

Qué rápido. No es que sorprendiera mucho a Dupin, pero el prefecto, precisamente por su escasez de luces, a menudo era un hueso duro de roer. Además, aquel asunto no dependía solo de él: los procedimientos disciplinarios era una cuestión tremendamente formal.

—¿Cómo lo sabe? Labat ha...

—No, no es Labat. ¡Es el inspector Le Ber! ¡El examen, el diploma! Dice que se lo sabía todo. —A la alegría se unía entonces cierto orgullo—. De todos modos, no esperaba otra cosa.

Dupin había dejado el coche arriba, en el aparcamiento de Port du Bélon, y luego había bajado por el pequeño callejón que llevaba al muelle. Ahí era donde lo había localizado Nolwenn. Estaba a punto de llegar. Durante el trayecto, había pedido una cosa a la joven policía de Riec, a lo que ella había respondido con un «Tranquilo, tengo en casa». Magalie Melen había organizado el encuentro con la señora Bandol en pocos minutos.

—¿Qué le parece, señor comisario? —le preguntó Nolwenn, lo que interrumpió sus pensamientos.

—Bueno, pues que me alegro, claro.

—¿Sabe qué tema salió? —Nolwenn estaba tan emocionada que costaba pararle los pies—. ¡América!

—¡Qué bien! Seguro que Le Ber nos lo contará con todo lujo de detalles.

Un intento fallido.

—¡América existe gracias a los bretones! ¿Sabe quién descubrió América? ¡Pues los pescadores bretones de la isla de Bréhat! Y muchos siglos antes que Colón. Ellos

llegaron a Terranova. Está todo documentado. ¿Y qué me dice de la independencia americana? —Dupin casi podía ver el brillo en los ojos de Nolwenn—. ¡Fue gracias a los bretones! Fue el marqués De la Rouërie quien asestó el golpe de gracia definitivo a los ingleses con el cuerpo que dirigía. Y luego está lo de Halloween. Pero eso ya lo sabe, ¿verdad?

Dupin deseó que aquello no fuera más que una pregunta retórica.

—¡Es una celebración totalmente bretona! A principios de noviembre, con los primeros fríos, los celtas celebran el Samhain. Esa noche se abren las puertas ocultas del mundo oscuro y unas criaturas siniestras vagan por nuestras esferas. En los siglos XVIII y XIX, unos inmigrantes celtas llevaron consigo sus leyendas y costumbres a Norteamérica y surgió Halloween.

Muy interesante, sí, pero no en aquel momento.

—No se preocupe por Labat. —Nolwenn volvió sin más a la cruda realidad—. Digamos que ya he hablado largo y tendido con el prefecto. Y también le he dejado muy clara mi opinión al comisario de Lorient. —Dupin estuvo a punto de pedirle detalles sobre aquello, pero prefirió dejarlo correr—. Creo que pronto volverá con usted.

—Excelente.

Dupin no se habría imaginado ni en sueños que acabaría diciendo tal cosa sobre Labat. Sin embargo, era sin duda una buena noticia; de hecho, era un verdadero alivio.

—Y Le Ber se reunirá ahora con usted. Por cierto, ¿dónde está?

—Estoy delante de La Coquille. Quiero hablar con la señora Bandol. Y luego echaré de nuevo un vistazo al aparcamiento donde estaba el cadáver.

—Así que ¿sigue usted convencido de que la señora Bandol vio un cadáver?

—En efecto. —Dupin vaciló—. Tengo una pequeña teoría que quiero comprobar.

—¿La señora Bandol ha vuelto a rebuscar en su memoria y ha recordado alguna cosa más?

—Bueno, en realidad, dice que —Dupin era, consciente de que aquello iba a sonar extraño— vio el cadáver por la noche, mientras dormía. Al parecer, con más claridad. Dice que vio un par de detalles más.

—¡Igual que la tía Marguerite! Cuando sueña, se acuerda de todo lo que ha pasado por alto durante el día. A veces le preguntas algo y te pide que vuelvas a preguntárselo a primera hora del día siguiente. Y entonces, en efecto, vuelve a acordarse de todo. Señor comisario, no es nada raro.

Cualquier sospecha de que Nolwenn pudiera dudar de su estado mental era totalmente injustificada. Debería haberlo pensado: la realidad de los sueños era algo evidente para los bretones.

—Vaya usted a saber, igual así se acuerda incluso de otras cosas. A veces es sorprendente. En fin, no permita que le confundan, comisario, aunque no tenga nada tangible. Ya conoce el lema bretón: «¡Nada es más cierto que lo que no se ve!». El

mundo es un bosque encantado. Por todas partes hay un significado oculto. Y los sueños son señales de una eficacia probada desde tiempos inmemoriales. En fin —de nuevo Nolwenn pasaba directamente a lo práctico—, le diré al inspector Le Ber que se reúna con usted en el aparcamiento.

Dupin se encontraba ya ante la entrada del restaurante, adornada con docenas de letreros de colores colgados por doquier; Ostras de la Bretaña, placer en estado puro, prometía el de mayor tamaño. Dupin estaba impaciente. Quería saber si había algo de cierto en su sospecha. Tal vez aquella ocurrencia fuera descabellada.

—Bueno, pues gracias, Nolwenn.

—En cuanto a la fiesta de pasado mañana... —La voz de la secretaria adquirió entonces un dejo severo. Dupin se estremeció. Por suerte la conversación tomó un rumbo diferente del que había temido—. Olvídelo por hoy. Tiene usted cosas que hacer y los asesinatos son lo primero. He confirmado el menú con Alain Trifin. Casi todo el mundo ha confirmado también su asistencia. Incluso la comisaria Rose me ha dicho que vendrá, siempre y cuando, me ha pedido que se lo dijera, no se produzca ningún tiroteo en las salinas y el viento y el sol así lo quieran. Eso es todo. ¿Alguna cosa más?

—No.

—Entonces llamaré ahora mismo al inspector Le Ber.

Y con esto último colgó.

Dupin se quedó parado delante de la puerta del restaurante. Inspiró hondo y entró. Jacqueline le saludó desde el mostrador. Parecía estar esperándolo.

—Ahí lo tiene. —Señaló con la cabeza hacia el final del mostrador, donde había un pequeño paquete.

—Genial. —Dupin, contento, se hizo con él al pasar. Magalie Melen había sido rápida con el encargo.

La señora Bandol estaba en la mesa del día anterior, algo que Dupin agradeció; formaba parte de su carácter establecer de inmediato hábitos en cualquier lugar. El perro estaba esa vez junto a la puerta de la terraza, con la nariz pegada al cristal. Parecía nervioso.

—Acérquese, comisario, acérquese. ¿Qué hay? Parece un asunto muy urgente.

La señora Bandol atrajo a Dupin hacia su mesa. En esa ocasión vestía en tonos azul claro de la cabeza a los pies; llevaba de nuevo falda larga y una blusa sencilla de escote amplio y redondo, que le daba un aspecto casi juvenil, y el pelo cuidadosamente revuelto, más que el día anterior.

—Tengo que enseñarle una cosa, señora Bandol. —Dupin se había quedado de pie—. ¿Verdad que me ha hablado usted por teléfono de unos zapatos con pájaros?

—¡Sí, y tanto!

—Unos zapatos con pájaros. Es una de las cosas que ha recordado en su sueño. Uno de los nuevos detalles.

Dupin sacó entonces unas zapatillas deportivas del paquete. Estaban sucias de

barro, era evidente que se usaban a menudo e hiciera el tiempo que hiciese. De todos modos, lo que le interesaba se veía con claridad. En verde neón sobre fondo oscuro. Una especie de gancho estilizado, que también podía interpretarse como un pájaro estilizado.

El logotipo.

—Me gustaría saber...

—¡Qué sagaz es usted, comisario! Al verle, nadie lo diría... Sí. Aunque era de otro color. Ahora me acuerdo: las zapatillas eran negras, y los pájaros, rojos. Sí. ¡Eso es! Son las zapatillas del muerto. ¡Son exactas! ¡Ya lo tenemos!

Algún punto en el rincón más remoto del cerebro de Dupin se había activado cuando la señora Bandol le había hablado de unas zapatillas con pájaros. Le ocurría con frecuencia: empezaba a asociar, a combinar y finalmente, más tarde, sacaba algo en claro de todo aquello. Era uno de los motivos por los que no le gustaba hablar de su «método».

—¿Está usted segura, señora Bandol? ¿Al cien por cien?

Aquel detalle era absolutamente decisivo.

—Tanto como de que estoy aquí ahora mismo. Ya se lo he dicho: en el sueño distinguía perfectamente esos pájaros.

—¿Y ahora se ha acordado de los colores?

—Como si los tuviera delante.

Dupin se sentó.

—Unas Nike. La víctima llevaba zapatillas Nike —murmuró de modo casi inaudible.

—¿Y qué significa eso, comisario?

En lugar de contestar, Dupin sacó el móvil. Tenía que comprobar una cosa más. Otro punto al que agarrarse. Otra certeza.

—Ha dicho usted que las zapatillas eran negras. —Dupin había regresado a la página de internet del fabricante, introdujo el color y, al cabo de unos instantes, obtuvo los resultados de «con logo rojo». Analizó la lista, modelo por modelo—. Completamente negras, bueno, excepto por la marca roja. ¿Sin ningún otro color en la suela ni nada?

—¡Completamente negras! —La señora Bandol parecía molesta por la repetición de la pregunta.

—Aquí está. —Dupin había dado con lo que buscaba—. ¿Algo así? —Le enseñó el móvil a la señora Bandol.

—¡Exacto! Los colores, el modelo... ¡Sí, eran exactamente así! ¡Bravo!

Había llegado el momento decisivo.

Dupin hizo clic en una de las imágenes adicionales que mostraban la suela. Al instante obtuvo la fotografía ampliada: las estructuras eran parecidas a los panales de abeja, con unas líneas ondulantes. Estaba claro.

El modelo existía. Era justo ese: unas Nike de color negro con el logotipo rojo y,

lo más importante, con la misma suela especial que las huellas de los montes de Arrée.

Dupin se pasó la mano repetidamente por el cabello. Tenía que concentrarse.

—¡Dígame lo que piensa, comisario! Si no, ¿cómo le voy a ayudar?

Dupin frunció el ceño.

—Hemos encontrado huellas de este tipo de zapatillas exactamente —dijo señalando la pantalla del móvil— en Roc'h Trévél, en el punto desde el que arrojaron a la víctima al vacío. El asesino llevaba este calzado.

La señora Bandol abrió los ojos, sorprendida, y su expresión reflejó un profundo horror. Luego movió la cabeza poco a poco, con un gesto muy teatral.

—¡Entonces, ese era mi muerto! —La mujer adoptó una actitud excitada—. ¡Mi cadáver! ¡El cadáver que desapareció en Port du Bélon era el del asesino de Roc'h Trévél! ¡No hay otra explicación!

La conclusión era fabulosa. Era justo lo que había pensado Dupin. Dando por sentado que la señora Bandol se acordara, en efecto, de las zapatillas y de todo lo demás, aquello suponía un cambio tan espectacular como desconcertante. Intentó formular una conclusión posible.

—Ayer por la mañana, el hombre de las Nike mató al que hemos encontrado esta mañana en Roc'h Trévél para suicidarse al cabo de dos horas a cien kilómetros de Port du Bélon.

Los dos casos eran uno solo.

—También podría ser que, simplemente, los dos llevaran las mismas zapatillas, tanto el asesino como el muerto de ayer —objetó la señora Bandol.

—No lo creo.

Su instinto le decía que no podía ser una casualidad.

—Yo tampoco. —La señora Bandol sonrió con complicidad—. Esto se está poniendo muy emocionante.

Dupin no quería engañarse. Todo resultaba muy aventurado, sumamente especulativo. Arriesgado. En cualquier caso, si partían de la premisa correcta, las consecuencias que se derivaban de la misma eran de una lógica aplastante.

—Me gustaría encargarme un retrato robot de ese hombre, de su muerto. Puede que tengamos suerte si lo enviamos con la otra fotografía. Tal vez vieran juntos a los dos hombres en algún sitio.

No tenían suficientes detalles para obtener una cara, por supuesto, pero sí algunos datos sobre lo que vestía el muerto, el asesino, en realidad. Aunque aquello, claro, era muy poca cosa, por el momento no tenían nada más a lo que agarrarse.

La señora Bandol volvió a negar con la cabeza.

—Las posibilidades son muy remotas, pero, de acuerdo, hagamos un retrato robot. Puede que me haga recordar algún otro detalle. Ya se verá. La memoria es una caja de sorpresas.

—Pediré que venga un retratista a visitarla.

Si la historia que iba tejiéndose era cierta, el caso tenía unas dimensiones enormes. Significaba que, al menos, había una tercera persona implicada en lo ocurrido y que esta andaba suelta. El asesino del asesino. Por otra parte, no tenían nada que les indicara de qué iba el asunto, de sus implicaciones. Se movían totalmente a ciegas.

Dupin sintió una urgencia apremiante, una sensación que le resultaba familiar, el estado de ánimo que le sobrevenía cuando los casos se complicaban.

—Muchas gracias, señora Bandol. —El comisario se levantó—. Si recuerda algo más, háganoslo saber de inmediato.

En el rostro de la mujer se reflejó un disgusto mayúsculo.

—No pretenderá dejarme aquí sola con unos sucesos tan extraordinarios. Por otra parte, es hora de almorzar y tendrá que comer usted algo. Podemos seguir investigando mientras comemos.

Dupin cogió las zapatillas y volvió a meterlas en el paquete arrugado.

—Lo siento, señora Bandol, pero tengo que marcharme.

Tras una breve reflexión, ella volvió a esbozar una gran sonrisa.

—Bueno, en tal caso, querido mío, no se demore más.

—Yo situaría la hora de la muerte entre las once y las doce de la mañana de ayer. Para terminar, confirmo lo que dijo el médico del pueblo: el hombre fue estrangulado. Cuando cayó por el precipicio ya estaba muerto. La muñeca rota se debe posiblemente a una pelea, igual que una serie de hematomas que se produjeron antes de la muerte. Por desgracia no hemos encontrado ni fibras ni piel del asesino debajo de las uñas.

—¿Alguna cosa más?

El viejo Citroën emitió un gemido cuando Dupin tomó una curva cerrada a gran velocidad. La forense lo había llamado en el momento en que se subía al vehículo. Antes había hecho algunos encargos más a Magalie Melen.

—De momento, supongo que las lesiones a causa de la pelea, el estrangulamiento y la caída final se produjeron como máximo en el lapso de una hora. No llevaba mucho tiempo muerto cuando lo arrojaron al vacío.

No era gran cosa, pero por lo menos indicaba el orden de los acontecimientos.

—Es decir, que todo podría haber tenido lugar en Roc'h Trévél.

—Es posible, aunque también podría ser que asesinaran a la víctima en las cercanías y luego la condujeran hasta allí.

A Dupin le gustaba el modo preciso, neutro y simple en que se expresaba la forense.

—¿Algún indicio de la identidad del fallecido?

—Nada concluyente. En la sesentena, metro setenta y seis de altura, centroeuropeo. Dentadura descuidada, tratamientos convencionales que podrían

haberle proporcionado en cualquier parte. Fumador empedernido. Dieta desequilibrada y, sin embargo, sorprendentemente sano a primera vista. Higiene personal pobre. Ropa y calzado sin marca. Nada destacable.

—¿Y el tatuaje?

—Hemos estado examinándolo. Por desgracia, durante la caída, el brazo derecho sufrió abrasiones severas y se desprendió un trozo del tatuaje con la piel, así que no hemos podido reconstruirlo por completo. Por lo que puede verse, el motivo es marítimo. Una vela estilizada, una especie de edificio, supongo, y una letra, una S. Puede que falte una o más letras. Tal vez fuera un viejo marino. Llevaba el tatuaje desde hacía muchos años.

—¿Un marino?

—Quizá hubiera navegado de joven. Pero podría ser que no; a fin de cuentas, los motivos marineros son parte del repertorio de tatuajes favoritos. Por lo tanto, puede que no fuera nada relevante.

—¿Le importaría enviar una fotografía a mi secretaria?

—Ahora mismo. Hay restos de otro tatuaje, en el brazo izquierdo. También es de hace mucho tiempo. En este caso, las heridas impiden distinguirlo. Solo se ve una línea, de unos tres centímetros y acabada en punta. Supongo que falta el resto.

—¿Solo una línea?

—Es una especie de cuña plana, o un rayo. No tengo ni idea de qué podría ser. También haré una fotografía. Eso es todo por el momento.

—Gracias. Llámeme cuando tenga algo más.

Después de aquella conversación, Dupin había tomado la calle estrecha que conducía al aparcamiento.

De nuevo se pasó varias veces la mano por el cabello. Era de locos. ¿Qué significaba todo aquello?

Más allá de consideraciones estadísticas, el instinto le decía que algo más corroboraba la relación de los dos casos: el carácter misterioso. Dos muertos que aparecían de pronto en lugares donde nadie sabía quiénes eran ni de dónde venían. Y a los que, al parecer, nadie había echado de menos hasta el momento.

Dupin aparcó poco antes de llegar a la cinta de color rojo y amarillo con la que habían cerrado el acceso al aparcamiento. Magalie Melen había seguido hablando con distintas personas de Port du Bélon y de Riec; nadie, nadie en absoluto, había notado nada raro ni había comentado nada del, oficialmente, posible cadáver.

El lugar donde la señora Bandol había visto el cuerpo seguía cerrado al paso. Las cuatro flechas móviles de color amarillo fosforescente y la cinta en torno al trozo de hierba vacío tenían un aspecto absurdo. Más aún en aquel paisaje solitario.

Dupin se agachó y pasó por debajo de las cintas.

Se encontraba justo donde había estado el cadáver. Fue girando en círculo lentamente, sin buscar nada en concreto.

¿Por qué aquel lugar? Llevaba tiempo planteándose esa pregunta.

Igual que en el caso de los montes de Arrée. ¿Por qué los montes de Arrée, por qué Port du Bélon?

Según su hipótesis, el asesino del muerto de Roc'h Trévél había ido hasta allí a primera hora de la tarde. ¿Por qué? ¿O acaso había sido asesinado en otro lugar y luego lo habían transportado hasta Port du Bélon? El hecho de que, al parecer, el cadáver hubiera permanecido allí muy poco tiempo hacía pensar en un crimen espontáneo, no planeado. En definitiva, poco inteligente. Algo que también podía decirse acerca del asesinato en los montes de Arrée y el modo en que se habían deshecho del cadáver allí. ¿Cómo habían eliminado el cadáver del aparcamiento? ¿En un vehículo? Quizá aquella eliminación fuera definitiva. Tal vez no volviese a aparecer.

Dupin salió de sus cavilaciones cuando se aproximó un vehículo. Se trataba de un coche patrulla. Pero no era Le Ber.

El vehículo se detuvo justo detrás del suyo.

Al cabo de un momento, el agente antipático del día anterior se apeó y se encaminó directamente hacia Dupin. Erwann Braz.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —gruñó el comisario, molesto. Le hubiera gustado quedarse un rato solo.

—Estoy comprobando la declaración de la señora Bandol. Es incoherente.

—¿Disculpe?

—Dijo que ayer tomó el camino de siempre. Y no es cierto. —Braz hablaba rápido, con gesto solícito y, en cambio, le pareció a Dupin, con un desprecio descarado hacia la señora Bandol—. Tengo dos declaraciones de testigos que dicen que en sus salidas diarias toma siempre, sin excepción, el sendero bajo, junto al Bélon, y que va hasta el acantilado desde el que se ve Port Manec'h. Luego da la vuelta y regresa por el mismo camino. Pero ¡ayer no! —El agente intentaba, sin suerte, imprimir tensión en su detallada explicación—. Ayer no pasó por el camino del Bélon, sino por la callejuela que conduce al aparcamiento. Venía de esa dirección. —Señaló entonces al lugar donde tenían los vehículos—. Detrás del primer cruce de esa calle, que a la izquierda lleva a los *gîtes*, los apartamentos turísticos, y a la derecha, a Port du Bélon, parte un sendero que va del río hacia arriba. Ese fue su camino. Tomó el camino junto al Bélon antes de llegar a la desembocadura y dio la vuelta por aquí.

—Muy bien, ¿y qué?

—Eso demuestra que la afirmación de que había bajado por el sendero desde la colina es falsa. —Habló como si con aquel descubrimiento extraordinario hubiera resuelto el caso—. De hecho, toda su declaración es falsa y tal vez incluso de forma premeditada.

Aunque no cabía duda de que había que aclarar aquel aspecto, el policía sacaba a Dupin de sus casillas. Le molestaba muchísimo que primero hubiera descrito a la señora Bandol como alguien que no era de fiar y en ese momento la creyera

sospechosa.

—Que la señora Bandol viniese de aquí o de allí no cambia para nada el hecho de que viera un cadáver.

—En cualquier caso, sí reduce la credibilidad general de su declaración y, además, arroja nuevas dudas al caso.

—En mi opinión...

Sonó entonces el timbre monótono del móvil de Dupin.

Nolwenn.

Se alejó unos pasos sin hacer más comentarios.

—Se ve a primera vista, señor comisario. *Shelter house!*

Dupin se quedó callado, esperando.

—Ya hablamos de ello, ¿se acuerda? Son las casas de mar, los *abris du marin*.

La explicación de Nolwenn no mejoró nada las cosas.

—Son esas hospederías y albergues que creó Jacques de Thézac a principios del siglo xx en distintos puertos bretones para dar hogar, comida, alojamiento y trabajo a los marinos cuando están en tierra. Y también para librarlos de las garras del alcohol.

Dupin sabía qué eran los *abris du marin*. Precisamente al lado del Café du Port de Henri, en Sainte-Marine, había una de esas casas de mar antiguas, un edificio imponente, en el cual se podía leer, en letras grandes, *Dieu Honneur Patrie*, esto es, «Dios, honor y patria». A Dupin le impresionaba cada vez que lo veía.

—¿Y?

—¡El tatuaje, comisario! Es el emblema de las *shelter houses*, que es como se conocen las casas de mar o *abris du marin*, en el norte de Escocia. ¡Es muy famoso, igual que el emblema! Al tatuaje solo le falta la H. Desde luego, el brazo tiene muy mal aspecto. ¡Qué bien que el hombre ya estuviera muerto cuando cayó!

—Explíqueme más, Nolwenn.

Increíble. Nolwenn acababa de recibir la fotografía y lo había reconocido de inmediato. Por fin tenían una pista de verdad. Una pista que podía conducirles hasta Escocia.

—Es una fraternidad celta: hay vínculos muy estrechos entre las *shelter houses* y los *abris du marin*.

El interceltismo —el vínculo entre las distintas regiones europeas donde residían los millones de celtas que quedaban y que, por fin, se acercaban entre sí— últimamente había sido uno de los grandes temas de las lecciones de Nolwenn sobre la Bretaña. Escocia, Irlanda, Gales, Cornualles, la isla de Mann y la Bretaña eran, tal como ellas mismas se denominaban, las seis naciones celtas. Millones de representantes de una civilización ancestral, poderosa y orgullosa, de tres mil años de antigüedad. Una civilización que, en su momento de máxima expansión, en el siglo III antes de Cristo, abarcaba prácticamente toda Europa (¡de hecho, la Bretaña ya era celta el 800 antes de Cristo!). Desde las islas británicas, pasando por la Galia y extendiéndose hacia España y Portugal, por toda la costa atlántica hacia el sur; y, al

este, hasta los actuales países de la República Checa, Eslovaquia, Serbia, Croacia y Polonia.

—Deberíamos ponernos en contacto con ellos de inmediato, Nolwenn.

—Acabo de llamar a la central de Thurso. Tienen hospederías en Portree, Skye, Oban, Drumberg, Hope y Armadale. Muchos marinos que viven en las casas de mar escocesas llevan este tatuaje.

Nolwenn era fabulosa.

—¿Llevan algún registro?

—Sí. Tanto de los actuales como de los antiguos. La mayoría suele volver. El ambiente es muy personal; de hecho, es uno de sus principios. Les he pedido que pregunten si echan de menos a alguien. También les he enviado una foto del muerto. La compañera de Thurso no lo ha reconocido, pero eso no significa nada.

—Perfecto.

Tal vez habría suerte. Esa era una posibilidad.

—Tengo que marcharme, comisario. Ya sabe, el entierro de la tía Elwen. Si no, cuando llegue, ya estará bajo tierra. Le llamaré en cuanto tenga noticias. La señora de Thurso tiene mi número de móvil.

Dupin se imaginó a Nolwenn de pie, junto a la tumba de su tía, con una pala llena de tierra en la mano derecha y el móvil en la izquierda.

La secretaria había colgado.

Dupin se quedó un rato sumido en sus pensamientos.

Luego se dio la vuelta. Se acercaba otro coche al aparcamiento. Esa vez era Le Ber. El inspector frenó de golpe. Dupin se le acercó. Se alegraba de tener a Le Ber de vuelta.

Erwann Braz, por su parte, no sabía si seguir a Dupin; primero dio unos pasos en dirección a Le Ber, pero luego algo le retuvo y miró a Dupin para saber qué hacer. Un gesto en vano.

Le Ber llevaba el orgullo escrito en la cara; incluso parecía más alto.

—¿Cuál es el remedio para el escorbuto?

—Perdón... ¿cómo dice?

—Todos los libros de historia afirman que lo descubrió James Lind a principios del siglo XIX. Pero en realidad fue François Martin, un bretón, un boticario de Vitré. ¡En 1601! Participaba en una expedición a las Indias Orientales cuando se levantó una tormenta terrible; los barcos se volvieron entonces incontrolables y fueron a la deriva. Todos los marineros padecieron escorbuto, menos los que iban en su barco, porque él les dio de comer naranjas y limones.

—¡Felicidades, Le Ber! —Sin embargo, Dupin no había imprimido suficiente determinación. Craso error. La historia aún no había concluido.

—Los rescataron los holandeses y el rey de Holanda pidió al boticario que le revelara el secreto para la flota holandesa. Él accedió en señal de agradecimiento.

—Le Ber —atajó Dupin, impacientándose—, acaban de surgir un par de pistas

importantes.

La expresión de Le Ber cambió por completo al instante.

—Podrían conducirnos a la identidad del fallecido de los montes de Arrée. — Dupin pasó a contarle entonces los descubrimientos de Nolwenn—. Debemos...

Volvió a sonarle el móvil.

Otra vez Nolwenn. Dupin se la imaginó en el coche. La secretaria le soltó la noticia a bocajarro.

—¡Seamus Smith! —gritó, como si el nombre fuera toda una sensación—. Era un huésped habitual desde hace décadas de la casa de mar, es decir, de la *shelter house* de Oban. Sesenta y dos años. Escocés. Lo han reconocido de inmediato gracias a la fotografía. Él...

—¿Tenemos la identidad del muerto? ¿Sabemos quién es?

Los acontecimientos se sucedían, uno tras otro; ese era el ritmo preferido de Nolwenn.

—Volvió a la hospedería en noviembre. Ayer se marchó temprano, pero no dijo a nadie lo que se traía entre manos, y menos aún que se iba de viaje. Al parecer, no se llevó ninguna maleta. Esta mañana se han dado cuenta de que no había vuelto, algo muy inusual. No tiene familia y se estaban planteando denunciar su desaparición. Nadie se explica cómo consiguió un billete de avión. No tenía ni un céntimo.

—¿Cómo hemos podido averiguar tantas cosas tan rápido?

Dupin no salía de su asombro.

—No es brujería, comisario. Mi colega escocesa es muy buena. —Dupin percibió admiración en su voz—. Ahora mismo está hablando por teléfono con Oban. Intentará localizar a la directora de la hospedería, porque en este momento no está en la casa. Hasta ahora solo ha podido hablar con la secretaria.

Su muerto era escocés. Dupin había estado en Escocia en dos ocasiones, hacía mucho tiempo. En Edimburgo. La ciudad le había gustado mucho. No conocía Oban, solo su exquisito *whisky*.

—¿Qué más sabemos? ¿Era marino?

—Sí, en efecto. Pero llevaba muchos años sin hacerse a la mar. Demasiado alcohol. Parece que tuvo una vida bastante desgraciada. No tuvo suerte. Trabajaba de vez en cuando en las lonjas y, sobre todo, en criaderos de moluscos y ostras. En cualquier caso, siempre trabajos temporales. De momento no sabemos nada más.

—¿Criaderos de ostras?

—Sí, en la costa occidental escocesa también se crían. ¡Hasta muy al norte! Pero ahora, de verdad, tengo que irme. Mi amiga se pondrá en contacto con Le Ber, ya le he dado su número. Es probable que en el cementerio no haya cobertura. ¿Ya está ahí Le Ber?

—Sí.

—¿Lo ha felicitado?

—Sí.

—Bien.

Nolwenn colgó.

Dupin se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se llevó las manos a la nuca.

Tenían al muerto. A uno de ellos.

Conocían su identidad.

Y, sin embargo, de repente, todo se volvía más extraño. ¿Por qué un trabajador eventual entrado en años de un pueblecito escocés de mala muerte, que vivía en una casa de mar para marineros necesitados, se habría marchado de buena mañana de Oban para morir asesinado al cabo de unas horas a mil kilómetros de distancia, en la landa bretona?

Como siempre que hablaba por teléfono, Dupin había ido dando vueltas sin darse cuenta. Sin un objetivo concreto, sin destino, casi como un sonámbulo. A veces, al colgar, no sabía dónde se encontraba.

Había dejado atrás el aparcamiento y había llegado a lo alto de los acantilados. Y había avanzado por ellos. Unos bloques de granito grandes y de color claro, que con los siglos habían adquirido la forma redondeada del lomo de una ballena, se levantaban en el corazón del brezal, espeso y enmarañado, de un intenso color lila. Las rocas estaban cubiertas de manchas de colores intensos —amarillos, naranjas y verdes— y de formas infinitas, ovaladas, alargadas, redondas. Parecían misteriosas señales de advertencia, símbolos antiguos.

Dupin se quitó la chaqueta. Llevaba uno de sus polos azul marino. Hacía calor: el sol parecía realmente de verano. Soplaban una brisa suave y agradable. Era uno de esos magníficos días que Dupin llamaba «atlánticos», en los que el azul intenso y claro del cielo estaba presente en todas partes. También el mar parecía querer presumir de su infinita paleta de tonos azulados. A los pies se abría la bahía, de color turquesa. A lo lejos, en el horizonte, se distinguía una fina línea de color azul claro. A la izquierda, la desembocadura del Bélon; a la derecha, la del Aven; delante, la bahía y, detrás, en un saliente suave, Port Manec'h, con su agradable puerto, su playa, que era como una laguna, las dos palmeras altas y el pequeño faro pintado con bandas de color rojo y blanco.

La vista era fenomenal. Era uno de esos días en el que tenía lugar un curioso fenómeno óptico, porque el aire suspendido sobre el mar funcionaba como un prismático. Le Ber se lo había explicado en una ocasión. De forma profusa. Era cierto: las islas lejanas, de las que habitualmente solo se distinguía la silueta, de repente parecían muy próximas y dejaban ver árboles, playas y casas. Casi resultaba posible nadar hasta ellas.

Se acercaban dos veleros, uno tras otro, procedentes del Aven; por el Bélon llegaba una barca de pesca de color verde. Dupin dejó vagar la vista por el mar. De

repente, algo le llamó la atención. Había un bulto oscuro moviéndose por el agua. No era un barco. Cerró los ojos un momento y luego fijó la vista. ¡Había desaparecido! Ya no estaba. Abrió mucho los ojos y se quedó quieto, inmóvil. ¿Sería Kiki, el pariente cercano del tiburón blanco? Quizá fuera solo una roca que el mar de fondo hubiera dejado al descubierto por un instante. En cualquier caso, ya no había nada que ver.

El comisario se desperezó.

Los últimos descubrimientos eran muy importantes. Había mucho que hacer. Dar algunas órdenes, adoptar medidas concretas, hacer avanzar la investigación. Tenían que averiguar todo lo posible sobre Smith. Por un instante, el comisario tuvo una sensación rara, distinta de la emoción habitual, la tensión, su característica inquietud. Se sintió extrañamente aliviado. Contento de poder hacer algo al fin.

Buscó a Le Ber con la mirada. Al parecer Braz y su inspector se habían quedado en el aparcamiento.

Dupin regresó por el camino escabroso que había tomado.

—¡Hola, jefe!

Dupin casi pegó un respingo. Era Le Ber. Sin embargo, la voz no venía de la dirección que había supuesto. No estaba muy lejos y, en cambio, gritaba innecesariamente.

—¡Aquí, jefe!

Dupin se volvió y vio a Le Ber, a Erwann Braz y también a Magalie Melen dirigiéndose al acantilado por un camino distinto. Dupin regresó.

—Hemos visto que se iba hacia el acantilado. —Le Ber sabía que Dupin no soportaba que le siguieran mientras hablaba por teléfono—. Pensé que usted...

—Hay novedades importantes —anunció el comisario con tono resuelto.

No había tiempo que perder.

Lo hablarían allí mismo, en el acantilado.

Erwann Braz se quedó parado en medio del camino; Le Ber y Magalie Melen buscaron un sitio en el brezal. Dupin les explicó brevemente las extraordinarias novedades y expuso también su teoría de que el muerto desaparecido de Port du Bélon pudiera ser el asesino de los montes de Arrée. Concluyó diciendo que, por lo tanto, todo era un solo caso.

Los tres se mostraron muy asombrados.

—Smith tuvo que venir en avión. Tal vez a Brest, o quizá a Quimper. Necesitamos todos los datos —apuntó Dupin, que había sacado su pequeña Clairefontaine—: la ruta, el horario, junto a quién iba sentado. Y, sobre todo, si viajó solo.

—Yo me encargo de eso. —Le Ber tenía una actitud dinámica, seguramente a causa del aprobado—. Me ocuparé de Smith.

—Quiero saberlo todo de él. Que alguien de Oban hable con todos los residentes de la hospedería. Con toda la gente que lo conocía.

Le Ber asintió. Conocía perfectamente las manías del comisario: quería saberlo todo, cualquier detalle, por insignificante que fuera, de inmediato.

—La policía de Oban también participará en la investigación. Tenemos que asegurarnos de que conocen y hacen las preguntas que necesitamos. Le Ber, debería ponerse en contacto de inmediato con alguien de allí.

—Delo por hecho, jefe.

—Y también quiero que demos a conocer la identidad del hombre. Que la policía pida la colaboración para...

—Me ocuparé de ello —se apresuró a decir Magalie Melen.

—Braz, llame a los montes de Arrée, a la gendarmería de Sizun, e informe a los dos compañeros. Pregúnteles si tienen conocimiento de la presencia de un escocés en la zona.

—Ahora mismo —contestó el agente.

—Melen, que vaya un retratista a ver a la señora Bandol y haga un retrato robot del hombre al que vio. Hay un par de detalles nuevos. Envíelo en cuanto lo tenga.

Al decir aquello, Dupin clavó la mirada directamente en Braz.

—¿Quién dice que la señora Bandol no pasó ayer por la parte baja, junto al Bélon?

Braz miró al comisario con aire sorprendido.

—Matthieu Tordeux. Un criador de ostras. El propietario de Super de Bélon. Una empresa muy reconocida.

—¿Y qué hacía ese hombre cuando supuestamente la vio? —Dupin se dijo que siempre se podía volver la tortilla—. Parece que, en el momento en cuestión, no andaba muy lejos de la escena del crimen. ¿Qué hacía allí?

—Yo... Bueno —balbuceó Braz—. No lo sé. Se lo preguntaré.

—Sí, hágalo. Por cierto, ¿cómo lo ha averiguado?

—Hemos hablado con toda la gente de la zona, por si alguien vio algo raro ayer.

—¿Y no le ha extrañado que él estuviera allí?

De hecho, esa era una cuestión evidente.

—Bueno —Braz se dio la vuelta—, hablaré inmediatamente con él.

Dupin se volvió de forma ostensible hacia Magalie Melen.

—Hábleme de la cría de ostras en Port du Bélon. ¿Quién corta el bacalao?

—¿En las ostras?

—En las ostras.

—Hay cuatro empresas. Está Château de Bélon, una empresa con solera, propiedad de la señora Laroche y su familia. Ella es descendiente del bretón que inició la cría de ostras. Luego está Baptiste Kolenc, que es el propietario de la otra mansión, un criador de toda la vida. Hace décadas que lleva la empresa Armoricaine de Bélon y es amigo de la señora Bandol. —Dupin recordó que él conocía el secreto de Bandol—. A continuación está la empresa de Matthieu Tordeux. Si baja por la rampa junto al muelle y luego gira a la izquierda por el muro alto de piedra, verá una

casita blanca. Y finalmente está la señora Premel, que se dedica a la distribución y también a la afinación. Su empresa se encuentra al otro lado, en dirección a la desembocadura.

—¿Y son todos los que se dedican a las ostras en esta zona?

Dupin había ido tomando notas.

El negocio de las ostras en el lugar más famoso del mundo para el sector le pareció bastante discreto.

—En Port du Bélon solo hay una parte del negocio. En total hay unas treinta empresas junto al Bélon; la mayoría tienen su sede en Riec o producen directamente junto al río. En esos casos...

Sonó el móvil de Dupin.

Magalie Melen se calló y miró al comisario de forma instintiva.

Este echó un vistazo a la pantalla.

—¿Dónde está, Labat?

—Yo... Bueno, verá, ha surgido un contratiempo, comisario. —La voz de Labat era aún más apocada que por la mañana. El tono era más autocompasivo. Aquello tenía muy mala pinta.

—Un momento. —Dupin se volvió—. Informen en cuanto tengan algo.

Luego se puso a caminar de nuevo en dirección al acantilado.

—Dígame, Labat.

—Es que... bueno, verá. En un terreno sin construir de mi mujer, cerca de Lorient, tengo arena, de distintas playas. También de Kerfany-les-Pins y de Trenez.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Teníamos que poder ofrecer muestras a las constructoras. Teníamos que ser convincentes.

Dupin entendió por qué estaba tan asustado Labat. Lo que decía significaba, nada más y nada menos, que había robado arena. Era algo irrefutable, incluso en sentido jurídico. Era tremendo.

—Pero antes me ha asegurado usted que no había hecho nada ilegal. Es usted...

—Dupin se interrumpió. Era inútil. Había sido demasiado confiado. Debería haberlo sospechado—. ¿De cuánta arena estamos hablando, Labat, cuánta?

—Bueno, bastante, verá, yo...

—¿Acaso se ha vuelto loco?

—Esa gentuza carece de escrúpulos. —Labat no pudo contenerse—. Destruyen playas, biotopos enteros. La Bretaña...

Dupin no conocía esa faceta de ecologista comprometido de su inspector, y tampoco lo tenía por el santo protector de la Bretaña. Eso debía de ser cosa de su mujer. De todos modos, aunque Labat tuviera toda la razón del mundo, esa no era la cuestión.

—¡Labat! ¿Sabe lo que ha hecho?

Sacarle del atolladero iba a ser realmente complicado. Además, había cosas más

importantes que hacer. Tras la intervención de Nolwenn, Dupin había albergado esperanzas de que hubiera resuelto el asunto.

—Por descontado, estoy dispuesto a declarar que usted no estaba al corriente de lo de las muestras de arena.

—¡Tonterías! Si lo hace, se meterá en un problema muy serio.

—Pero no puedo involucrarle en eso.

Aquello casi impresionó a Dupin. Ese no era el modo de proceder de Labat.

—¡Es usted un redomado cretino, Labat! ¿Sabe? Un cretino de la cabeza a los pies.

Pero Labat no era más que el terrier testarudo que siempre había sido. Solo que esa vez había hincado los dientes con demasiada fuerza.

—¿Asuntos internos ya sabe lo de la arena?

—No. Pero pienso contarlo. De hecho, debería haberlo hecho ya.

—Bien, pues también yo le di órdenes para hacerlo, quiero decir, para obtener muestras de arena y ofrecerlas. ¿Me oye, Labat? Todo fue por orden mía.

Dupin no tenía otra opción, tenía que ser consecuente con la dirección adoptada, aunque eso tal vez lo condujera al desastre. Por Labat, y también por él.

—De acuerdo. —A Labat le costó responder. Estaba claramente aliviado.

—¿Hay alguna otra actuación ilegal que deba conocer?

—No, no. Eso... es todo.

—Si hay algo más que no me ha contado, pondré fin a este asunto.

—¿Sabe una cosa, jefe? —De repente la voz de Labat recuperó fuerza—. ¿Sabe dónde tiene una casa uno de los directivos de Construction Traitot? ¡Precisamente en Port du Bélon! Eso es algo, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

Dupin puso los ojos en blanco.

—¡Construction Traitot! Es una gran constructora que quiere penetrar en la Bretaña ofreciendo costes bajos. Llevo algún tiempo siguiéndoles la pista. De hecho, vamos por delante de los compañeros de Lorient.

—¡Mire, Labat, si tiene algún indicio serio, haga el favor de comunicarlo! ¡Cuénteselo a los compañeros! ¡Y no omita nada!

—Reciben cargas de arena en Lorient de camiones que no están registrados a ninguna empresa.

—¿Eso lo ha visto usted?

Dupin no entendía cómo podía dejarse arrastrar por aquella locura.

—Y tanto, Gracianne también. Y, además, tenemos varias fotografías.

Cierto, la mujer de Labat, la fornida profesora de lucha libre, se llamaba Gracianne. A Dupin siempre se le olvidaba.

—Eso, en sí, no basta para una imputación.

—Tenemos que analizar su contabilidad, toda la documentación de la empresa.

—No podemos ver su contabilidad sin ninguna prueba incriminatoria. Ya sabe lo

que hace falta para obtener una orden de registro. ¡Páselo todo a los compañeros de Lorient, Labat! Y déjeles hacer su trabajo. Nosotros nos mantenemos al margen. ¿Entendido? ¡Tenemos que mantenernos al margen!

—Mi instinto me dice que no van a fondo en...

—Basta, Labat. Ahora hay que evitar que le denuncien y le suspendan del cargo. Además estamos en medio de un caso de doble asesinato.

—Es que...

Dupin empezó a montar en cólera.

—Llamaré de nuevo al prefecto para aclararle eso de la arena de su terreno. Es preferible a que se entere por otro lado.

—Yo...

Dupin colgó.

Labat le atacaba los nervios. Todo aquel asunto era absolutamente prescindible. Era preciso acabar de manera definitiva con todo aquello.

Como todas las llamadas telefónicas con el prefecto, aquella conversación había resultado estresante. Diez largos minutos de su vida perdidos. En cualquier caso, había surtido efecto. Con todo, Dupin se había arriesgado varias veces de forma algo insensata.

Primero le había informado de los avances en la investigación de los dos asesinatos, sin precisar detalles, pero de forma enfática. «Algo es algo, siga así, comisario», había sido la respuesta del prefecto. Luego había pasado al robo de arena. Al hacerlo se sirvió del narcisismo infinito del prefecto. Aquel asunto, en palabras de Dupin, «podía llegar a ser un gran golpe para la prefectura». Sobre todo, claro, considerando que una empresa criminal francesa se dedicaba a destruir la Bretaña por mero afán de lucro y además robando de forma macabra recursos naturales genuinamente bretones. Dupin se lo había pintado muy bonito: si aquello resultaba ser cierto, la prensa se interesaría y Guennegues se convertiría en un héroe de la preservación del medio ambiente. A esas alturas daba igual que el comisario considerara que las posibilidades fueran mínimas. Al final el prefecto había dicho que, pese «a la forma, totalmente inaceptable, de actuar» de la comisaría de Concarneau, aquello era excusable «por el bien de la Bretaña», expresión que en realidad significaba «por mi propio bien». Era asqueroso, pero daba igual.

En esa ocasión Dupin no se había detenido en lo alto del acantilado; había seguido por el camino que descendía hasta la bahía, junto al agua. Cuando colgó se encontró sobre una arena fina y de un blanco cegador. Conocía bien aquella pequeña playa de ensueño. Olas pequeñas lamían la orilla, como si se tratase de un lago. Desde allí, tan cerca del agua, todo parecía aún más azul. Cuando Claire y él daban su fabuloso paseo junto al Bélon, acostumbraban acabar ahí y, si era verano, se daban un baño. Luego hacían un pícnic: una *baguette*, queso brie de Meaux, embutido de carne

de jabalí. A Dupin le vino a la cabeza la misteriosa cita de las seis de la tarde; no tenía ni idea de cómo podría marcharse de allí teniendo un caso de verdad. De todos modos, tenía que acudir.

—¿Comisario? ¿Hola?

Le Ber se hallaba de pie en lo alto del acantilado y miraba nervioso a su alrededor. Si alguien los hubiera estado observando de lejos, se lo habría pasado de lo lindo viéndoles ir y venir durante la última media hora por el paisaje, reuniéndose, separándose y volviéndose a encontrar.

—Estoy aquí abajo.

Le Ber bajó la mirada hacia el mar. Al siguiente instante, salió corriendo hacia él. Poco más tarde, llegó ante el comisario sin aliento y con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Dupin saliendo a su encuentro.

—Había otro escocés en el avión. Vinieron dos. Se llama Ryan Mackenzie. Salieron de Glasgow para Brest ayer a las siete cuarenta y cinco de la mañana. —Le Ber hizo una pausa para coger aire—. Alquilan un coche a nombre de Mackenzie, un Citroën C4 de color metalizado. Lo hicieron todo desde una agencia de viajes de Glasgow, por encargo y a cuenta de Mackenzie.

Dupin se irguió, tenso, muy atento, como si le hubiera alcanzado un rayo.

Diana. Dos hombres. Smith no estaba solo. Habían ido dos. Aquello confirmaba su hipótesis.

Entretanto Erwann Braz también se les había acercado. Seguramente había ido a remolque de Le Ber.

—¿Cómo iba vestido? —Era la pregunta decisiva.

Aquello, en principio, desconcertó a Le Ber. Dupin repitió la pregunta:

—El segundo escocés, ¿cómo iba vestido? ¿Qué aspecto tenía?

—No han sabido decírmelo. He pedido a la compañía aérea que se ponga inmediatamente en contacto con la tripulación para preguntarles si alguien se acuerda de los dos hombres de los asientos 15A y 15B. El colega Braz ha...

Braz interrumpió a Le Ber, con una voz suave, apenas comprensible.

—Acabo de hablar con la empresa de alquiler de coches —dijo, titubeante—. Llevaba chaqueta. Una chaqueta de color verde oscuro.

—¿Verde oscuro? ¿Una chaqueta de color verde oscuro?

¡Eso era! ¡Increíble! No podía ser casual.

—Y zapatillas deportivas, en efecto. Unas deportivas oscuras. El hombre que les alquiló el coche se acuerda de eso. —La voz de Braz dejaba entrever su incomodidad. Tenía buenos motivos para sentirse incómodo—. Vaqueros, pelo corto. Bueno, todo indica que, en efecto, la señora Bandol vio a ese hombre.

Todo encajaba.

Arriba, en el aparcamiento, la señora Bandol había visto a un hombre en el suelo. En concreto a ese, al segundo, Ryan Mackenzie, el que había viajado de Escocia a Brest con Smith. Dupin estaba por cerrar el puño y gritar «¡Bien!».

En ese momento se oyó un tono de móvil suave y místico. Era el teléfono de Le Ber; Dupin le había pedido cientos de veces que cambiara aquel tono psicodélico.

—¡Es un número escocés! Será mejor que conteste. —Le Ber se puso al aparato—. ¿Dígame? Al habla el inspector Le Ber, de la comisaría de Concarneau.

Aunque Le Ber sostenía el teléfono algo alejado del oído, Dupin no entendía nada.

—Es un policía escocés, de Tobermory —susurró el inspector tapando el aparato—. En la isla de Mull. He pedido información sobre el segundo hombre.

»Yes. —Le Ber habló de nuevo con su colega escocés. Le escuchó con atención. Y así estuvo durante un buen rato—. Yes. —El yes final. Y luego—: *Thank you*.

Le Ber colgó. Dupin sabía que el inglés de su inspector era bueno, si bien tal cosa no habría podido inferirse de la conversación mantenida.

—A ver... —Le Ber procuraba controlar su excitación, algo que solo consiguió en parte—. Se trata de un pequeño empresario de sesenta y dos años de la isla de Mull, casado. Se encuentra desaparecido desde ayer por la tarde.

—Ahora está todo claro —interrumpió Braz, testarudo.

Pero Le Ber prosiguió, impasible:

—Su empresa se encuentra en una bahía remota de la isla, a unos quince kilómetros de Tobermory, que es donde vive. —El tono de Le Ber anunciaba que se acercaba el momento cumbre de su explicación—. ¡Y se dedica a la cría de ostras! —Hizo una pausa y luego continuó, lentamente—: Crían también otros tipos de molusco, pero fundamentalmente se dedican a la cría y venta de ostras.

Tal vez aquel fuera el vínculo que buscaban.

—El policía me llamará luego para darme más información.

—Tenemos que hablar enseguida con su mujer. Tiene que saber qué hacía su marido en la Bretaña, el motivo del viaje y por qué se hizo acompañar por Smith también.

Dupin anotó los puntos más importantes.

—Tenemos que averiguar cuál era la relación entre ellos, de qué se conocían. ¿A qué hora tenían previsto regresar, Le Ber? ¿Tenemos el vuelo de vuelta?

—Sí, era para el mismo día. Ayer, a las diecisiete cuarenta y cinco.

Aquel dato también era curioso.

—¿Querían volver de inmediato? ¿El mismo día? ¿Volaron a la Bretaña solo por un par de horas?

—Así es. El vuelo solo dura hora y media. Fuera lo que fuese lo que planeaban hacer, según su plan podían hacerlo en unas horas.

Eso explicaba por qué Smith no se había dado de baja oficialmente en el albergue. Si todo hubiera salido bien, habría regresado por la noche y nadie se habría enterado jamás de su escapada.

Aquellas novedades tan sensacionales suscitaban muchas preguntas nuevas.

—¿Alguna pista sobre el Citroën C4?

—Ninguna. Daremos orden de búsqueda. Seguramente lo abandonaron en algún lugar por aquí cerca ayer por la tarde. —Le Ber señaló con la cabeza en dirección al aparcamiento—. Mackenzie tuvo que conducirlo desde los montes de Arrée a Port du Bélon.

—También podría ser que alguien trajera a Mackenzie hasta aquí en coche, el asesino, por ejemplo. Tal vez encontrara a su asesino en los montes de Arrée —apuntó Braz, ansioso por quedar bien.

—Sea como fuere, tras alquilar el coche fueron directamente a los montes de Arrée. ¿Por qué? ¿Por qué allí? —Dupin sabía que ni Le Ber ni Braz podían responder esa pregunta—. Braz, ¿ha hablado ya con alguno de los agentes de Sizun?

—Sí. No conocen a Smith, y tampoco tienen idea de lo que podría hacer un escocés por la zona. De hecho, no conocen a ningún escocés.

—Llámeles de nuevo y póngales al día. Tal vez se les ocurra alguna otra cosa.

De todos modos, eso era algo sumamente improbable.

—Existe un motivo, completamente banal, que podría explicar por qué fueron a los montes de Arrée. —Braz volvía a intentar quedar bien—. En realidad, es el camino más corto viniendo desde Brest, aunque la autovía, de cuatro carriles, resulta más rápida. Los GPS viejos acostumbran tener en cuenta solo la cantidad de kilómetros.

Desde luego, aquella reflexión era muy plausible.

—Pero ¿por qué volaron los dos juntos hasta aquí? Eso significa que se conocían. ¿Y por qué uno mata al otro después de aterrizar? —Le Ber había dado en el clavo con la pregunta—. Habría resultado mucho más fácil hacerlo en Escocia. No puede tratarse de algo premeditado, tuvo que ser espontáneo, provocado por una discusión.

—¿Qué distancia hay de Glasgow a Oban y hasta esa isla? —Dupin seguía dándole vueltas a que hubieran querido ir y volver en un solo día.

—Me parece que en coche hay dos horas hasta Oban y una hora más hasta la isla de Mull. —Le Ber era bueno en geografía, sobre todo en la de los pueblos hermanos—. Seguramente usaron el coche del criador de ostras. Sospecho que Smith no tenía.

Demasiadas especulaciones. Necesitaban datos más consistentes. Y mucha paciencia. Era terrible.

—Encargue una investigación sobre Mackenzie. Averigüe si lo vio alguien ayer. Quiero su imagen en todos los periódicos, y también la de Smith. En la red, en los canales de televisión bretones. Por todas partes.

—Sobre todo necesitamos el cadáver —apuntó Le Ber con tono reflexivo.

—¿Dónde está Magalie Melen?

—Al parecer la elaboración del retrato robot con la señora Bandol está resultando, cómo decirlo, complicada. —Braz habló con tono claramente satisfecho—. Ha tenido que marcharse para ayudar al dibujante.

—Ya no es necesario. Llame a su compañera y póngala al corriente. Que se encargue de investigar a Mackenzie. Trabajaré directamente con el inspector Le Ber.

—Dupin se interrumpió—. Una pregunta, ese criador de ostras amigo de la señora Bandol —echó un vistazo a su libreta—, el señor Kolenc, ¿tiene la empresa en esa mansión?

—Sí.

—Muy bien. Me encargaré de comprobar si a un criador de ostras de Port du Bélon se le ocurre qué motivo podría tener un colega escocés para viajar a la Bretaña. Tal vez los escoceses conocieran a alguien de por aquí. Además —Dupin adoptó una expresión grave—, visitaré también al señor... —repasó la lista de personas que se había hecho—, al señor Tordeux, Matthieu Tordeux. Le preguntaré yo mismo qué hacía ayer a la hora aproximada del asesinato tan cerca del posible escenario del crimen. Supongo que usted todavía no ha tenido tiempo.

Braz era la viva imagen de la compunción.

—Otra cosa. Es sobre los escoceses: necesitamos lo antes posible la relación de llamadas, tanto de sus móviles como de fijos. Y también necesitamos acceso a su correo electrónico.

—De acuerdo, jefe. —Por su gesto de asentimiento, era evidente que Le Ber ya lo había previsto y anotado en su lista.

—Muy bien. En marcha. No hay tiempo que perder. Informen en cuanto tengan algo.

Dupin se dio la vuelta.

—¡Ah! Otra cosa. —Acababa de acordarse—. Que Melen ponga al día de los acontecimientos a la señora Bandol.

Los otros dos hombres lo miraron con sorpresa; Le Ber más perplejo que Braz, si cabía. El comisario tenía fama de no compartir de buen grado la información con nadie, ni con sus inspectores, y menos aún con «extraños».

—Que le cuente todo lo que sabemos.

Dupin no pudo evitar sonreír.

—Mi padre está en el parque de ostras. Abajo, en el río. Lo encontrará allí.

A primera vista, la hija de Kolenc, que se había presentado como Louann, estaba bien entrada en los treinta. Era una mujer bajita, muy delgada, con el rostro delicado, y, sin embargo, estaba repleta de energía, algo que se reflejaba en sus brillantes ojos azules. Su melena era larga, espesa y negra. Era una persona muy agradable. Sonreía con facilidad.

—Le acompañaré encantada.

Llevaba vaqueros de color azul oscuro y un jersey sencillo con escote en V del mismo color. Calzaba además unas botas de goma de media caña.

—No se preocupe, encontraré el camino. Gracias.

Dupin estaba en el patio interior de la antigua mansión. A su alrededor todo era de piedra y destilaba el encanto de los siglos. Había unas cuantas camelias, llenas ya de

flores de color rosa que desprendían una fragancia muy intensa. Destacaba también una pileta de agua, de aproximadamente cinco metros de ancho por tres de largo, en la que había cajas verdes y azules repletas de ostras. Una puerta corredera de madera entreabierta permitía ver un cuarto de trabajo.

La joven estaba junto a una especie de mostrador de madera —a todas luces, una mesa de trabajo—, sobre el que había unas cuantas cajas. Al lado, unas cestas de rafia redondas de distintos tamaños y dos pilas de algas pardas, de esas que al apretar las bolitas redondas hacían ruido al dejar escapar el aire. Estaban huecas y contenían agua; de niño, durante sus vacaciones junto al mar, a Dupin ya le habían llamado mucho la atención. Al estallar hacían el mismo ruido que los sinforicarpos, llamados también «bolitas de la nieve», que se encontraba de camino a la escuela.

—Al bajar por la calle, a la izquierda, luego junto al jardín del Château con el muro alto de piedra. Allí empiezan las mesas de cultivo. Hay muchas hileras. Las situadas en la parte de atrás del río son las nuestras. Él debe de andar por ahí.

—¿Trabaja usted también en el negocio familiar?

Louann Kolenc clavó la mirada en Dupin, aunque su actitud seguía siendo cordial. Luego tomó una cesta de forma ostensible y se la colocó delante.

—Mi padre y yo estamos convencidos de que la señora Bandol vio realmente un cadáver. No creemos que esté loca.

—Sabemos que lo vio. Lo hemos comprobado.

Dupin se preguntó si el señor Kolenc también había confiado a su hija la verdadera historia de las hermanas Bandol.

—La señora Bandol es una apasionada de las ostras; su contribución a la prosperidad de Port du Bélon es realmente notable —comentó ella riéndose.

Dupin lo comprendió.

—Sí, es un hecho que ya he constatado.

La chica tomó un par de ostras de la caja azul y las golpeó entre sí. Miró la cara de sorpresa de Dupin.

—Aquí llamamos a esto «escuchar a las ostras». Según el ruido que hacen al golpearlas sabemos si están vivas y si son buenas. Estas están vivas —dijo colocándolas en una cesta de rafia.

—Pues me alegro —contestó Dupin, sin salir de su asombro.

—Trabajo aquí desde los seis años y con regularidad desde que murió mi madre. Toda la vida. Es un oficio maravilloso...

—¡Señor comisario! —Le Ber apareció junto a la estrecha puerta de madera que separaba el patio interior de la calle; estaba sin aliento, como si hubiera tenido que lanzarse otra vez a la carrera—. ¡Hay novedades! ¡Más información!

—Ahora voy —respondió Dupin dirigiéndose hacia él—. Muchas gracias, señorita Kolenc.

—¡Suerte con la investigación! —exclamó la chica con un tono sinceramente animoso.

Al cabo de unos instantes, Le Ber y él salían por la puerta.

—Es la esposa. Han hablado con la esposa de Mackenzie; en principio solo por teléfono, pues parece que hay un buen trecho hasta allí. Ella dice que no sabía nada.

—¿Y qué le han dicho acerca del marido?

Una cosa así resultaba muy difícil de comunicar. Las dos informaciones. En sentido estricto (y aunque Dupin lo daba por hecho), todavía era una suposición que Mackenzie estuviera muerto. En cambio, por otra parte, era muy posible que fuera un asesino, esto es, que hubiera hecho una escapadita secreta a la Bretaña y hubiera cometido un asesinato.

—De momento solo le han dicho aquello de lo que no cabe ninguna duda, esto es, que su marido está siendo buscado en la Bretaña; que estuvo aquí y que ha desaparecido. Hasta ahora no se le ha informado sobre la sospecha de que cometiera un delito grave. La mujer está tremendamente preocupada, claro.

—¿Y no sabía nada de este viaje?

—No. Afirma que su marido le dijo que tenía que irse a Glasgow con urgencia. Al parecer, si lo he entendido bien, tiene allí una ostrería a medias con un socio. De vez en cuando tiene que ir durante uno o dos días. Ella creía que se había marchado solo, ya que no le habló para nada de Smith.

En comparación con momentos previos, Le Ber parecía extrañamente rendido, como si hubiera algo que le inquietara.

—¿La mujer conoce a Smith?

—Sí, de vista. Lo había visto varias veces en la empresa de ostras. Era parte del personal que ayudaba durante la temporada alta o para acontecimientos concretos. No sabía mucho de él. De todos modos, según ella, su marido tampoco lo conocía mucho.

—No lo conocía mucho, pero, de pronto, se escapa en secreto con él a la Bretaña. —Aquello no era una pregunta—. ¿Y la mujer es capaz de imaginar qué planes tenía su marido por aquí?

—No. Dice que su implicación en la empresa del marido es muy marginal.

—En tal caso, nadie nos lo va a contar, mejor dicho, nadie nos lo querrá contar. —Dupin se frotó las sienes.

—Dice que cada dos o tres años viajaba a Cancale, para asistir a una de las muchas ferias de ostras. Al parecer, en una de ellas conoció a un criador de Cancale. Los dos trabaron cierta amistad, dice, e incluso habían hablado de hacer negocios juntos. De todos modos, según ella, de momento no había nada en concreto. Tras la visita a Cancale, Mackenzie viajaba siempre un par de días a Holanda o a Bélgica.

Al menos había una conexión conocida con la Bretaña. Y de nuevo aparecían las ostras.

—El último viaje fue hace unos tres años. En teoría ahora le tocaría regresar, pero ella no tiene noticias de que lo hubiera planificado.

—¿Tenemos el nombre y los datos del criador de ostras?

—Sí, todo.

—¿Alguna cosa más? ¿Qué cree ella que podría haber ocurrido?

—Según el policía que ha hablado con ella por teléfono, no tiene ni idea. Ahora se dirige él a su casa, para hablar más detenidamente. Además, hay un compañero investigando el entorno.

—¿Al policía le parece que la mujer es de fiar?

Dupin pensó que la situación era muy incómoda. Dependían por completo de otros: de la policía de Oban y de la de Tobermory. Le habría gustado hablar en persona con la esposa de Mackenzie. Todo aquello le disgustaba mucho: había una parte importante de la investigación que no podía controlar directamente y eso, por principio, no podía soportarlo.

—No lo ha dicho expresamente, pero me imagino que sí.

Eso tampoco ayudaba mucho. ¿Qué hacer? Tampoco Le Ber podía cambiar nada en esa situación.

—Póngase en contacto con ese hombre de Cancale inmediatamente. —Dupin se lo pensó un poco—. No, déjelo. Me encargaré yo. Voy a necesitar el nombre y el número de teléfono.

—Se los enviaré por mensaje. En un momento lo tiene.

—¿Alguna novedad sobre Smith?

—Aún no. Todavía no han localizado a la directora de la casa de mar. Al parecer era la única con la que hablaba de vez en cuando.

—No habrá desaparecido también, ¿verdad? —preguntó Dupin.

—Imaginan que se fue a Fort William por un par de encargos. Lo hace una o dos veces al mes.

—¿Y no lleva móvil?

Dupin notó cierta aprensión.

—No hay cobertura. ¡Es el norte de Escocia! —El reproche era evidente en la voz de Le Ber.

Y que lo dijera precisamente un bretón...

—¿Tenemos acceso a sus comunicaciones?

—Smith no tenía ordenador, pero tenía un móvil de prepago, aunque pocas veces lo llevaba consigo. En cuanto a Mackenzie, están trabajando en ello. Va a llevarles un poco: móvil, fijo, ordenador. Hay una cosa... —El inspector frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Qué ocurre, Le Ber?

—La forense ha intentado localizarle. Entonces ha llamado a Nolwenn, que estaba en el entierro. —Le Ber parecía a punto de quedarse sin voz—. En el tatuaje, junto a la primera línea ha hallado restos de otra y... —Se interrumpió de nuevo, como si quisiera comprobar algo mentalmente. Luego sacó su móvil y le mostró la pequeña pantalla—. Aquí lo tiene, mírelo. El segundo tatuaje. En el brazo izquierdo de Smith.

No se veía gran cosa: una línea acabada en punta, arañazos en la piel, hematomas. Dupin casi había olvidado aquel segundo tatuaje.

—Verá, yo... Bueno... Yo conozco ese símbolo. Es un símbolo místico. Es el *tribann*. —Le Ber había palidecido, casi no se le veían los labios.

El comisario se quedó mirándole.

—¿Y?

—Tres rayos, rayos del sol, que salen de un punto central.

—¿Y qué representa esto?

—Su origen remite a Edward Williams, el fundador de la *Gordsedd of Bards* de Gales, la asamblea de bardos, a principios del siglo XIX. Los tres rayos simbolizan las virtudes del amor, la justicia y la verdad. —Con la frente cada vez más fruncida, añadió—: Se conoce como *the magic mark*.

Dupin no se alteró. Con el primer tatuaje habían logrado identificar a un hombre y, gracias a ese, saber también quién era el otro. Tal vez el segundo tatuaje les condujera a lo que había detrás del caso. O que, por lo menos, llevara la investigación hacia la pista correcta.

—¿Quién lo usa?

—Además de la asamblea de bardos de Gales, lo usan las asambleas de Cornualles, donde recibe el nombre de *awen* y —Le Ber se interrumpió— la asamblea escocesa y la bretona, que se llama *goursez breizh*.

—¿Una asamblea de bardos?

—En realidad, es de druidas.

Aquella respuesta no mejoraba precisamente la situación.

Dupin, como es natural, había oído hablar de las asambleas de druidas modernas, del neodruidismo. En los últimos años, había tenido que dejar de lado muchos prejuicios al respecto: la mayoría de las asociaciones existentes profesaban un humanismo estricto y eran algo parecido a las logias masónicas. Históricamente, los druidas eran los sabios y filósofos de la cultura celta, pero también eran científicos, médicos y, sobre todo, protectores de la historia y las tradiciones. La formación sistemática de los druidas duraba veinte años, tal como Le Ber le había explicado con todo lujo de detalles en uno de los concursos de preguntas que organizaba en la comisaría. El mismísimo César había hablado de forma muy elogiosa de aquellos druidas. Más allá de la estricta convicción filosófica, las enseñanzas debían aprenderse de memoria, ya que todo el conocimiento solo se transmitía y se conservaba oralmente; no se daba un gran valor a la escritura porque se consideraba que convertía las cosas en algo rígido y estático y, por lo tanto, mataba su esencia. La narración oral era, en cambio, la forma más elevada de la ciencia. Así pues, ser druida consistía sobre todo en una cosa: contar para transmitir el conocimiento. Dupin sabía que solo teniendo eso en cuenta comprendería a Le Ber. O a Nolwenn. El amor hacia la narración oral era algo fundamentalmente distinto del mero hecho de hablar. La narración oral auténtica, que mezclaba de forma expresa historia y mitología, era

considerada un arte supremo. No en vano la cultura celta había dado origen a algunas de las historias literarias más importantes de la Europa occidental, como la del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, Tristán e Isolda, el Grial y Parsifal.

—¿Cree que Smith pertenecía a una asamblea de druidas? ¿Que era druida?

—Muchos miembros llevan el símbolo tatuado. Sí, eso me parece. Podría ser. Desde los setenta, las asambleas de druidas se han vuelto populares en las naciones celtas.

Dupin tenía que ser precavido: la conversación podía derivar en temas oscuros. Aunque, por suerte, Le Ber no era miembro de ninguna de esas asambleas, sí conocía el tema.

—¿Y a qué se dedica la *goursez breizh*?

—Su objetivo es promover y cultivar la cultura celta y la lengua bretona. *Goursez* significa «trono». Es un movimiento del neopaganismo celta.

—Así pues, ¿es posible que Smith viniera a la Bretaña como druida para algún asunto... druídico?

—Las asambleas colaboran de forma muy estrecha. Ya sabe, el interceltismo. Se celebran actividades conjuntas. No solo grandes encuentros.

En contra de su costumbre, Le Ber había sido bastante parco en sus explicaciones; apenas las había adornado. Parecía estar recitando entradas de enciclopedia. Sin embargo, su enorme afición hacia lo sobrenatural, lo fantástico e incluso el ocultismo era conocida por todos. En cambio, se mantenía extrañamente contenido. Por lo general, le gustaban aquellas historias; la idea de que los druidas estuvieran envueltos en el caso le resultaba sumamente incómoda.

—¿Hay asambleas de druidas en la Bretaña?

—¡Pues claro! —Le Ber parecía ofendido—. ¡Por todas partes! Hay asambleas locales, regionales y suprarregionales, y a nivel de toda la Bretaña. Ya en 1850 Hensart de La Villemarqué, famoso lingüista y experto en la Antigüedad, fundó la asociación *Breuriez ar varzed*, «Bardos de la Bretaña». ¡Figúrese si era famoso, que los hermanos Grimm lo propusieron como miembro de la Academia de las Artes de Berlín! En 1899 una delegación acudió a Gales para celebrar el Eisteddfod, una gran fiesta celta. Allí se fundó, bajo el auspicio de *Excalibur*, la espada del rey Arturo, un *gorsedd* bretón. Hoy en día se conoce como *Breudeuriez drouized, barzhed hag ovizion breizh*, eso es, la fraternidad de los druidas, bardos y ovates de la Bretaña. La mayoría de las asociaciones locales y regionales pertenecen a esa asociación. Claro que no todas, porque hay diferencias muy marcadas. Diferencias filosóficas.

Dupin ya había tenido suficiente.

—El símbolo místico —continuó de Le Ber, cuya expresión se ensombreció de nuevo— lo llevan sobre todo los druidas. Como en las logias masónicas, hay también tres grados: los ovates, que llevan túnicas verdes; los bardos, que van de azul, y los druidas, que visten de blanco. Puede que fuera un druida de verdad.

—¿Y cuál podría haber sido el conflicto? Quiero decir, en el caso de que se tratara

de algo relacionado con druidas.

—Eso no se lo sé decir.

Dupin abandonó. Todo aquello era demasiado especulativo. Al menos de momento.

—Pida al colega de Escocia que investigue si Smith pertenecía a alguna asociación druídica.

—Puede que fuera solo un tatuaje ornamental. De hecho es un símbolo muy popular.

El mundo al revés. Era extraño ver a Le Ber esforzándose por quitar importancia al significado del símbolo druida y de lo fantástico. Parecía que había algo que le aterrorizaba.

—Ya se verá. Ahora iré a hablar con el señor Kolenc, abajo, en el parque de las ostras.

La expresión de Le Ber fue de gran alivio.

—Hemos convertido una de las mesas de madera de delante del Château en la central de operaciones. La Coquille es un local muy concurrido, donde pueden comerse ostras al aire libre con vistas al Bélon...

—Aunque no como ostras, sé dónde están las mesas, Le Ber.

Era un buen sitio para establecer un centro de operaciones provisional. Dupin tenía una tendencia notoria a elegir lugares de trabajo inusuales: ya fuera en plena naturaleza, en cafés, restaurantes o bares. Cualquier sitio era mejor que la comisaría.

—Mejor, entonces. Estaremos allí si nos necesita. También está Magalie Melen.

—Hasta ahora, Le Ber.

El comisario descendió por el callejón que llevaba al muelle y a los bancos de ostras del Bélon; Le Ber giró a la derecha, hacia la central de operaciones.

Dupin jamás había probado la reina del marisco. El exterior de las ostras le parecía bonito; su caparazón oscuro, agrietado, de bordes afilados y tonos grises elegantes hacía que las ostras parecieran piedras extrañas. Por dentro eran, si cabe, aún más hermosas, con la superficie de nácar tornasolada. De pequeño, Dupin coleccionaba sus caparazones, y también los de las orejas de mar; había llegado a tener docenas. Además, sentía simpatía por la naturaleza de las ostras. Había leído que en su caparazón llevaban una existencia sencilla y asombrosamente tranquila: o descansaban y dormían o comían. Entre estas dos actividades, además de dedicar un tiempo, una vez al año, a la reproducción, llevaban una vida modesta y contemplativa. Un modo de vivir que el comisario encontraba muy cómodo: las ostras ni siquiera tenían que molestarse en moverse para comer, ya que la comida acudía a ellas. El agua les llevaba las delicias del plancton hasta el caparazón, sin que tuvieran que hacer nada. Por otra parte, Dupin agradecía a las ostras que Afrodita, la más bella de las mujeres y la diosa del amor, hubiera salido de una de ellas. Y también que exigieran el maridaje de vinos legendarios. Incluso creía en los efectos beneficiosos que tenían para la salud, al menos a grandes rasgos. Además, admitía

que, en teoría, eran deliciosas, que sabían a mar. Una idea que tenía su encanto para él.

Sin embargo, el comisario no había logrado comer ninguna, a pesar de que en un par de ocasiones había tenido el firme propósito de hacerlo. Lo que le inquietaba no era la idea de comerse un ser todavía con vida, en absoluto, porque, a fin de cuentas, eso lo hacía con otros moluscos sin problemas. Lo que le había impedido comérselas en el último momento era su aspecto: la textura viscosa de aquel cuerpo gelatinoso de color verde blanquecino. De nada servía que todo el mundo afirmara que bastaba con comer una para caer rendido ante ellas para siempre.

El aire olía a fondo de mar salado; con la marea baja, el sol y la ligera brisa que soplaba en ese momento, aquel aroma era más intenso. A Dupin le encantaba. Entonces se percibía en el aire todo lo que representaba el mar. Al evaporarlo, el sol y el calor lo dejaban suspendido en el aire, creando un océano volátil, pasajero, compuesto de un sinfín de partículas de vapor infinitas.

En aquel paisaje extraño de superficies extensas, cegadoras y plateadas, el Bélon se adentraba con fuerza en el mar por un cauce serpenteante y no muy ancho. Tampoco con la marea baja se distinguía exactamente la cantidad de agua que le pertenecía; incluso en el nivel más bajo, de las tierras y orillas brotaban cantidades ingentes de agua del mar. En las superficies de color plateado, a derecha e izquierda del caudal, destacaban por doquier las parrillas de cultivo, dispuestas en largas hileras. Se trataba de unas estructuras delicadas de metal oxidado de color marrón oscuro, con varillas finas, imbricadas, de aproximadamente medio metro de altura, en cuya parte superior tenían otras varillas de entre diez y quince metros de longitud. Eran como milpiés de acero. Encima de las parrillas había unos sacos grandes, planos y de malla burda, conocidos como *poches* o «bolsillos», en los que crecían las ostras. Con la marea, grandes masas de algas pardas se adherían a las parrillas.

Dupin había seguido las instrucciones de la hija de Kolenc; al llegar al pequeño muelle, había girado a la izquierda y había tomado la rampa, entonces seca, que descendía con suavidad hacia el lecho del río. En aquel extenso paisaje vio a un puñado de hombres. Dupin se dirigió a dos que trabajaban junto a unas parrillas próximas al caudal del agua. Avanzó por el suelo fangoso, sobre piedras, mejillones aplastados, pequeños bancos de arena. Al cabo de unos pocos metros, tenía sucios hasta los tobillos y los zapatos completamente empapados.

—¿Señor Kolenc?

El comisario había pronunciado el nombre dirigiéndose a los dos hombres. El más corpulento se volvió hacia él.

Dupin se le acercó.

—¿Señor Kolenc?

El hombre asintió.

—Me gustaría hablar con usted. Soy el comisario Georges Dupin.

Baptiste Kolenc parecía muy tranquilo, en absoluto asombrado.

—¿Es por lo del cadáver del aparcamiento?

Al mirar a Kolenc, Dupin se dijo que no tendría más de sesenta y cinco años. Era un hombre alto, de constitución fuerte, ancho de hombros y con las cejas pobladas y negras; tenía los ojos oscuros, el pelo corto, gris y espeso, y unas entradas marcadas. Sus rasgos eran muy agradables y lucía una amplia sonrisa, como la de su hija, que le iluminaba todo el rostro. Llevaba unos pantalones de trabajo impermeables de color amarillo, sujetos por tirantes anchos de color azul, y una sudadera de color gris claro manchada por completo de barro.

—Sí, exacto, por el cadáver del aparcamiento. Hemos averiguado que el hombre era un cultivador de ostras escocés, de la isla de Mull. Al parecer cultivaba otros moluscos, pero sobre todo ostras. —Dupin vaciló—. No sabemos qué hacía por esta zona, por qué vino a Port du Bélon. Parece que primero hizo una parada en los montes de Arrée y luego vino hasta aquí.

—¿Dice usted que era criador de ostras? —Kolenc parecía sorprendido.

—Según parece, en el norte de Escocia también se cultivan ostras —dijo Dupin con prudencia, por si sus palabras podían considerarse un sacrilegio para un criador bretón.

—Sí, ya sé que hay criadores por allí. —El tono de Kolenc, que no dejó de retirar algas de las varillas de la parrilla de ostras, no fue despectivo. Levantó uno de los sacos y lo sacudió con fuerza, lo volvió hacia la derecha, luego hacia la izquierda y, a continuación, lo agitó de nuevo vigorosamente, como para asegurarse de que las ostras giraban sobre sí mismas; a continuación, lo devolvió a su sitio, colocándolo en posición invertida con agilidad. Las ostras parecían grandes; aquello tenía que pesar varios kilos.

—Les encanta arrimarse unas a otras. Hay que sacudirlas con regularidad para que no se peguen y adopten formas raras —murmuró Kolenc al advertir la mirada de Dupin.

—Se llamaba Ryan Mackenzie. ¿Le suena el nombre?

Kolenc ya tenía el siguiente saco en la mano y los ojos clavados en lo que estaba haciendo.

—No lo he oído nunca. ¿Acaso debería?

—Pensé que tal vez lo conociera alguien de aquí... ¿Se le ocurre algún motivo por el que un criador de moluscos y ostras escocés podría venir a Port du Bélon?

—¿Negocios, tal vez? Puede que afinara las ostras aquí. No sería raro. Lo hace mucha gente, incluso empresas extranjeras. Lo que es seguro es que no era para vender semillas de ostra.

Dupin ya había oído aquella palabra, «afinación», relacionada con las ostras. Incluso Magalie Melen la había mencionado hacía un rato, pero no sabía en qué consistía realmente.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Kolenc?

Dupin sacó la libreta Clairefontaine y el Bic.

—Es posible que llevara sus ostras crecidas para que pasaran un par de semanas en el Bélon y así someterlas a la afinación en estas aguas, que son dulces y saladas a un tiempo, y muy ricas en nutrientes. Así podría llamarlas ostras bélon. Y venderlas como tales. Es algo muy habitual.

Dupin frunció el ceño.

—Las bélon son las ostras más famosas del mundo, así que ya puede figurarse lo codiciada que es la denominación. El origen define el precio.

—Así pues, cuando están listas, ¿están un poco más en estas aguas y entonces se venden como ostras bélon? —A Dupin eso le parecía muy impropio.

—Bueno, no es nada grave. —Kolenc se encogió de hombros.

—¿Qué quiere decir con «nada grave»?

—En dos semanas, la ostra cambia su fisiología por completo. Del todo. Aquí pasa a adoptar el carácter propio de las bélon, en sabor y en color.

Para ser bretón, Kolenc era sorprendentemente parlanchín; casi podía decirse que disfrutaba de veras explicando cosas.

—¿Y todas las empresas de ostras, la suya incluida, se dedican a eso?

A Dupin aquella práctica seguía pareciéndole poco seria.

—Usted no sabe nada sobre la cría de ostras, ¿verdad? —Si bien la pregunta no era maliciosa, Kolenc suspiró de forma audible.

El comisario no sabía nada de ostricultura; aunque en los últimos cinco años varias personas le habían hablado en diversas ocasiones al respecto, nunca había prestado demasiada atención. De hecho, era una de sus mejores virtudes: cuando algo no le interesaba, era capaz de no prestar ninguna atención y mantener cierta elegancia.

—Hay que distinguir entre reproducción, cría y afinación.

—Ah, ¿sí?

Lo que más le interesaba a Dupin era lo relacionado con la afinación.

—La reproducción solo tiene lugar en unas pocas zonas, como la Bretaña, Cancale y los parques entre el Couesnon y el Loira. Y también en el Atlántico, algo más al sur, en la cuenca de Arcachon. Cuando alcanzan los dieciocho meses, las ostras cóncavas son trasladadas a nuestra zona, y aquí tiene lugar también la afinación. El proceso lleva otros dieciocho meses. Recibimos las ostras planas cuando ya están crecidas y solo para la afinación. La auténtica.

—¿Y cuánto tiempo lleva esa fase?

—No es siempre igual. Depende de cada cual. En nuestra empresa son seis meses.

—¿Hay un mínimo?

—La normativa es estricta. Quince días. Lo importante es que distinga usted entre empresas que crían y afinan de verdad las ostras en sus parques para finalmente comercializarlas desde aquí, y —el tono de Kolenc fue despectivo por primera vez—

esas que no hacen más que afinar ostras de otros durante el mínimo tiempo posible y luego devolverlas. Lo único que hacen es alquilar sus parques, estos sitios en el agua. Incluso a empresas extranjeras.

—¿Sabe de empresas de Escocia que afinen ostras? ¿Ya sea por el método adecuado o con el mínimo de tiempo?

Eso era, en esencia, lo que interesaba a Dupin: encontrar posibles vínculos con Escocia, ya fueran directos o indirectos, daba igual. Si lo había comprendido bien, la afinación de las ostras era un motivo plausible por el que un escocés criador de ostras se acercaría a Port du Bélon.

—No, pero es posible. Nosotros solo afinamos las nuestras.

El orgullo se reflejó en su tono de voz. Kolenc se volvió a un lado y sacó un cepillo de acero; entonces empezó a cepillar con brío el *poche*, o bolsillo, desprendiendo la suciedad, los moluscos adheridos y los restos de algas.

—¿Es un buen negocio el de la afinación de ostras?

—¡Y tanto! Las ostras vienen de muchos países europeos. Se dice que incluso de China y de Japón. Pero la mayoría proceden de Francia, de zonas ostreras con menos renombre.

—¿Quién tiene este tipo de negocio?

—¿Quiere decir aquí, en Port du Bélon?

—Sí.

—Está la distribuidora de ostras, la empresa de la señora Premel. Y Matthieu Tordeux, uno de los tres criadores. Pregúnteles si tienen relaciones comerciales con Escocia. El Château de Bélon funciona de un modo parecido al nuestro.

No era la primera vez que oía hablar de aquellas dos personas.

—De todos modos, ándese con un poco de cuidado: Tordeux y Premel no pueden ni verse. Luego también hay algunas grandes empresas de Riec. Tienen unos cultivos bastante mayores, repartidos por todo el tramo de río entre Riec y aquí. Son cuatro o cinco kilómetros y están repletos de instalaciones.

La hermosa localidad de Riec-sur-Bélon era el enclave principal de las ostras del río. Estaba a apenas unos minutos en coche de Port du Bélon; a Dupin le gustaba ir allí. Había una panadería excelente, un quiosco de prensa bien surtido y un mercado encantador.

—Antes ha hablado de... —El comisario buscó la palabra en sus notas; siempre apuntaba muchas cosas, aunque por lo general se limitaba solo a palabras. Nunca sabía para qué podía servirle—. Ah, sí, de semillas de ostras. Ha dicho que no podía tratarse de semillas de ostras. ¿Qué quería decir con eso?

—Esas semillas son embriones de ostra. Tal como le he explicado, la reproducción se da únicamente en zonas muy concretas, desde las que se comercializan para su cría y afinación en otros sitios. Por ejemplo, en Escocia las ostras no desovan porque el agua está demasiado fría. Allí no puede darse la reproducción.

—Y aquí, en el Bélon, ¿de dónde vienen las semillas?

—Hay quien las compra a otros países, sobre todo Holanda, que es el mayor productor de semillas de ostra de Europa. Pero muchas también proceden de la cuenca de Arcachon. Nosotros solo compramos la semilla en la Bretaña. También las ostras planas, que llegan aquí ya maduras, son de la Bretaña. Les encanta el Bélon.

—Entonces lo de las semillas de ostra también es un gran negocio.

—Sí, por supuesto.

—Y las planas, ¿qué tipo de ostras son?

Kolenc levantó las cejas, sorprendido. Era una pregunta digna de un verdadero lego en la materia.

—¿No come usted ostras?

—No.

Kolenc se tomó un momento antes de responder. Parecía debatirse entre el asombro y el horror más absolutos.

—Las ostras planas son las propias de Europa, las genuinas. Y están casi extinguidas. Son, de media, más planas, redondas, lisas y pequeñas. —Kolenc volvió a suspirar—. Y las ostras cóncavas, hay quien las llama *creuses*, son más gruesas, más alargadas y más curvadas. Son originarias del Pacífico. En la actualidad, las cóncavas acaparan la mayor parte del mercado europeo y prácticamente de todo el mundo. Nuestra empresa, al igual que el Château, está especializada en las ostras planas, pero también cultivamos las cóncavas. En cualquier caso, la mayor parte de las empresas solo cría ostras cóncavas.

—¿Y en Escocia?

—Tienen los dos tipos. Y lo mismo en Inglaterra. De hecho, las ostras planas, o europeas, son solo una parte muy pequeña de la producción. De las cuarenta y cinco mil toneladas de ostras que suministra la Bretaña todos los años al mercado, solo mil toneladas son planas. —Kolenc se quedó pensativo—. Tal vez el escocés solo quisiera comprar ostras.

—¿Qué quiere decir?

—Pues es sencillo. Que simplemente se dedicara a comprar ostras acabadas del Bélon y las importara a Escocia para revenderlas. De hecho, muchos criadores son también distribuidores. Quizá se encargaba él mismo de la distribución. Puede que estuviera especializado en las ostras planas, que en las islas son muy apreciadas, y puede que las comprara de bélon porque son las mejores.

Eso era perfectamente lógico. Estaba además la ostrería de Glasgow. Era algo totalmente posible, igual que lo de la afinación. Un motivo razonable de las relaciones de Mackenzie con la Bretaña, y también de sus viajes de negocios allí.

—Y entonces ¿las ostras planas son las mejores?

Kolenc lo miró con aire divertido.

—Es cuestión de gustos. Para nosotros, sí. —Kolenc sonrió—. Pero no todas las ostras cóncavas son iguales. Todo depende del agua en que habitan. Por ejemplo, de

las distintas composiciones del plancton, que nosotros llamamos «aromas verdes». Además también está la composición mineral y, sobre todo, claro, la concentración salina. De hecho, las ostras no hacen más que concentrar en su interior el sabor del agua en que habitan. Son mar en estado puro. —Para entonces, la voz de Kolenc había adoptado un tono poético, que contrastaba de forma curiosa con su presencia tan mundana—. Con el sabor de las ostras ocurre como con los vinos: que el clima y el suelo de la zona de cultivo marcan la diferencia y los hacen únicos. Si en los vinos la tierra es importante, en el caso de las ostras lo que marca la diferencia es el agua del mar. Por lo tanto, las ostras cóncavas del Bélon son también fabulosas.

Dupin jamás había visto la cría de las ostras de aquel modo. Era agradable pensar que al comer una se paladeaba un mar concreto, un sitio determinado y unas aguas muy definidas. Igual que con el vino. Dupin se dio cuenta de que divagaba.

—Así pues, usted no conocía a ese escocés, Ryan Mackenzie.

Como antes, Kolenc lo miró irritado. El cambio de tema había sido muy brusco.

—No. Pero mejor pregunte a los demás. Y también en Riec.

—¿Se imagina qué podría haber pasado? Es decir, según usted, ¿qué podría ocurrir en el mundo de las ostras para que se produjera este tipo de... —al decirlo, recordó la palabra que había utilizado la señora Bandol— sucesos? ¿Qué conflictos serían tan graves como para llevar al asesinato?

Kolenc adoptó una expresión muy seria.

—Ni idea, pero hay algo que parece evidente. Tiene que tratarse de mucho dinero, de imagen, orgullo, codicia. Puede que las ostras sean los seres más contentadizos y pacíficos del mundo, pero sin duda los seres humanos no somos así.

Dupin entendió qué quería decir Kolenc. Así eran las cosas. En todas partes.

Había algo más que le interesaba saber.

—¿Qué ha querido decir antes con que el señor Tordeux y la propietaria de la distribuidora no pueden ni verse?

—Estuvieron casados. Durante medio año.

Una explicación lapidaria.

—Y no acabó bien.

—En absoluto. A primera vista parecía que habían encontrado el gran amor. Ella entonces todavía no llevaba la empresa; aún era de su padre. La señora Premel es veinte años más joven que Tordeux. Ahora lleva tiempo casada y tiene dos hijas. Él se ha convertido en un solterón empedernido.

—Ya entiendo. ¿Y actualmente están enfadados?

—Hace poco los dos se presentaron para comprar un criadero de ostras de La Forêt-Fouesnant. Tordeux se llevó el gato al agua. —Kolenc se quedó pensativo un momento—. Lo cierto es que siempre están compitiendo, por cualquier motivo, incluso en las reuniones de nuestra asociación; parece que no puede celebrarse ninguna sin que haya riña.

Tanto el Amiral como el Café du Port de Henri compraban los moluscos y las

ostras en un criadero de la zona de La Forêt-Fouesnant. Pero tenía que ser otra empresa, porque, si no, Dupin habría oído hablar de la venta. Se dijo que preguntaría a Henry o a Lily.

—Por lo demás, ya que hablamos de esto, ¿hay alguna otra desavenencia en la zona, ya sea con participación escocesa o sin ella?

—No, que yo sepa. Todos nos llevamos bien, aunque guardamos las distancias. En todo caso, nos respetamos.

—¿Cree que...?

—¡Señor comisario! —Le Ber se acercaba corriendo y gritando. La escena tenía cierto aire de comedia barata.

—Ya voy. —Dupin se volvió hacia Kolenc—. Muchas gracias, ha sido usted de gran ayuda.

—Me ha dicho Armandine Bandol que forman ustedes un equipo. —Kolenc sonrió; al parecer le gustaba la idea—. Puede que me convierta en su asesor. —Hizo una pausa y añadió—: Usted le gusta a Armandine. Confía en usted.

Dupin entendió lo que quería decir. Le gustó que Kolenc protegiera el secreto de la señora Bandol.

—Es una mujer excepcional.

—En fin, venga cuando quiera si necesita saber más cosas sobre ostras.

—Lo haré. ¡Hasta pronto!

Kolenc volvió a dirigir la atención a las parrillas; con un gesto decidido arrancó un manojo espeso de algas pardas que se había adherido al soporte.

Mientras Dupin se despedía, el inspector Le Ber había tomado de nuevo el camino de vuelta a la orilla a paso lento. Dupin lo alcanzó antes de que llegara a la rampa que llevaba al muelle.

De repente el comisario se quedó quieto.

Sin explicaciones, se dio la vuelta y regresó apresuradamente junto a Kolenc, que lo observaba con curiosidad.

—Una pregunta más. Tal vez le parezca algo fuera de lugar. El caso es que hay un constructor que tiene una casa por aquí, en Port du Bélon.

—Sí, Pierre Delsard. Un pretencioso de la máxima categoría.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Delsard no viene mucho por aquí. Cuando lo hace viene siempre acompañado de amigos o socios y celebra grandes fiestas. En esas ocasiones, se ven por aquí Porches, Jaguares, Range Rovers... Proceden de todos los rincones de la Bretaña y, por supuesto, de París. Los mejores chefs de la región acuden en legión. Ostras, moluscos poco comunes, langostas, champán, *foie gras*...

Sin quererlo, Dupin empezó a salivar. Llevaba demasiado tiempo sin comer.

—¿Dónde tiene su residencia principal?

—En Lorient. Allí tiene también la empresa. Se dice que ha invertido en alguna empresa de ostras. Para entretenerse, porque no sabe qué hacer con tanto dinero.

—¿Aquí, en Port du Bélon?

—Eso no se lo sé decir. Oficialmente nadie sabe nada. Pregunte a Tordeux. Son buenos amigos.

—¿Cree usted que tiene participaciones en el negocio del señor Tordeux?

Las implicaciones serían muy complejas: ladrillo y ostras. Eso, a Dupin, aún no se le había ocurrido.

—No lo sé. Tordeux es agresivo en los negocios y sigue expandiendo la empresa. Además del criadero de La Forêt-Fouesnant, últimamente ha comprado una empresa en Cancale.

—¿En Cancale, ha dicho?

—Sí. —Kolenc añadió—: No es extraño. Cancale es, con diferencia, el mayor enclave ostrero de la Bretaña. En todos los aspectos, incluso para las semillas. Muchas empresas de ostras tienen su sede allí.

—Entiendo. ¿Y a quién compra el constructor las ostras para sus fiestas?

—Me imagino que se las suministra su amigo.

—Muchas gracias de nuevo, señor Kolenc.

Kolenc esbozó de nuevo aquella sonrisa.

—Para eso estamos los asesores.

Dupin se marchó definitivamente.

Le Ber lo esperaba junto al muelle.

—Hay novedades sobre Smith y Mackenzie. Importante: ya ha aparecido la directora de la casa de mar. Efectivamente había ido a comprar a Fort William.

A Dupin le tranquilizó oír aquello.

—La mujer ha confirmado que Smith fue miembro activo de una asociación druídica, pero que —el resto de Le Ber reflejaba un alivio considerable— hacía varios años que ya no lo era. El grupo se llama Seashore Grove y pertenecía directamente al *gorsedd* escocés. Smith asistía a lo sumo a algunas fiestas señaladas, con escasa regularidad. Eso hace que sea muy poco probable que se trate de algún asunto de druidas. —Le Ber pronunció esta última frase con gran determinación—. Y nadie sabe nada de un posible interés en los druidas por parte de Mackenzie.

Dupin no sabía qué pensar, pero por un momento dejó el tema.

—Smith reside en la casa de mar desde hace veintisiete años. Nació en la isla de Skye. Según la directora, era un verdadero lobo solitario. Carecía de vínculos familiares o sociales estables; al menos nunca los mencionó, y en la hospedería no le oyeron mencionar nada al respecto. Era un hombre reservado y acostumbraba pasar las noches solo. Bebía mucho, pero hasta el momento no había sufrido ningún problema médico. Le gustaba comer. —Le Ber era muy diligente con sus explicaciones—. En la casa vive también un hombre de la misma edad con el que charlaba de vez en cuando; sin embargo, tampoco cuenta nada de interés. Nuestros

colegas ya han hablado con él. Los dos se contaban aventuras de alta mar, y hablaban de los viejos tiempos y también de pesca, *rugby*, deportes celtas, concursos de gaita... Cosas así. Smith salía a pescar a menudo y de vez en cuando llevaba peces grandes a la cantina. En suma: era un tipo al que le gustaba que le dejaran tranquilo. Solo a veces, cuando bebía demasiado, montaba en cólera por nimiedades. Pero eso no era muy habitual. En general era una persona tranquila.

—¿Alguna vez empleó violencia física o hirió a alguien?

—No. Una vez se lio a puñetazos, pero no hubo heridos. Es algo que se da con relativa frecuencia entre los residentes. La directora además sabía otra cosa: que Smith había estado implicado en el robo fallido de un banco.

Al menos ese era un delito de verdad. Le Ber lo dijo al final y como de pasada.

—¿Cuándo ocurrió?

—En 1970. Él tenía diecinueve años.

—Ha pasado casi medio siglo. —El interés de Dupin se desvaneció—. ¿Y desde entonces no ha tenido ningún otro problema con la policía?

—Ninguno.

Dupin iba anotándolo todo. La libreta se llenaba.

—¿Y qué hay de los trabajos ocasionales?

—Siempre eran de temporada, nunca hubo nada fijo. Como ya sabe, de joven fue marino en alta mar, en los grandes pesqueros del Atlántico norte, el verdadero mar salvaje. —En el tono de Le Ber se adivinaba admiración—. Pero la directora no tiene ningún detalle sobre eso.

—¿Y su relación con Mackenzie? —Dupin se estaba impacientando.

—A eso iba. Parece que trabajaba bastante con Mackenzie: a veces un par de semanas, a veces un par de meses. Hace siete años estuvo casi doce meses. Luego, de pronto, el trabajo disminuyó. En los últimos años, solo han sido algunas semanas. Los residentes de la casa de mar están obligados a indicar de forma precisa los trabajos que realizan: es una de las condiciones de admisión. Está todo bien documentado.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué empezó a trabajar menos?

—No se sabe. Puede que fuera por la catástrofe que sufrió la cría de ostras en esa época. En 2008 las ostras planas de toda Europa fueron atacadas por una bacteria que estuvo a punto de acabar con todas. La mortalidad de las ostras fue atroz. También podría ser por la gran crisis económica: a fin de cuentas, muchos negocios se hundieron en todas partes.

—¿También en el Bélon? Quiero decir, ¿las ostras de aquí también murieron en masa?

—En todas partes. En la actualidad hay una nueva epidemia. Justo en estos días.

Dupin se sobresaltó.

—¿Ahora? ¿En estos días? ¿En Port du Bélon?

Miró a su alrededor en un absurdo acto reflejo. Hasta entonces nadie había

mencionado aquello. Todo el mundo parecía muy tranquilo.

Le Ber y él hacía rato que habían llegado al centro de operaciones situado junto a las mesas de delante del Château. Habían elegido la última mesa, que estaba algo apartada de las otras. Aparte de ellos, no había nadie más. Al parecer, Braz y Melen se habían dispersado.

—Aún no ha llegado a Port du Bélon. Empezó en la bahía de Arcachon y ya ha llegado a la isla de Oleron, que limita con la Bretaña. Es una catástrofe. Por otra parte, resulta muy misterioso. Se trata de una bacteria desconocida, que ya lleva tiempo atacando las ostras de forma masiva, sobre todo, las ostras planas. Es una bacteria muy virulenta. ¡Afecta incluso a ejemplares crecidos! Dos tercios de las ostras están afectados.

Le Ber se había sentado. Dupin seguía de pie. Era consciente de que su inspector sabía mucho de ostras. Además de las obligadas cigalas, al mediodía muchas veces llevaba a la comisaría una docena de ostras; tras quejarse del precio —y Dupin sabía que en París era cuatro o cinco veces mayor—, se las afanaba con deleite en compañía de Nolwenn. Naturalmente, Le Ber atribuía su excelente salud al consumo diario de ostras. Además, cómo no, las ostras eran un símbolo de la Bretaña y había que protegerlo.

—¿Y podría llegar aquí también? —Involuntariamente, la pregunta de Dupin tuvo un tono dramático.

—En cualquier momento. —Le Ber adoptó el mismo tono para responder.

Aunque Dupin no tenía ni idea de cómo podía estar relacionado todo aquello, no le cabía ninguna duda de que no era casual que el criador de ostras escocés y su trabajador temporal hubieran decidido hacer una incursión en la Bretaña precisamente entonces, cuando se avecinaba una nueva hecatombe en el mundo de las ostras.

Se oyó entonces un sonido muy discreto. Un SMS. Dupin se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y miró la pantalla. Claire. Los detalles de su cita: «Rue de Kergariou, esquina rue du Sallé. 18.30». Nada más. Le Ber lo miró con curiosidad.

—Volvamos a Smith. ¿Alguna novedad sobre él?

—De momento es todo. Los colegas de la zona intentan averiguar si tiene algún familiar al que darle la noticia.

—¿Cuándo fue la última vez que trabajó Smith para Mackenzie?

—Durante las pasadas Navidades y en Fin de Año. Es temporada alta para la cría de ostras. Fueron tres semanas.

—Y luego ¿nada más?

Habían pasado casi cuatro meses desde entonces.

—En cuanto a Mackenzie, ¿se sabe algo más?

—El policía ya ha llegado a la casa de la esposa de Mackenzie. Pronto tendremos noticias. He hablado con él para mencionarle el tema de los druidas —dijo Le Ber con gesto de disgusto—. Los colegas han investigado su empresa. Ha habido varios intentos de expansión. La fundó hace treinta y cinco años, y llegó a tener incluso una filial en Kirn, que vendió al cabo de dos años. Luego, hace diez, compró un pequeño criadero de ostras en Lochgilphead. Finalmente, inauguró en Tobermory una ostrería en la que ofrece ostras y moluscos propios para venta y degustación. Esas dos empresas también las dio de baja hace unos seis años.

—¿Por qué?

—La documentación oficial no permite verlo claro. Supongo que fue la recesión de la que hemos hablado. Es probable que el turismo también se desplomara en el norte de Escocia. También podría deberse a los efectos de la mortalidad de las ostras en esa época; aunque el norte de Escocia no se vio afectado, seguramente no era posible obtener semillas de ostra. O tal vez fueran ambas cosas.

—Pero entonces tendría al menos una empresa, ¿no?

—Si la información es cierta, desde el año pasado Mackenzie es socio copropietario de una ostrería de Glasgow, el Oyster Heaven. El criadero de ostras en la isla de Mull y ese bar serían sus dos negocios actuales.

Mackenzie parecía haber intentado una y otra vez crear algo grande, y siempre había fracasado. Posiblemente, rumió Dupin, por circunstancias adversas.

—Tenemos que averiguar cuanto antes si Mackenzie ha importado ostras bélon o ha encargado aquí la afinación. Asimismo hay que averiguar si está especializado en ostras planas. Pida al colega escocés que interrogue a fondo al personal de la empresa.

—Eso haremos, jefe.

—¿Han examinado ya los libros de contabilidad de Mackenzie? Debería haber apuntes al respecto.

—Eso si es que hubo operaciones y si estas fueron legales. Si no, seguro que no encontraremos nada en los libros; tampoco habrá nada si tenía intención de meterse ahora en eso. Quizá vino aquí con ese propósito.

Dupin se movía de un lado para el otro por delante de las mesas. El paisaje era impresionante. Frente a la hermosa mansión, justo encima del Bélon, a un par de metros de altura, se veía un puñado de mesas alargadas de madera desgastada con bancos. Al frente, bordeada de robles antiguos de formas caprichosas, se abría la desembocadura del Bélon, que refulgía de color esmeralda bajo la luz de primera

hora de la tarde.

—Dígame, ¿es frecuente una mortalidad de ostras tan masiva?

A Dupin le seguía inquietando el asunto de la infestación, la posible catástrofe.

—No en las temibles dimensiones de 2008, pero, en menor medida, sí se producen. En 1920 una infección acabó con el noventa por ciento de las ostras planas de Europa; hasta finales del siglo XIX, excepto unos cultivos menores de ostra portuguesa, la plana era la única que había en Europa, desde los fiordos noruegos hasta Gibraltar. En los años previos a la infección, su consumo se había disparado de forma insospechada, después de que el mismísimo Rey Sol convirtiera la ostra en el bocado exquisito que había sido ya en los tiempos de los griegos y los romanos. —A Le Ber le brillaban los ojos—. En la Edad Media, las ostras solo eran para los pobres, eran muy poco apreciadas. Sin embargo, más tarde, en sus grandes banquetes, Luis XIV pedía exactamente cien ostras para cada invitado; su cocinero nunca conseguía la cantidad suficiente. —La voz de Le Ber adoptó de pronto un tono abatido—. De hecho, un retraso en el suministro de las ostras hizo que el cocinero se arrojara al Sena. El hombre...

—¡Le Ber! ¡Céntrese en la mortalidad de las ostras!

No era momento para disquisiciones históricas. Además, la narración había adquirido un cariz macabro; era como si Le Ber comprendiera perfectamente el motivo de aquel acto tan desesperado.

—Al siglo de las ostras planas le siguió el esplendoroso medio siglo de las ostras portuguesas. —Dupin estuvo a punto de echarse a reír al oír aquello—. ¡El año clave fue 1886! Un barco bretón cargado con seiscientas mil ostras portuguesas buscó refugio en el estuario de la Gironda a causa de una terrible tormenta. En un momento dado, viendo que la tormenta no parecía amainar, el capitán pensó que las ostras se habían estropeado y las hizo arrojar al agua. Algunas siguen vivas. —El inspector había acelerado el ritmo de su explicación, consciente de que, de lo contrario, Dupin volvería a interrumpirle—. Se propagaron rápidamente por toda la costa atlántica. Cuando la infestación llevó al borde de la extinción a las ostras planas, todo el mundo se alegró de tener las otras. Las portuguesas eran menos vulnerables y su desove permitía venderlas todo el año.

—Kolenc ha mencionado una ostra procedente del Pacífico —apuntó Dupin.

—Alrededor de 1970 la ostra portuguesa se vio afectada por dos virus letales y estuvo al borde de la extinción; por suerte, antes de que eso ocurriera, un criador de ostras había traído de la Columbia británica y Japón un pequeño cultivo de ostras del Pacífico, que eran inmunes. Eran las que algunos llaman «gigantes». Pronto la gente se apresuró a buscar más y empezaron a criarse. Son las más resistentes. Por desgracia, algunos ejemplares importados estaban afectados por un virus fatal que estuvo a punto de malograr por completo los cultivos de ostra plana, que empezaban a recuperarse. —Le Ber inspiró hondo para terminar el discurso—. En la actualidad, la ostra cóncava representa el noventa por ciento del mercado mundial, y la plana,

apenas el cero coma dos.

A su pesar, Dupin estaba impresionado. La historia de las ostras era una historia turbulenta, con muertes masivas y catástrofes. Y, como todo en el mundo, una historia de casualidades.

El inspector añadió con melancolía:

—Llegará un momento en que la ostra plana desaparezca. Hace poco fue distinguida como «molusco del año», un galardón muy importante.

Dupin estuvo a punto de estallar en carcajadas, pero para Le Ber aquel asunto era muy serio.

—El premio distingue a los moluscos cuya existencia está amenazada y que desarrollan una importante función ecológica, como los caracolillos vértigo, la babosa moteada, la myosotella, que algunos llaman caracol de orejas de ratón, los uniónidos o los clausílicos. De este modo se pone en conocimiento del público la especie elegida e intenta darse a conocer aspectos malacológicos de interés, los cuales...

—¡Le Ber! ¡Que no estamos en la universidad! —Aunque Dupin comprendía que la causa de unos moluscos con tales nombres requería cierto apoyo, había momentos en que era preciso intervenir—. Kolenc no ha dicho nada de una posible epidemia, ni ha dado a entender que se avecinara una infestación en Port du Bélon. —El comisario se quedó pensativo—. Sin embargo, eso podría significar la ruina para muchas empresas, incluida la suya.

—Hay muchos motivos por los que la bacteria podría detenerse antes de llegar al río. Basta con que cambien algunas corrientes y todo eso no tendrá importancia para el Bélon.

—Le Ber —Dupin no estaba seguro de si era conveniente plantear aquella pregunta, pero finalmente optó por hacerlo—, ¿le parece a usted que el sabor de las ostras planas es mejor que el de las cóncavas?

Por un momento, Le Ber esbozó una expresión de asombro que cambió rápidamente a ser de alegría genuina al percibir el interés inesperado de Dupin por las ostras. Le Ber y Nolwenn, así como Lily, del Amiral, y Henri llevaban años esforzándose en vano por acercarse a Dupin a las ostras.

—Bueno, las planas tienen un sabor especial, a avellana; tienen un punto delicado, exquisito, sí, y un dejo salado. Al menos aquí, en el Bélon. Tienen el sabor de las aguas extraordinarias que habitan. Oscilan entre los aromas fluviales y los marinos. —La cara del inspector empezaba a adquirir una expresión peligrosamente exultante, como la de un crítico de vino en plena cata—. Los aromas fluviales evocan el sabor del pepino, el melón o las habas de soja frescas; por otra parte, tienen también ese sabor metálico y nítido del yodo. Esto es algo que a las ostras de las piletas de afinación de Marennes-Oléron, por ejemplo, les falta, aunque, desde luego, son fabulosas. En cambio, en el caso de las ostras de las grandes bahías o las que vienen de mar abierto, ese sabor a yodo es más marcado. Todo depende de...

—... la composición del agua —concluyó Dupin.

Le Ber asintió.

—Para comer ostras, hay que cerrar los ojos. Es cuestión de oler, paladear, sentir el agua, el sitio. ¡Solo a los mentecatos se les puede ocurrir lavar las ostras! —Con esas palabras, su rostro expresó una mezcla de horror y consternación—. Hay que masticarlas lentamente y captar su sabor con todos los sentidos. Quienes lo hacen de verdad no usan sazonadores adicionales como el limón, la pimienta o una vinagreta. El agua es sabrosa por sí misma. Otra mala costumbre es comer las ostras bien frías. Eso altera su sabor. —Dupin se dijo entonces que tenía que intervenir de nuevo, porque Le Ber volvía a divagar—. Cuando mejor saben es a una temperatura de entre ocho y doce grados, como el vino muscadet joven y algo espumoso, con su sabor mineral y los aromas a manzana y limón, con el que se acostumbra acompañar el plato.

—No hay nada mejor que un muscadet —se le escapó a Dupin, sin querer. Notó que se le hacía la boca agua, aunque no era por las ostras.

—Es importante que el vino esté al mismo nivel y depende del sabor, la región y el tipo de ostras. En cualquier caso, no todos los vinos blancos son adecuados. Para las ostras b́elon, el muscadet es el vino perfecto. Pero también es adecuado un chablis o un pouilly-fuissé. Incluso un puligny-montrachet. ¿Por qué no? Es fabuloso.

—Ya está bien, Le Ber. Basta.

De repente, la alegría asomó a la cara del inspector.

—¿Qué le parece, comisario? ¿Es un caso de ostras?

Dupin frunció el ceño. En los últimos años Le Ber, Nolwenn, Labat, toda la comisaría y, cómo no, la prensa bretona habían empezado a referirse a los casos de ese modo. El «caso de las pinturas», el «caso de las islas», el «caso de la sal». Una ridiculez mayúscula. Al oír aquello se temió lo peor para la fiesta que se celebraría al cabo de dos noches. Pensó entonces que tenía que conseguir que Nolwenn le jurara que no habría discursos ni remembranzas divertidas o anécdotas agradables.

—¡Le Ber! —Dupin quería centrarse de inmediato en la investigación. Necesitaban concentración—. Hay que averiguar si alguno de los otros criadores de ostras conocía a Mackenzie o a Smith. En todo el B́elon. A ver si alguien hizo negocios con él.

—De acuerdo, jefe.

—Deberíamos hacernos una idea de qué empresas del B́elon tienen tratos comerciales con Escocia. ¡Da igual de qué tipo! No habrá muchas. Pida ayuda a los dos colegas de Riec. Pregunten en todos los establecimientos.

El personal disponible era sin duda insuficiente. Aunque había vuelto Le Ber, a Dupin le habría ido muy bien contar también con Labat y Nolwenn.

—Yo me encargaré de las empresas de aquí, de Port du B́elon. —Dupin consultó el reloj. Aún tenía una hora. Luego debía partir hacia Quimper si quería llegar puntual a la misteriosa cita con Claire. Su intuición le decía que no podía arriesgarse

a llegar tarde. En su primera relación, se había retrasado demasiadas veces. A veces ni siquiera se había presentado.

—¿Ha podido hablar ya con el hombre de Cancalle, señor comisario?

Aquello era importante. Dupin ni siquiera lo había intentado.

—Lo haré enseguida, mientras me acerco a ver al señor Tordeux. —Dupin hojeó su libreta—. Ah, sí. Super de Bélon.

—Vale. Ya le he enviado al móvil su nombre y número de teléfono. Debería tenerlo todo.

—Hasta pronto, Le Ber.

—Una cosa, señor. —Le Ber, de repente, puso gesto compungido—. Es sobre el asunto de Labat. Solo para que esté usted informado de todo: ahora mismo asuntos internos está investigando a conciencia. Lo de las muestras de arena. A fin de hacerse una idea de nuestra operación secreta. Nolwenn ya me ha puesto al corriente.

—¿Desde el cementerio?

Dupin se había detenido.

—Sí. Pero no se preocupe, la tía Elwen ya estaba bajo tierra.

—¿Cuándo veremos a Labat?

—Creo que esta misma tarde. O mañana a primera hora.

—Gracias, Le Ber.

Dupin se alejó de la mesa a paso rápido.

Al doblar la esquina, se dio de bruces con Magalie Melen. Aquello no le convenía en ese momento.

—Comisario, la señora Bandol quiere saber cuándo van a verse hoy. Ha intentado llamarle por teléfono.

—¿Recuerda alguna otra cosa? ¿Se ha acordado de algo más?

Eso podía ocurrir en cualquier momento.

—No creo. Se trata, en sus palabras, de la siguiente «reunión». Para saber hacia dónde quiere orientar ahora la investigación. —No cabía duda de que Magalie Melen estaba repitiendo las palabras de la señora Bandol de forma literal.

—Dígale que, por desgracia, hoy me va a ser imposible reunirme con ella. Lo siento. Mañana la llamaré.

Dupin lo lamentaba de verdad.

Entonces le vino a la cabeza un fragmento de la conversación con Kolenc, algo que incluso había anotado.

—¿Qué se sabe de la propietaria del Château?

—Está en Marruecos, en Agadir. Permanecerá fuera hasta finales de semana. Se ha ido con toda la familia, el marido y los hijos. Se marcharon el domingo de la semana pasada. Todos los años cogen dos semanas de vacaciones. Por costumbre, siempre antes de Pascua.

—Y entonces ¿quién se queda al cargo de la degustación si alguien quiere comer ostras en las mesas?

—Su sobrina. Ronda los treinta. En realidad, trabaja de panadera y todos los años viene a pasar estas dos semanas aquí. Solo se encarga de las degustaciones y se dedica con intensidad a la lectura. Ya ve que ahora hay muy poca actividad. Y luego hay tres trabajadores más que se ocupan de los parques de ostras. Son de Riec.

—¿Conoce a la propietaria?

—Bastante. —Por el modo en que pronunció aquella palabra, parecía querer decir: «Muy bien».

—¿Le parece sospechosa?

La joven policía se mantuvo imperturbable.

—No. Creo que no.

—Llámela a Marruecos y pregúntele por Mackenzie y Smith y, sobre todo, por Escocia. Averigüe si mantiene relaciones con el país.

—De acuerdo.

—Tengo que seguir.

Dupin se alejó a paso rápido.

Todavía tenía una llamada y una visita que hacer. No podría hablar con la distribuidora antes de ir a Quimper.

En realidad, lo que le convenía era tomarse un café. El comisario dejó escapar un suspiro fuerte y profundo. Se oyó de lejos.

—¿Hola?

Dupin había dejado que sonara el teléfono largo rato y estaba a punto de colgar.

—Soy el comisario Dupin, de la comisaría de Concarneau. ¿Es usted el señor Cueff?

—El mismo. —La voz reflejaba irritación.

—Estamos investigando un asesinato, señor. Ayer por la tarde desapareció un hombre al que usted conoce.

—¿Me está tomando el pelo?

—No, señor Cueff. Se trata de Ryan Mackenzie.

—¿Ryan Mackenzie? —preguntó, consternado.

—Sí. Es muy probable que fuera asesinado en Port du Bélon.

—¿Muy probable? —Una pregunta justificada formulada con un desprecio nada disimulado—. ¿Significa eso que es muy probable que fuera asesinado o que es muy probable que fuera asesinado en Port du Bélon?

—Ambas cosas.

Así era. Y con eso tendría que contentarse. Se produjo entonces un largo silencio que Dupin no quiso interrumpir.

—¡Qué locura! Me llamó la semana pasada. El miércoles por la tarde.

—¿Dice usted que le llamó?

—Llevaba más de un año sin tener noticias tuyas. Lo conozco desde hace casi

veinte. Nosotros...

—¿Qué quería?

—Me dijo que los negocios le iban bien y que posiblemente no tardaría en pasar por aquí para hablar de los planes de participación en la empresa. La última vez que estuvo por aquí fue hace dos o tres años.

—¿Quería venir a la Bretaña?

El asunto se volvía cada vez más interesante.

—Sí, quería visitarme en Cancale. ¿Qué hay de malo?

—¿En qué consistían esos planes de participación en la empresa? ¿Hasta qué punto estaban avanzados?

—De momento era solo una idea, nada más. Quería comprar una parte de mi criadero de ostras, con una participación del veinte por ciento, más o menos. Hacía mucho que le rondaba la idea y yo estaba muy interesado. —Aquella locuacidad contrastaba fuertemente con el disgusto evidente de Cueff—. Pero no llegamos a ahondar en los planes.

—Según usted, ¿por qué le interesaba tanto?

—Las ostras bretonas son un negocio atractivo en la isla. Además, de ese modo se aseguraba las semillas.

Dupin se alegró de haber hablado antes con Kolenc. Entendía mejor el negocio.

—¿Y desde cuándo le conocía?

—Creo que desde 1997. Fue en una feria de productores europeos de ostras en Cancale. Estaba en nuestra mesa, con mi esposa y yo. Desde entonces nos visitaba cada dos años más o menos, cuando venía al continente.

—¿Le comentó si tenía prevista una visita en breve a la Bretaña? ¿Esta semana?

—No. Él... —Cueff vaciló de forma extraña—. Nada. Solo me dijo que vendría pronto, pero no mencionó ninguna fecha. Dijo que me llamaría.

—¿Nada más?

—No.

—¿Alguna insinuación, alguna indirecta, algo que hiciera pensar cuándo podría ser?

—No.

—¿Le llamó a usted la atención alguna cosa durante la llamada?

—Estaba muy animado. Hablamos unos tres minutos. No. De hecho, ahora ya sabe usted todo lo que nos dijimos.

Entretanto Dupin había llegado junto al muelle. A la izquierda vio la casita blanca que había justo al lado del muro de piedra, alto y cubierto de plantas, del Château. Un letrero blanco y detallado en letras azules señalaba el camino hacia Super de Bélon.

—Esa participación en el negocio que ha mencionado, ¿de qué cifras estaríamos hablando?

—Cuando lo hablamos, no llegamos a hacer cuentas siquiera.

—¿Qué valor tiene su criadero de Cancale?

Tuvo que esperar un rato para obtener la respuesta de Cueff, que pareció sopesar si iba a contestar a la pregunta.

—En la actualidad, por una empresa como la mía se paga un millón.

—¿Tiene usted otras empresas o participaciones en empresas? ¿Por ejemplo, en Port du Bélon?

—No.

—¿Le dice algo el nombre de Seamus Smith?

—No.

—De momento eso es todo, señor Cueff. Una última cosa: ¿dónde estaba usted cuando le llamó Ryan Mackenzie?

—En casa.

—¿Le llamó al teléfono fijo?

—Apenas lo uso. Me llamó al móvil.

—¿Estaba usted solo en casa?

—Estaba trabajando en la oficina, sí.

—Así pues, ¿no lo vio nadie?

—Solo al final de la tarde. —De nuevo Cueff no trató de disimular el tono malhumorado—. Cuando llegaron mi mujer y mi hijo, sobre las ocho y media.

—Muchas gracias. Pronto volveremos a ponernos en contacto con usted.

Cueff no reaccionó. Dupin tampoco esperó, y colgó.

Apenas le quedaban unos metros para llegar a la empresa de Tordeux.

En lo alto de la entrada de la casa, colgaba exactamente el mismo rótulo que en el muelle. Super de Bélon.

Dupin marcó el número de Le Ber, que respondió a la primera.

—¿Jefe?

Dupin comenzó a hablar sin preámbulos.

—Ese hombre de Cancale, Nicolás Cueff. Hable con la policía de Cancale. Necesitamos información sobre él y sus negocios. Que averigüen todo lo que puedan de él. Además —Dupin reflexionó—, quiero que alguien se pase inmediatamente por allí y hable con él en persona. Que le explique con todo detalle la charla que mantuvo con Mackenzie, todos y cada uno de los pormenores, y que repase de nuevo su coartada. Por otra parte, pida al policía que se encuentra con la esposa de Mackenzie que le pregunte si sabía que su marido tenía pensado comprar una participación en el criadero de ostras de Cueff. En concreto, si sabía que, al parecer, había reactivado esos planes y que por eso llamó a Cueff la semana pasada. Eso habría exigido una gran inversión financiera.

—De acuerdo, jefe.

—Le Ber, ¿ya ha vuelto Nolwenn? —A Dupin le inquietaba que ella no estuviera en el despacho durante un caso. Su presencia no solo significaba una ayuda y un apoyo enormes, sino que además le proporcionaba estabilidad moral y psíquica. Saber que estaba ahí le daba la seguridad de que al final todo saldría bien.

—El banquete fúnebre acabará pronto.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Dupin—. Hasta luego.

El río había crecido un poco de nuevo y su cauce se había ensanchado. Justo al lado de la casa de Tordeux, había una pileta de ostras de forma alargada. Al lado había un tractor de color rojo con la pala vuelta hacia arriba, algo levantada del suelo. Dos hombres vestidos con los pantalones, casi obligados, de color amarillo, cargaban grandes sacos rojos repletos de ostras en la pala. Dupin se acercó a ellos, otra vez hundido en el barro. Los zapatos ya no se le secarían.

—¿Señor Tordeux?

Los hombres no le habían oído acercarse y se volvieron los dos a la vez.

—Está en la casa —dijo uno de ellos señalando en esa dirección.

Al momento volvieron a centrar su atención en los sacos.

Dupin se dio la vuelta sin decir nada.

La puerta, un portón, en realidad, estaba completamente abierta.

—¿Señor Tordeux?

Dupin entró sin aguardar respuesta.

Se encontró en una sala sobria, de paredes burdamente revocadas que en otros tiempos habían conocido el blanco y que lucían un tono entre marrón y grisáceo; la estancia estaba repleta de cachivaches y montañas de sacos de ostras apilados de manera caótica. Al fondo a la derecha, en el rincón, accesible únicamente tras zigzaguear entre los bultos, se veía una escalera de madera tosca con apariencia de haber sido hecha a mano. Solo había un ventanuco, y la luz entraba sobre todo por la puerta abierta.

—Es aquí arriba.

El señor Tordeux se había tomado su tiempo para contestar.

Dupin se abrió paso hacia la escalera. Subir por ella era como ascender una montaña, porque los escalones medían el doble de altura que los normales.

En el piso superior todo era distinto. El contraste era impresionante. De pronto, el visitante se encontraba en una sala de diseño exquisito y lujosamente decorada. Tenía ventanas en los tres lados, la mayor de las cuales daba al río, y una ventana inmensa de aluminio en el techo que mostraba un trozo considerable de cielo. Junto al gran ventanal que daba al río, en medio de la estancia, había una mesa de color blanco y aspecto valioso con una lámpara cara de acero encima, una enorme pantalla plana y una elegante silla blanca detrás. Delante de la mesa, había otras dos sillas. En las paredes había unas estanterías de acero de color blanco. En la otra esquina de la sala, se veía un sofá de piel negro con una mesa auxiliar a juego.

—¿Señor Vannecc?

Tordeux se había levantado en el último momento y se acercaba a Dupin con paso decidido, con la mano extendida en actitud amigable. Era un hombre de media altura,

delgado y de tez ligeramente morena; tenía el pelo negro y corto, cuidadosamente peinado hacia atrás con brillantina y con un suave reflejo plateado a los lados. Su rostro era pequeño y elegante, perfectamente afeitado. Llevaba pantalones de tela marrón oscuro y una camisa *beige*, unos tonos que combinaban a la perfección con su cabello. Como si fuera casual, para dar un aspecto más informal, llevaba dos botones de la camisa desabrochados. Debía de estar bien entrado en la cincuentena, tal vez incluso hubiera cumplido ya los sesenta años. Costaba adivinarlo. Se conservaba joven sin dar la impresión de haberse preocupado mucho por eso.

Dupin no tenía la intención de aclarar aquel malentendido evidente y dejó que Tordeux hablara.

—Ha dado usted en el clavo contactando conmigo. Créame, no hay mejores ostras que las b el on. Estoy encantado de que visite nuestra empresa. Encontraría nuestra oferta excelente. Pero, por favor, siéntese. —Señaló una de las dos sillas.

Las maneras estudiadas de un comercial astuto. Dupin se quedó de pie.

—Soy el comisario Georges Dupin, de la comisaría de Concarneau.

Tordeux no demostró sorpresa más que por un instante, luego sonrió divertido, sin perder el control de la situación en absoluto.

—Esperaba a un cliente nuevo, un gastrónomo. Me dijo que estaría aquí a las cinco —repuso—. De todos modos, también es un placer recibir a la policía.

Dupin no estaba de humor para bromas.

—Señor Tordeux,  mantiene usted relaciones comerciales con Escocia, es decir, con empresas escocesas?

— Con nuestro pueblo hermano?

Dupin no respondió.

—Pues sí, con un distribuidor de Edimburgo. Y también con un criador en Dundee. —Tordeux hablaba con un tono marcadamente distendido.

— Edimburgo y Dundee, entonces?

Había dado en el blanco a la primera. Escocia, en dos ocasiones. Aunque esta vez, al este.

—Sí.

—Entonces supongo que uno de sus socios es Ryan Mackenzie.

No perdía nada con probar.

—No. Es Ian Smollet. Es el distribuidor de Edimburgo. Le vendo nuestras exquisitas ostras planas. Y el criador de Dundee se llama James MacPhilly. Afino sus ostras hasta convertirlas en auténticas ostras b el on. Les veo cada dos años, más o menos. Son buenos negocios. Edimburgo es una ciudad fabulosa, que aprecia el buen sabor.

Dupin se había sacado la libreta del bolsillo del pantalón.

—Así pues, señor Tordeux,  no conoce a nadie llamado Ryan Mackenzie? Se lo pregunto de forma expresa:  no lo conoce ni ha oído hablar de él?

—No, seguro.

—Ayer fue la víctima de un asesinato, que tuvo lugar muy cerca de aquí.

—Así pues, es cierto. Desde ayer por la tarde, se oyen noticias muy inquietantes. Se dice además que se les escapó el cadáver. Eso debe de haberles dado mucha rabia.

—Y a Seamus Smith, ¿le conoce?

—No, tampoco. No. Nunca lo he visto, ni he oído jamás ese nombre.

—¿Y qué me dice de sus socios escoceses, el distribuidor y el criador? ¿Tienen contacto con alguno de ellos?

—¡No me haga usted reír! ¿Cree usted que conozco a todos sus clientes? ¿Quiénes son esos señores por los que pregunta, son también criadores de ostras?

—Uno sí. Ryan Mackenzie.

—Mis clientes no tienen por qué darme explicaciones. Y, para que lo sepa, tengo contactos comerciales con otros dieciséis países europeos.

—¿Desde cuándo tiene relaciones con Escocia?

—Hará unos veinte años. Sí, seguro, desde hace veinte años.

—¿Alguno de esos dos señores —Dupin buscó los nombres en la libreta—, Smollet y MacPhilly, ha estado últimamente en la Bretaña?

—La última vez que los vi a ambos fue a principios del año pasado. Tal vez en enero y marzo. Estuvieron aquí muy poco tiempo. No sé qué más puedo contarle.

Tordeux respondía a las preguntas con desenvoltura.

—De todos modos, imagino que mantiene contacto regular con ellos, ¿no es así? ¿Por teléfono o por correo electrónico?

—Usted no afloja, ¿eh? ¿Adónde quiere llegar?

De pronto, por una milésima de segundo, a los labios de Tordeux asomó una sonrisa de suficiencia.

—Estoy llevando a cabo una investigación, ¿le importaría contestar?

—Por supuesto que estamos en contacto. Tenemos entregas regulares. El distribuidor recibe una entrega de ostras planas cada quince días. El criador me envía grandes cantidades de ostras dos veces al año. Y yo se las devuelvo.

Parecía que a Tordeux todo eso le trajera sin cuidado.

—¿Teme usted el estallido de una infección de ostras en el Bélon, señor? ¿Le da miedo que llegue aquí la catástrofe de Arcachon?

—Ya se verá.

No parecía asombrado por la pregunta. El tema no le inquietaba especialmente. O, al menos, disimulaba muy bien.

—¿Se habla de esto por aquí?

—Pregunte a los demás. Yo no hablo de ese asunto. —De repente, a Tordeux se le iluminó la mirada—. Por cierto, ¿quién suministra las ostras a la comisaría de Concarneau? Le voy a hacer una oferta que no podrá rechazar.

Dupin no sabía si tomarse eso como un chiste.

—Me han comentado que ha comprado recientemente una empresa en la zona de La Forêt-Fouesnant y que su negocio se amplía.

—En efecto. Y hace dos años compré una en Cancale. ¡Sí! Hay que tener una buena posición estratégica. Además, los negocios van viento en popa cuando se trabaja con ahínco.

—¿Y por qué van tan bien? Son inversiones muy grandes.

Tordeux miró a Dupin directamente a los ojos.

—En los últimos diez años, hemos multiplicado por doce el volumen de negocio. Hemos crecido cada año. Y hemos ahorrado capital. —El tono de voz era sumamente tranquilo.

—Pierre Delsard, el constructor. Se dice que es un buen amigo suyo. Que usted le suministra ostras y moluscos.

—Un excelente amigo. Y también un buen cliente, así es.

Dupin encontraba tanta predisposición a proporcionarle información casi provocadora.

—Por casualidad, ¿no será que el señor Delsard participa en su negocio, a modo de socio capitalista o comanditario?

La respuesta fue inmediata. Tordeux se mantuvo impertérrito.

—No. Yo me cuido de mis propios asuntos.

—¿Seguro?

—Por completo.

—Desde el punto de vista económico, ¿su empresa está más orientada a la cría o a la afinación?

—A la afinación.

Dupin echó un vistazo a la hora. Tenía que marcharse pronto.

—Y ahora, la pregunta más importante, señor Tordeux. —Dupin hizo una pausa larga, como si esperara alguna cosa—. ¿Qué hacía usted ayer a la hora del crimen cerca del lugar en el que se produjo?

La pregunta tomó a Tordeux desprevenido y su rostro se desencajó un poco.

Salió del apuro con un tono algo irónico.

—De modo que es así como funcionan las cosas: resulta que soy sospechoso. La verdad es que no le creía capaz de tener tanto sentido del humor. Generalmente los parisinos son bastante avinagrados.

—En efecto, señor Tordeux —dijo Dupin, cortante y harto de aquella farsa—. Soy yo quien decide quién es o no sospechoso. De todos modos, tiene usted motivos para preocuparse. ¿Y bien?

—Ah, así que también sabe usted actuar de otra manera. Me alegro. Es importante para su trabajo. Bien, para que conste: soy propietario de un alojamiento rural, un *gîte*, una especie de pensión que heredé de mi tía y que se encuentra a aproximadamente un kilómetro del aparcamiento. Para ir allí solo hay un camino: la calle de la que sale el callejón que da al aparcamiento. Pasé en coche por esa calle. Eso, hasta donde yo sé, no es ningún delito. Eran más o menos las 16.40. Tenía cosas que hacer en el apartamento. Vi a la anciana señora Bandol y a su perro. Subían por el

camino desde el Bélon. Y eso es todo. Como ciudadano honrado que soy, es lo que conté, con todo lujo de detalles, a la policía cuando un compañero suyo me preguntó si por casualidad me encontraba a la hora en cuestión en el lugar en cuestión y si, por casualidad, había algo que me hubiera llamado la atención.

—En resumen: a la hora del delito usted estaba, por lo menos, cerca del lugar del delito. ¿Qué tenía que hacer en el apartamento, señor?

—Esperaba a unos huéspedes.

—¿Se encarga usted mismo de eso?

—Tengo a una persona que se ocupa de la casa, claro. —Tordeux casi parecía indignado—. Hace las camas, limpia y esas cosas. Pero hay cosas de las que tengo que encargarme personalmente.

—¿Tiene muchos huéspedes?

—Podrían ser más si quisiera. Es solo un ingreso adicional. Principalmente lo alquilo a amigos y a conocidos.

—¿Y qué encargos tenía que hacer allí?

—Tenía las llaves.

Dupin había pensado otras cosas, como la calefacción o algo por el estilo.

—¿Las llaves? —El comisario prosiguió antes de que Tordeux pudiera contestar—: Pronto nos pondremos en contacto con usted, señor Tordeux. Luego nos contará el resto. Además, un colega mío hablará con sus huéspedes.

Dupin se dio la vuelta y se dirigió hacia la escalera.

—Aquí estaré. —Tordeux parecía totalmente tranquilo, no mostraba señales de sentirse irritado—. Y piense también en mi oferta de suministro a la comisaría. Para acontecimientos festivos, recepciones. Seguro que desde que está usted allí ha habido muchos. —No lo dijo con ironía—. ¡Tengo las mejores ofertas! ¡Ostras bélon auténticas!

Dupin bajó los peligrosos escalones de la escalera con suma atención pero rápidamente. Eran las 17.45.

Delante de la entrada vio a un hombrecito algo entrado en carnes, vestido con un horrible traje de color amarillo claro, que se aproximaba a la casa claramente concentrado en no pisar el barro. Su aspecto era ridículo. Seguramente se trataba del gastrónomo al que esperaba Tordeux.

Dupin apretó el paso.

Desde la bifurcación que llevaba al centro de operaciones, vislumbró a Le Ber. Pese a los esfuerzos de Dupin por pasar desapercibido, el inspector también lo vio a él.

Le Ber se precipitó de inmediato hacia él y se puso a hablar antes de que Dupin pudiera decirle que no tenía tiempo.

—Jefe, acaba de llamar el policía que ha ido a la casa de la mujer de Mackenzie. Hemos estado hablando un buen rato. Los compañeros...

—¿Y bien?

—Jane Mackenzie insiste en que no sabe qué intenciones tenía su marido en la Bretaña. Ella...

—Le llamaré desde el coche, Le Ber. Ahora mismo, en un minuto.

Quería escuchar con detenimiento lo que había dicho el policía escocés sobre aquella conversación.

—¿Desde el coche?

Dupin no había comentado nada a nadie sobre su escapada a Quimper.

—En un minuto.

—Hay además información importante. Tenemos las conexiones telefónicas de...

—En un minuto, Le Ber. ¡Se lo prometo! Por cierto, Tordeux tiene dos clientes escoceses, en Edimburgo y en Dundee. Un criador de ostras y un distribuidor. Pida a la policía de Edimburgo que lo compruebe. Que Tordeux le dé los datos de contacto. Averigüe si han tenido alguna relación con nuestros escoceses.

Dupin siguió avanzando, aunque se dio la vuelta una última vez.

—¡Y averigüe dónde puedo encontrar a la propietaria de la distribuidora de ostras! ¡Hoy mismo, a última hora de la tarde!

Eran las 18.37. Dupin llegó casi puntual. Se sentía nervioso. ¿Por qué se comportaba Claire de un modo tan misterioso?

Había llegado ya a la plaza Laënnec, un lugar que le encantaba, junto a la magnífica catedral. Estaba a punto de doblar la esquina de Kergariou con la rue de Sallé, una callejuela bastante empinada de adoquines. El centro medieval de Quimper, ubicado en una colina, tenía varias calles así y las casas antiguas estaban pintadas con tonos *beige*, ocres y grises claros que reflejaban la luz y creaban un ambiente agradable.

Durante el trayecto, Le Ber le había puesto al corriente con todo lujo de detalles.

La charla del policía de Tobermory con la esposa de Mackenzie había sido larga; el agente había tenido que hacer varias interrupciones, porque Jane Mackenzie estaba en un estado nervioso terrible.

Era evidente que la mujer no sabía de las relaciones comerciales de su marido en la Bretaña. Al parecer, Mackenzie le había hablado de la idea de participar en el negocio de Cueff, pero a ella le había dado la impresión de que el plan era muy vago. Por otra parte, lo más importante: no tenía ni idea de que su marido hubiera llamado a Cueff la semana anterior ni de que hubiera vuelto a avivar aquel asunto. Jane Mackenzie no estaba muy al corriente de los negocios ni de las finanzas. Había contado al agente la historia de la empresa a grandes rasgos, con los distintos intentos y planes de expansión, y los reveses sufridos. Al parecer, en 2008 la mortalidad masiva de ostras, que provocó la venta de las otras empresas, se vio acompañada de la terrible situación económica. La empresa de Mackenzie había sufrido grandes altibajos. La mujer decía que el sueño de su marido era crear algo grande y que esa

ambición nunca le había abandonado, a pesar de todas las contrariedades. Ryan Mackenzie le había dicho que viajaría a Glasgow y que tal vez pasaría una noche fuera. Por otra parte, era cierto que tenía una cita con su socio; la había acordado tres semanas atrás. En la carpeta de correo enviado de Mackenzie habían encontrado un mensaje en el que la anulaba sin dar ninguna explicación. En los días previos, tenía que haber pasado algo en la vida de Ryan Mackenzie que le hubiera hecho planear aquel viaje fatal a la Bretaña acompañado de Smith. Y posiblemente había empezado con la llamada telefónica de este.

Según afirmaba Jane Mackenzie, su marido era un hombre «de gran corazón». Le Ber se había anotado algunas expresiones que luego le había leído al comisario: «Era retraído, honrado y carecía de enemigos». A ella le resultaba muy difícil imaginarse que pudiera estar metido en algo ilegal. Siempre era la misma canción, Dupin la había oído muchas veces. Había contado además que Mackenzie, de joven, había tenido problemas con el alcohol, pero hacía tiempo que no. Le había conocido cuando él tenía treinta años, y ella, veintidós. Jane Mackenzie había confirmado de nuevo que Smith y su marido, hasta donde ella sabía, no se conocían mucho. Afirmaba que su marido sentía «un poco de lástima» por él y que de vez en cuando le daba trabajo.

Dupin había pedido más detalles y había hecho varias preguntas como si Le Ber fuera Jane Mackenzie. La situación no había tardado en adquirir un aire bastante grotesco.

Durante aquella conversación con Jane Mackenzie, otros dos agentes habían indagado en la empresa. Los trabajadores no tenían ni idea del viaje de Mackenzie a la Bretaña y tampoco de qué podía estar buscando su jefe en Port du Bélon. Ni siquiera habían oído hablar de Cueff. Otro dato importante era que estaban completamente seguros de que la empresa jamás había hecho negocios en la zona del Bélon, ni con ningún criadero de la Bretaña.

Había otro punto que había dado resultados más suculentos: los escoceses habían actuado con rapidez y ya disponían de todas las conexiones telefónicas de Mackenzie de los últimos seis meses. Tanto del teléfono fijo como del móvil. Prácticamente todo eran llamadas locales, aparte de algunas a Glasgow, al Oyster Heaven. No había habido ningún contacto telefónico con Francia, ni la Bretaña, excepto por la llamada que había hecho a Cueff el miércoles anterior a las 16.30 (lo cual coincidía con la declaración de Cueff). Había durado casi cuatro minutos. Lo interesante eran los nueve registros de llamadas entre Mackenzie y Smith, cuyo teléfono de prepago también habían podido comprobar. Se había producido una llamada de Mackenzie tres semanas antes de Navidad y la siguiente, de Smith, había sido un martes hacía dos semanas: habían hablado media hora, por la mañana; ese mismo día siguieron otras dos a primera hora de la tarde, de ocho y quince minutos de duración respectivamente, esta vez realizadas por Mackenzie. A estas les siguieron otras cada pocos días, siempre en torno a las tres de la tarde; dos el día antes del viaje, el lunes de esa semana. Todo indicaba que había empezado algo dos semanas antes, pero ¿qué

podía ser?

Dupin llevaba un rato en la esquina de la rue de Kergariou y la rue de Sallé, pero Claire aún no había aparecido.

Miró a su alrededor. Se dijo que tal vez estuviera en alguna tienda. En aquellas calles empinadas estaban algunas de las favoritas de Claire. Estaba la de trapos de cocina, manteles y loza de todos los colores del mundo; había otra abarrotada de cachivaches insospechados y objetos hechos con elementos usados. Un poco más arriba, se encontraban el antiguo liceo, las murallas medievales, los encantadores jardines y las calles laberínticas. Allí podía admirarse la ciudad de Quimper, con su belleza animada y orgullosa, y su encanto antiguo.

Poco antes de llegar a Quimper, inmediatamente después de la larga conversación telefónica con Le Ver, le había llamado Nolwenn. No habían hablado mucho. Dupin se sentía tremendamente aliviado: Nolwenn regresaba ya a la comisaría.

En pocas palabras, le había puesto al corriente de la situación de Labat. Asuntos internos había finalizado la inspección en el lugar de los hechos y también la de los depósitos de arena robados por Labat. A partir de ahí tenían que redactarse informes infinitos. Pero después todo habría pasado. Por lo que Nolwenn había podido averiguar por una llamada del prefecto, era que en la inspección habían estado presentes dos hombres de la comisión especial Robo de Arena de Lorient y que, al parecer, todo les había parecido «muy interesante». El prefecto estaba de un humor excelente y había ordenado que recopilaran de forma sistemática todo lo que habían averiguado sobre esas «maquinaciones atroces» e incluyeran oficialmente a Labat en la operación para asestar cuanto antes un «golpe definitivo» a esos «canallas para el medio ambiente». Era completamente descabellado. Al oír aquello, Dupin no pudo contener una sonrisa maliciosa: la unidad especial iba a pasárselo muy bien con Labat.

Todavía no había señales de Claire, y el comisario, cada vez más inquieto, iba de un lado al otro de la calle.

Había ido a parar delante del escaparate de una tienda de navajas que le gustaba mucho, con cientos de ellas hechas a mano de las aldeas de las Cevenas, que había visitado de pequeño con su padre. Laguiole, Thiers, Perceval. Nombres míticos. Fabricaban navajas y cuchillos para toda la vida, que pasaban de generación en generación. Él, por ejemplo, había heredado una pequeña colección de catorce navajas que su padre había ido escogiendo a lo largo de décadas: con distintas empuñaduras, de nogal, enebro, olivo, cerezo, carpe, fresno, roble y haya. De pequeño le parecían mágicas. Tenían adornos, símbolos y nombres de varitas mágicas como *gwarlan*, esto es, «viento del norte», o *aire de Pigeon*, «ala de pingüino». Un día Dupin había empezado a ampliar la pequeña colección. De vez en cuando compraba también en ese establecimiento, aunque sobre todo en la famosa tienda de artículos de pesca que había junto al Amiral, que tenía una colección impresionante y cuyo propietario era muy agradable.

—¡Georges! ¡Aquí! —gritaron de repente detrás de él.

Claire parecía eufórica. Le saludó tomándolo de un brazo y acercándolo hacia ella.

—No te lo vas a creer. —Lo llevó hacia lo alto de la calle, en dirección a la tienda de los objetos curiosos.

Poco antes de llegar al establecimiento, dobló una esquina a la izquierda y se dirigió a una pequeña tienda de artículos de loza.

—Vamos, escoge una, la que más te guste.

Tenían delante una llamativa estantería llena de cuencos, boles para el desayuno de las formas, tamaños y colores atlánticos más diversos.

Dupin estaba ansioso por saber de qué iba todo aquello. ¿Qué hacía Claire allí? ¿Un miércoles laboral, en Quimper, adonde parecía haber llegado sin equipaje hacía un buen rato? ¿Qué estaba pasando?

—¿Cuándo has llegado, Claire? ¿Te has tomado unos días libres sin más?

—Escoge un bol, Georges. Vamos.

Lo decía en serio. Dupin conocía a Claire y sabía que no averiguaría nada hasta que hubiera elegido un bol y ella considerara que había llegado el momento adecuado para contárselo.

Recorrió con la vista la estantería y le llamó la atención un bol clásico, algo pequeño, de color azul ópalo y con el interior *beige*.

Claire eligió uno naranja cálido.

—Combinan a la perfección —comentó.

Le tomó el bol de la mano, fue hacia la caja y pagó. Al poco volvían a estar en la calle.

—Falta un poquito aún —dijo ella mientras lo llevaba hacia lo alto de la calle, igual de impaciente que antes—. Pronto lo verás, Georges.

Claire se detuvo de pronto delante de una de las casas antiguas. Un edificio especialmente hermoso, de color amarillo suave, con piedra de granito claro a los lados y en torno a las ventanas. Rebuscó en el bolso y luego se dirigió hacia la puerta.

Dupin advirtió que llevaba una llave.

Ella abrió y entró rápidamente.

Conocía el lugar.

Dupin la siguió.

Subieron al segundo piso. Después Claire se acercó a una puerta, introdujo la llave en la cerradura, la abrió y le invitó a entrar.

Aún no era el momento de preguntar. Dupin sabía que ella ya le haría saber qué significaba todo aquello.

Un pasillo corto; a la izquierda, una habitación con vistas al jardín. Un piso vacío. *Parquet* claro, de madera de roble. Otra habitación más adelante, bañada por la luz intensa del sol, que penetraba hasta el fondo.

Claire había entrado en esa segunda estancia. Abrió la puerta del balcón. En él, en torno a una diminuta mesa de mármol, había dos sillas abatibles azules con la pintura descascarillada.

Ella desenvolvió entonces los dos boles de la bolsa de papel y luego sacó del bolso uno de esos termos elegantes de color plateado. Lo abrió y vertió en los cuencos algo que Dupin reconoció inmediatamente como café con leche. A continuación se sentó en la silla de la derecha y lo miró tranquilamente.

Seguía sin decir nada.

Dupin se sentó a su lado, cada vez más nervioso.

Miró a su alrededor.

La vista era magnífica. Edificios antiguos y majestuosos, con pátina, de colores suaves. Desde allí se veía la rue de Kergariou de arriba abajo, el trajín de la gente en las numerosas tiendecillas; justo delante un callejón, algo más amplio, dejaba ver el cielo. Todo resultaba especialmente tranquilo y agradable.

Claire tomó un sorbo de café y luego dejó el bol con cuidado encima de la mesa. Una sonrisa afloró a sus labios.

—Bienvenido a mi casa.

Habló sin ningún dramatismo. Con la típica sonrisa con que desarmaba a Dupin al instante.

—Pero, Claire, ¿qué...? —Aún no alcanzaba a entender lo que acababa de oír—. ¿Has...? —Dupin balbuceaba pocas cosas, pero en esa ocasión no pudo evitarlo—. Claire, ¿has dicho que es tu casa? ¿Tu casa, de verdad?

Es lo que había dicho.

—Desde las cinco de esta misma tarde. Así será más cómodo.

Siempre que iba a la Bretaña, Claire se alojaba en casa de él; de hecho, su apartamento era lo bastante amplio para los dos, aunque Claire se quedara un par de días o, si quería, semanas.

Era evidente que, desde el punto de vista de Claire, aquella noticia era fabulosa, aunque la reacción de Dupin hasta el momento no dejaba entrever tal cosa.

—¿Has alquilado un piso aquí, para ti?

De eso ya habían hablado.

—Ya te he dicho que es mucho más práctico.

Aquello no ayudaba a sacar a Dupin de su confusión precisamente.

El comisario tomó un gran sorbo de café. ¡Al carajo la prohibición de Pelliet!

—Está a pocos minutos del hospital. Así podré llegar puntual por la mañana, como es de esperar de la jefe del Departamento de Cardiología.

Dupin se levantó, sobresaltado.

—¿Tú? ¿Te has presentado para una plaza en Quimper? ¿Te has buscado un piso? ¿Tú...? —Aguardó un instante antes de atreverse a pronunciarlo—: Te has mudado aquí. ¡Vienes a vivir a la Bretaña!

Claire se puso de pie también.

—Buena deducción, señor comisario.

Era una locura. Dupin apenas podía creer en su suerte. Claire, una normanda de los pies a la cabeza, la cardióloga de París, iba a convertirse en bretona.

—Pensé que merecía la pena intentarlo —dijo ella con tono claro y decidido.

Dupin la atrajo hacia sí y la besó.

A Claire le encantaba sorprenderle. Era algo que hacía a menudo. En esa ocasión, no obstante, la sorpresa había sido de otro calado. Jamás había insinuado que estuviera considerando dar ese paso. Nunca. Pero ella era así, así la conocía y así la amaba. No le amedrentaba tomar decisiones importantes si estaba en juego llevar la vida que quería. Según Claire: «Solo tenemos una oportunidad, y siempre es posible que todo salga mal. Cualquiera puede arrugarse y dejar correr las cosas. Eso es fácil».

Dupin se dijo que aquel momento ahí —junto a Claire, con el sol en el balcón, a pocos metros por encima del ajetreo comercial, que parecía infinitamente lejano— era, sin duda, uno de los más felices de su vida.

—Vi el anuncio del hospital hace dos meses, a principios de febrero. —Le brillaban los ojos—. Llamé al director y me cité con él al cabo de unos días. Hace tres semanas acabamos de acordarlo todo y firmé el contrato. Todo ha salido a la perfección. Por otra parte, he tenido un poco de ayuda.

Eso explicaba el comportamiento de Claire en los últimos tiempos: su visita en medio de la semana, alegando cambios de turnos y ritmos en el hospital de París. Y también aquellas frases. «Me gusta ver cómo es la vida normal en la Bretaña». Debería haber sospechado.

—El fin de semana pasado vi el piso —añadió sonriendo.

El móvil de Dupin interrumpió a Claire en medio de su narración.

El comisario se lo sacó del bolsillo del pantalón en un acto reflejo. Al hacerlo, cayó en la cuenta de que Claire no sabía nada del caso, ni siquiera que hubiera uno. En los últimos minutos incluso él lo había olvidado.

Le Ber.

Por supuesto. No era un buen momento. Esos instantes con Claire eran demasiado importantes. Era evidente que tenía planes para la velada.

—¿Sí? —contestó.

—Tenemos el coche, jefe. El C4 que alquilaron en Brest.

Dupin se puso en alerta.

—¿El de Mackenzie? ¿El cadáver está en el coche?

Claire abrió mucho los ojos, sorprendida.

—No. Pero al menos tenemos el vehículo.

—¿Dónde está?

—Por encima del solitario cabo de Kerfany-les-Pins y Kerdoualen hay una antigua carrera que lleva al mar, no muy lejos de la playa de Trenez. Alguien empujó el coche para que rodara hasta el Atlántico.

Una de las innumerables carreteras de la costa que llevaban directamente al mar

para poder echar botes al agua.

—¿Hay rastros del cuerpo?

—Ninguno.

—¡Mierda!

Habría sido muy importante encontrar el cadáver por fin.

—¿Algún otro indicio?

Dupin dirigió a Claire una mirada de disculpa y entró en la habitación.

—Las ventanillas están bajadas, y las puertas, abiertas. Alguien quiso asegurarse de que el coche quedara limpio. Es una medida muy efectiva.

—¿Cómo han localizado el coche?

Dupin seguía recorriendo el piso. Era realmente bonito.

—Han sido dos submarinistas, habían salido a pescar centollos y cangrejos. Acaba de empezar la temporada. —La última frase de Le Ber escondía una alegría manifiesta. Luego recuperó el tono de trabajo normal—. Un asesino magnífico.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que es alguien competente.

El comisario se dijo que esas palabras las había aprendido en aquel latoso curso de perfeccionamiento psicológico del año anterior, dedicado al perfil del delincuente. Durante los meses siguientes, las «explicaciones técnicas» del inspector habían estado a punto de acabar con los nervios de Dupin.

—El autor del crimen conoce el lugar —prosiguió Le Ber—. Y no solo eso. Sabía cómo hundir un coche y a la vez eliminar pistas. Puede que se deshiciera del cadáver allí mismo. Estos días se registran mareas muy marcadas en la zona, y las corrientes son tremendas. Si arrojó el cadáver al mar, seguro que no volverá a salir a la superficie jamás.

Las hipótesis de Le Ber eran plausibles. Si alguien de Port du Bélon hubiera querido deshacerse de un coche y de un cadáver arrojándolos al mar, y conocía bien la zona, no rodearía el Aven, pasaría por Pont-Aven y luego bajaría al otro lado del río. Tampoco iría por la costa en dirección a Lorient, donde el acceso al mar era dificultoso. No. Elegiría justo ese cabo. También, además, porque se trataba de un lugar muy solitario.

—Pero ¿cómo pudo marcharse el asesino de allí? —Dupin pensaba en voz alta. A fin de cuentas, tenía que regresar al aparcamiento; seguramente había dejado el coche allí. Un modelo de color oscuro o tal vez rojo—. Un asesino único debería haber regresado a pie o, al menos, hasta una parada de autobús.

—Kerfany-les-Pins sería la parada siguiente.

—Diga al compañero de Riec que compruebe si ayer paró algún autobús en Kerfany en torno a —Dupin hizo una pequeña pausa para reflexionar— las cinco y media de la tarde y, de ser así, que pregunte al conductor si se acuerda de los pasajeros que se montaron. En esa parada y también en las que pueda haber cerca.

—Si fueran dos asesinos, uno podría haber conducido el coche de Mackenzie, y el

otro, uno propio. Así habrían regresado los dos juntos. Además, si fue alguien que conoce bien la zona, no se habría expuesto al peligro de hacer el trayecto en un autobús público.

—¡De todos modos, que lo comprueben!

Todos los escenarios y combinaciones eran posibles. La cabeza le echaba humo.

—Trenez, Kerfany... Ya sabe usted que Labat sospecha que precisamente en esas playas se producen robos de arena —apuntó Le Ber de un modo casual.

Dupin lo había olvidado por completo.

—¿Y bien?

—Pues eso. Es una coincidencia de lo más interesante.

A veces el inspector era capaz de sacarle de sus casillas. Dupin deseó que Le Ber no cayera también entonces en esa obsesión. El comisario no quiso ahondar en el asunto.

—¿Dónde está, jefe?

Ya durante la llamada hacia Quimper, Dupin había logrado esquivar de un modo más o menos elegante la pregunta del inspector.

—Ahora voy hacia Kerfany, Le Ber. Espéreme ahí.

Dupin finalizó la llamada y regresó al balcón.

Claire seguía sentada. Contemplaba la calle tranquila, totalmente relajada, con las piernas cruzadas.

—Tienes que marcharte, Georges. ¡Atrapa al asesino! —le dijo volviéndose hacia él.

Dupin constató con alivio que no había ningún tono irónico ni de enfado en sus palabras. Ni siquiera parecía decepcionada. Daba la impresión de creer realmente lo que decía. Lo veía en su mirada.

Ella se levantó, le dio un beso y salió del balcón.

—Iré a dar una vuelta para conocer mi nueva ciudad. Necesito comprar varios muebles, Georges. Y además tengo que pasarme por el hospital para tratar algunos asuntos formales con el director.

Dupin supuso que los horarios serían tan intensos como en París.

—Luego iré al Amiral, ¿vale? Es lo que se suele hacer por aquí, ¿verdad? —Claire lo miró con una sonrisa cariñosa.

—Eso es. Es lo que se suele hacer por aquí. —Dupin le respondió con otra sonrisa.

—Ven cuando acabes. Luego nos tomamos una copa y brindamos. Anularé la reserva que había hecho en Quimper.

—Creo que no terminaremos tarde —apuntó rápidamente Dupin.

Le sonó el teléfono de nuevo.

—¿Qué ocurre ahora, Le Ber? ¿Acaso ha desaparecido el coche?

—Nos vemos luego en el Amiral, Georges —le susurró Claire, y desapareció en la cocina.

—¡Hay un incendio en casa de Tordeux! ¡Todo el edificio está en llamas, jefe! — Le Ber estaba prácticamente gritando—. Está todo ardiendo y nadie sabe si Tordeux está dentro o no. La hija de Kolenc ha llamado a los bomberos. Ella...

—¿Cómo?

Dupin se quedó inmóvil, como alcanzado por un rayo.

—Los bomberos ya están de camino. Melen y yo también vamos para allá. Braz se queda para el rescate del Citroën.

—¿Hay algún agente en el lugar?

—No. La llamada se ha recibido hace dos minutos.

—¿Es un incendio provocado?

—Todavía no lo sabemos, jefe.

—Necesitamos investigadores forenses de incendios. De inmediato.

—Yo me encargo, jefe.

—¿Dónde está la casa de Tordeux?

—En el centro. La verá enseguida. Está ardiendo.

—Voy para allá, Le Ber. —Para entonces, Dupin ya había abandonado el piso y bajaba la escalera a toda velocidad—. Nos vemos.

Al poco se encontraba en la calle.

Las ideas se arremolinaban en su mente.

Las probabilidades de que precisamente en ese momento y en ese lugar se produjera un accidente, un incendio fortuito, que precisamente entonces Tordeux se hubiera olvidado de apagar el fuego de la cocina, eran muy remotas. Con todo, había que comprobarlo cuanto antes. Si el incendio era intencionado, la investigación adquiriría un rumbo muy distinto. Hasta entonces, por intuición, había partido de la premisa de que aquel era un crimen cerrado, esto es, que aunque se habían cometido dos asesinatos brutales, se había quedado ahí y solo hacía falta aclararlo. Si, en cambio, el incendio demostraba ser intencionado, eso significaría que los acontecimientos, fueran los que fuesen, seguían su curso y además delante de sus narices. Por otra parte, el caso resultaría ser mucho más complicado de lo que había supuesto y posiblemente habría más implicados.

Había cuatro coches de bomberos en el jardín. En la calle que llevaba hacia abajo, hacia el muelle, y que estaba completamente bloqueada, habían aparcado dos coches patrulla. Dupin había detenido su coche justo detrás.

El fuego se veía de lejos, una humareda grisácea y blanca, que el viento, con ímpetu renovado, convertía en una columna peligrosamente ladeada.

Era curioso: la fachada del edificio parecía completamente intacta y desde la calle no se apreciaba ni rastro del fuego.

—¡Jefe, jefe, estoy aquí!

La voz de Le Ber desvió la atención de Dupin hacia el jardín.

Había más de una docena de bomberos trabajando según un orden rutinario y sin demostrar ni el menor asomo de nerviosismo o de apremio.

Le Ber se encontraba detrás del coche de bomberos con la escalera. Al final de la misma, que ya estaba desplegada, había una cesta con dos bomberos, ambos pertrechados con una manguera. Magalie Melen se hallaba al lado de Le Ber.

A pesar de que el viento alejaba el humo, el hedor cerca del incendio era tan intenso que a Dupin empezaron a llorarle y picarle los ojos.

—Lo que arde es el anexo, la estructura de madera donde Tordeux tiene la oficina. El fuego ya está controlado, pronto lo habrán extinguido. Han conseguido evitar que las llamas pasen a la vivienda principal, gracias también al gran...

—¿Qué hay de Tordeux? —Dupin interrumpió a Le Ber.

—Todavía no se sabe nada. Estamos intentando ponernos en contacto con él con todos los números de los que disponemos. No estaba en el edificio principal, porque ya ha sido registrado. Su coche no está en la entrada ni junto a los parques de ostras. Eso significa que es muy posible que no estuviera aquí. Habrá que esperar a que los bomberos puedan acceder a las estancias quemadas.

—¿Todo el mundo sabe que lo estamos buscando?

—Toda la gente de Port du Bélon lo sabe. También hemos pasado el aviso a las estaciones de radio para que se ponga en contacto de inmediato con la gendarmería de Riec.

—¿Qué dicen los bomberos? ¿Saben dónde se ha iniciado el fuego?

—El jefe de operaciones ha encontrado indicios de que podría haberse iniciado en la pared exterior que da al jardín. —Magalie Melen informaba de forma tranquila y contenida—. Pero es pronto para concretar más.

Dupin rodeó el anexo dando una gran vuelta. Melen y Le Ber lo siguieron.

—Lo primero que hay que averiguar es si Tordeux estaba dentro. Normalmente los incendios provocados con intención de asesinar tienen lugar de noche, cuando la gente duerme, y no a última hora de la tarde, pero es posible que se hubiera producido alguna disputa y que Tordeux se encontrara herido o inconsciente en la oficina. —Durante el trayecto hasta allí, Dupin había ido sopesando todos los escenarios posibles. Tenía un mal presentimiento—. ¿Dónde están los investigadores?

—Están de camino. De todos modos habrá que esperar un poco hasta que puedan ponerse manos a la obra.

Dupin se aproximó al anexo. Estaba completamente calcinado. En la esquina en la que se encontraban, se había desplomado el tejado de pizarra puntiagudo, bretón, dejando a la vista un orificio de dos o tres metros de tamaño.

—Ya han intentado echar un vistazo desde la escalera —apuntó Le Ber adivinándole el pensamiento—. No han visto nada.

El comisario se volvió hacia Magalie Melen.

—¿Alguna noticia de amigos, familia?

—Tiene una exesposa.

—Lo sé: la propietaria de la distribuidora.

—Ha ido cambiando de novia. Actualmente, es una mujer de Saint-Malo. Su mejor amigo es...

—Pierre Delsard, el constructor.

—Exacto. Y eso que Delsard es mucho más joven que él. Tampoco hemos conseguido contactar con él.

Dupin se inquietó al oír aquello.

—¿Eso no es raro?

—En realidad, no, no lo es —afirmó Melen con sequedad—. Podría haber salido a cenar y haber apagado el móvil, o puede que no tenga cobertura. En la Bretaña hay muchos sitios así.

Como si él no lo supiera.

—¿No tiene esposa ni familia?

—Es soltero, igual que Tordeux.

Dupin dio un par de pasos a un lado, se quedó quieto y se pasó la mano por el cabello.

—¿Esto de aquí era su oficina? Y el primer piso de la casita blanca que hay junto a los parques de ostras, ¿qué hace ahí?

—Allí recibe a los clientes, hace presentaciones y esas cosas —explicó Melen—. La planta baja la usan los trabajadores del parque de ostras. Pero aquí es donde tenía los equipos informáticos, los datos, la documentación sobre sus empresas. Digamos que era el centro de sus negocios. De lunes a viernes tenía una secretaria.

—Si Tordeux no aparece pronto, vamos a tener que solicitar una orden de registro.

—Buena idea, Le Ber. Encárguese de eso.

Dupin se quedó pensativo.

—Tenemos que averiguar todo lo posible sobre Tordeux. Usen cualquier fuente de información.

—Si Tordeux está implicado en el asesinato de Mackenzie —Le Ber pronunció aquellas palabras como si estuviera en trance—, si está involucrado de algún modo en actividades delictivas, él mismo podría haber iniciado el incendio para eliminar pruebas. —Aquella suposición también resultaba plausible. Sin duda era uno de los escenarios posibles—. Yo...

—¡Tordeux! ¡Al aparato, en persona! —Un joven agente al que Dupin todavía no conocía se les acercó corriendo hasta detenerse delante del comisario—. Comisario, quiero decir, Tordeux está al aparato. Llama desde Saint-Brieuc. Ha salido a cenar. Dice...

—¡Pásemelo!

Dupin asió el teléfono.

—¿Señor Tordeux?

—Vívito y al habla con usted. Salta a la vista que no me encuentro carbonizado

en mi oficina.

A Dupin le enfureció no ser capaz de replicarle con la rapidez con que solía hacerlo.

—Pero ¿qué...?

—Su compañero me ha informado de que se ha incendiado el anexo de mi casa. —De nuevo, como por la mañana, había pasado sin más de su extraño sentido del humor a una frialdad manifiesta.

—Así es. El incendio es muy grave.

—Me ha dicho su compañero que está bajo control, que prácticamente está extinguido. Debo expresar mi más profundo agradecimiento al cuerpo de bomberos. —Aquel acontecimiento, era evidente, no parecía haberle impresionado lo más mínimo: ni horror ni espanto. Se mostraba, en cierto modo, indiferente—. Voy a...

—Señor Tordeux, su oficina ha ardido por completo. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? —le interrumpió Dupin con brusquedad.

—Lo importante es que nadie haya resultado herido. Son cosas que pasan. Me han dicho que en el edificio principal está todo bien. Eso sí habría sido desagradable. El anexo no es más que la oficina. El ordenador puede reemplazarse y, al fin y al cabo, todos los datos se encuentran en la nube. El negocio se habría resentido mucho más si hubiera resultado afectada la casita del parque de ostras.

O realmente aquello le resultaba indiferente o disimulaba y, además, a la perfección. O algo más rebuscado aún: como sabía que el comisario no se creería aquella tranquilidad, se esforzaba por fingirla. Tal vez fuera una demostración consciente de superioridad.

—Llevo ya un par de años considerando la posibilidad de renovar por completo el despacho para poder recibir a mis invitados; estaba todo muy viejo.

—¿Cómo cree que podría haberse originado el fuego, señor Tordeux? —Al preguntar, Dupin adoptó expresamente un tono de voz más tranquilo.

—Puede que el hervidor de agua de la oficina tuviera un cortocircuito. O el ordenador, uno de esos cables; el router lleva meses dando problemas. Es muy antiguo.

—Después de la visita del gastrónomo, ¿se ha dirigido a su casa y luego ha salido?

—Exacto.

—¿A qué hora se ha marchado?

—Sobre las seis y media.

Dupin no mostró ninguna reacción.

—Dentro de un ratito me pondré de camino, comisario. Así podremos hablar sobre el terreno.

—Va a ponerse en camino de inmediato, señor Tordeux.

—¿Acaso en París tienen por costumbre presionar a la desdichada víctima de una desgracia, al que ha sufrido los daños?

—Acuda aquí urgentemente. —Dupin estuvo a punto de colgar, pero antes preguntó—: Por cierto, ¿qué está usted haciendo en Saint-Brieuc?

—Participo en un magnífico evento gastronómico.

—¿Se ha encontrado por ahí con un tal señor Cueff, de Cancale?

A fin de cuentas, Saint-Brieuc estaba al norte, no muy lejos de Cancale.

Acababa de ocurrírsele.

—No he oído ese nombre nunca.

—Lo dicho: le espero. —Acto seguido Dupin colgó.

La actitud de Tordeux era de puro sarcasmo; duplicaba y triplicaba las sospechas de Dupin de que hubiera provocado el incendio él mismo. Tenía que saberlo, era muy listo. La pregunta que se imponía entonces era: ¿qué pretendía con eso?

Si había habido datos o evidencias que lo relacionaran con algo, fuera lo que fuese, tal vez se hubieran destruido para siempre. ¿O acaso con aquella conducta solo buscaba confundir a Dupin? Una actitud llamativa podía ser la mejor protección. Dupin le creía capaz de todo.

—¿Qué ha dicho Tordeux, jefe?

Le Ber y Melen se habían acercado a él.

—Quiero que investiguen a fondo a ese hombre. Quiero saber qué hacía toda la gente de este pueblo entre, digamos, las seis y media y las siete y media, dónde estaba cada uno y con quién, etcétera. Sin excepciones. Y una cosa importante: quiero saber con quién anda a la greña Tordeux y qué relación tiene en realidad con ese constructor.

—¡Hecho, jefe! ¿Sabía que el restaurante que hay encima de la playa de Trenez, donde están sacando el coche del agua, sufrió un incendio hace dos meses? Quedó totalmente calcinado. Y en circunstancias muy misteriosas.

Dupin recordaba los artículos aparecidos en el *Ouest-France* y *Le Télégramme*.

—¿Por qué dice misteriosas?

—Ocurrió de noche, sobre las tres de la madrugada. Por el modo en que se extendió el fuego, parece ser que se utilizó una sustancia aceleradora. Se trató, por lo tanto, de un fuego intencionado. Sin embargo, curiosamente, nadie encontró ni rastro de aceleradores. Nada.

—Seguramente fue uno de esos trucos para sacar dinero del seguro —repuso Dupin.

—Los propietarios tienen un seguro muy bajo. No les salía a cuenta.

—¿Advierte usted alguna relación con el suceso, Le Ber?

La manía de Le Ber de sugerir relaciones oscuras y vagas, sobre todo en situaciones delicadas, sin decir nada de forma expresa ni sacar conclusiones definitivas, exasperaba a Dupin. Lo peor era que nunca podían descartarse. De hecho, a veces, Le Ber acertaba con esos momentos adivinatorios; lamentablemente, nunca podía predecirse cuándo tendrían lugar.

—No lo sé.

Le Ber vaciló.

—Hay algo que debería considerar también: el terreno de al lado pertenece a Paul Delsard, el constructor. Parece que este, en efecto, podría estar implicado en el tema del robo de arena.

—¿Y bien?

Solo faltaba eso.

—Tenemos que considerar todos los puntos de vista —añadió Le Ber con aire de superioridad.

Algo que, como siempre, en principio, era cierto, aunque Dupin fuera incapaz de ver, ni con buena voluntad, una relación entre los dos escoceses del negocio de las ostras y el constructor al que se relacionaba con el robo de arena. Ni la más remota...

—Por cierto, acaba de llegar el equipo de la científica. —Melen puso una nota de realismo a la situación—. Habrá que esperar un poco hasta que puedan empezar a trabajar. —Miró a Dupin—. En cualquier caso, ya están aquí.

—¿Hay alguna novedad sobre el rescate del coche? ¿Tenemos que ir allí? —quiso saber Dupin.

—Poco antes de que llegara usted, he hablado por teléfono con René Salou.

—Quiero saberlo todo. Pero no aquí.

—A ver, díganme, ¿alguna novedad sobre el coche? ¿Pruebas del cadáver de Mackenzie?

Dupin, Le Ber y Melen habían abandonado el terreno de Tordeux y bajaban hacia el muelle por la idílica callejuela repleta de hiedra.

—Salou echaba fuego por la boca cuando Melen y yo hemos tenido que marcharnos «por un simple incendio».

—¿Novedades? —Dupin obvió el resto.

—No. Lo dicho: las puertas del Citroën estaban abiertas y el mar, las mareas y las corrientes han hecho el resto; las aguas lo han barrido todo. La científica no ha encontrado nada: ni sangre en el maletero, en los asientos delanteros o posteriores, ni ADN...

—¿El coche ya está a salvo?

—Un camión de bomberos lo ha sacado del agua, remolcándolo con un cable y con la ayuda de dos submarinistas de la policía de costas. Una actuación espectacular. Ahora se lo llevarán.

Era frustrante no tener el segundo cadáver, aunque, por lo menos, el hallazgo del coche de alquiler proporcionaba algo de consistencia a los escenarios, en realidad, hipótesis, que habían ido barajando hasta el momento. La probabilidad de que Mackenzie no estuviera muerto en el aparcamiento había sido baja desde un principio; en ese momento era prácticamente nula.

—Que Salou nos mantenga al corriente. Sigamos, ¿qué más hay?

Le Ber sacó su libreta.

—Hemos comprobado que ayer por la tarde hubo un autobús de Kerfany a Riec que pasó por Moëlan-sur-Mer. A las seis y veinticinco. La hora coincide. En Kerfany subieron tres personas. Dos chicas jóvenes, que posiblemente iban a Moëlan, y una mujer.

Dupin se incorporó, interesado.

—¿Quién era esa mujer? ¿El conductor la conocía?

—No. Dijo que no la había visto nunca. Tampoco pudo verla bien: llevaba una chaqueta azul larga y con capucha.

—¿Dónde se apeó?

—En Riec.

De ahí a Port du Bélon había unos tres kilómetros. Estaba muy cerca.

—¿Alguno de los otros viajeros reconoció a la mujer?

—Todavía no lo sabemos.

—Quiero saber quién era. Averigüenlo.

—Lo haremos.

Habían llegado ya a su centro de operaciones, la pequeña mesa delante del Château.

Se quedaron de pie, parados.

—¿Qué hay de los dos clientes de Tordeux en Escocia?

Dupin sacó su Clairefontaine y la hojeó. Le Ber se le adelantó.

—Smollet, un distribuidor de Edimburgo, y MacPhilly, un criador de Dundee. La policía escocesa ha hablado con los dos detenidamente. Ambos niegan conocer a Mackenzie o a Smith y dicen que no tienen relaciones comerciales con otras empresas francesas. También le he pedido al agente de Tobermory que hable con los trabajadores de la empresa de Mackenzie. Lo mismo: están seguros de que Mackenzie no había hecho negocios ni con Smollet ni con MacPhilly. A excepción del Oyster Heaven de Glasgow, la empresa solo suministraba directamente a negocios gastronómicos locales o regionales. Por cierto, los compañeros han terminado también de revisar los libros de contabilidad. En el apartado de importaciones, solo están las semillas de ostras; en exportación no hay nada.

Esa vía parecía agotada.

—¿Y qué hay de los criaderos de Riec? —Dupin hablaba con tono apremiante—. ¿Posibles relaciones con Escocia? ¿Sabemos alguna cosa?

Melen era la responsable de esa parte.

—Tres conexiones con Escocia. Más no. Tres empresas de Riec: se encargan de la afinación de ostras en el Bélon para una empresa escocesa. Luego esta las vende en su propio país.

—¿Alguna relación con Mackenzie o con Smith?

—De momento no se observa ninguna, ni directa ni indirecta ni privada ni por negocios. Por cierto, por fin he podido hablar con la propietaria del Château, que

actualmente se encuentra en Agadir. Su empresa no tiene relaciones comerciales con Escocia y no conoce a ningún escocés.

Dupin tenía la frente fruncida de preocupación.

—¿Y si Jane Mackenzie estuviera implicada en el asunto o bien, al menos, sabe o sospecha algo que no quiere contar? Podría hacernos creer cualquier cosa.

—En efecto, jefe. Podría estar despistándonos. Por eso la policía escocesa ha hablado también con otras personas que conocían a Mackenzie: el alcalde de Tobermory, dos gastrónomos que le compraban ostras y marisco, y un antiguo compañero de colegio con el que salía a caminar de vez en cuando. —Le Ber se aclaró la garganta—. Siempre lo mismo: nadie sabía de ningún vínculo con la Bretaña, ni siquiera conocían su relación con Cueff. Ninguno había oído nada sobre planes de viaje. La ostrería de Glasgow solo la conocían el amigo con el que salía a caminar y el camarero. Mackenzie no tenía muchos amigos ni conocidos y, al parecer, hablaba poco de sí mismo.

—¿A quién pertenece la otra parte del... —Dupin rebuscó entre las páginas de la libreta— Oyster Heaven? ¿Ha hablado alguien con el otro propietario?

—Se llama Paul Phorb. Aún no han podido contactar con él. Cuarenta y un años, de Glasgow, aunque ahora vive en las Highlands.

—¿Cómo que no han podido contactar con él? ¿Es que la ostrería está cerrada?

—No, pero no está allí. Los dos jóvenes que trabajan allí no tienen ni idea de dónde vive.

—¿Ha desaparecido?

Dupin sabía que posiblemente no tenía nada que ver. Aun así...

—Dicen que se pasa cada dos o tres días por el local. Que normalmente no saben dónde está.

—Pero deben de tener su número de teléfono para llamarlo alguna vez.

—No responde. La policía lleva un par de horas intentándolo. De todos modos, en mi opinión, no es sospechoso.

—Para mí... —Dupin cambió de idea—. ¿Dónde están las tres empresas escocesas que encargan la afinación de ostras en el Bélon?

—Una de ellas en Loch Fyne. —Melen contaba con esa pregunta, porque contestó de inmediato—. Es un fiordo muy largo de la costa occidental, al noroeste de Glasgow, una de las pocas zonas de cría de ostras de Escocia conocidas. Es una gran empresa.

—Las condiciones son muy similares a las del Bélon —añadió Le Ber—: las mareas intensas renuevan el plancton constantemente y las aguas presentan también una mezcla de agua salada y dulce. Los delfines y los tiburones peregrinos...

—¡Le Ber!

—La otra está cerca de Thurso, muy al norte, y la otra, cerca de St. Andrews, al noroeste —finalizó Melen.

—¿Algo llamativo de esas tres empresas?

—Nada. Son empresas de calidad.

—¿Y eso es todo? ¿Ninguna otra relación entre el Bélon y Escocia?

—Solo esto. Seguro que hay ventas entre mayoristas y minoristas, pero no es posible comprobarlas todas.

Todo aquello era muy poca cosa y, por otra parte, daba más relevancia a los contactos de Tordeux en Escocia, como mínimo en teoría, a menos que esos, como todo el resto en aquel momento, no condujeran a ningún sitio.

Le Ber arremetió de nuevo. Dupin se puso en guardia.

—Hay muchos contactos con Inglaterra e Irlanda. Después de Francia, Irlanda es el segundo mayor productor de ostras de Europa. Por tradición, Inglaterra es un gran país de ostras. —La pasión narrativa de Le Ber había vuelto—. En todas las fiestas, Enrique IV tomaba cuatrocientas ostras antes de hacerse servir el resto del banquete. Incluso los antiguos celtas tomaban ritualmente las ostras acompañadas de *uisge beatha*, «el agua de la vida», lo que hoy conocemos como *whisky*.

Dupin no se dio cuenta e, imprudente, levantó la mirada con curiosidad.

—En la actualidad, las ostras se acompañan con Black Velvet —la expresión de Le Ber no podía ocultar un profundo desprecio—, que es una mezcla de Guinness y champán. Y encima las comen envueltas en panceta y al horno con el nombre de *angels on horseback*. En cualquier caso —suspiró—, los británicos producen unas ostras fabulosas. Incluso los romanos las apreciaban muchísimo y se las hacían llevar hasta Roma con hielo de los glaciares, que recogían expresamente para este fin en los Alpes. Al César le gustaban tanto que quiso hacerse con las islas británicas solo por ello. El caso es que...

Le Ber se interrumpió. Parecía haber advertido que la situación no admitía digresiones como aquella.

Melen, impasible, retomó el hilo.

—Por cierto, también hemos hablado por teléfono con la distribuidora, la señora Premel, para preguntarle sobre posibles contactos con Mackenzie o Smith. Usted quería hablar con ella también. Hemos...

—Sí, lo haré.

Era lo siguiente que quería hacer. La propietaria de la empresa distribuidora era el único personaje importante del mundo ostrícola de Port du Bélon con el que no había hablado todavía. Tras el incendio provocado contra Tordeux, la conversación resultaba aún más apremiante.

Con todo, a esas alturas Dupin sospechaba que nadie le contaría por qué Mackenzie y Smith habían hecho aquel viaje: ya fuera porque no lo sabían o porque no querían explicárselo.

—¿Alguna novedad sobre la infestación que avanza por la costa? —Ese tema le tenía muy inquieto.

—Se han detectado los primeros casos poco antes del golfo de Morbihan.

A Dupin le pareció que eso estaba muy cerca. No entendía que Le Ber y, de

hecho, el resto de la gente no parecieran inquietos por esa cuestión.

—El compañero Braz —explicó Le Ber, que se había percatado de la mirada inquieta del comisario— se ha puesto en contacto con las autoridades y les ha pedido que nos informen de inmediato si se detectan cambios.

—¿Alguna otra novedad?

—Mackenzie no solo se dedicaba a las ostras planas. Su empresa también producía las cóncavas. Usted lo había preguntado.

Dupin asintió.

—Y el compañero de Cancale que estuvo con Cueff también ha informado.

Le Ber resumió cuanto merecía la pena relatar. Lo que Cueff había contado a Dupin era cierto, también lo referido a su coartada. Así como el hecho de que, aunque Cueff habría podido dar alguna otra vuelta, nadie podía confirmar su presencia en casa hasta las ocho y media de la tarde. Ni un vecino ni una llamada. Nada.

—El colega se está informando un poco más sobre Cueff. Conoce a gente del mundo de las ostras.

—¿Sabemos dónde está Cueff esta tarde?

—Nuestro compañero lo ha visitado en el parque de ostras y se ha marchado de allí hace tres cuartos de hora.

—Bien. ¿Y qué hay del apartamento de Tordeux, el *gîte* y la historia de la llave y los huéspedes?

—Lo he comprobado yo misma. —Otra vez Melen—. Una parejita. Su declaración concuerda con exactitud con la de Tordeux: fue él quien les entregó la llave.

Lo cual, sin duda, no decía gran cosa. Tordeux habría podido elegir a qué hora ir al apartamento.

—Muy bien.

Aunque, en realidad, nada iba bien.

Lo cierto es que la información obtenida hasta el momento no hacía más que volverlo todo, si cabía, menos comprensible aún. En ese momento, todos los malditos detalles que iban conociendo de la historia constituían un auténtico jeroglífico. Dupin tenía la certeza de que de haber tenido un poco de cafeína en la sangre, habrían avanzado más.

—¿Cuánto tiempo le llevará a Tordeux venir desde Saint-Brieuc?

—Depende de lo rápido que circule. Calculo que una hora y media.

—Llámeme en cuanto llegue. Iré a hablar con la señora Premel.

Dupin se volvió para marcharse.

—Ella tenía previsto estar en los parques de ostras hasta las seis y media —informó Melen—. Es donde la he encontrado. Luego iba a asistir a una reunión del gremio que durará hasta el atardecer. No...

—¿Un gremio? ¿No será una reunión de druidas? —interrumpió Dupin, asombrado.

No podía ser cierto.

—No está muy lejos de aquí. Tomando la carretera del cabo hacia Riec. —Melen no dejó entrever que una reunión de druidas fuera algo extraño para ella—. Es el bosque que hay detrás del puente de Guilly, donde el Bélon aún es un riachuelo. Un robledal virgen. Allí, cerca de un claro, hay un manantial ancestral. Si no, ha dicho que puede reunirse con ella también más tarde, en su casa de Riec. Vive allí con su segundo marido y sus dos hijas.

—¡La señora Premel, la distribuidora de ostras y exesposa de Tordeux, es druida! —Dupin pronunció la frase casi con alegría—. ¡Fantástico!

Observó la mueca torcida de Le Ber. Melen se apresuró a contestar:

—Aquí no es nada raro. Al revés. Los druidas...

—¿A qué asociación pertenece? —quiso saber Dupin.

—A la *bugel a tarzheol*, la BTH, «los hijos del alba». No debe confundirse con la EBH, esto es, *eurvezh a tarzheol*, «la hora del atardecer», ni con la *bugel a derwenn*, que son «los hijos del roble» o KAB. —Por la actitud de Melen era imposible saber si era consciente de lo raro que sonaba todo aquello—. La BTH es una asociación druídica local, estrictamente comprometida con el neohumanismo y la tolerancia. Los grupos tienen modos muy distintos de concebir el mundo.

—Le Ber, ¿cómo se llamaba la asociación de la que hemos hablado esta mañana?

El nombre de la asociación de Smith no tenía nada que ver con el alba.

—*Breudeuriez drouized, barzhed hag ovizion breizh*, el *gorsedd breizh*. —Le Ber estaba pálido, como si se le hubiera aparecido un fantasma.

—La EBH forma parte del *gorsedd breizh*, como tantas asociaciones druídicas —prosiguió Melen—. En este caso...

Dupin la interrumpió.

—Un momento, ¿significa eso que la señora Premel pertenece a la misma asociación druídica que Smith?

¡Por fin una conexión real, aunque curiosa!

—Yo no diría eso. Los *gorsedds* de las distintas regiones celtas son una especie de organización central. En sentido estricto, ella solo es druida de un gremio vinculado al *gorsedd*. —Le Ber se esforzó en enfatizar aquella diferenciación, que, en opinión de Dupin, solo aclaraba las cosas a medias.

—La pertenencia de una asociación al *gorsedd* —objetó Melen con tono amistoso — puede considerarse como un acto expreso de reconocimiento. Sobre todo después del comprometido liderazgo del Gran Druida Gwenc'hlan Le Scouëzec, que era extraordinariamente liberal.

Dupin no salía de su asombro: no era solo por la mención de los nombres bretones, sino también de los profundos conocimientos que tenía Melen del tema.

—Mi padre era miembro del *gorsedd* —añadió ella entonces con orgullo.

—Pero ¡todo esto es absurdo! —Le Ber estaba totalmente contrariado—. ¡Hacía años que Smith ya no era un druida activo! ¿A qué vendría todo esto ahora?

—Hablaré de inmediato con la señora Premel —dijo Dupin con voz serena—. Veremos si existen conexiones drúidicas concretas. —Se frotó la sien izquierda—. ¿Y qué hacen esta tarde los druidas en el claro del bosque?

—Se preparan para una de las ocho festividades drúidicas del año celta, el *Alban eilir*, que se celebrará el sábado.

—¿Y eso qué significa? —Dupin quería estar bien preparado para el encuentro con la druida.

—Significa «la luz de la tierra». Es el equinoccio de primavera. Una festividad celta importante, el regreso de la vida. —Melen había adoptado de nuevo un tono muy serio.

Incluso Le Ber, que parecía recuperarse, estaba impresionado. De todos modos, no estaba en absoluto dispuesto a ceder todo el protagonismo a su joven colega.

—La celebración de la Pascua y de todos los rituales relacionados con esta época tienen su origen en esa fiesta celta pagana, también los conejitos y los huevos. De hecho, en alemán, el nombre de la pascua, *Oster*, evoca al de la diosa de la primavera, Ostara. El conejo es el símbolo antiguo del *Alban eilir*, el protector de los huevos. Era venerado ya en Egipto y Babilonia. En general, el huevo es uno de los misterios más importantes de los druidas. El huevo que alberga la vida en su interior y que el conejito trae consigo a los seres humanos.

—¿De veras? —Dupin suspiró, incrédulo. Tenía la sensación de haber sido transportado a una novela de intriga de Dan Brown: sociedades secretas, logias, alianzas. Tras las festividades y símbolos más importantes del cristianismo, se escondían ritos y ceremonias paganos y secretos.

—¡Lo mismo ocurre con Halloween! ¡Todo el mundo celebra nuestra antiquísima fiesta celta sin saberlo!

Al final, en suma, todo era bretón. De eso Dupin sabía más que suficiente. Y tenía que admitir que le parecía impresionante: los bretones habían inventado, descubierto y creado los objetos más increíbles.

—El pasado sábado —rumió Dupin al recordarlo—, los druidas celebraron una festividad en los montes de Arrée, cerca del pantano. —Se pasó una mano por el cabello—. No muy lejos del lugar donde fue encontrado Smith. —El comisario empezó a ir de un lado para el otro. Se había acordado de algo cuando Melen había hablado del bosque de robles. Sin pretenderlo, su voz adquirió un tono dramático—. Y el cuerpo destrozado de Smith fue hallado sobre una piedra junto a un roble solitario. El único que había en la zona. —Sin duda era un detalle extraño y casual, pero Dupin recordaba muy claramente el roble solitario.

—Los druidas de la Bretaña celebran muchas festividades en muchos sitios; en sí eso no tiene nada de especial —objetó Melen—. Seguramente el sábado pasado se celebraron docenas de fiestas. Era *Digor*.

Le Ber completó la explicación:

—Es un acto druida que celebran todas las asociaciones por igual. *Digor* es una

fiesta pública a la que está invitado todo el mundo, incluso quienes no son druidas. Alude sobre todo al vínculo de las seis naciones celtas. Uno de los rituales gira en torno a los seis trozos rotos de la espada del rey Arturo, que representa las seis regiones, y a la promesa hecha antes de su muerte de regresar un día, fundir de nuevo las piezas para formar una sola espada y restablecer el imperio de la justicia, la fraternidad y la paz.

Dupin se obligó a regresar a la realidad en la que aquella cuestión era una de las muchas líneas de investigación. De hecho, también en el caso de los druidas se trataba de relaciones reales de personas reales. Y en eso era en lo que tenían que centrar la atención.

Entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, Melen dijo:

—Lo cierto es que no tengo ni idea del papel que podrían jugar los druidas en toda esta historia. Debería haber conexiones más directas e inmediatas.

Le Ber dirigió una mirada de agradecimiento a la joven agente; con esas palabras y su determinación la chica había conseguido borrar de un plumazo cualquier elemento ocultista que pudiera quedar en el aire.

—En fin. Manténganme al corriente. Sea lo que sea. —Dupin se dio la vuelta con decisión y enfiló la cuesta de la calle con paso enérgico, pasando por delante de la casa de Tordeux. En los últimos minutos había amainado el viento.

Al llegar al coche, se acordó de Claire. Hacía muy poco estaban juntos en el balcón y le había dado una noticia increíble, que, en esos momentos, resultaba más irreal aún que aquel caso tan abstruso. Dupin deseó que acabara el día, aunque solo fuera para asegurarse de que lo ocurrido era cierto. Que ella se mudaba a Quimper.

El comisario estaba sentado en el cómodo sillón de piel de su Citroën.

Sintió la necesidad de hablar de nuevo con más detenimiento con Nolwenn; antes le había informado, de forma sucinta, sobre el asunto de Labat.

—¡Ya estoy de vuelta en la central, señor comisario!

—¿Qué tal el entierro?

Aquella pregunta era sin duda macabra. Nolwenn no lo interpretó así.

—Han servido *kig ha farz léonard*, ya sabe, el famoso cocido bretón *pot-au-feu*, con base de panceta y bolitas de trigo sarraceno. Realmente exquisito. —Aquella respuesta tan entusiasta y centrada en lo culinario sonó, al menos a oídos de Dupin, incluso más macabra que la pregunta—. Ha sido un entierro muy alegre. Acudió todo el mundo: toda la familia, cincuenta y siete personas. Y además amigos y conocidos de Elwen. Una auténtica fiesta.

Dupin aún no se había acostumbrado al peculiar modo de afrontar la muerte de los bretones. Para ellos Ankou, la muerte, la figura oscura de la guadaña, estaba presente en todas partes, sin carga alguna de fatalidad, azar o deseo de morir: no estaba excluida de la vida, ya que, simplemente, formaba parte de ella. Había

literalmente miles de historias sobre Ankou. La que más le gustaba a Dupin era la que decía que, como el dios estaba muy próximo a los bretones, les dejaba más tiempo para poder ordenar asuntos importantes. Era un privilegio que tenían los bretones y que hacía que para ellos la muerte no fuera algo tan terrible.

Nolwenn cambió el tono de la conversación de forma abrupta con la siguiente frase:

—¿Y qué hay del incendio? —Ella, cómo no, estaba al corriente de todo, como siempre—. ¿No será una maniobra para desviar la atención? ¿Tal vez del mismo Tordeux? ¿O es alguien que quiere despistar?

Dupin ya había barajado aquello y era una posibilidad.

—Todavía no lo sé.

—Lo que está claro es que hasta que no se sepa con quién estaban relacionados los escoceses no podremos avanzar, señor comisario. ¿Tiene alguna sospecha?

Había dado en el clavo. Como siempre.

—Pues no.

—Quizá debería poner en su sitio a ese tal Cueff personalmente. Apretarle un poco las tuercas. Es un contacto concreto en la Bretaña, cierto que no con Port du Bélon, pero la Bretaña al fin y al cabo. A saber si todavía se reserva algo.

Le sentaba bien percibir la energía resuelta de Nolwenn, su ímpetu incondicional y su actitud de no resignarse ante nada. Aquel día Dupin ya había tenido la sensación que alguien, de algún modo, le había distraído. No podía decir exactamente quién o cómo. En todo caso, no se había implicado lo suficiente en la historia como para llegar a su núcleo. Con esa actitud solo conseguía ir a la zaga de los acontecimientos. Sí, se dijo, hablaría en persona con Cueff.

—Muchas gracias, Nolwenn.

—De nada.

—Quería decir —Dupin se interrumpió— que es bueno tenerla de nuevo con nosotros.

Le había salido del alma.

—A partir de mañana a primera hora, Labat volverá a estar a su servicio. Le pediré a Le Ber que lo ponga al corriente de la situación más tarde.

—Bien. —Dupin era presa de sentimientos contradictorios. Era de prever que aquello sería insoportable. Labat ya formaba parte oficialmente de la operación Robo de Arena...

—Y Claire ya le ha dado la noticia. —Eso no había sido una pregunta.

—Sí, sí.

Así pues, Claire había informado a Nolwenn; en el fondo, debería haberlo sospechado. Claire había hablado de «un poco de ayuda»; en aquel momento él no había atinado a preguntar a qué se refería.

—¡Es una mujer magnífica! Por cierto, el doctor Pelliet también ha confirmado que vendrá a la fiesta del viernes. Me ha pedido que le informe de un par de cosas

con urgencia.

Dupin se temió lo peor.

—Da por supuesto, como no puede ser de otra manera, que incluso durante el caso cumplirá estrictamente la prohibición de tomar cafeína, sobre todo en momentos de estrés.

Dupin se disponía a replicar, pero Nolwenn se lo impidió.

—Y, ya que está usted en Port du Bélon, en el corazón del cultivo de ostras, le recomienda encarecidamente que se someta a una cura de ostras.

—¿Una cura de ostras?

Aquello superaba todos los sucesos curiosos de los últimos días. Lo peor era que el doctor Pelliet quizá fuera la única persona capaz de infundir temor a Dupin: temor, mala conciencia, remordimientos. Cuando estaba en su consulta, Dupin se sentía siempre como un colegial.

—Es consciente de que usted no come ostras. —Resultaba en sí ya bastante bochornoso no comer ostras siendo francés, ni que decir tiene lo que significaba para un bretón—. Pero el doctor dice que las ostras planas pequeñas son perfectas para empezar a tomarles el gusto, una opinión que yo comparto por completo. Recomienda a modo de cura tomar treinta y seis ostras al día, doce tres veces al día, por la mañana, al mediodía y por la noche durante una semana.

En la voz de Nolwenn no se reflejaba ni la menor ironía.

—¿Treinta y seis al día?

—Repartidas en tres comidas.

—¿Y para qué?

—Para su estómago.

—¿Para mi estómago?

Precisamente esa era la parte de su cuerpo que se rebelaba contra la idea de la cura de ostras. Aunque Dupin ya había oído muchas cosas sobre las ostras, aquella era nueva.

—¡Por supuesto! Son buenas para el estómago, pero también, en general, contra el estrés. ¡Favorecen el bienestar! Y son especialmente eficaces para las inflamaciones agudas y crónicas de la mucosa intestinal. Esto se debe, entre otras cosas, al intenso efecto antiinflamatorio del zinc. ¡Y es que las ostras son uno de los alimentos con mayor aporte de zinc! ¿No lo sabía usted?

—No.

—Aguarde un momento. —Mientras esperaba, Dupin oyó teclear a Nolwenn—. Aquí. El doctor Pelliet nos ha enviado unos enlaces. Leo directamente: «El oligoelemento esencial del zinc desempeña un papel decisivo en multitud de reacciones metabólicas y en procesos de nuestro cuerpo. El zinc, entre otras cosas, es imprescindible para el crecimiento, la piel, el almacenamiento de la insulina, la síntesis de las proteínas, la producción de esperma y, en especial, el sistema inmune». Y aquí, lo que más interesa en su caso: «El zinc tiene un intenso efecto antiviral y

mejora a la vez la estructura de la mucosa de forma que dificulta la adherencia y la penetración de virus y bacterias».

—Suenan de maravilla, Nolwenn, pero ahora hay otras cosas que hacer.

Dupin había llegado ya a Moëlan-sur-Mer. Llevaba recorrida la mitad del trayecto. Con todo, como era de esperar, aquel reproche no bastaría para poner punto final al asunto.

—¡Las ostras son muy potentes desde el punto de vista médico! ¡Son milagros terapéuticos, comisario! Son el alimento más saludable del planeta conocido por la ciencia. Ya en los primeros tiempos, las ostras se usaban como medicamentos. Reúnen de forma rica y única todos los nutrientes y vitaminas más valiosos. Sin apenas grasas ni hidratos de carbono. Son, por lo tanto, perfectas para hacer dieta. — A Dupin le pareció advertir una cierta indirecta—. ¡Y, al mismo tiempo, las proteínas más valiosas! ¡Los veinte aminoácidos de la naturaleza!

Nolwenn calló, expectante. Era preciso decir algo. Solo así podría Dupin poner fin a todo aquello.

—Impresionante. —Su voz no denotó un gran entusiasmo.

—¡Y no hay que olvidar lo mejor: la dopamina! La sustancia de la felicidad. Las ostras proporcionan dopamina a nuestro cerebro. Son embriagadoras. Por eso tienen fama de afrodisíacas. Casanova comía a diario cincuenta ostras por lo menos. Esto concuerda con el incremento mencionado de la producción de espermatozoides.

—Así pues, son buenas para el estómago, ¿no?

Dupin no estaba dispuesto a reflexionar acerca de la producción de espermatozoides de Casanova.

—¡Y tanto!

Sobre el tema de las ostras y la salud, se le ocurrieron un par de anécdotas de amigos que tras comer una sola ostra en mal estado pasaron días con la sensación de que iban a morir. En realidad, sabía de gente que había muerto a causa de las ostras. «Hay que tener mucho valor para comer una ostra», había dicho alguien en una ocasión. Aquello era extraordinariamente cierto en el caso de Dupin.

Con la máxima severidad que pudo, cambió de tema.

—Nolwenn, ¿ha oído usted hablar alguna vez de disputas graves entre distintas asociaciones druídicas? ¿O en el seno de las mismas?

—¿Lo dice por Smith?

Nolwenn estaba al instante totalmente inmersa en el nuevo tema.

—Sí. Y porque la propietaria de la distribuidora de ostras de Port du Bélon, la señora Premel, también es druida. Voy a verla ahora. Resulta que las asociaciones de Smith y de Premel pertenecen al mismo *gorsedd*.

—Los druidas no dejan de ser personas y sin duda hay disputas de vez en cuando. ¿Sospecha de algo en especial?

—Hasta ahora no. Es todo muy vago. Podría ser casualidad.

—No puede descartarse por completo, sin duda.

Esa era también la opinión de Dupin.

Había llegado al idílico puente de piedra que cruzaba el Bélon. Por un lado fluía un arroyo salvaje y serpenteante. Por el otro salía convertido en un fiordo.

—Ya he llegado, Nolwenn.

Pensaba dejar el coche allí y buscar el claro del bosque a pie.

—Entonces hasta luego, comisario. —Nolwenn vaciló—. En mi opinión, debería tomarse muy en serio la recomendación del doctor Pelliet. Piense una cosa: las ostras y las personas aparecieron en la tierra al mismo tiempo, hace más de dos millones de años. No puede ser casualidad.

Al instante había colgado.

Dupin tomó aire.

Detrás del puente, había tomado un sendero del cual salía otro que conducía directamente al interior del bosque y que transcurría en paralelo al Bélon.

El sol ya había descendido bastante por el horizonte y al final siempre iba muy rápido. Aquella tarde, el cielo aparecía dividido en dos: al oeste el azul limpio se había convertido en un amarillo uniforme y cálido que llenaba toda la esfera, sin el menor indicio de naranja. Al este, en cambio, brillaba ya con un tono gris granito. La tierra y todo lo que pertenecía a la misma formaban parte del mundo amarillo del oeste. Era un tono que no se veía nunca en verano. El sol en sí, la bola de fuego, tenía un aspecto extrañamente blanco en aquellas tardes amarillas.

Dupin se adentró en el bosque.

Estaba más oscuro de lo que esperaba. Y mucho más poblado. Había robles antiguos cubiertos de musgo verde claro y *beige*. Ramas rotas, lianas, hiedra, maleza, liquen. Era casi selvático. Tendría que buscar el claro con la vista.

Dupin había penetrado todavía más en el bosque; había doblado a la derecha, por un sendero más pequeño que subía con suavidad. Su sentido de la orientación acostumbraba ser excelente. De joven había pertenecido a los *scouts*, pero se daba cuenta de que allí, por algún motivo, corría el peligro de perderse. Ahí donde mirara todo parecía igual y, por lo tanto, todo parecía inquietantemente conocido, como si uno estuviera siempre en el mismo sitio o anduviera en círculo. En pocas ocasiones podía atisbarse un pedazo del cielo.

La salvación estaba en seguir el riachuelo, entre la maleza. Los robles parecían estar todavía más cerca unos de otros, y sus formas eran aún más atrevidas; portes erguidos, árboles antiquísimos cubiertos de muérdago. Dupin se acordó entonces de que el año anterior el doctor Pelliet le había recomendado una cura de muérdago también para el estómago. Consistía en tomar una infusión de la planta tres veces al día en una taza grande; al principio no había podido tragarse aquel remedio milagroso, pero al final le sabía de maravilla.

De repente la luz fue aclarándose a cada paso y, antes de que pudiera darse

cuenta, el comisario se encontró en un claro grande; fue tan repentino como si hubiera aparecido por arte de magia en la tierra justo en ese momento. El prado, idílico, se extendía por una colina, a la derecha de aquel arroyo de cuento, con sus curvas armónicas. El amarillo del cielo se había convertido en un naranja rosado extrañamente intenso, que creaba un escenario sobrecogedor.

Sin embargo, el auténtico espectáculo se desarrollaba en el otro extremo del prado.

Allí se mecían unas túnicas blancas hacia las cuales apuntaban las sombras largas e infinitas de los árboles. Eran unas dos docenas de apariciones dispuestas en círculo. En el centro se advertía una pequeña construcción de piedra; Dupin supuso que se trataba del antiguo manantial. Encima de él habían dispuesto varias velas grandes, que estaban encendidas.

Todo aquello tenía un aire realmente arcaico; de lejos, en la imaginación de Dupin, no había ninguna diferencia con una escena antigua.

Se acercó, primero con cierta vacilación y luego con un paso algo más decidido. Al fin y al cabo, se dijo, él se encontraba en medio de una investigación, con o sin ceremonias druídicas. Además, la propia señora Premel le había dicho que podía ir por allí; de hecho, solo era un ensayo.

Un hombre, cuya cinta dorada tejida con ramas de muérdago que llevaba en la cabeza le señalaba como líder, declamaba en voz alta y con un tono alegre y solemne. Dupin no entendió nada. Debía de ser bretón, seguro. Además, para rematar el tópico, el hombre lucía una larga barba blanca. Sostenía una espada elegante en las manos. Delante de él, sobre una piedra, había un huevo tallado en madera. Un huevo enorme. El huevo sagrado de la Pascua celta.

Tanto el líder del grupo como todos los demás lucían túnicas largas, ampulosas y de un blanco intenso; algunos llevaban además, fijados a la cabeza con cintas, sombreros ondulantes, hechos precisamente de la misma tela. Algo más lejos del druida —al principio Dupin no los había visto— había un hombre y una mujer con ropa de calle; el hombre llevaba una gaita bajo el brazo, y la mujer, una trompa acabada en punta. Dos de los druidas del círculo sostenían una vara de madera larga y sinuosa. Dupin supuso que era de roble, pues era el árbol de culto.

Dupin oscilaba entre una leve incomodidad, una gran diversión y un auténtico respeto: a primera vista, la escena era igual que el famoso encuentro de druidas de Panorámix. El comisario deseó que Astérix y Obélix estuvieran apostados detrás de un árbol y que este último cazara algún jabalí de vez en cuando.

Observó que la mitad del grupo estaba formado por mujeres. Sin embargo, no tenía ni idea del aspecto que podía tener la señora Premel.

Todos estaban concentrados en la ceremonia, de modo que nadie parecía haber reparado en la presencia de Dupin. Se preguntó si debía aclararse la garganta de forma notoria o preguntar en voz alta por la señora Premel o si era preferible esperar un poco; pero entonces la mujer vestida de calle hizo sonar la trompa de un modo

impresionante. Sonó igual que el aullido de un animal salvaje y herido, aunque Dupin no habría sido capaz de decir de qué animal se trataba.

—¡Ya está! Todo listo para el sábado. ¡Que acabéis de pasar un buen día! —El druida superior de la barba blanca pronunció esas palabras con un tono muy cotidiano y a una octava superior de la que había utilizado antes para hablar.

Un par de despedidas solemnes aquí y allá. Los participantes se quitaron los sombreros y de repente aquella reunión de celebrantes se disgregó en varios grupitos alegres y habladores.

Nadie parecía haberse percatado todavía de la presencia de Dupin.

—Tengo que ir a recoger a Arthur, lo he dejado con los abuelos.

—Pierre y yo vamos luego a tomar algo. Vamos, acompáñame a Riec.

Dos mujeres habían pasado justo al lado de Dupin.

El contraste era realmente curioso; en unos segundos, el encuentro druida había adoptado el aire del final de un ensayo de coro, cuando el director pone punto final con un par de palabras amables y, al instante, se desata un ambiente amigable, alegre y completamente profano.

—¿Señora Premel?

Dupin se había decidido a pronunciar el nombre en voz alta y de forma audible.

—¡Ah, comisario! ¿Dónde ha dejado el coche?

Dupin se sobresaltó. La voz procedía de justo detrás de él.

Se dio la vuelta.

Se encontró con una mujer delgada vestida con vaqueros, sudadera y botas de goma. Sudadera de color rojo intenso, las botas de color verde manzana... Nada combinaba con nada y, en cambio, nada desentonaba tampoco. Llevaba una túnica blanca doblada bajo el brazo, tenía una melena larga de color castaño, ojos verdes de mirada penetrante y una expresión resuelta, decidida y, a la vez, atenta y amigable.

—Podemos hablar de camino al aparcamiento. Todavía tengo que pasar a recoger un par de cosas de nuestra filial en Riec y luego debo volver a Port du Bélon. También puedo llevarlo en mi coche y dejarle en Port du Bélon. Así tendríamos más tiempo. De todos modos, supongo que necesitará el coche.

Hablaba muy rápido. El naranja intenso del cielo había desaparecido, como si fuera la iluminación de la ceremonia y el druida superior la hubiera apagado al terminar el ensayo.

—Tengo el coche abajo, señora Premel, en dirección al puente.

—Hola, Nolwenn.

Dupin levantó la vista, molesto. El druida superior acababa de pasar junto a ellos; también él llevaba una túnica debajo del brazo; vestía vaqueros y una camisa oscura y ligera. La barba era auténtica, pero se le veía el pelo cuidadosamente arreglado, su apariencia era totalmente distinta: ni el menor indicio druídico.

—Hola, Jean. Mañana me pasaré por el banco. Tengo transferencias y cosas así...

»Si ha aparcado ahí abajo —dijo ella, dirigiéndose de nuevo hacia Dupin—, ha

tenido que dar usted un buen paseo por nuestro bosque encantado. Por ahí delante hay un puente pequeño que cruza el río —señaló con la cabeza—; de ese modo llega directamente al aparcamiento, que está a apenas un par de minutos de aquí. —Las palabras le salían a borbotones—. Supongo que viene usted directamente de la oficina incendiada de mi exmarido. Si viene de Port du Bélon, hay que girar antes del puente, no después. —A Dupin le parecía que la mujer ni siquiera tomaba aire—. Ya sé cómo lo vamos a hacer: usted viene conmigo y yo lo llevo en coche hasta su coche. Así no perdemos tiempo.

Dicho esto, echó a andar. Dupin la siguió.

—¿Qué piensa del incendio, señora Premel? ¿Dónde estaba usted esta tarde, entre las seis y media y las siete? —Tampoco el comisario tenía tiempo que perder.

Le dio la impresión de que aquellas preguntas no la incomodaban en absoluto.

—Seguramente estaba de camino hacia este encuentro. He llegado un poco tarde, porque, de hecho, empezaba a las siete. Vivimos encima de nuestra empresa, justo al lado del río. Ya sabe, siempre hay cosas que hacer. ¿Que qué pienso del incendio? Por suerte, hace tiempo que no tengo nada que ver con ese hombre. No sé. Debe de haber mucha gente que no lo soporta, que incluso lo odia, y eso que su actitud siempre es cordial. Seguro que tiene enemigos. Hace tiempo que me trae sin cuidado, pero aun así a veces reñimos. Por ejemplo, en las reuniones del gremio. Claro que habrá muchos que se lo cuenten, para qué engañarle. Puedo vivir con eso. En fin, de verdad, si quiere saber de algún conflicto actual, no soy la persona adecuada.

Todo aquel discurso había sonado como una única y larga frase; en ese tiempo Dupin apenas habría podido pronunciar una cuarta parte de las palabras.

—Es decir, que en el momento en el que se ha iniciado el incendio, estaba usted allí. Habría podido aparcar un poco lejos de la casa sin problemas, llegar al bosquecillo y acceder al jardín del anexo. Todo ello no le habría llevado más que unos minutos.

—Así es. Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

—Posiblemente le molestó quedar por detrás de su exmarido en la puja para conseguir la empresa de ostras de la bahía de Fouesnant.

—Por ese precio —mantuvo el tono y la velocidad— puede ahogarse en sus ostras. Ofreció millón y medio, y tal vez alguna otra cosa. Es una infamia. Yo habría hecho negocio si hubiera sido un negocio de verdad. Para él es solo un modo de expandirse. No le queda más remedio.

En ese momento parecía completamente serena.

—¿Cree que pagó en exceso?

—Estoy convencida.

—¿Y que hubo soborno?

—No puedo asegurarlo, pero —y se detuvo un momento— creo que esta vez él se limitó a superar el precio con creces. En otros casos, no estaría tan segura.

Habían llegado al puente, a una pasarela de madera; desde allí se veía el

aparcamiento del que había hablado la señora Premel. En ese momento se marchaban varios coches. Ellos eran los últimos.

—¿Conoce usted a Ryan Mackenzie o a Seamus Smith? ¿Le dicen algo esos nombres?

—«El cadáver del pantano del infierno» y «el desaparecido del Bélon». Un tratante de ostras. Están en boca de todo el mundo; incluso de camino aquí la emisora Bleu Breizh hablaba de ellos. Pero seguramente lo que quiere saber usted es si los conocía de antes, si he hecho negocios con ellos en alguna ocasión. No. —También el ritmo de sus pasos era rápido. A Dupin le costaba seguirla—. Claro que puede pensar que lo digo sin más y que le miento.

Pareció reflexionar seriamente.

—Puede echar un vistazo a mis libros de contabilidad. Aunque, claro, también podrían estar incompletos o manipulados.

Si seguía así, podía continuar ella sola con su propio interrogatorio, se dijo Dupin.

—¿Hace usted negocios con Escocia, señora Premel?

—No.

—¿A qué empresas compra usted las ostras?

—Sobre todo a los dos Châteaux de Port du Bélon. Y a algunos criaderos de Riec, pero solo en pequeñas cantidades. ¿Intenta usted crear un entramado de relaciones? Va a ser muy complicado.

Habían llegado al aparcamiento. La señora Premel se dirigió hacia una furgoneta Renault blanca, que presentaba abolladuras y rasguños por todos lados.

—Respecto a los sucesos, ¿se le ocurre alguna cosa? ¿Qué diría usted del «desaparecido del Bélon»?

—Que seguramente hubo alguna disputa. Alguien del entorno de las ostras conocía a los dos o, al menos, a uno de ellos. Hay infinidad de posibilidades, pero también podría ser algo de tipo privado. En tal caso, va a resultar tremendamente difícil descubrirlo.

Había abierto el coche y se había sentado dentro rápidamente. Esperaba a Dupin, que apenas acababa de llegar a la puerta.

—Así pues ¿no se le ocurre nada especial respecto al... entorno de las ostras?

—No.

En cuanto Dupin se sentó, arrancó el motor.

—¿Y al entorno de los druidas? —El comisario fue expresamente poco concreto en la pregunta.

—¿El entorno de los druidas? ¿Le interesa eso?

—El «cadáver del pantano del infierno» era miembro del *gorsedd* escocés.

—Eso me gusta. La asociación bretona y la escocesa mantienen una relación estrecha. Tal vez nos viéramos en algún encuentro intercéltico. ¿Quién sabe? No siempre puedo asistir. La empresa, la familia... Tal vez fuera por eso que los escoceses viniesen a la Bretaña. Precisamente ahora, antes de Pascua, se celebra la

reunión para preparar el gran festival intercéltico de Lorient. La reunión tiene lugar en Riec. Allí habrá varios escoceses, más, porque este año Escocia es el país invitado.

Ni las piedras, que salían disparadas por todos los lados, ni los baches profundos del camino conseguían que la mujer frenara.

—¿Precisamente ahora, aquí, en Riec?

—Sí, estos días, en Riec. Fue aquí donde se celebró el primer festival intercéltico de la Bretaña, en 1927. El de Lorient se instauró en los años setenta. Ya en 1927 acudieron ciento cincuenta delegados de otros países celtas, también desde Escocia, entre ellos grupos de gaiteros y druidas.

—¿Y dice usted que Escocia es el país invitado?

—¡Hace un año que se proclamó, todo el mundo ha escrito al respecto!

Aunque era muy probable que tuvieran que descartar que Mackenzie y Smith hubieran acudido allí como delegados para la preparación de aquel gran festival, no dejaba de ser un hecho curioso. Al menos, de ese modo, se establecía una conexión directa entre Escocia y el Bélon. Y precisamente esa semana. No tenía que ser forzosamente algo relacionado con el festival, pero podía ser una excusa para algo distinto.

—Así que ¿Riec es una especie de centro del interceltismo?

—Desde luego. Aquí se celebran numerosas actividades celtas e intercélticas. La gente del Bélon adora el interceltismo. Incluso mi exmarido.

—¿Qué quiere decir con eso?

—De joven perteneció a un equipo deportivo celta. Su especialidad era el *stone of manhood*. Consiste en levantar grandes rocas en una tarima. Y además es miembro del comité de preparación del festival en Riec. De hecho, también es patrocinador, quiero decir, que es patrocinador del festival de Lorient.

—¿Su exmarido patrocina el festival?

El festival era el más importante de su género. Duraba diez días y recibía casi un millón de visitantes procedentes de todos los rincones celtas de Europa. Era una fiesta por todo lo alto. Con conciertos en directo y teatro, lecturas y conferencias.

—Sí. A Matthieu le gusta mostrarse generoso de cara a la galería. Su socio, el constructor, también participa. Usan el festival como escaparate publicitario y fuente de contactos.

—¿Paul Delsard?

Aquel nombre surgía cada vez más.

—Sí.

—¿Le parece que él también anda metido en el negocio de su exmarido? ¿Tienen los dos algún acuerdo?

—Eso yo también sería la última en saberlo. De todos modos, mi exmarido siempre quiere ser el mejor él solito.

—¿Su grupo tiene contactos con Escocia? Quiero decir el grupo en sí, no la asociación general.

—Ah, sí. Tiene varios y con grupos distintos. También con uno de la costa occidental, de donde parece que son los dos muertos. Es The Ring of Dawn, de Tarbert. Los otros grupos son del norte y de las Highlands.

Tomaron la carretera principal dando un giro a toda velocidad; a la derecha estaba el río, y detrás, el desvío que había tomado Dupin. Llegarían a su coche en un minuto.

—¿Ha habido o hay alguna tensión o disputa entre su grupo y el de Tarbert? ¿Ha ocurrido algo de ese tipo?

—No. Son encuentros de amistad. Claro que desconozco si ha habido cuestiones de tipo personal. También son encuentros de amor —dijo con una seriedad absoluta—. Seguramente quiere saber si yo personalmente tengo contactos con alguien de ese grupo. No es así. Nunca he podido asistir a ningún viaje allí. A ninguno de los viajes a Escocia. Y, hasta ahora, los miembros del Ring of Dawn tampoco han venido por aquí. Más no le puedo decir. ¿Le ha servido de ayuda?

Aunque la pregunta era amable, dejaba entender de forma meridiana que, en opinión de la señora Premel, la conversación había terminado. Dupin tenía la certeza de que había sido el interrogatorio más rápido de toda su carrera.

—¿Desde cuándo participa en todo esto?

—¿Desde cuándo soy miembro del grupo? Hará cinco o seis años. No mucho.

Smith ya había dejado de ser druida activo. La señora Premel prosiguió inmediatamente:

—Me imagino que en París no se conocen esas cosas y que debe de tener usted algunos prejuicios al respecto.

Dupin hizo caso omiso de la indirecta.

—¿Y qué hay del negocio de las ostras?

—Ya hace veinte años que llevo el negocio de mi padre. Pero he ayudado desde pequeña, toda la vida.

—¿Por qué fracasó su matrimonio, señora Premel?

—Lo terminé yo. —Premel no parecía tener ningún problema con aquella pregunta—. En algún momento vi claro que Matthieu no me quería a mí, sino el negocio de mi padre. Así de fácil.

Dupin fue incapaz de percibir el menor dejo de amargura en aquella afirmación.

Habían llegado junto al Citroën. La señora Premel se aproximó al vehículo sin reducir la velocidad y frenó con fuerza en el último momento. Se detuvieron justo al lado del coche.

—¿Qué hizo usted ayer a última hora de la tarde, señora Premel, entre las cuatro y media y las cinco?

—Ah, ya entiendo, el «desaparecido del Bélon». Estaba en la empresa. La época antes de Pascua es temporada alta para las ostras. Hay muchísimo que hacer. Por eso hoy también hay turno de noche para las entregas.

—Sin duda no estaba usted sola en su empresa. ¿La vio alguien? ¿Algún

trabajador?

La señora Premel había vuelto a arrancar el motor e iba dando un poco de gas de vez en cuando.

—Actualmente trabajamos seis personas, en varios turnos. Estuve también un rato en la oficina. Allí seguramente me vio alguien. Y abajo también.

—¿Qué piensa usted sobre la posible infestación, señora Premel? ¿Puede alcanzar el Bélon?

—Ya se verá.

Por primera vez, la señora Premel mostró señales de impaciencia; todo en ella parecía decir: «Vamos, bájese, tengo que marcharme».

Dupin abrió la puerta.

—Muchas gracias por todo.

—De nada.

El comisario apenas había bajado del coche cuando la señora Premel partió a toda prisa. Dupin logró cerrar la puerta en el último momento.

Instantes más tarde, una nube de polvo seguía suspendida por encima del aparcamiento. El sol ya se había puesto y las últimas luces pronto desaparecerían.

Dupin se restregó los ojos.

Ya los había visto y oído a todos.

Había hablado con todos los que tenían algo que ver con las ostras en Port du Bélon. Los dos criadores, la distribuidora. Kolenc, Tordeux y la señora Premel. Solo quedaba la señora del Château, que estaba de vacaciones con su familia en Marruecos. Había hablado también con la única persona de la Bretaña que conocía a Mackenzie. Además, había entablado amistad con la señora Bandol, maravillosamente loca.

Dupin apoyó las manos en el capó del coche y se quedó un rato así, inclinado hacia delante, con la frente profundamente arrugada.

Estaba muy insatisfecho. Lo que más le molestaba era no tener acceso directo a las personas del entorno de Mackenzie y de Smith. Los colegas escoceses trabajaban de forma intachable, pero eso no cambiaba el hecho de que así Dupin investigaba de modo indirecto. Además, entre aquellos compañeros no había ninguna figura central, nadie que husmeara, ni siquiera a la buena de Dios, nadie que siguiera una pista por su cuenta, diera vueltas, mirara, hablara con ese y aquel, con conocidos, amigos. Y eso era exactamente lo que hacía falta.

Dupin miró la hora. Sopesó la posibilidad de volver a pasar por La Coquille para ver a la señora Bandol. Sería interesante escuchar su opinión sobre el incendio. Tenía la necesidad de volver al comienzo del caso. Donde había empezado todo. Y ahí estaba y seguía estando la señora Bandol, en particular, su fabulosa y compleja memoria, capaz de proporcionar novedades a cada momento. Luego, se dijo, hablaría

con Tordeux y finalmente iría directo al Amiral. Junto a Claire.

Dupin entró en el coche, puso el motor en marcha y dio gas, no con menos fuerza que la druida poco antes.

Al cabo de apenas diez minutos, entraba en La Coquille. Estaba abarrotado. Era un lugar muy agradable.

La señora Bandol lo vio de inmediato y le hizo señas con el brazo, como si, segura de que Dupin acudiría, lo estuviera esperando.

El comisario saludó a la señora que había detrás del mostrador y que controlaba la entrada con mirada de águila. Pasó por delante del mostrador y enseguida se encontró frente a la señora Bandol. Zizou estaba tumbado a sus pies, medio adormilado.

La señora Bandol fue al grano.

—Sin duda todo esto es muy raro. ¡Y ahora, por si fuese poco, ese extraño incendio! —Lo miró directamente a los ojos—. Esa policía tan joven y magnífica me ha puesto al corriente, es decir, que me ha informado del estado de las cosas hasta hoy a las dieciséis horas, que es cuando ha cancelado nuestra cena en su nombre. Del incendio solo me he enterado por el pueblo, no he tenido noticias tuyas. La humareda ha tomado justo mi dirección. —Aquello era a todas luces una reprimenda y, a la vez, una reclamación muy clara.

Dupin la informó sobre los acontecimientos del atardecer, lo que sabían sobre el incendio (casi nada), las maniobras de rescate del coche, las conversaciones (lo fundamental). La señora Bandol escuchaba con atención, aunque su expresión era cada vez de mayor preocupación. Y eso a pesar de que Dupin se esforzaba por resumirlas de forma optimista.

—Todo esto no tiene sentido —dijo la señora Bandol negando con la cabeza—. Falta lo más importante. ¿Qué venían a hacer aquí los dos escoceses? ¿Qué significa ese incendio repentino? ¿Qué se esconde detrás de todo esto? En el fondo no sabemos nada. La situación de la investigación es realmente preocupante, señor comisario. El tiempo se nos echa encima. —Su tono oscilaba entre la preocupación y la reprimenda, y también el acicate y la solidaridad—. La posibilidad de que se aclare un crimen disminuye cada hora y cada día que pasa desde que tuvo lugar. ¿Es cierto? ¡Es lo que afirma Hércules Poirot!

La señora Bandol miró el Bélon por la ventana. Clavó la vista en alguna cosa, en una de las barcas de pescadores. Dupin no podía ver en qué.

—Poirot, ese sí era un gran investigador. ¡De él podría aprender usted!

Dupin no pudo evitar sonreír. No se sentía ofendido. Él también admiraba a Poirot.

—¿Quién podía estar furioso con Tordeux, señora Bandol?

—Desde luego no tiene por qué ser algo muy reciente. En cualquier caso, ese tipo aquí no goza de gran estima. Mi amigo Baptiste Kolenc no traga a ese fanfarrón. Debería preguntárselo. De hecho, yo no conozco a Tordeux. Por otra parte —de nuevo, su voz se volvió apremiante—, ¿quién le dice a usted que Tordeux no sea el

asesino y solo quiera desviar la atención? Sería una buena jugada.

—¿Por qué dice que su amigo Baptiste Kolenc no traga a Tordeux?

—Dice que va en contra del espíritu de la ostricultura.

—¿No hay nada más concreto?

—No sé nada. Mejor pregúnteselo a él.

—¿Y qué hay de Tordeux y su exesposa?

—¡Ja! Ella hace tiempo que lo ha olvidado. Una mujer fuerte. Vive su vida y no le preocupa lo que diga la gente.

Jacqueline se acercó con la comanda de la señora Bandol, vieiras a la bretona. A Dupin la boca se le hizo agua. Aquel era posiblemente el primer contacto que había tenido en su vida con la Bretaña, durante su infancia: pedazos grandes de vieira fresca con algo de nata y pan rallado servidos en una concha grande. Notó entonces que le daba vueltas la cabeza; de hecho, no había comido nada desde el bocadillo en los montes de Arrée. Y le parecía que eso había ocurrido hacía días.

—Esta noche ceno algo tarde. No he podido venir antes. Coma conmigo, no me haga el feo.

—Lamento decepcionarla, pero aún tengo una cita.

Curiosamente la señora Bandol se dio por satisfecha con una respuesta tan imprecisa y se limitó a arquear las cejas.

—Si pudiera recordar más detalles del coche del aparcamiento... —Cambiaba de tema de conversación con la misma rapidez que Dupin—. Seguro que sería de gran ayuda. —Cerró los ojos un momento y luego movió la cabeza con gesto teatral—. No creo que se me ocurran más detalles. ¡Qué mala pata! —exclamó, como si fuera un hecho científico—. Pero ahora que lo ha mencionado, el coche que han sacado del agua sí que lo vi.

Dupin se sobresaltó, atónito.

—¿Cómo dice?

—Me he acordado cuando ha hablado de él.

Sonrió.

—Metalizado, Citroën, tamaño medio. El coche que han sacado del mar.

—¿Acaba de acordarse de que, cuando vio el cadáver en el aparcamiento, había un Citroën metalizado?

Dupin no cabía en sí de la sorpresa.

—¿Se acuerda exactamente? ¿Con seguridad?

—¡Sí! Estaba al final del aparcamiento.

Dupin se quedó mirando a la señora Bandol; mientras ella hablaba se le había ocurrido una idea. Era un pensamiento algo disparatado, pero, bien pensado, tal vez no lo fuera tanto. ¿Y si en realidad la señora Bandol recordara más cosas de las que decía y solo las quisiera compartir en pequeñas dosis? ¿Y si era una especie de juego, por puro gusto? Para estar constantemente informada del avance de las investigaciones.

—¡Del Glénan! ¡Es incomparable!

La señora Bandol saboreaba con placer un trocito de vieira. Luego prosiguió:

—Lo que está claro es que Mackenzie posiblemente se encontró con alguien de Port du Bélon, alguien que ahora lo niega. Tal vez una o varias personas. Resulta muy improbable que el escocés propusiera el lugar del encuentro si nunca había estado por la zona. Solo la gente de aquí conoce este aparcamiento tan apartado. Incluso alguien de Riec seguramente habría propuesto otro lugar, como alguno de los bosques oscuros del final del río o ese del que acaba de venir usted. No. Tiene que ser alguien de Port du Bélon.

Una mente como de la señora Bandol, con un funcionamiento tan caprichoso en algunos momentos, y en cambio, entonces, tan metódica. La mujer continuó:

—Por otra parte, fuera de temporada se ven muy pocos vehículos, por lo que era arriesgado circular por aquí. —Dejó caer aquella frase y luego señaló, con tono misterioso—: O puede que ese hombre de Cancale estuviera aquí. Siendo criador de ostras, seguramente conoce Port du Bélon. Tal vez incluso tenga un cómplice.

Se recostó en la silla, tomó un sorbo de champán y frunció el ceño.

—Sea como sea, comisario, tenemos que manejar hechos más consistentes.

Dupin se acordó de algo que le había querido preguntar ya al mediodía.

—¿Por qué ayer, al dar su paseo, no tomó el camino habitual por la parte baja del río? ¿Por qué abandonó el Bélon antes de llegar al acantilado y tomó la cuesta hasta la callejuela?

Ella le respondió sin el menor asombro:

—Cuando llueve tanto como ayer, el camino junto al agua se llena de barro y es fácil resbalar. Entonces prefiero tomar el otro. De todos modos siempre voy hasta el cabo. Haga el tiempo que haga.

Sonaba lógico.

—Tengo que marcharme, señora Bandol. El señor Tordeux debe de estar a punto de llegar.

—No espere mucho de esa conversación, comisario.

—Nos veremos mañana. Ya lo sabe: llámeme si se acuerda de alguna otra cosa, por poco importante que le parezca. No importa cuándo.

—No se preocupe, eso haré.

Dupin se puso de pie.

Cuando se encontraba ya a la altura del mostrador, dio media vuelta y regresó junto a la señora Bandol.

Ella no parecía sorprendida en absoluto. Dupin se inclinó hacia ella por encima de la mesa y le susurró con aire conspiratorio:

—¿Tiene alguna sospecha concreta, señora Bandol? —Hizo una pausa—. ¿Sabe quién fue?

Por una milésima de segundo, la cara de la mujer reflejó confusión. Luego sonrió ampliamente.

—¡El comisario es usted!

—¿No tiene ninguna sospecha concreta?

—No, señor comisario.

—Mis inspectores siempre me comunican sus sospechas. Todo queda en el equipo.

La señora Bandol dirigió una mirada cariñosa a Dupin.

—Seguiré reflexionando. Lo prometo.

—Muy bien.

Al cabo de un momento, Dupin abandonó el restaurante.

Había oscurecido. De hecho ya era de noche. El cielo tenía que estar cubierto, pero tampoco se veían las nubes; no se advertía ningún brillo cristalino en el cielo, ninguna estrella, ni la luna. Solo una neblina que lo envolvía todo.

Además había refrescado: el viento, procedente del mar, había enfriado el ambiente y por el BÉlon circulaban algunas ráfagas fuertes, que se arremolinaban con fuerza en el pueblo, provocando ruidos siniestros: traqueteos, susurros, golpes, chasquidos, retumbos. Ni los robles centenarios ni las casas solitarias podían hacer frente al viento.

Dupin se acercó al muelle y se sacó el móvil del bolsillo.

—¡Jefe, jefe, aquí!

Le Ber se le acercó corriendo, nervioso.

—Tordeux ha llegado hace cinco minutos. ¡Y tenemos algo! —Para entonces ya se encontraba ante Dupin e hizo una pausa dramática—. ¡Tordeux tiene antecedentes! —Otra pausa—. Fue condenado a tres meses de libertad condicional. Por fraude. Trataba unas ostras cóncavas procedentes de Holanda, más grandes y ordinarias, con un pigmento verde y luego las vendía como si fueran *finés de claire* y *spéciales de claire*.

Aquella novedad era importante.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Le Ber vaciló.

—Hace diecinueve años.

—¿Diecinueve años? ¿Fue hace diecinueve años?

Maldita fuera. Era demasiado tiempo.

—En esa época vivía en Cancale. Era el propietario de una pequeña empresa de ostras y tenía una dirección fantasma en Marennes d'Oléron, de donde provienen las *finés* y las *spéciales*. ¡Vivía en Cancale! ¿Lo entiende?

—¿Qué quiere decir?

Dupin no comprendía nada.

—¡Cueff! Nicolás Cueff también vive en Cancale.

—Si he entendido bien, en Cancale hay decenas de distribuidores de ostras.

El negocio de las ostras en Cancale era varias veces mayor que en el Bélon.

—¿Sabemos entonces de alguna conexión entre Cueff y Tordeux?

—Todavía no, jefe.

—Y después de la actividad delictiva de Tordeux hace diecinueve años, ¿no ha habido ningún otro caso? ¿No se le ha vuelto a acusar de nada?

—No. Según la documentación policial, no. —Le Ber había respondido con la voz un poco más baja.

Aquello se parecía al pasado delictivo de Smith hacía cuarenta años.

—¿Cuándo llegó Tordeux a Port du Bélon?

—Hace diecisiete años. Dos años después de aquel suceso.

—Así pues, quiso empezar de nuevo aquí.

—O tenía planeado actuar con más habilidad en esta ocasión. —La frase de Le Ber tenía un eco más sombrío.

—¿En qué consistió el fraude? —Dupin quería conocer cómo funcionaba, por si seguía un patrón que pudiera repetirse.

—Las ostras *finés de claire* y las *spéciales de claire* son afinaciones exquisitas de las ostras cóncavas que se dan en la isla de Oléron y la parte continental que tienen delante. Se cultivan en antiguas salinas y...

—¿En salinas?

A Dupin le vino a la cabeza el caso de las salinas de Guérande del año anterior. Sus ganas de delitos en salinas estaban más que satisfechas.

—Así es. La composición de lodo y algas de sus fondos produce el alimento perfecto para las ostras. Lo especial allí es la presencia de un alga de alto contenido en cobre que segrega un pigmento verde y que colorea las ostras. Ese color se ha convertido en un distintivo de marca.

—¿Y son especialmente caras?

—¡Y tanto! En la última fase de la afinación, las *finés* solo pueden estar con otras veinte ostras por metro cuadrado como máximo. Y las *spéciales* solo con diez. ¡Y durante al menos dos meses! Se las engorda de forma sistemática para aumentar la cantidad de carne. Gillardeau, por ejemplo, incluso se hace grabar las ostras con láser.

—¿Y Tordeux tiñó unas ostras baratas de verde y las vendió como ostras de calidad?

—Exacto.

Cuando se encontrara con Tordeux, tendría un tema interesante que tratar con él.

—¿Dónde está ahora?

—En la casita del parque de ostras. Ya la conoce.

Le Ber y Dupin recorrieron los últimos metros hasta el muelle desde el cual se accedía a los parques y a la casa de Tordeux.

—¿Ha ido allí directamente?

—Se ha limitado a echar un vistazo al anexo. Yo estaba allí. El incendio ya se ha extinguido y la científica ha empezado a trabajar con cuidado.

—¿Tordeux ha dicho algo?

—No.

—Muy bien.

Aquella novedad era significativa. Había alguien en Port du Bélon que tenía las manos manchadas, alguien que había intervenido de forma delictiva en el mundo de las ostras. Y era precisamente la misma persona que había estado en las proximidades del lugar del delito el día anterior, aunque la historia del apartamento rural, el *gîte*, había sido corroborada. Y la persona cuya casa se había convertido ese día en pasto de las llamas. Existía la posibilidad de que Tordeux se hubiera limitado a refinar su actividad delictiva en el Bélon.

De todos modos, también era posible que todo aquello careciera de importancia. Dupin conocía a algunas personas que habían cambiado de veras. Y otras, que no.

—¡Le Ber!

—¿Sí, jefe? —El inspector lo miró con interés.

—A partir de ahora vamos a actuar de otro modo. —El tono de Dupin fue decidido—. De una forma distinta por completo. Vamos a interrogar a fondo y directamente a la gente. Así no podemos seguir.

—De acuerdo, jefe.

Le Ber conocía las afirmaciones categóricas del comisario, aunque aquella en realidad era muy poco concreta.

—Mañana tomará usted el primer vuelo a Escocia. Yo visitaré a Cueff, en Cancalle, a primera hora de la mañana. Labat y Melen guardarán el puesto en Port du Bélon. Y Nolwenn actuará como central desde la oficina.

—¿A Escocia? ¿En serio? ¿Dice usted que voy a volar yo solo a Escocia?

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—¿Mañana por la mañana?

—Cuanto antes. Llame a Nolwenn para que lo organice todo. También los aspectos formales. Ah, y dígame que mañana la llamo.

—Yo... Bueno, yo... Vale. Iré a Escocia, jefe. En el seminario —su voz rebosaba entusiasmo— tratamos sobre la famosa confraternización entre los soldados escoceses y los bretones en una de las numerosas guerras entre ingleses y franceses del siglo XVII. En el campo de batalla, en el curso de un ataque brutal por parte de los británicos, los soldados escoceses reconocieron el idioma celta y al momento depusieron las armas. A continuación, se marcharon de allí con los bretones. ¡Ah, los hermanos al otro lado del canal!

—¡Le Ber! No es momento para historias. Voy a hablar con Tordeux. —Dupin se volvió para marcharse—. Cuando acabe le volveré a llamar.

—Perfecto, jefe.

El comisario estaba satisfecho. Debería haber tomado aquella decisión hacía rato. Le Ber conocía mejor que nadie su modo de investigar; intuía qué cosas eran importantes para él. Con eso y algunas instrucciones precisas, sería casi como si el

propio Dupin estuviera en Escocia. Había considerado la posibilidad de ir en persona. Pero a saber lo que podía ocurrir en la Bretaña.

La puerta de entrada a la casa de Tordeux estaba entreabierta gracias a una calza de madera que había en el suelo; el fuerte viento se colaba por ella produciendo siseos sonoros y extraños. La parte baja de la pequeña casa se hallaba iluminada por una única bombilla desnuda; una luz intensa procedente de arriba iluminaba la escalera, empinada, hasta el final.

—Bien, entonces lo haremos así. Mañana por la mañana, a las siete. Buenas noches. —La voz de Tordeux fue totalmente serena a pesar de tener cierto deje imperioso.

Dupin subió la escalera sin anunciarse.

Tordeux estaba sentado con las piernas cruzadas en el sofá. El comisario subió los últimos escalones y entró directamente en la sala. Tordeux, cómo no, lo estaba esperando.

—Una cita con mi agente de seguros. —Tampoco por parte de Tordeux hubo ninguna palabra o gesto de saludo—. Hemos quedado en reunirnos *in situ* y comprobar las secuelas del incendio. A fin de cuentas, los daños son considerables.

Tordeux distaba mucho de parecer afectado, pero la última frase al menos había sido un poco más pertinente. Lucía un elegante traje de franela de un azul muy oscuro con rayas de color azul claro desvaídas, y una camisa de color azul intenso que llevaba por encima del pantalón; igual que a primera hora de la tarde, llevaba el cabello hacia atrás, aunque esa vez más peinado, y su expresión era satisfecha y engreída. Un tipo escurridizo.

—En fin, ¿en qué puedo servirle? ¿Qué es lo que desea saber la policía de mi persona?

Tordeux no hizo ademán alguno de levantarse. Dupin, por su parte, cogió una de las sillas blancas y, sin prisas, la colocó en el centro de la estancia. Luego se sentó con gesto indiferente y sin despegar los ojos de su interlocutor en ningún momento.

—Señor comisario, ¿acaso busca usted una relación entre el incendio y los asesinatos? ¿Cómo sería posible tal cosa? —Tordeux se comportaba con una coquetería descarada.

—Podría haber provocado el incendio usted mismo antes de partir hacia Saint-Brieuc. —Dupin se pasó la mano por el pelo—. Por otra parte, ayer también se encontraba muy cerca del lugar del crimen a la hora en que se produjo.

—Eso no son más que especulaciones.

—En contra de lo que usted afirma, se dice que el constructor Paul Delsard sí participó en la compra de la empresa Fouesnant. ¿Tal vez también en su inversión en Cancale?

—Todo el mundo tiene derecho a inventarse lo que le parezca.

Dupin cambió de tema de forma brusca.

—Tengo entendido que es usted un activista entusiasta del interceltismo. ¿Es eso

cierto? Parece bastante implicado en ello.

—Así es. Es una antigua pasión mía, sí. Nuestras raíces, nuestra historia, nuestra identidad. —Tordeux se las daba entonces de bretón apasionado—. ¿Hay algo de criminal en eso? Por cierto, de vez en cuando toco la bombardas, antes lo hacía más a menudo. Es un instrumento fabuloso. Muy antiguo, celta.

Ya se lo había explicado Le Ber. La bombardas era un instrumento de viento parecido al oboe. De un sonido especialmente potente.

—¿Participa usted también este año en el comité de preparación del festival?

—Solo en dos sesiones.

—¿Y de qué tratan en ellas?

—De la planificación del programa y la logística.

Dupin cambió el rumbo de la conversación.

—Lo que nos interesa sobre todo es saber qué refinado truco piensa emplear usted en el Bélon, señor Tordeux. Aquí no hacen falta pigmentos.

Una sonrisa de suficiencia asomó al rostro de Tordeux.

—Vaya, conque esas tenemos. Entiendo. Quien se equivocó una vez siempre se equivoca. Señor comisario, aunque le pese, eso forma parte del pasado. —La sonrisa no abandonó sus labios.

La discusión se desarrollaba a alto nivel. Tordeux replicaba con agudeza; había que reconocerle el mérito.

Por otra parte, Dupin era consciente de que jamás podrían acceder a datos suyos sin pruebas sólidas.

—Muchas gracias, señor Tordeux. Ha sido una conversación muy reveladora.

Dupin se levantó con brusquedad. Se dio la vuelta y se marchó. Sin dramatismos, sin prisas, sin decir nada más, sin, en definitiva, ninguna de las maniobras que Tordeux, por la expresión de su cara, habría esperado.

—¡Ya le dije que mi oferta sigue en pie: las mejores ostras bélon a un precio especial para la comisaría! —gritó a su espalda.

Dupin bajó los escalones con tranquilidad. Recorrió los pocos metros de caos del almacén, salió por la puerta a la noche fría y se dirigió al muelle. Una vez allí, se quedó quieto.

Tenía frío. Había olvidado la chaqueta en el coche.

La intuición le decía que Tordeux tenía las manos manchadas. Independientemente de con qué o en qué medida.

A pocos metros del coche, Dupin volvió a detenerse a pesar del frío y aguzó el oído. Inmóvil. Luego dio unos pasos procurando hacer el máximo ruido y volvió a escuchar.

Nada.

—¡¿Hola?!

Había gritado con fuerza.

Ninguna reacción, de ninguna parte.

Ningún ganso de Toulouse.

Tal vez, se dijo, Charlie había reencontrado la felicidad del amor.

Mientras circulaba por la diminuta carretera de la península, Dupin se había concentrado en no atropellar ninguno de los innumerables conejos de la zona, algo que ya de día era todo un reto. Llamó a Le Ber en cuanto llegó a la carretera principal que llevaba de Riec a Pont-Aven. Desde ahí llegaría a Concarneau vía Névez. Quince minutos, a esa velocidad.

Dupin informó brevemente a Le Ber. Melen había hecho preguntas por la zona. «Tordeux nos considera demasiado insignificantes para pelearse con nosotros», le había dicho Baptiste Kolenc. Tampoco habían conseguido confirmar la sospecha de que Tordeux actuara de forma fraudulenta. De cualquier modo, todo el mundo lo tenía por una persona sin escrúpulos cuando se trataba de sus intereses y sus negocios. Era bien sabido que cuando Tordeux y su exmujer se encontraban se tiraban de los pelos y nadie se lo tomaba muy en serio. Melen había intentado además averiguar algo sobre posibles colaboraciones empresariales entre Tordeux y su amigo, el constructor, lo que resultó extraordinariamente complicado. Había muchas especulaciones, pero nada cierto, ni siquiera el alcalde sabía algo.

En cuanto a la mujer del autobús, seguían sin encontrarla. Nadie parecía conocerla ni haberla reconocido.

La policía científica proseguiría con su labor en el laboratorio, analizando algunas muestras de tejido halladas en el vehículo.

Le Ber estaba muy nervioso porque al día siguiente, a las 5.45, iba a tomar un avión. Nolwenn lo había organizado todo. Dupin le había pedido que se fuera a casa e hiciera las maletas.

La llamada había durado hasta poco antes de que llegara a Concarneau.

Dupin estuvo a punto de pasarse su estación de servicio favorita. Frenó con fuerza, dio la vuelta y aparcó justo delante de la entrada.

Era el único cliente, no tardarían en cerrar. La cajera, que era la propietaria, lo saludó con un ademán cansado de la cabeza.

—No quiero repostar. Quiero comprar algo.

Ella lo miró con curiosidad, pero lo dejó tranquilo.

Dupin se dirigió a la zona de tienda y examinó las estanterías de recuerdos y especialidades bretonas. Estaban muy bien surtidas: galletas, de muchos tipos, otros dulces de pastelería bretones, las mezclas más variadas de sal de Guérande, *rillettes* de todos los mariscos imaginables, barcas de madera en miniatura con la bandera bretona, un juego de café con la bandera, algunos objetos textiles con insignias bretonas, sudaderas, camisetas, delantales y trapos de cocina.

Dupin vio entonces una camiseta de color azul oscuro que decía *À l'aise breizh*, algo así como «A la manera bretona». Era de una marca de ropa con motivos

iconográficos de la Bretaña; tenía una tienda al lado del quiosco de prensa de Concarneau. El logotipo, una mujer bretona estilizada, vestida con el traje tradicional, se había convertido entretanto en todo un símbolo patriótico. Existían incluso pegatinas para el coche, como elemento identificativo al viajar. Ya fuera en Holanda, Inglaterra, España, Alemania, Italia o Francia, podía encontrarse aquel logotipo en los coches bretones y en los de amigos de la Bretaña.

Dupin escogió una camiseta de la talla adecuada y se dirigió a la caja.

—Un modelo muy bonito —dijo la propietaria asintiendo satisfecha.

Dupin, además, había visto algo junto a la caja y añadió:

—Y esto también.

Se trataba de dos hermosas tablas de desayuno de madera, de roble, seguramente. En ellas se leía, en letras de color azul atlántico, *Be breizh*, esto es, «Sé bretón». Un conjuro, un código sagrado. Lo significaba todo: el modo único de ser de los bretones, su manera de entender el mundo, las cosas, las personas, la vida. Y, sobre todo, el convencimiento de que la Bretaña cambiaba por dentro. Una energía primigenia. Una promesa. Una actitud. Aquel era el símbolo más adecuado para la mudanza de Claire.

La cajera lo metió todo en una bolsa de papel azul y Dupin regresó a su coche de buen humor.

Se dirigía hacia el Amiral. En apenas unos minutos vería a Claire.

El comisario aparcó donde siempre, justo delante del restaurante, en el gran muelle que había frente al puerto de pescadores local. La enorme fortaleza de la Ville Close se hallaba iluminada de forma alegre, como siempre, y la angulosa y bella torre de la iglesia, situada en la colina, dentro de las antiguas murallas de la ciudad, lucía especialmente hermosa. Incluso la barcaza de pescadores de color verde y amarillo, que estaba amarrada delante de la muralla antigua y que formaba parte del museo de la pesca, resplandecía bajo aquella animada iluminación.

El frío agradable y el viento salado del oeste, procedente de mar abierto, también habían tomado Concarneau. Con el ruido del viento, se mezclaba también el tintineo agitado de las drizas en lo alto de los mástiles de los veleros. A diferencia del solitario BÉlon, allí la luz amarillenta de la pequeña ciudad iluminaba los enormes nubarrones.

Dupin se alegró de haber llegado por fin al Amiral, que consideraba prácticamente su hogar, como su apartamento. Una parte importante de su vida tenía lugar allí.

Claire lo estaría esperando en su sitio de siempre, que pronto se convertiría en el de los dos.

Echó a andar con paso rápido desde el aparcamiento, dejó atrás los plataneros, cruzó la calle, recorrió los últimos metros y abrió con brío la puerta del restaurante.

Su mesa estaba desocupada. Claire no estaba. No había ni vasos ni platos. Nada.

Imposible.

Miró el móvil. No había ninguna llamada de Claire, ningún SMS.

—Ha intentado llamarte, Georges, pero tenías la línea constantemente ocupada.

Lily Basset, la propietaria del Amiral, se encontraba en un extremo del gran mostrador. Dupin no se había percatado de su presencia.

—Me ha pedido que te diga que llegará tarde. —Como siempre, su tono era informal—. Mientras estaba en el hospital ha habido un accidente y su nuevo jefe le ha pedido que operara.

Claire apenas había empezado a trabajar y ya estaba en el ojo del huracán.

—Gracias, Lily —respondió Dupin al tiempo que se sentaba.

—¿Te esperas?

—No, no. No la esperaré.

No le quedaba otra solución. Tenía que comer algo, era urgente. La sensación de mareo iba en aumento, por mucho que intentara ignorarla. Además, nadie, ni siquiera la propia Claire, le habría sabido decir qué significaba exactamente «llegar tarde». Posiblemente significaba muy tarde.

Lily desapareció sin más comentarios. No dijo nada sobre Claire, ni tampoco sobre los evidentes cambios en la vida de Dupin. No era su estilo.

Dupin se reclinó en el asiento.

Se sentía confuso, agotado. Y también un poco triste. Le hacía ilusión verla.

Por otra parte, también experimentaba cierto alivio, porque había temido que Claire llevara mucho rato esperándole. De todos modos, lo peor era que Dupin llevaba todo ese tiempo preocupado por que Claire se sintiera decepcionada por su conducta tras oír la noticia, aunque desde luego su primera reacción no le había dado a entender tal cosa. «Georges, he abandonado mi vida en París y me vengo a vivir contigo a la Bretaña». «Genial, Claire, pero ahora tengo cosas que hacer y tengo que irme con urgencia». Más o menos, era lo que había ocurrido. Claire le había comunicado la que posiblemente sería la noticia más importante de su vida y a él no se le había ocurrido otra cosa que proseguir sin más con la investigación.

Sin embargo, al poco rato, una sonrisa asomó a la cara del comisario, una sonrisa que nacía de lo más profundo de su ser y que borró su malhumor y su desánimo.

Acababa de entender algo. De hecho, lo más importante era que, a partir de entonces, eso sería lo normal. La vida diaria con Claire en la Bretaña. Ella viviendo allí, con él. Y eso significaba también: un trabajo de locos, como en París, con horarios imposibles. Igual que él.

La cita de esa noche ya no era una cita como las de antes, cuando Claire iba un par de días. El cambio no iba a producirse en breve: el cambio ya se había producido. Ya no habría más despedidas al cabo de unos días. De pronto tenían una vida en común.

Dupin juntó las manos detrás de la cabeza. Se quedó sentado un rato así, sin hacer nada.

—¡Aquí tienes!

El entrecot.

Lily se había dado prisa. Colocó el plato ante el comisario, con las patatas crujientes de la casa y una cestita de pan de *baguette*. Una botella de vino. Dos copas.

Olía de fábula: el aroma de la carne a la plancha, de la flor de sal tostada y del pimiento de Espelette sobre la costra; una carne crujiente y oscura por fuera; poco hecha por dentro, de tal forma que al cortarla no saliera sangre. Y la mostaza picante. Al final de una extenuante jornada de investigación, no había nada en el mundo que le reconfortara más que un entrecot. Nada le reponía mejor las fuerzas, ni le ayudaba a plantar los pies de nuevo en la tierra como aquello. Y encima, regado con ese tinto del Languedoc de color rojo intenso, denso, aterciopelado, el Ivresse des Sens, «Éxtasis de los Sentidos». Ya solo por el nombre, a Dupin no podía menos que gustarle.

—¿Lily?

—¿Sí? —Su amiga volvía a estar junto a la barra.

—Henri y tú, ¿verdad que compráis las ostras a la misma empresa?

—Sí, a Béa.

—Es de la zona de Fouesnant, ¿no?

—Sí, está en la gran bahía. Aux Viviers de Penfoulic, se llama. Ostras, almejas, escupiñas, berberechos, cangrejos, centollos, caracoles de mar. —Se interrumpió de repente y luego continuó con tono tranquilo—: Ah, entiendo, el caso de las ostras. Puedes encontrar a Béa allí todos los días, media hora antes de que salga el sol.

Sin esperar respuesta, Lily se marchó a la cocina.

Dupin empezó a comer.

Más tarde, se dijo, examinaría su cuaderno de notas. Era un ritual importante. Muy a menudo la solución de un caso, la pista definitiva, había estado anotada en su libreta durante horas o incluso días. Volvería a darle vueltas a todo, recapitularía con calma y elaboraría una lista para Le Ber en Escocia.

Eso haría hasta que llegase Claire. La flamante jefe de cardiología de Quimper. Sonrió de nuevo. Se sentía feliz. El comisario Georges Dupin estaba feliz.

El tercer día

Eran las siete y diez de la mañana. Al oeste, más allá de las aguas impetuosas y las corrientes turbulentas que asediaban la punta de Raz, el último promontorio del viejo continente, el cielo se mostraba aún teñido de negro, suspendido sobre el solitario e inmenso Atlántico; entretanto, el este había empezado a iluminarse con intensidad y el negro del cielo había pasado a ser un azul oscuro reluciente. En el horizonte asomaba una fina banda de azul más claro.

El tiempo se había vuelto aún más frío y desapacible que la noche anterior. De vez en cuando, una ráfaga de viento acarreaba un breve aguacero. Aquel tiempo despertaba a cualquiera de inmediato.

Dupin se había abrochado bien la chaqueta —de hecho, solo se la ponía durante los meses de invierno— y se había levantado el cuello.

Béa aún no había llegado. El comisario iba de un lado para el otro delante de las amplias instalaciones de Aux Viviers de Penfoulic, la empresa de cría de marisco y ostras de Béa. Aquel lugar era mágico. Se encontraba a pocos metros de la orilla de un gran brazo de mar que penetraba serpenteante en la tierra, en el corazón mismo de la gran bahía de Concarneau, pasado La Forêt-Fouesnant. Detrás quedaban las extensas e idílicas playas del cabo de Coz, flanqueadas por pinos poderosos que se alzaban sobre tierras arenosas y se extendían hasta Beig Meil, al final de la amplia bahía. Arenas blancas cegadoras, aguas de color turquesa, como en el Caribe, los tonos verdes y azules más diversos. Diminutos paraísos perfectos.

Las instalaciones de Aux Viviers de Penfoulic se hallaban orientadas hacia el brazo de mar y separadas de la arena por un muro que llegaba a la cadera. A la altura de la cabeza, colgadas de unos soportes, había unas redes de pescador de color verde, sin duda para mantener a las gaviotas alejadas de los delicados bocados que habitaban las piletas de agua. Detrás de una de ellas, que tenía una forma alargada y no era muy profunda, había un cobertizo encalado con dos ventanas de marcos azules. Había también, al final, una pequeña terraza destinada a la degustación, donde podía comerse el producto fresco. La bomba de oxígeno borboteaba como si fuera un riachuelo romántico.

Seguramente Claire seguía durmiendo, vestida con su camiseta, que se había puesto de inmediato. Se quedaría todo el fin de semana. Se había tomado varios días de todas las vacaciones que había ido acumulando con los años; hasta el lunes por la mañana a primera hora no tenía que estar en París. Y lo mejor: pronto no tendría que hacerlo nunca más. También estaría el viernes por la noche para asistir a la fiesta de Dupin, cosa que hacía el evento bastante más llevadero para el comisario.

A las dos de la madrugada, habían entrado en el apartamento de Dupin; Claire no había podido llegar al Amiral hasta las doce y media. Dupin se había rendido

entretanto al éxtasis de una o dos copas del *Ivresse des Sens*. Como el personal de la cocina ya se había marchado, Lily en persona había preparado un entrecot para Claire. Luego habían compartido una pequeña bandeja de quesos y, de postre, habían tomado *baba au rhum*, bizcocho borracho de ron con nata.

Dupin había tenido tiempo de leer sus anotaciones con calma. Con calma y con aquel tinto extraordinario en la cabeza.

Se había levantado a las 5.45 de la mañana sin hacer ruido. Había pasado una noche extrañamente inquieta; había dado muchas vueltas a un lado y al otro de la cama, y se había ido despertando una y otra vez. Nada más dormirse, había tenido un sueño grotesco en el que era una partícula de plancton que se veía arrastrada por una tempestad tremenda hacia una ostra gigante, del tamaño de un ser humano, que yacía solitaria en el fondo del mar. A punto de ser comido, Dupin había intentado desesperadamente convencer al monstruo de que él no era un alimento adecuado, que tenía mal sabor, que no era vegetal. En vano. Con un móvil (que además funcionaba) en la mano derecha, intentaba una y otra vez comunicarse con Nolwenn, lo cual era imposible, porque sabía que, por algún motivo, su secretaria estaba hablando con Claire por teléfono. Esta, por otra parte, había sido nombrada directora de una estación científica submarina. De pronto, como si fuera un gong, se había oído una voz metálica. La ostra. «Soy yo. Pero no soy yo». Con un tono casi alegre. Incluso en el sueño, Dupin había tenido la certeza de que aquella voz le recordaba a alguien. Luego se había despertado.

—¿En qué puedo ayudarle?

El tono de voz era enérgico y dejaba muy claro que esperaba una respuesta inmediata. Era una voz de mujer y venía justo de su espalda.

Dupin se dio la vuelta y dijo rápidamente:

—Soy amigo de Henri y de Lily. Me llamo Georges Dupin.

La mujer soltó una risa grave y áspera. Su rostro seguía oculto por la penumbra.

—¿Qué delito he cometido?

Sabía quién era.

—Ninguno, señora... —Dupin cayó en la cuenta de que no sabía su apellido.

—Mis amigos me llaman Béa. Acompáñeme.

Con esas palabras, la criadora de ostras se apresuró hacia el interior de la instalación; al cabo de unos instantes, esta quedó iluminada por una luz amarillenta, que dotaba al conjunto de un aire irreal.

—Pensé que tal vez usted podía proporcionarme alguna información —dijo Dupin siguiéndola al interior del edificio.

—Tengo mucha curiosidad por saber de qué se trata.

Él se encontraba en el pasillo de cemento que había entre la pileta y el cobertizo. Dispuestas en hileras, junto a la pared del cobertizo, había varias mesas alargadas cuya superficie era de plástico de color azul claro.

—¿Le apetece? —Béa sacó un cruasán de una bolsa de papel que llevaba.

—Ah, sí, muchas gracias. —Dupin aún no había desayunado; pensaba pasar por la panadería más tarde.

El cruasán estaba delicioso: era crujiente y sabía a mantequilla. Entretanto Béa, sin más preámbulos, se había dirigido a toda prisa hacia el interior del cobertizo. Se oyeron entonces unos ruidos metálicos, un golpe y, a continuación, un grifo. Dupin habría reconocido aquellos sonidos incluso dormido. Era una máquina de café expreso.

Por encima del muro, contempló el brazo de mar, que para entonces se veía con más nitidez que el resto del paisaje. El agua, al retirarse, había dejado a la vista unos bancos de arena de forma alargada, como lomos de ballena, y que en muchos puntos estaban cubiertos por un tapiz de algas de color verde intenso. Parecía un lugar muy rico en alimentos, justo lo que les gustaba a las ostras. En medio del agua destacaban un par de veleros, cuyo blanco brillaba de modo irreal bajo las primeras luces del alba. En la orilla había tres bateas, unas embarcaciones especiales que en realidad parecían plataformas flotantes; posiblemente pertenecían a la empresa de Béa.

Ella se le acercó con dos tazas rojas de cerámica descascarillada en la mano.

—La oficina más bella del mundo —dijo al tiempo que entregaba una taza a Dupin y se colocaba a su lado. El café era perfecto: fuerte, pero sin ser amargo.

—¿Conoce usted a Matthieu Tordeux?

—Ha comprado la empresa de ostras del otro lado de la bahía. No me gusta.

Béa bajó la taza. Dupin la miró de lado. Tenía el pelo rizado, suelto y hasta los hombros, y la cara salpicada de arrugas de expresión que hablaban de la vida y de cosas bellas y serias.

—¿Por qué?

—Es un petulante de los pies a la cabeza. De esos que, si les molestas, son capaces de quitarte de en medio sin pestañear. Sus ganas de notoriedad no tienen límites. Quiere codearse con los grandes y hacer negocios de envergadura.

—Hace poco compró una empresa de Cancale.

—Lo sé. Actúa a lo grande. Se dice que también se ha metido un constructor en el negocio.

—¿Quién lo dice?

—Jacques, el propietario del bar de allá arriba, en la plazuela de La Forêt-Fouesnant. Él se entera de esas cosas.

Dupin le dio la razón de inmediato: los propietarios de los bares locales solían saber esas cosas.

—¿Se refiere a Pierre Delsard, de Construction Traittot?

—Sí. Delsard es un idiota, mayor incluso que Tordeux.

Béa se había encendido un cigarrillo. Dupin sacó su libreta de notas.

—Hace muchos años, Tordeux importó ostras baratas y las manipuló con un pigmento para venderlas como *finés de claire*. ¿Hay algún rumor sobre prácticas inapropiadas que pudiera estar llevando a cabo en el Bélon?

Béa seguía contemplando el agua. Dio una calada al cigarrillo.

—Yo no lo he oído. Se habla de prácticas comerciales brutales. De que roba clientes, ejerce competencia desleal y simula pérdidas por cuestiones fiscales. De eso sí que se habla.

—¿Nada que tenga que ver con prácticas fraudulentas relacionadas con las ostras?

—No, de eso todavía no he oído nada.

—¿Conoce algún caso de afinaciones fraudulentas en el Bélon en los últimos años?

—No. El último fue hace mucho, al menos diez años. Fue un distribuidor de Riec. Perdió la concesión de forma inmediata.

—¿Y qué me dice de los otros criadores y de la empresa de distribución de Port du Bélon? ¿Sabe de algo que pudiera interesarme?

—Conozco un poco a señora Laroche, del Château, y a Baptiste Kolenc. Son buena gente, pero voy poco por allí. Y luego está esa distribuidora, que es todo un fenómeno. No recuerdo su nombre. Una mujer hiperactiva, un milagro de la velocidad.

Dupin estuvo a punto de echarse a reír.

—¿La exmujer de Matthieu Tordeux?

Béa no lo sabía.

—¿Qué me dice? ¿Estuvo casada con Tordeux? Bueno, todos cometemos errores.

—¿Cree usted que la infección de las ostras puede llegar hasta aquí?

—Ya se verá, comisario, ya se verá. No merece la pena darle vueltas a ese asunto. La misma actitud que los demás a los que había preguntado.

—¿Le parece posible que un criador de ostras tenga noticia de una infección antes que los demás, es decir, que tenga información privilegiada y se lucre con ello?

Béa entendió de inmediato la intención.

—Me parece complicado. Hay varios institutos y autoridades que examinan el agua del mar en las zonas de las ostras. Y ellos además están sometidos a dobles controles independientes. Sería muy caro.

Por lo tanto, no era imposible. Dupin se dijo que pediría a Melen o a Labat que examinaran meticulosamente cómo y de qué manera se analizaban las pruebas de agua marina de Port du Bélon.

—Naturalmente, eso multiplicaría por mucho el valor de los cultivos de ostras planas que estuvieran intactos. Los distribuidores de las zonas afectadas necesitarían nuevas cepas de inmediato. Es lo que ocurrió tras 2008. Todos necesitábamos cepas frescas. Las únicas zonas de Europa que no resultaron afectadas fueron el noroeste de Escocia y Noruega.

—En tal caso, al poco tiempo —dijo Dupin pensando en voz alta— habría una demanda enorme de ostras planas a los criadores escoceses. Y solo a unas pocas empresas de allí. Ellos podrían fijar los precios prácticamente a voluntad y el negocio sería muy lucrativo. En cambio, los criadores de las zonas afectadas que se hubieran

hecho a tiempo con cepas, incluso a precio normal, tendrían una ventaja competitiva enorme.

—Exacto. Eso siempre y cuando se produjera una infección letal.

Dupin tomó algunas notas en la libreta.

—Las ostras planas están expuestas a multitud de enemigos. —La mirada de Béa se posó casi con cariño en los cestos redondos de las piletas que tenía delante, donde había docenas de ostras planas—. Los cangrejos les rompen el caparazón; los gusanos perforadores se lo agujerean; las estrellas de mar las paralizan con saliva y se las tragan; las aves las atrapan desplomándose en picado sobre ellas y los caracoles marinos se disputan la comida con ellas. —Béa se rio con aquella voz ronca—. Como siempre en el mar, todos se comen a todos. Pero su peor enemigo son las ostras cóncavas.

—¿Las cóncavas? —preguntó Dupin, perplejo.

—Sí, esas se propagan de forma explosiva y arrinconan a las planas. Su tasa de reproducción es superior y su densidad de población y su crecimiento también son mayores. Y no solo amenazan a las ostras planas. En un abrir y cerrar de ojos convierten enormes bancos de mejillones en arrecifes de ostras. Las cóncavas lo arrasan todo, sin miramientos.

Aquello era tremendo. El día anterior Le Ber no había mencionado nada al respecto.

—Pero, eso sí, también saben a gloria. —Béa dirigió una mirada ávida a dos cestos que había al borde de la pileta—. Y ahora es la mejor época para degustarlas. Están gruesas y carnosas, y no son nada grasas. Durante los primeros dieciocho meses, las colocamos en zonas poco profundas, donde permanecen mucho tiempo en seco y con poco alimento: así se vuelven fuertes y voraces. Luego pasan los siguientes dieciocho meses expuestas a corrientes muy ricas en nutrientes y comen hasta engordar. Es el sistema antiguo. ¿Quiere unas pocas? Se las envolveré.

—No, gracias. Yo... Tengo que ir a Cancale. —Dupin no tenía ganas de explicarle que no comía ostras.

Béa ya se había encendido el segundo cigarrillo.

—A la autoproclamada capital de las ostras de la Bretaña.

—¿No conocerá usted por casualidad a un tal señor Cueff, de Cancale?

—No. Pero debe de haber unas sesenta empresas allí.

Dupin dejó la pequeña taza de cerámica.

—Muchas gracias por todo, Béa. Ahora tengo que marcharme.

—Es un asunto muy desagradable.

De nuevo asomó la maravillosa sonrisa de Béa. Tenía una mirada resplandeciente.

—Sí, desde luego. ¡Hasta pronto!

—¡Hasta pronto!

Dupin se marchó rápidamente hasta su coche, que se encontraba justo delante de la empresa de Béa, en medio de la arena.

El camino hasta Cancale prometía ser largo.

—¡Basta, Labat! ¡No estoy dispuesto a oír nada más sobre el asunto! ¿Lo ha entendido? —Dupin estaba furioso. Después de llegar con el coche a una carretera asfaltada, había intentado llamar a Le Ber, pero se le había colado la llamada de Labat.

—Los compañeros de Lorient y yo tenemos...

—¡He dicho que basta! ¡Punto final!

—... una orden de registro. ¡Hemos conseguido una orden de registro!

—¿Cómo dice? —Dupin se quedó pasmado.

—Que tenemos una orden de registro para Construction Traittot. —La voz de Labat tenía un dejo de inmenso triunfo—. Hay indicios suficientes de que en las últimas semanas se ha producido un robo de arena. En realidad, toda una serie. ¡Robos de arena a gran escala! En breve llevaremos a cabo una redada en Lorient, en la sede central de la constructora. Inspeccionaremos toda la contabilidad. Mis fotografías han sido la clave. *Touché*.

Ese era el Labat al que conocía Dupin. El día anterior el inspector estaba en la cuerda floja, al borde de un abismo al cual, de no haber sido por la ayuda del comisario, se habría precipitado sin remedio...

—Lo sabía. Yo tenía razón en todo.

—Pierre Delsard —musitó Dupin.

Era increíble. Al final resultaba que la historia de los robos de arena tenía alguna consistencia, que era cierto que se habían cometido actos delictivos en la zona. Y además por parte de una constructora cuyo jefe tenía su segunda residencia en Port du Bélon y que era amigo, muy buen amigo, de uno de los criadores de ostras del lugar.

—El prefecto estaba muy satisfecho. Él...

—¡Labat! Nosotros tenemos nuestro propio caso. Un caso extremadamente complejo. ¡Y que además no avanza! ¿Le ha puesto Le Ber al corriente de todo? ¿Está usted al día?

Pasó un rato hasta que, por fin, Labat susurró, ofendido:

—Anoche hablamos por teléfono largo y tendido. Estoy al corriente de todo. Además, acaba de llamarme desde el aeropuerto. No ha podido hablar con usted. Han surgido un par de informaciones nuevas.

—¿Y ahora me lo dice?

Dupin estaba furioso.

—Jane Mackenzie es la segunda esposa de Mackenzie. La primera murió hace veinte años.

—¿Y bien...?

—Le Ber me dijo que usted quería saberlo todo con precisión. Todo. Él...

—¿Ha aparecido por fin el socio de Mackenzie en la ostrería?

—Me temo que la situación sigue igual. Yo no tenía claro si ese punto tenía alguna importancia.

—Es de suma importancia. En ese caso, parece que cualquiera que se marcha acaba mal. ¿Algo más?

—De joven, Mackenzie estuvo implicado en un atraco a un banco, igual que Smith.

Aquello debía de ser una especie de ritual de iniciación escocés.

—¿Por qué no se nos informó de esto ayer?

—Antes tuvieron que examinar los expedientes antiguos de la comisaría de Fort William; esos datos no están informatizados.

—¿Mackenzie ha tenido algún otro roce con la policía después de aquello?

—Ninguno. Ahora mismo Le Ber debe de estar en la carretera hacia Tobermory y no tiene cobertura. Él...

—¿Alguna novedad sobre el incendio? ¿Qué dicen los especialistas?

—Esa jovencita rubia de la comisaría de Riec...

—¡Magalie Melen, Labat! Se llama Magalie Melen.

—Ella también ha intentado ponerse en contacto con usted. El jefe del equipo dice que ya puede afirmarse con seguridad que el incendio se originó en la esquina izquierda posterior del anexo.

—¿Por dentro o por fuera?

Aquel detalle era fundamental.

—Todo apunta a que sería por la parte exterior.

—¿De veras?

Así pues, con toda probabilidad, había sido un incendio provocado.

—Claro que también podría ser que Tordeux lo hubiera causado desde fuera: aunque sería absurdo. En ese caso, habría parecido provocado desde el principio.

Así era. En efecto.

—Por lo demás, ¿alguna otra noticia por parte de Melen?

—No. Nada, jefe. Sin embargo, en mi opinión, se equivoca al centrarse en las ostras.

Aquel comentario disparó la presión sanguínea de Dupin.

—Mire, Labat, yo no me centro en nada. Nosotros... —Dupin recobró la compostura e inspiró hondo; discutir con su inspector al respecto era una pérdida de tiempo—. ¿Se sabe algo de la mujer del autobús? ¿La hemos encontrado?

—No, pero la rubia...

—¡Labat!

—No, pero Melen sigue con ello. En cambio el otro, ese agradable compañero de Riec, ha descubierto algo interesante: el año pasado Tordeux estuvo una semana entera en Cancale. En una reunión general de los distintos gremios de criadores de ostras, en la cual también estaba inscrito Cueff. Creo que es algo que tal vez debería preguntar usted cuando visite Cancale.

Aquello podía ser importante. Podría ser uno de los vínculos, aunque triangular, que tanto necesitaban. Desde Mackenzie, pasando por Cancale y hasta Port du Bélon. Fácil de reconstruir: Mackenzie, Cueff, Tordeux. Tres personas.

—Lo haré. Y vuelva a hablar con Tordeux. Póngalo contra las cuerdas, Labat.

—Como quiera.

—Y otra cosa: me gustaría saber cuanto antes si, en 2008 o durante alguna de las otras crisis ostreras, alguien del Bélon compró ostras al norte de Escocia en forma de cepas frescas para repoblar su criadero. Examine a fondo a las autoridades supervisoras de la cría de las ostras, todo el sistema. Quiero saber si es posible que alguien tenga información antes que los demás sobre el avance de la infección de una bacteria. Si hay alguien con algún enchufe. ¡Investigue a fondo!

—¿Y qué pretende...?

—Es muy urgente.

Dicho esto, Dupin colgó. Tal vez, en lugar de Le Ber, debería haber enviado a Labat a Escocia. Enviarlo lejos, muy muy lejos.

Entretanto había llegado a la autovía de cuatro carriles que le conduciría hasta Cancale. El indicador de velocidad se precipitaba hacia el ciento setenta. La velocidad permitida era de ciento diez. Bueno, se dijo, estaba de servicio.

Marcó el número de Nolwenn. Tenía un par de preguntas para ella.

—*Abred ne goll gwecht ebet*. Es la versión bretona del «a quien madruga, Dios le ayuda», señor comisario. Todo el mundo está ya en pie desde hace rato.

Dupin fue al grano.

—Nolwenn, ese festival intercéltico de Lorient...

—El eslogan de este año es «Memoria y sueño del mundo celta». Será fabuloso. Vendrán a Riec muchos escoceses para participar en los preparativos. ¿Ve alguna relación entre el festival y los sucesos de los montes de Arrée y Port du Bélon? ¿Quiero decir, sin contar el hecho de que ambas víctimas son escocesas? —Nolwenn era directa. Luego adoptó un tono más compasivo—. ¿Le parece que Mackenzie y Smith tal vez usaran el festival para otra cosa?

—No lo sé.

Con solo seis regiones celtas, no era muy casual que en esa ocasión el país invitado fuera Escocia. Lo único llamativo era que desde el día anterior las relaciones intercélticas y escocesas no dejaban de multiplicarse. De hecho, se acumulaban.

—Encontrará muchos vínculos con Escocia. Basta con pensar en el campeonato mundial de gaitas de mayo en Glasgow. En la Bretaña existen quince *bagadoù*, que es como llamamos a las bandas de músicos compuestas por gaitas, bombardas y percusión. El campeón bretón es, desde hace años, Quimper. Precisamente estas semanas están celebrando las pruebas regionales de clasificación. Y Riec fue la sede del concurso para el Cornualles francés. ¡Es decir, a finales de febrero, se celebró un gran acontecimiento intercéltico en Riec! ¡Este no es el primero! —Nolwenn aún no había acabado—. Y luego hay que pensar también en la gran cantidad de asociaciones

de amistad entre escoceses y bretones. Nuestro parlamento en Rennes ha firmado numerosos acuerdos de cooperación con todas las regiones, municipios y ciudades escocesas.

—Tordeux, el criador de ostras, es uno de los patrocinadores del festival, igual que ese constructor de mala fama, Pierre Delsard, que además tiene su segunda residencia en Port du Bélon. —Se apresuró a añadir Dupin aprovechando una pausa de Nolwenn. A él solo le interesaba una cosa: no hablar del siguiente campeonato mundial de gaitas.

—El festival tiene muchos patrocinadores, señor comisario.

—Me gustaría que Magalie Melen se encargase junto con otros compañeros de todas las actividades intercélticas entre Escocia y el Bélon. En particular, de aquellas en las que están implicados nuestros ostreros.

—Bien. Sí. Magalie es una excelente policía. Nos vendría muy bien un refuerzo como ella en Concarneau. —Aquel era el tono que Nolwenn empleaba cuando tramaba algo por su cuenta y, como quien no quiere la cosa, quería preparar a Dupin. El comisario lo conocía muy bien—. Por cierto, ¿conoce usted las muchas similitudes que existen entre la Bretaña y Escocia? ¡El reino de Escocia se fundó en el 843, y el primer gran reino bretón, en el 851! La brutal anexión de Inglaterra se produjo en 1603, y la de Francia, en 1532. La Bretaña tiene una población de cuatro millones y medio, y Escocia, de cinco millones cien mil. Pero sobre todo: nosotros, junto con todas las demás naciones celtas, compartimos la dura y a la vez hermosa fortuna de haber sido arrojados a la inmensidad del tempestuoso Atlántico. ¡Y eso, sin duda, es algo que marca! —Hasta entonces Dupin no había oído hablar a Nolwenn de forma tan favorable sobre otro país—. De todos modos, nuestro clima es mucho mejor y, claro, tenemos la Bretaña.

El comisario no supo qué responder a eso.

—Celtas. Todos somos celtas. Le llamaré en cuanto haya novedades, comisario. ¡Buen viaje! —Puso fin a la llamada.

En ese momento Dupin vio el indicador de la salida de Lorient, la sede del festival y también de la empresa de Paul Delsard.

Los celtas, los «listos», ese pueblo misterioso en torno al cual existen multitud de historias, fantasías y leyendas. Cualquier niño de la zona podía contar la historia de corrido. Cuando el famoso soberano celta Vercingétorix depuso las armas ante el César tras la derrota frente a los romanos, puso punto final al último reino celta del continente, el de los galos; excepto, claro, aquella pequeña aldea que con el tiempo se dio a conocer en el mundo entero. Solo en las islas continuaron existiendo los pueblos celtas. En la mayor de ellas, en los siglos V y VI después de Cristo, los britanos celtas fueron derrotados por los germanos bárbaros, los sajones y los anglos, que emplearon con ellos una enorme violencia. Entonces se retiraron al norte de Escocia e Irlanda; algunos grupos abandonaron la «gran Bretaña» y regresaron a la «pequeña Bretaña», el segundo asentamiento celta, que así se llama desde entonces, la Bretaña. De todos

modos, a Dupin le resultaba más impresionante el nombre celta, Armorica, que significa «la tierra junto al mar». Y allí sobrevivieron hasta nuestros días. En la actualidad los nombres celtas de sus antiguos refugios, situados en los rincones más extremos y agrestes de Europa noroccidental, suenan a poesía mítica, a nombres de territorios que muy bien podría haber inventado Tolkien: Éire, Ellan Vannin, Alba, Cymru, Kernow, Breizh.

En el siglo XVIII, según le habían contado a Dupin, se inició la recuperación del recuerdo de aquella fabulosa civilización antigua y su cultura, una de las grandes raíces de Europa que con demasiada frecuencia había sido olvidada, dejada de lado, sometida o incluso combatida con violencia. Los apasionados discursos de Le Ber o Nolwenn trataban precisamente de eso: de defensa, de reconocimiento, de importancia.

Al principio, a Dupin le había parecido curioso, pero ya no: quien quisiera comprender la Bretaña y a los bretones tenía que empezar por ahí.

Dupin se aproximaba a Rennes, la capital bretona. En ese instante tomó el anillo de circunvalación que llevaba a la parte norte de la ciudad; desde allí se iba a Saint-Malo y a Cancale. Después de dejar Lorient atrás, varios chaparrones intensos le habían obligado a reducir, a desgana, la velocidad. Se trataba de auténticas cascadas, otro tipo de lluvia bretona: era como si el mar hubiera sido aspirado y luego se desplomara de nuevo contra la tierra desde el cielo.

Tras hablar por teléfono con Labat, Dupin había intentado contactar de inmediato con Le Ber. Cada cinco minutos. Imposible. Cuando por fin lo había logrado, Le Ber acababa de llegar a Tobermory. La cobertura era pésima. En el estilo telegráfico que le era propio, Dupin le había indicado las prioridades. Le Ber iría primero a visitar a la esposa de Mackenzie y luego a su empresa.

Poco después había llamado al prefecto. Dupin no había respondido a aquella llamada. No habría conseguido más que volver a enfadarse. Resultó ser un acierto, porque al poco había llamado Claire. Había ido a desayunar al Amiral. Aquel día tenía varias cosas que hacer: contratar una línea de teléfono, empadronarse en el ayuntamiento, comprar muebles, ver tiendas en Quimper. La mudanza había empezado. Sin quererlo, Dupin no se había extendido mucho en la llamada.

La lluvia arreciaba con tal fuerza sobre el coche que estuvo a punto de no oír el siguiente soniquete sintético de su móvil.

Magalie Melen.

De hecho Dupin quería hablar con ella. A esas alturas tenía que haber información más precisa del equipo de expertos forenses.

—Melen, ¿qué...?

Ella le interrumpió.

—¡Acaba de llegar una furgoneta repleta de gente! ¡Están en Port du Bélon! Una

comisión especial de Lorient está registrando ahora la casa de vacaciones de Delsard. La orden de registro abarca también la empresa, la casa particular y la de vacaciones.

Una acción de amplio alcance. Estaban dispuestos a ir a fondo.

—La casa junto a la de Tordeux —murmuró Dupin.

—¿Deberíamos hacer alguna cosa?

A Dupin le hubiera gustado decir que sí, pero no tenía ningún sentido. ¿Qué iban a hacer?

—Desde luego últimamente en ese lugar tan pequeño hay mucho movimiento —comentó.

—No veo ninguna relación entre el suceso de ayer, todo el tema del robo de arena y nuestro caso —comentó Melen, totalmente concentrada—. ¿Y usted, comisario?

Dupin tampoco la veía y lo habría formulado con aquel mismo rigor.

—El problema es que ninguno de nuestros planteamientos nos permite obtener una historia sólida con la que explicar lo ocurrido —dijo con tono pensativo.

—Por cierto, los intentos por seguir la pista a la mujer del autobús desde la playa de Kerfany no han surtido ningún efecto. Hemos hablado con todos los pasajeros. Ese asunto empieza a complicarse.

Aquel cambio de tema había sido muy brusco. Pero Melen tenía razón, no merecía la pena dar vueltas al estúpido robo de arena. Por él, la comisión especial podía investigar a quien quisiera y lo que les viniera en gana.

—Insista en eso. A veces hay que forzar un poco la suerte, acorralarla. ¿Qué hay del incendio? ¿Los expertos tienen algo más que decir?

—Han sacado el trozo en cuestión de la pared de madera y lo están examinando en el laboratorio. Todo apunta a lo dicho: más probabilidades de que se originara en el exterior que en el interior, aunque, de todas formas, en el lugar del siniestro no han hallado ningún agente acelerador.

—Así pues, fue provocado.

—Aún no se ha demostrado de forma concluyente.

Muchas cosas dependían de aquella cuestión. En función del resultado, se abrirían escenarios de investigación muy distintos.

—Tenemos que saberlo. Sin asomo de duda. Vuelva a llamar, presione.

Tenían que avanzar de algún modo.

—Lo haré. Tenemos otra información: seguramente su inspector ya le habrá mencionado una posible relación entre Cueff y Tordeux. Existe otro contacto posible entre Cueff y alguien de Port du Bélon: a principios de marzo tuvo lugar un gran encuentro de abridores de ostras en el que también se celebró un concurso. ¿Y sabe usted quién participó? La señora Premel. Durante dos días. Debe de ser una afición.

Dupin se acordó de cuando era niño, cuando iba a restaurantes de París y tenía que pasarse largas horas sentado con la familia; de aperitivo siempre había ostras (¿tal vez por eso no comía?); odiaba tener que estar ahí quieto y detestaba las ostras. A su madre, en cambio, le encantaban. Él se pasaba el rato observando a los abridores

de ostras, los *ecalliers*, una profesión muy apreciada en la cocina. Era posible, por lo tanto, que Cueff y la señora Premel se conocieran. Interesante.

—La propia señora Premel me habló de ese encuentro. Pero me dijo que no conoció a ningún señor Cueff. O que, al menos, no lo recordaba. De todos modos, eso no significa nada. Pruebe entre los organizadores. Tal vez por ahí averigüemos alguna cosa.

—También hemos empezado a investigar las actividades intercélticas de Port du Bélon. Y hemos recibido una llamada de las autoridades: la infección de las ostras ha llegado al Étel.

El Étel era uno de esos fabulosos fiordos de la costa sur con forma de pequeño golfo y una docena de pequeñas islas, muy parecido al golfo de Morbihan, aunque de menor tamaño. No estaba muy lejos del Bélon.

—Existe aún un punto de control entre el Bélon y el Étel. Los criadores ya han sido informados —dijo Melen, impasible—. De todos modos, siguen inmutables.

De nuevo, Dupin estaba más inquieto que el resto. De hecho, cuando se trataba de acontecimientos o catástrofes naturales, los bretones eran, en principio, muy tranquilos. Sabían que la naturaleza era más poderosa que ellos, que ocurriría lo que ella quisiera. Eso no quería decir que los bretones se conformaran con su destino, en absoluto; evidentemente hacían cuanto estaba en su mano para protegerse, pero sin perder el control ni volverse locos. En aquellas tierras, una gran tormenta solo conseguía que la gente se encogiese de hombros.

—Hasta pronto, comisario. —Melen estaba a punto de colgar.

—Una cosa. —Dupin vaciló, aunque luego habló con determinación—. Pase de forma regular por la casa de Delsard y pregúntele a algún compañero cómo va todo, si han encontrado algo interesante.

—De acuerdo. —Magalie Melen esperó por si surgía alguna otra cosa. Finalmente se despidió hasta la próxima y colgó.

Apenas un cuarto de hora más tarde, se encendió la luz del piloto del depósito de combustible. En principio, si se lo podía permitir, Dupin no solía hacer mucho caso de esas cosas. Sin embargo, a la velocidad a la que conducía, aquella actitud no era aconsejable. Si continuaba lloviendo de forma tan copiosa, no resultaría agradable tener que salir del coche.

La gasolinera se encontraba poco antes de la salida. Dupin la conocía, igual que todas y cada una de las que había en las carreteras de cuatro carriles de la Bretaña (en realidad, lo que mejor sabía era si tenían el café bueno. Por desgracia, aquella era de las que sí).

Puso el intermitente y salió de la carretera.

Medio minuto más tarde estaba colocando la manguera del combustible en el depósito del coche. El estrecho tejadillo que cubría el poste era ridículo. En pocos segundos, tenía el pelo y los pantalones empapados; el agua le resbalaba por la cara, le atravesaba los vaqueros y le calaba los zapatos; solo la chaqueta lograba resistir a

la lluvia. La manilla de bloqueo de la manguera estaba estropeada, algo que Dupin odiaba. Tuvo que esperar de pie junto al coche.

La lluvia caía con tanto ruido que estuvo a punto de pasar por alto el timbre del móvil en el bolsillo. Un número desconocido. También odiaba eso.

Descolgó de todos modos. En ese momento cualquier cosa podía ser importante. Se apretó el teléfono contra la oreja tanto como le fue posible.

—¿Sí?

—Al mediodía —dijo una voz, y Dupin reconoció al punto la dicción arrogante— me presentaré ante la prensa. ¡Los avances son realmente espectaculares, mi querido comisario!

Guenneugues. El prefecto. Era pérfido, y últimamente ya lo había hecho en varias ocasiones, esto es, llamarle desde un número no identificado. En fin, daba igual. Lo importante —y eso Dupin lo sabía por experiencia— era mostrarse muy precavido cuando el prefecto se dirigía a él como «querido comisario».

—¿Avances espectaculares, dice?

—Ya está todo aclarado. ¡Estoy muy satisfecho!

—¿Qué es exactamente lo que está aclarado, prefecto?

—El caso. Los misteriosos acontecimientos de los últimos días.

—¿Cómo?

—Los dos asesinatos cuyas investigaciones hasta ahora no llevaban a ninguna parte. Ahora ya sabemos de qué se trata y quién está implicado.

Dupin inspiró hondo varias veces mientras sentía cómo se le metía el agua en la boca. Su situación psíquica era crítica y se esforzó por no perder la calma.

—Querido comisario, ¿sigue usted ahí?

Ya había llenado el depósito; Dupin había colgado la manguera de forma mecánica y atravesó un charco aceitoso para dirigirse a la caseta de la gasolinera.

—¿Por qué deberían estar involucrados un criador de ostras escocés y su trabajador a tiempo parcial en el robo de arena de una constructora francesa? ¿Y hasta el punto de que uno asesinara al otro y luego fuera a su vez asesinado? ¿Y ese incendio que, según la científica, seguramente fue intencionado? La verdad es que no encuentro ni la menor relación entre esos acontecimientos.

—Esa, querido comisario —el prefecto había decidido que nada ni nadie le sacaría de sus casillas ni le haría cambiar de opinión—, es precisamente su tarea. Seguro que encontrará la relación. A fin de cuentas, hemos resuelto todos los casos, ¿no? ¡Estoy completamente convencido de que el asunto gira en torno al robo de arena! En algún lugar se esconde la relación entre los casos; solo hay que encontrarla. El inspector Labat no alberga ninguna duda al respecto. A él, sabe usted, le debemos mucho en este caso.

Todo aquello era una infamia.

El día anterior, el prefecto se había mostrado completamente dispuesto a suspender a Labat, sin contemplaciones. Dupin había salvado el pellejo a Labat y,

para ello, le había insinuado al prefecto la posibilidad de dar un golpe maestro dirigiendo la atención hacia unos robos de arena que, en aquel momento, eran del todo improbables. Una estratagema de urgencia. Una mentira. ¡Qué idiota había sido! No podría perdonarse jamás aquella estupidez.

—¿Quiere que construya una relación entre los acontecimientos? ¿Que encuentre el supuesto vínculo que lo relaciona todo con el robo de arena y Pierre Delsard?

Sí, eso era justo lo que quería el prefecto.

Dupin, en la tienda, guardaba la máxima distancia posible de la caja, aunque en ese momento era el único cliente. La cajera ya le había lanzado una mirada algo escéptica. Intentaba hablar en voz baja, aunque no acabó de conseguirlo.

—¿Aunque no haya indicios de tal cosa? Esto...

—¿Que no hay indicios? A ver, ¿ese Tordeux es o no es amigo del tal Delsard? ¿Hacen negocios juntos o no? ¡Por supuesto que el incendio no fue accidental! Eso lo ve cualquier novato. O los dos se pelearon o el criador de ostras quiso destruir documentos comprometedores. Es evidente.

—Eso es pura especulación. ¿Y cómo...?

—Querido comisario —el tono cortante indicaba que el prefecto estaba dispuesto al ataque, aunque reprimiera las ganas de enzarzarse en una discusión—, cuando la cabeza pica y se ven liendres es poco probable que además haya pulgas. ¿Sabe lo pequeño que es Port du Bélon? Apenas un par de casas dispersas por el bosque. No puede suponer que precisamente allí se produzcan varios delitos de forma simultánea y que no guarden relación entre ellos.

Otra vez. Una comparación absurda y un argumento igual de absurdo.

El prefecto, sin embargo, aún no había terminado.

—Además, las playas de Trenez y de Kerfany-les-Pins se encuentran muy cerca la una de la otra. ¡Y las dos son verdaderos escenarios del delito! Puede que el escocés viera algo que no debería haber visto. Ese tipo de cosas, lamentablemente, ocurren. ¡Estaba en el sitio equivocado, en el momento equivocado! No sería la primera vez. Y, si no lo he entendido mal, en el caso de esa muerte, de momento hablamos de simples indicios; no tenemos ni un solo testigo. Eso sí son especulaciones.

—¿Y qué hay de Smith, el trabajador? Él...

—¿Acaso ahora mi trabajo consiste en investigar? Lo dicho, comisario. Tiene usted una misión. Es su investigación. Quiero que encuentre un vínculo. Y lo quiero ya. La prensa ya me está acosando. Al mediodía informaré de que estamos a punto de asestar un golpe decisivo a unos delincuentes detestables y sin escrúpulos que destruyen la costa bretona y que no dudan en matar si es preciso. Diré que pronto les daremos noticias de toda la historia. Espero...

Dupin hizo lo que debería haber hecho hacía rato: pulsar el botón rojo del móvil.

Luego respiró profundamente. Varias veces.

Se pasó la mano por el pelo mojado repetidamente. Necesitaban encontrar la

historia que había detrás de todo aquello. ¡Lo más pronto posible!

Pagó y volvió al coche bajo aquella lluvia intensa. Subió y esperó un momento. Tenía que controlar su ira. «Nunca luches si estás furioso». Recordó esa frase del Zorro, uno de sus héroes infantiles (junto con Tintín y Milú, el pequeño Nicolás, Astérix, Marsupilami...). ¡Qué tremendamente difícil le resultaba en ese preciso momento!

No era buena idea que justo entonces Melen pasara por la casa de Delsard para preguntar a sus compañeros. Cuanto menor fuera su contacto con aquel asunto, mejor.

Tras arrancar el motor, la llamó. Melen contestó al momento.

—Melen, no ...

—¡Tordeux! —Ella hablaba con voz agitada—. ¡Matthieu Tordeux ha sufrido un grave accidente de tráfico! No se sabe si va a sobrevivir. No tiene buena pinta. Se dice que...

—¿Cómo?

Aquello no podía ser cierto. Dupin se sintió como si acabara de alcanzarle un rayo.

—Lo están trasladando al hospital de Lorient. —La joven policía iba recuperando el control poco a poco—. Su estado es crítico. Como usted comunicaba, yo...

—¿Qué ha pasado?

Aquello era tremendo.

—Ha chocado de frente contra un árbol, justo en el tramo de detrás de Port du Bélon en dirección a Riec. En ese punto en que mucha gente circula demasiado rápido.

—¿Por qué? ¿Por qué diablos se ha estampado contra un árbol?

—Aún no lo sabemos. El coche está completamente destrozado: es un Citroën Jumper antiguo, en versión furgoneta, muy habitual en la zona.

—No puede ser un accidente. Imposible.

Dupin estaba consternado. ¿Qué estaba ocurriendo en aquel lugar tan idílico?

—Tenemos que averiguar de inmediato qué ha pasado: ayer un incendio, hoy un accidente, ¿qué probabilidades hay de que ocurran esas cosas? No puede ser un accidente, es... —Dupin se interrumpió.

—Aunque el accidente haya sido provocado, va a ser difícil, en estas circunstancias, encontrar pruebas que lo confirmen. Alguien podría haber sacado a Tordeux de la carretera usando otro vehículo, por ejemplo. Pero eso no se va a ver en el coche. Alguien debería haberlo presenciado por casualidad.

—Tal vez nos lo cuente Tordeux. Cuando esté en disposición de hacerlo.

Dupin volvía a circular por la carretera de cuatro carriles; de forma imprudente, había aminorado de ciento cincuenta a cuarenta kilómetros por hora y, en el último momento, había tomado una salida para poder dar la vuelta.

—De momento está inconsciente.

Dupin guardó silencio.

—Comisario, ¿está usted ahí?

—Mierda.

Si se trataba de un acto intencionado, era la tercera tentativa de asesinato, por parte de un número desconocido de asesinos. El caso crecía y crecía, y se agravaba por momentos.

—¿Quién ha encontrado a Tordeux?

—La señora Premel.

—¿Premel? ¿Qué hacía ahí?

—Dice que se dirigía a Riec, al parecer igual que Tordeux poco antes. Ha visto el coche accidentado a la derecha, estampado contra un árbol, y ha llamado a la policía.

—¿Dónde estaba ella antes de salir para Riec?

—Se lo preguntaremos enseguida.

—¿Y qué hay del resto de los miembros de ese bello mundo de las ostras? Compruebe de inmediato quién estaba dónde.

—Ahora mismo.

—Y empiece a registrar la casa de Tordeux. También la primera planta de la casita junto al Bélon. Que vayan expertos para analizar los ordenadores y los datos. Que miren todos los correos, documentos, todas las bases de datos, los programas de contabilidad, la documentación comercial. ¡Lo que sea! ¡Y que empiecen por los últimos meses!

—Entendido, comisario.

Ya tenían acceso a todo; la sospecha de asesinato era suficiente.

Dupin reflexionó.

—Concéntrense sobre todo en los negocios relacionados con las ostras y comprueben si se aprecian incongruencias. —Tenían que detectar indicios de negocios turbios rápidamente; esa podía ser la clave de la solución de todo aquel caso—. Y, por supuesto, busquen los nombres de Mackenzie y Smith. Eso es todo por ahora, Melen. Estoy de camino.

De vuelta a Port du Bélon. Cancalle tendría que esperar.

—Nolwenn, que vaya Brioc L'Helgoualc'h al lugar del accidente. —A Dupin le acababa de venir el nombre a la cabeza, aunque seguramente lo había pronunciado mal—. Esa especie de indio de los montes de Arrée. Que salga de inmediato. Quiero que lo revise todo: el coche, el entorno. A su manera. Si alguien pregunta, es por orden estrictamente mía.

—Muy buena idea, comisario. Sobre todo teniendo en cuenta que no puede contar con Labat. El prefecto lo acaba de destinar de forma exclusiva a la «gran acción» de la arena. Ha llamado hace unos minutos. Quería...

—¿Qué dice que ha hecho?

—Quiere que demos la máxima prioridad a eso. —Por el tono de Nolwenn, se

estaba limitando a informar de lo ocurrido y dejaba muy claro lo que le parecía la decisión de Guenneugues—. Él ha...

—Necesitamos a Labat.

—Según el prefecto, debe concentrarse en buscar actividades comerciales comunes entre Tordeux y Delsard.

Inspirar. Tenía que inspirar. Tomar aire profundamente. Inspirar, expirar. Dupin casi podía oír las palabras del doctor Pelliet. Como uno de esos mantras para relajarse: «La respiración es una de las mejores técnicas para el control de la ira; reduce al momento los ácidos del estómago».

—El prefecto quería habérselo comunicado también, pero estaba muy molesto. Ha dicho que usted le ha colgado y que algún día una cosa así puede tener graves consecuencias disciplinarias. —El tono de Nolwenn seguía siendo muy seco—. Además, debo comunicarle que no cree que se trate de un accidente y que para él este acto intencionado es una reacción inmediata a la orden de registro que ha dictado para la casa de Delsard. En su opinión, este suceso es la confirmación definitiva de que el núcleo del caso reside en el robo de arena. Hasta aquí lo que me ha ordenado comunicarle.

A Dupin se le había acelerado el pulso peligrosamente.

—Desde luego las coincidencias son extraordinarias. —Nolwenn hablaba como para sí—. Pero eso no significa nada. El atentado contra Tordeux también puede responder a la lógica de cualquier otra historia. ¡La historia que usted está investigando! O puede que solo tenga que ver con la de los robos de arena de Delsard y que no guarde relación con su caso. Podría tratarse de dos casos independientes.

En ese momento, Dupin no supo decir si Nolwenn intentaba convencerlo, de un modo muy sutil, de la posibilidad de que existiera una relación.

Como él no dijo nada, la secretaria prosiguió:

—Acaba de llamar Le Ber. Ha sido antes de la... noticia sobre Tordeux. Hay novedades: han localizado al copropietario del Oyster Heaven de Glasgow; al parecer tiene varios domicilios. No tiene ni la más remota idea de por qué vino Mackenzie de pronto a la Bretaña. En un par de ocasiones, le había comentado que conocía a un criador de ostras bretón, posiblemente Cueff, pero no le había dicho nada sobre un viaje a la Bretaña. También puede ser que el propietario mienta. Hasta ahora, el bar solo compraba las ostras a la empresa de Mackenzie. Por la información de que dispone la policía escocesa sobre él, actualmente no puede considerarse sospechoso.

—Hum... —Por lo tanto a ellos, a mil quinientos kilómetros de distancia, no les quedaba más remedio que hacer lo mismo, se dijo Dupin.

—Le Ber ha hablado también con la esposa de Mackenzie —siguió informando Nolwenn—. Todo lo que le ha dicho a él se corresponde exactamente con lo que le contó a la policía escocesa. Solo hay una cosa que no concuerda: ahora dice que tal vez es posible que su marido se comportara de forma algo extraña en los últimos tiempos. Al parecer, salió un par de noches, algo que no solía hacer, con la excusa de

que necesitaba un poco de movimiento. Y en el trabajo a veces se ausentaba mucho rato para hablar por teléfono. Ella dice que había algo que le preocupaba.

—¿Desde cuándo? ¿Cuándo empezó todo eso? ¿Se lo ha preguntado Le Ber?

—Dice que hace un par de semanas aproximadamente.

Dupin tomó su libreta con una mano y la hojeó apoyándosela en el muslo derecho mientras sujetaba el volante con la otra. Encontró rápidamente lo que buscaba: «Mar. 16.3.: primera llamada de S. a M.». Eso había ocurrido hacía dos semanas.

Aquello podía volver a poner bajo el foco una de sus teorías: que todo había empezado con una llamada de Smith a Mackenzie.

—¿Alguna otra cosa?

—No. Solo me queda decirle que Le Ber la cree. Que Jane Mackenzie de verdad no sabe nada. Es lo que le dice la intuición.

Eso era importante: Le Ber tenía buen olfato para esas cosas.

—Ahora ya debe de estar con la directora de la casa de mar. Le llamará pronto.

—Bien.

—He destinado a un par de agentes para que Magalie Melen y Erwann Braz puedan delegar alguno de sus encargos.

—Gracias.

Aquello era fundamental, sobre todo cuando ninguno de sus inspectores estaba disponible.

—E informaré también a la policía de Cancale de que no va a ir. ¿Qué piensa hacer con Cueff?

Buena pregunta. Dupin aún no lo había pensado. De hecho, aquella conversación era apremiante. Por otra parte, quería examinar con sus propios ojos el lugar del suceso y analizarlo por su cuenta.

Dupin vaciló.

—Que vaya a Port du Bélon. Hablaré con él allí.

Naturalmente, no era la mejor solución, pero tenía la sensación de que era importante estar cerca. La historia aún no había acabado y ahí se encontraba el núcleo.

—Yo me encargo, señor comisario. Le llamaré; hace un rato he hablado con él para acordar el lugar de encuentro preciso. Le enviaré la dirección. Estoy segura de que querrá colaborar con las investigaciones de la policía. Puede incluso que prefiera no verle aparecer a usted en su empresa.

—¿Le ha llamado al teléfono fijo?

—Sí. —Ella comprendió al instante—. Hace una hora y media estaba con toda seguridad en Cancale.

—Gracias, Nolwenn.

—Hasta luego, comisario. Seguro que pronto volvemos a hablar.

Nolwenn colgó.

Había sido un viaje muy confuso. El humor de Dupin había pasado por la rabia, la desazón, la inquietud y la energía contenida; y todas esas emociones le habían hecho pisar a fondo el acelerador. Había llamado cada cinco minutos a Magalie Melen para preguntar si había novedades. Ella le había respondido siempre con una tranquilidad sorprendente.

Hasta entonces no habían encontrado ningún testigo del accidente. Lo único que sabían era que Tordeux iba de camino a su almacén de Riec —donde se preparaban y enviaban los encargos—, como cada mañana. Todas las mañanas, a la misma hora. Las nueve y media. Todo el mundo en Port du Bélon conocía aquel hábito.

Hacía rato que había llegado al lugar del accidente el forense estrella en persona acompañado de todo su equipo; aún no habían encontrado nada llamativo en el coche: ni manipulación ni ninguna «intervención de terceros» ni disparos ni piedras, nada. Salou sostenía por el momento que la hipótesis de que se tratara de un «accidente» era «muy poco probable».

Tordeux había resultado herido justo detrás de una curva algo peligrosa; era fácil deducir que circulando por allí a gran velocidad, cualquier distracción repentina, un animal, por ejemplo, le habría hecho perder el control del vehículo. El lugar del accidente estaba a apenas un kilómetro en línea recta de Port du Bélon.

Los médicos del hospital decían que el estado de Tordeux seguía siendo crítico, de extrema gravedad. Hasta entonces no habían conseguido estabilizarlo y aún no había recobrado el conocimiento; tenía la cadera destrozada, igual que la pierna derecha; había sufrido también cortes profundos, pero lo más grave eran las heridas internas. No habían encontrado ninguna razón médica, como un infarto, que pudiera haber desencadenado el accidente. Evidentemente, el médico a cargo del caso no quería comprometerse de forma definitiva.

Poco antes de llegar, Magalie Melen ya le había proporcionado una primera idea de dónde se encontraban los habitantes de Port du Bélon a la hora del accidente. Todos los interrogados tenían coartadas plausibles, aunque la mayoría eran difíciles de comprobar. Por otra parte, si alguien había manipulado el coche para provocar un accidente, no lo habría hecho esa misma mañana, sino, tal vez, la noche anterior. Habían constatado además que aquel había sido el primer desplazamiento del día de Tordeux.

Dupin aparcó el Citroën a unos cientos de metros del lugar del siniestro, en un margen de hierba que había junto a la carretera, lejos de la zona bloqueada a causa del accidente.

El coche de Tordeux tenía un aspecto terrible.

Resultaba difícil imaginar que alguien pudiera haber salido vivo de aquel amasijo de metal. Para Dupin la visión de un accidente era de las cosas que más difíciles resultaban. Se observaban la brutalidad física de las fuerzas que intervenían, la velocidad, la masa, el acero extrañamente deformado o roto, y la perfecta indefensión y fragilidad del cuerpo humano cuando el destino decidía que la chapa o el bastidor

estallaran de forma desafortunada, y cortaran y partieran en dos cuanto hubiera en su interior.

El comisario se detuvo unos metros antes de llegar al coche; era suficiente. Además, tampoco se veía capaz de soportar una conversación con Salou. Apenas dos horas después del accidente, además, el hedor ya era tremendo. Olía a goma y a plástico quemados, a pintura chamuscada y a acero deslizándose por el asfalto. Un hedor intenso y agresivo.

En torno al coche había muchas personas. Y, algo más lejos, varios coches patrulla.

Magalie Melen había visto a Dupin y se le acercó.

—¿Alguna novedad por aquí? —El tono del comisario fue algo desabrido.

—No. La prensa quiere hablar con usted, comisario. Han aparecido muy pronto; tenían noticias del registro de la casa de Delsard y ya estaban en Port du Bélon. Los he echado de aquí. El prefecto ha anunciado una rueda de prensa al mediodía. Él...

—Lo sé. ¿Dónde está L'Helgoualc'h?

Dupin no estaba dispuesto a ocuparse de esas cosas: ni de la prensa ni de quién pensaría, diría, recomendaría o fomentaría qué, cómo, cuándo y dónde. Se limitaría a seguir su instinto, su olfato.

—Ha llegado hace media hora y ha desaparecido en el bosque.

—¿En el bosque?

Dupin echó un vistazo alrededor de manera automática.

—Sí. Ha mirado el coche un momento y luego se ha adentrado en el bosque.

En ese tramo, la carretera atravesaba el típico bosquecillo bretón de maleza.

—Bien. Iré al pueblo y hablaré con algunas personas. Primero de todo con la señora Premel.

Melen asintió.

Hacía rato que Salou había visto a Dupin, pero le había dado la espalda ostensiblemente: el superprofesional no deseaba que le molestaran. El comisario le concedió esa gracia.

—Han llamado los forenses del incendio. Confirman las sospechas. Ya están seguros de que el incendio fue provocado desde el exterior. Alguien prendió el fuego. Y no fue, desde luego, Tordeux. Ocurrió en la pared posterior, en la parte inferior, en el punto en que sobresalen las planchas de madera porque no tocan el suelo. No han constatado la presencia de ningún agente acelerador. Sin embargo —aquella joven policía informaba de forma rutinaria, como si lo hubiera hecho miles de veces—, en una pared de madera basta con colocar un pequeño haz de leña encendido debajo.

Así pues, se confirmaba lo que habían pensado hasta entonces. Que había sido un acto intencionado, posiblemente igual que el que les ocupaba en ese momento; alguien la había tomado con Tordeux. Era bueno no tener que trabajar con meras hipótesis.

—Un grupo de compañeros de Quimper está registrando ahora mismo la casa de

Tordeux, y también la casita del parque de ostras. Están analizando datos.

—Perfecto. Quiero estar informado de todo.

Durante un momento, ambos permanecieron en silencio.

—En cuanto a las actividades intercélticas de la zona —Melen abordó el siguiente punto—, como ha dicho Nolwenn, hay muchísimas y no se limitan a las reuniones para preparar el festival de Lorient. Hemos descubierto que en Riec hay un escocés, propietario de una pescadería excelente, que organiza viajes a Escocia de forma regular. Suelen ir entre siete y ocho personas, normalmente las mismas, pero nadie de Port du Bélon. Y no hay conexiones claras con Mackenzie o Smith y tampoco con su entorno. En cuanto a la asociación drúidica, ya sabe que son catorce personas de Riec y la señora Premel, de Port du Bélon. Ellos también viajan a Escocia con frecuencia.

—Excelente. —Dupin estaba cada vez más convencido de que aquella pista era falsa, pero lo anotaba todo por si acaso. En esa fase no podían excluir nada.

—Tengo que informarle también de algo de parte de Labat. Ha aclarado dos cosas que quería usted saber. —Buenas noticias. Dupin no contaba con eso—. Tras la catástrofe del año 2008, nadie de Port du Bélon compró cepas de ostras planas en el norte de Escocia. Solo en Noruega. Lo segundo: se ha ocupado del sistema de vigilancia e información de la calidad de las aguas marinas. Hay varios institutos, es un sistema algo complejo, pero considera muy poco probable que alguien, ni siquiera con sobornos, pudiera obtener información de antemano y de forma exclusiva. Todas esas instituciones publican sus resultados de forma inmediata e independiente.

Otro callejón sin salida.

—Gracias. Hasta pronto, Melen.

Dupin se dio la vuelta para dirigirse hacia el coche.

—¡Vengan aquí, miren esto!

El comisario se sobresaltó. Aquella voz grave y hosca provenía de un lado del bosque. Se puso en guardia. También Magalie Melen se volvió, alarmada.

Al instante, salió un hombre de la espesura.

Dupin lo reconoció al momento: Brioc L'Helgoualc'h. Con su expresión malhumorada habitual.

—Sígueme.

Sin esperar una reacción por parte de Dupin o de Melen, volvió a adentrarse en el bosque. Melen miró inquisitivamente a Dupin y, después de que este asintiera, siguieron a L'Helgoualc'h. No era fácil entrar en la maleza sin lastimarse la piel.

L'Helgoualc'h, en su elemento, se movía de forma sigilosa entre los árboles, como alguien muy habituado a caminar por el bosque; giró de repente hacia la izquierda y se detuvo, sin más, al cabo de unos metros.

Al principio ni Dupin ni Melen repararon en nada; fue al seguir la vista del policía cuando distinguieron un pequeño sendero que atravesaba el bosque; estaba poco hollado, pero resultaba reconocible.

L'Helgoualc'h se puso en cuclillas.

—Ha pasado alguien por aquí después del último chubasco. Son huellas recientes, pero no he podido encontrar una completa en ningún sitio.

Melen y Dupin también se pusieron en cuclillas. L'Helgoualc'h señaló con el dedo un punto concreto. Ellos no veían nada. Casi nada. Solo tierra del bosque. Pequeñas plantas, hojas oscuras, tierra en descomposición.

—Está claro.

L'Helgoualc'h se incorporó y siguió el sendero. Al cabo de unos pasos, salieron del bosque. Se encontraban en la franja de hierba que separaba la carretera del bosque bretón. Justo en la curva pronunciada, a unos veinte metros del lugar del accidente. Melen y Dupin se quedaron quietos detrás de L'Helgoualc'h.

Este, sin pronunciar palabra, se dio la vuelta y regresó al bosque. De nuevo, Dupin y Melen lo siguieron. L'Helgoualc'h se detuvo. Miró y volvió a agacharse.

—¿Qué significa todo esto? —Dupin sentía una inquietud creciente.

—Mire. —De nuevo señaló un punto con el dedo.

Melen y Dupin se pusieron otra vez en cuclillas.

Y en efecto: ¡al fin la veían! Una huella. Dos, en realidad, muy cerca la una de la otra, claras, aunque solo se apreciaban dos tercios de las mismas. No había perfil de suela. La pisada se hundía algo más en la tierra por la punta, se apreciaba por las plantas aplastadas, y con más fuerza en el pie derecho que en el izquierdo.

Magalie Melen habló con prudencia, si bien la conclusión era bastante clara.

—¿Le parece que alguien podría haber estado esperando aquí de pie a que Tordeux estuviera suficientemente cerca para saltar de repente de entre la maleza y asustarlo?

—Yo solo digo que aquí ha estado alguien de pie y que luego se ha marchado corriendo y tomando cierto impulso.

Se produjo un largo silencio.

—Tordeux —Melen prosiguió con su especulación— podría haberlo esquivado. Giró el volante, perdió el control y fue a parar contra un árbol. El modo más simple de provocar un accidente. —La joven policía salió a la zona despejada, miró a la izquierda y volvió—. Antes, desde aquí el autor podía controlar la carretera sin más.

El escenario de Melen era plausible. Por completo. Podría haber ocurrido así. Pero, naturalmente, todo era pura especulación, basada en la interpretación de tres cuartos de una pisada.

—Eso no basta para ningún juez ni fiscal. Debemos encontrar más pruebas —gruñó L'Helgoualc'h—. Miraré un poco más.

Dupin y Melen se quedaron mirándolo.

—¿Adónde lleva el camino? —Por algún motivo, Dupin habló con voz queda.

—Supongo que es una senda de cazadores. Hay muchas por aquí. Esta lleva directamente a Port du Bélon.

Dupin ya se lo había imaginado.

—Me gustaría...

El timbre monótono de su móvil sonó con una potencia extrañamente fuerte en el bosque.

Se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones.

Le Ber.

—¿Diga?

—Jefe, no se lo va a creer. Es de locos, no tengo ni idea de qué...

—¡Le Ber!

—Tal como me ha dicho, he ido a la casa de mar y lo he revisado todo, también los objetos personales de Smith. Realmente no es gran cosa; el hombre no tenía mucho. —La tendencia de Le Ber a contarlo todo como si de un cuento se tratara se acentuaba cuando su excitación iba en aumento—. Tenía un puñado de fotografías antiguas de personas de las que hasta el momento no tenemos noticias, algunas escritas, todo metido en una pequeña caja de madera labrada; tenía además dos cañas de pescar, unos modelos muy antiguos, tres jerséis, dos...

—Le Ber, ¿qué ha descubierto? —Era evidente que el inspector iba a contar algo importante.

—Una edición antigua de *Bajamar*, de Robert Louis Stevenson; dos novelas policíacas y una edición de la revista *Piping Today* del 16 de marzo de este año.

—¡Le Ber, vaya al grano!

—¿Conoce *Piping Today*? Es una revista muy importante, de edición bimensual. Trata de gaitas y todo lo relacionado con ellas: cultura e historia de la gaita, música, técnicas, los personajes inmortales más destacados.

—¡Le Ber!

—*Piping Today* es además la revista oficial de los campeonatos mundiales de gaita. Todos los años informa de modo exhaustivo sobre las competiciones. También este año. En la edición que le digo hay un especial sobre las pruebas de clasificación regionales. —Le Ber estaba como electrizado—. Y, claro, mencionan también a la Bretaña. Hablan sobre las dos jornadas de Riec, celebradas a finales de febrero, con muchas fotografías. —Se interrumpió un momento—. En realidad, se trata de cinco fotografías, tomadas entre los días 27 y 28 de febrero. En una de las instantáneas se ve a Kolenc y a Tordeux tocando en la *bagad* de Riec.

—¿Cómo dice?

Dupin se había quedado inmóvil. Aquello era increíble.

—La banda en sí no participó en la competición de clasificación, pero sí en el programa marco. Tocaron durante la marcha de inauguración que recorrió el pueblo. Es una *bagad* de Riec y de alrededores, que no es nada mala, de hecho...

—¡Las fotografías, Le Ber, las fotografías!

—Al fondo se ve a la señora Bandol y a la hija de Kolenc. En otra fotografía, a la señora Premel con su familia en la acera, entre el público. Kolenc está tocando una gaita, y Tordeux, una bombardá. Ambos desfilan con el grueso de la banda. Tengo delante la fotografía.

—¿Y dice usted que se ve a Kolenc, Premel y Tordeux así como a la señora Bandol en un concurso musical de Riec? —Dupin seguía absolutamente paralizado—. ¿En una revista sobre gaitas que se encontraba entre las escasas pertenencias de Smith en el norte de Escocia? —Aquello superaba cualquier otra rareza—. ¿Una fotografía que es muy probable que Smith viera? Es de locos.

—En realidad, no, jefe. Cualquier persona que se interese por las gaitas lee esta revista, lo que significa, prácticamente, toda Escocia. El ejemplar es de la hospedería. Están abonados a varias revistas y periódicos, que tienen en la sala común. Acabo de echar un vistazo por ahí. La mayoría gira en torno a la pesca, los barcos y la música escocesa, es decir, en torno a la gaita. Los residentes pueden llevarse la revista a la habitación durante un día y una noche.

—¿De qué habla el artículo? ¿Menciona a alguna de esas personas?

—Para nada. Se trata de un simple artículo sobre la competición, donde dicen que Quimper parte como favorita. Hay también un artículo turístico de mayor extensión, sobre el paisaje y las gentes. Luego, otro sobre ostras, las famosas b el on. Pero es todo muy general, no se menciona ninguna empresa en concreto.

Esa revista, las fotografías que había visto Smith: tal vez fueran la causa última de todo lo ocurrido. La conclusión solo podía ser una: al ver las fotografías, Smith había reconocido a una o varias personas que ya conocía. Eso tenía que haberlo desencadenado todo. Toda aquella serie de acontecimientos fatales, la cadena de sucesos.

La revista era del 16 de marzo. La primera llamada de Smith a Mackenzie se había producido justo ese día. Smith lo había visto y había llamado de inmediato a Mackenzie. Aunque no tenían ni idea de por qué. En cualquier caso, era evidente que se trataba de la primera conexión directa e irrefutable entre los dos escoceses y los habitantes de Port du B el on.

La mente de Dupin iba a toda velocidad. Eso era lo que necesitaban. Algo así.  Hab a una historia coherente, eso estaba claro! Y no tenía nada que ver con robos de arena ni con un contratista de dudosa honradez.

—¿De verdad que no hay nada relevante en el artículo? —Dupin se apresuró a añadir, por seguridad—: Quiero decir, sin contar las competiciones de clasificación y las gaitas.

—No creo. En cuanto pueda, lo escaneo y se lo envío. La resolución de la cámara de mi móvil no es suficiente. Lo más fácil es que compre un ejemplar del *Piping Today* en Riec. Tienen un quiosco muy bien surtido. Seguro que encuentra la revista.

—Muy bien, Le Ber. Vuelva a hablar con la directora y el amigo de Smith. Compruebe si mencionó alguna vez algo que pudiera guardar relación con la revista y las fotografías.  Ens neselas! Y que las vea también la mujer de Mackenzie.

—Ahora mismo, jefe.

Dupin colgó.

Se volvió hacia Magalie Melen, que estaba a unos metros; al parecer, ella también

había estado hablando por teléfono, ya que en ese momento se apartaba el aparato del oído.

—¡Novedades, comisario! —La joven policía se acercó con paso enérgico—. ¡Cueff mintió! Ayer sí salió de casa. Fue visto en un supermercado, el Leclerc de la primera rotonda, sobre la una menos cuarto.

—¿De veras? ¿Quién lo vio?

De nuevo, una noticia importante.

—Una criadora de ostras; él estaba en el mostrador de la carne.

—¿Está completamente segura?

—Sí.

Aquello era inaudito. ¿Cómo podía ser Cueff tan tonto o tan confiado para arriesgarse a contar una mentira? Si había estado en un supermercado, tenía que ser consciente del peligro de que alguien lo viera. Tonto, confiado... o a la defensiva, si era preciso.

—Eso significa —calculó Melen— que si anteayer Cueff abandonó Cancale aproximadamente a la una del mediodía, a las tres podría haberse encontrado en Port du Bélon. Su mujer y su hijo lo vieron en casa sobre las ocho y media. Por lo tanto, habría tenido tiempo de estar por nuestra zona hasta las seis y media. Tres horas y media.

Eso habría bastado para todo. Sí. Pero, en cualquier caso, Cueff no podía ser el agresor de Tordeux. Ni había provocado el incendio el día anterior por la tarde ni había estado acechándolo a primera hora de la mañana en el bosque. De cualquier modo, podía hallarse implicado.

Melen pareció leerle el pensamiento.

—Los compañeros de Cancale han hablado con el organizador del concurso de abridores de ostras y le han enviado una fotografía de la señora Premel. El organizador afirma que si Cueff y Premel participaron de forma activa en el evento, es poco probable que no coincidieran. De hecho, dice que es prácticamente imposible. De todas formas, no recuerda haberlos visto juntos. Conoce a Cueff, claro. En cambio, es bastante improbable que Tordeux y Cueff coincidieran en el encuentro de los gremios. Había ciento cincuenta asistentes. Cueff, según afirma, estuvo solo media hora, algo que pueden confirmar varias personas.

—¿Tordeux pasó la noche en Cancale?

—No. Regresó a Port du Bélon en su propio coche. Por cierto, Nolwenn aún no ha conseguido contactar con Cueff; le ha dejado un mensaje para informarle de que usted no puede asistir y pidiéndole que la llame. Los colegas de Cancale también están al corriente.

—Que Nolwenn vaya intentándolo.

—Eso hace.

—Quiero hablar largo y tendido con él lo antes posible. Y hablaré también con la señora Premel.

Dupin no estaba muy concentrado en ese tema. Todavía tenía las fotografías de *Piping Today* en la cabeza.

Informó brevemente a Melen sobre las novedades.

—Así pues, en principio partimos de la idea de que existe algún tipo de vínculo entre Smith y alguien de Port du Bélon.

Dupin asintió con aire reflexivo.

—¿Podría hacerme un favor? ¿Podría traerme de Riec...? —El comisario calló y cambió de idea—. No. Mejor me encargo yo.

No estaba muy lejos y quería ver el artículo cuanto antes. Magalie Melen se quedó mirándolo, intrigada.

—Solo quiero comprar el último número de *Piping Today*.

Dupin, apoyado en un muro de piedra de media altura que había delante del quiosco, estaba sumido en la lectura de la revista. Se encontraba en la plaza central de Riec, en cuyo centro se alzaba una iglesia impresionante. El sol refulgía con toda su fuerza primaveral, como si hubiera estado así desde el amanecer y fuera a estar igual durante el resto del día.

Había empezado a leer el artículo mientras esperaba para pagar; luego, tras tropezar dos veces con los estantes móviles de periódicos, había abandonado el establecimiento a trompicones. El amable propietario había tenido que salir tras él para devolverle el cambio.

Todavía no podía hacerse a la idea. Era demasiado extraño. Ahí estaban: las fotografías de la revista de gaitas escocesa mostraban prácticamente a todos los habitantes de Port du Bélon, de hecho, a toda la escena ostrera local. Era evidente que Smith había dado con ellas por casualidad. Era cierto que a partir de ahí empezaba la especulación, pero no había muchas otras opciones. Tras reconocer a alguien en ellas, se había puesto en contacto con Mackenzie. Un buen número de llamadas más tarde, había tenido lugar el viaje a la Bretaña, de fatal desenlace.

—¡Mierda!

Todo aquello resultaba endiabladamente complicado.

La gaita de Kolenc era de color rojo intenso y parecía de terciopelo grueso; la bombardita de Tordeux era como una flauta dulce alargada, pero con una curvatura como de trompeta al final. Ambos iban vestidos con pantalón negro, camisa blanca y una chaqueta de color verde bosque.

La señora Bandol llevaba un vestido de color rojo oscuro y una chaqueta corta de color azul, y estaba de pie a un lado, en un pequeño grupo del público. Algo más atrás, hablando con una chica joven a la que Dupin no conocía, estaba la hija de Kolenc, Louann. En otra de las cinco fotografías del festival de Riec, se veía a un lado a la señora Premel con su familia, que parecía estar pasárselo en grande. De hecho, todo el mundo tenía una expresión muy alegre. A Dupin le encantaban las

fiestas bretonas.

El artículo, en efecto, no contenía ningún dato relevante y constaba de una gran cantidad de información turística del lugar y sus gentes. Lo único que le llamó la atención fue una referencia al final a la asociación local de gaiteros de Riec, cuya dirección también constaba.

Rue du Presbytère. Dupin conocía esa calle porque todos los miércoles y sábados se celebraba allí un pequeño mercado en el que, además de marisco fresco y otras especialidades locales, Isabelle Baratte vendía el mejor queso de Francia. La calle partía directamente de la plaza Mayor.

Dupin reflexionó un momento. No perdía nada con probarlo. Eran casi las doce y media, tal vez tuviera suerte.

Enrolló la revista y se encaminó hacia allí.

Estaba incluso más cerca de lo que había pensado; el número 78 se encontraba prácticamente pegado a la plaza. Era una de esas hermosas casas antiguas de dos pisos, de piedra encalada.

Junto al timbre colgaba un letrero de plástico algo desgastado. AMIGOS DE LA MÚSICA CELTA / BAGAD BÉLON.

Dupin llamó dos veces. No obtuvo respuesta.

Volvió a llamar. Nada.

En fin, pues nada. Le pediría a Erwann Braz que se pasara más tarde.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece?

Dupin se dio la vuelta.

Tenía detrás a un hombre joven con barba, vestido con una chaqueta sencilla de unos tonos marrones difíciles de definir. Dupin lo conocía. No sabía de qué, pero había hablado con él en alguna ocasión. Y, además, no hacía mucho.

—Soy Georges Dupin, de la comisaría de policía de Concarneau. ¿Es usted miembro de la asociación de músicos?

—Está usted de suerte. Acabo de cerrar el banco. Es la pausa del mediodía. —Se sacó una llave del bolsillo—. Jean Danneau, director de este centro y director musical de la *bagad* Bélon. —Pese a la expresión sobria, su orgullo era evidente.

Entonces Dupin se acordó.

—¡Usted es el druida principal del claro del bosque!

Tenía que ser un hombre muy ocupado. A plena luz del día y lejos de los bosques y los claros, la barba, que ya después de la ceremonia había perdido parte de su encanto, tenía un aspecto totalmente normal. No era ni larga ni blanca. Aquello era increíble.

—Y usted fue a recoger a Nolwenn Premel después de la reunión. ¿En qué puedo ayudarle?

Aunque llevaba la llave en la mano, el druida jefe y empleado de banca no hacía ningún ademán de ir a entrar. Miraba al comisario con curiosidad.

—Baptiste Kolenc y Matthieu Tordeux son miembros de su grupo.

—¿Cree que hay una relación entre la *bagad* y el accidente de Tordeux?

Las noticias se propagaban a toda velocidad, como siempre, no era una sorpresa para Dupin. Entre los bretones, la difusión milagrosamente simultánea de las novedades era una técnica cultural antiquísima y elemental; por eso no les hacían falta nuevos medios de comunicación.

—Solo queremos hacernos una idea. —Dupin no podía haber sido más impreciso, pero esa era exactamente su intención—. Hábleme de ambos.

—Kolenc asiste con regularidad, es uno de los miembros más fieles. Tordeux, en cambio, viene pocas veces. Pero, cuando lo hace, se aplica al máximo. Es bueno tocando la bombardas. Ese instrumento necesita hombres fuertes.

—¿Su grupo tiene contactos con Escocia? ¿Suelen viajar ustedes allí?

—Ah, sí, claro. Estamos en contacto con un grupo de gaiteros de St. Andrews, en el nordeste. Los visitamos cada dos años. Ellos también vienen. A veces incluso para el festival de Lorient. No todos los años, pero cada dos o tres.

—¿Y Tordeux y Kolenc suelen participar en esos viajes?

—Kolenc nunca. Dice que no puede dejar el negocio desatendido. En cuanto a Tordeux, déjeme pensar... —Frunció los labios y cerró los ojos un momento—. No, no recuerdo que haya venido con nosotros en los últimos años. De todos modos, cuando vienen los gaiteros escoceses, ambos acostumbran participar. Son unas veladas muy agradables.

—¿Kolenc o Tordeux tienen relaciones especiales con algún miembro del grupo escocés? ¿Sabe usted de alguna amistad?

—No. El señor Kolenc es un hombre muy retraído, un miembro destacado, pero discreto, del mundo de las ostras bñlon al que le gusta pasar desapercibido. No creo que trabaje amistad rpidoamente con nadie. Tordeux es un conversador inteligente y seguro de sí mismo y habla con todos, pero no me consta que tenga relaciones más estrechas.

—¿Cuánto tiempo hace que son miembros del grupo?

—Hace mucho. Para ellos yo ya soy el tercer director. Creo que hace más de treinta años.

—Su grupo, aparte de la música, ¿se dedica a alguna otra actividad?

—Solo música. Evidentemente eso propicia un poco la vida social.

—¿Alguna otra actividad de la asociación?

—No.

Había otra cosa que también era importante.

—Las señoras Bandol y Premel y la hija de Kolenc, ¿están relacionadas de algún modo con la *bagad*?

—Son un público entusiasta. Al menos, la familia Premel, a pesar del exmarido. Siempre participan. En cuanto a la actriz, solo la he visto una vez, hace poco. La hija de Kolenc viene de vez en cuando, pero no de forma regular.

—La señora Premel no ha sido nunca miembro del grupo ni ha viajado con él,

¿verdad?

—Jamás.

—¿En la competición de clasificación de Riec se produjo algún acontecimiento destacado? ¿Pasó alguna cosa inusual?

—¿Qué quiere decir? —El director se inquietó.

—¿Recuerda que ocurriera algo especial entonces?

—No. Fueron dos días muy agradables. Totalmente tranquilos.

—*Piping Today* ha hecho un reportaje sobre esos dos días en Riec. ¿Vio al equipo al que enviaron?

—Eran un periodista y un fotógrafo, sí. Hablaron un momento conmigo.

—¿Sabe algo de esos hombres, de dónde venían?

—No.

—Pues muchas gracias, señor... —La memoria de Dupin para los nombres era catastrófica. Siempre igual.

—Danneau.

—Eso mismo.

—¿Cree que Tordeux sobrevivirá? —Danneau parecía realmente preocupado.

—No se sabe.

—Eso espero, de veras. Andamos escasos de bombardas. Su pérdida sería un golpe muy duro. —Se quedó pensando—. Pero claro, sobre todo, hay que desear que se reponga personalmente.

No se había esforzado mucho en el comentario y era evidente que no le quitaba el sueño que no le hubiera salido mejor.

—En fin, espero verle en alguna de nuestras actuaciones. ¡Merece la pena!

El primer gaitero se volvió con las llaves hacia el buzón que había a la derecha de la puerta de entrada.

—Solo quería recoger el correo.

—¡Hasta la vista, señor... Danneau!

Danneau sonrió de forma amable, muy amable.

Dupin se dio la vuelta.

Experimentaba sensaciones contradictorias. Por un lado todo resultaba de lo más interesante, pero a la vez completamente vago. De todos modos, el comisario tenía la certeza de que debían ahondar en aquella historia, aunque no habría sabido decir por qué exactamente.

Regresó al coche; se sentía cansado, agotado. No pudo evitar bostezar un par de veces; unos bostezos profundos, reales, algo que le ocurría en contadas ocasiones. Antes, en la panadería, ya había sopesado la posibilidad de tomarse otro café. ¡Solo por el bien del caso y de la investigación! Lo habría hecho, pero no tenía bien el estómago. Un dolor agudo y, a veces, intenso había hecho acto de presencia durante todo el día a intervalos regulares. Desde el café que había tomado por la mañana y que no contaba.

Cuando Dupin se dirigía desde el aparcamiento a la empresa de la señora Premel, fue presa de una sensación única.

El encanto idílico de Port du Bélon había desaparecido; el lugar, de repente, había adquirido un aspecto amenazador. Reinaba un nerviosismo extraño. Tanto delante de la casa de Delsard como de la de Tordeux, había furgonetas policiales; había además tres coches patrulla y, en la entrada a la casa de Tordeux, seguía apostado un coche de bomberos.

En el aparcamiento había dos policías que vigilaban a cualquiera que se aproximara. Sin duda, órdenes del prefecto (el cual acababa de llamar a Dupin, que no había querido contestar).

El comisario aceleró el paso.

Abajo, junto al muelle, vio un letrero, situado discretamente al borde del camino: OSTRAS FINAS / NOLVWENN PREMEL. Tomó la curva.

Ya desde el coche Dupin había intentado contactar con Le Ber, pero la línea estaba ocupada. Marcó el número de nuevo.

—¿Sí, jefe?

—Le Ber, tengo que saber algo con urgencia.

—¿Y bien? —Le Ber conocía muy bien esa frase del comisario.

—Averigüe quién escribió ese reportaje y quiénes acudieron a Riec a finales de febrero. Me han hablado de un periodista y un fotógrafo. Puede que hubiera alguien más. ¿Tal vez un grupo de gaiteros escoceses?

De ser así, sería un avance.

—Ahora me pongo a ello, jefe. Acabo de hablar con la directora de la hospedería y con unos cuantos residentes. Nadie sabía nada de ese artículo ni de que Smith lo hubiera leído. La directora ha dicho que solía llevarse a la habitación esa revista, *Piping Today*, y otra dedicada a la pesca. Ella no conoce a ninguna de las personas de Port du Bélon, y Smith jamás mencionó el lugar, ni la Bretaña. Recuerda vagamente que en el pasado, hace veinte o veinticinco años, Smith había tocado la bombardita en un grupo de la casa de mar.

—¿Nada más?

—Nada.

—Tordeux también toca la bombardita de vez en cuando.

—Por cierto, hablando del pasado, todo indica que Smith y Mackenzie estuvieron implicados en el mismo atraco. El lugar y el año concuerdan. Lo he comprobado. Eso significaría que compartían pasado delictivo. Una cosa así une para siempre, durante toda la vida, aunque no haya una gran amistad y, de hecho, ya no se tenga trato habitual.

Aquello explicaría algunas cosas. Al parecer, Mackenzie había conseguido una vida más o menos estable y honrada, y seguramente se había sentido responsable de

Smith.

—¿La señora Mackenzie sabe algo de ese atraco?

—Jamás lo ha mencionado. Ocurrió once años antes de que ella lo conociera. Me parecería comprensible que él se lo guardara.

Mientras hablaba, Dupin había llegado a una casa de piedra algo ruinososa que se encontraba junto a un pequeño recodo del Bélon.

—Llámela y pregúnteselo.

—Lo haré, jefe. Por cierto, la policía escocesa me ha ofrecido su servicio de helicópteros; parece ser algo muy habitual por aquí.

—Por mí no hay problema. —Dupin aprobaba cualquier cosa que pudiera acelerar el trabajo de Le Ber.

—Cool.

Dupin no había oído nunca aquella palabra de labios de Le Ber.

—Llame entonces a...

—¡Señor comisario! ¡Un momento! —Magalie Melen se acercaba corriendo, con el pelo rubio alborotado y meciéndose de un lado al otro.

Se plantó ante él casi sin aliento.

—Acabo de verle pasar. Hay dos hallazgos importantes: ya han podido acceder a los datos de la nube de Tordeux: ha echado una mano un experto del equipo del registro de Delsard. —Tomó aire—. El volumen de ventas de Tordeux de las exquisitas ostras bélon es notablemente superior al que es capaz de producir como criador. ¡Y además lo consigue sin compras adicionales!

—¿Qué dice? ¿Cómo es posible?

Dupin se acordó entonces de que aún tenía al inspector al teléfono.

—Le Ber, le llamo en un momento.

Acto seguido colgó.

Melen prosiguió sin más:

—Vende más ostras bélon de las que produce. Es un fraude.

—¿Los compañeros están seguros?

—Bastante. Ha quedado demostrado que las cantidades no concuerdan.

—¿Cómo lo hace? —Dupin todavía no acababa de verlo claro.

—Si lo que se desprende de los datos es cierto, compra en otros países grandes cantidades de ostras terminadas, en teoría para afinarlas, pero luego no lo hace. En lugar de ello, las vende como ostras bélon caras. Eso le da un buen margen de beneficios; se puede ganar mucho dinero así.

—Es decir, compra ostras de zonas menos conocidas y dice que han estado en el Bélon. Si lo he entendido bien, se limita a falsificar un par de papeles, declara las ostras como ostras bélon y las vende al precio correspondiente. ¿Es eso?

Un truco muy parecido al que había empleado en Cancale con las *claires* y las *finés* y el pigmento verde. Con la diferencia de que eso era más difícil de detectar. Al parecer, Tordeux no había abandonado sus tretas. Se había limitado a refinarlas.

—Exacto. Habría sido aún más elegante si hubiera utilizado ostras propias para eso; así habría resultado más difícil demostrarlo. Por ejemplo, las de su nuevo criadero cerca de Fouesnant.

Esta vez, Dupin lo comprendió al punto: cabía la posibilidad de que Tordeux vendiera una parte de la producción de Fouesnant como ostras bélon. Así solo serían traspasos internos.

Melen concluyó:

—Ese podría haber sido el motivo para comprar la empresa. Y explicaría que tuviera el dinero necesario para hacerlo.

—Genial. —Dupin creía a Tordeux capaz de cualquier cosa: el hombre era listo, astuto, no cabía duda—. Pero ¿no llamó la atención de nadie?

—Solo se ve si se analizan a fondo los libros electrónicos de contabilidad. Si no, imposible.

—¿Cuándo estaremos totalmente seguros de ello?

—El análisis de todos los detalles llevará un tiempo, pero lo dicho: ya sabemos que hay algo que no concuerda. Vende más bélons de las que produce.

¡Asombroso! Al parecer Tordeux habría delinquido de nuevo. Posiblemente durante años. Así las cosas, se encontraban ante dos delincuentes: Tordeux y, aparentemente, su amigo constructor. Grotesco.

—La otra novedad es que las autoridades acaban de emitir una prohibición de venta de ostras hasta nuevo aviso. Es una medida prudencial. Puramente profiláctica. La infección en el Étel se ha agudizado. Aunque en Port du Bélon aún no se ha detectado ningún caso, van a intensificar los análisis, sobre todo en la parte más avanzada de la desembocadura.

—¿Qué dicen los criadores?

—Están acostumbrados. Son solo medidas de precaución. Es algo que ocurre de vez en cuando. Siguen tranquilos y no han detenido la producción. En cuanto se levante la prohibición, podrán vender todo el producto que han tenido que retener.

Dupin decidió no sorprenderse más ante la impasibilidad de los ostreros.

—En el caso de Tordeux, ¿de qué volumen de estafa estamos hablando?

—Las discrepancias son notables y hay que hacer cuentas, pero será una suma considerable.

—Entiendo.

Eso explicaba de dónde procedía el dinero de las inversiones de Tordeux.

—Por lo demás, sigue pendiente la cuestión —dijo Melen con decisión— de la participación de Smith y Mackenzie en el fraude. En los datos de Tordeux, no ha salido ninguno de sus nombres, ni siquiera hay una sola referencia a la empresa de Mackenzie. Las únicas relaciones comerciales que se han registrado son las que Tordeux ya indicó en su momento: el comerciante de Edimburgo y el criador de Dundee. Pero también es posible que ellos, como muchos otros, hayan recibido ostras falsas; los envíos han llegado a todos los clientes.

Se oyó entonces un estruendo metálico. Melen y Dupin se sobresaltaron y miraron hacia el muro que rodeaba la casa de piedra de Premel; era demasiado alto para ver nada. El estrépito parecía provenir de la parte posterior.

—Gracias, Melen.

—Comisario, si me lo permite. Es sobre el estado de Tordeux: se le ha sometido a una operación delicada y ha ido bien. Han logrado contener las hemorragias, aunque su estado sigue siendo crítico. Los médicos se niegan a hacer un pronóstico.

A Dupin le pareció que no eran malas noticias.

—Después de hablar con Premel me acercaré a nuestra mesa de operaciones.

—Perfecto.

La joven agente se volvió y se dirigió con energía al pequeño muelle.

A Dupin se le ocurrió entonces otra cosa. Algo que ya se le había pasado por la cabeza cuando Le Ber le ponía al corriente. Pulsó el botón de repetición de llamada.

—Le Ber, solo una cosa. Intente averiguar algo más sobre el atraco de nuestros escoceses. Cualquier detalle.

—De acuerdo, jefe. ¿Qué le interesa exactamente?

—Todo lo que pueda descubrir.

—Me pongo a ello.

Dupin colgó. A continuación hablaría con la señora Premel.

El muro de piedra tenía una discreta portezuela de madera de la que pendía un pequeño letrero de madera pintada y desgastada. Era aún más sencillo que el del muelle. VENTA Y DEGUSTACIÓN. OSTRAS PLANAS Y CÓNCAVAS. El azul de las letras estaba muy descolorido.

No se veía ningún timbre. Dupin abrió la puerta, que solo estaba entornada.

Detrás había una escalera empinada que conducía directamente al río. Había marea alta, así que el agua, crecida, no dejaba de penetrar. Prácticamente alcanzaba las dos piletas de cemento de la instalación de ostras, que tenían un tamaño aproximado de dos por diez y estaban construidas directamente a la orilla. En las piletas, sobre las mesas de acero conocidas como parrillas, había unos grandes sacos rojos y negros de malla de plástico, en pilas de entre tres y cuatro. Estaban llenos de ostras.

Delante de una de las piletas, había dos cestos de color azul claro repletos también de ostras. Al final de la instalación se veía una terraza cuadrada de madera con algunas mesas y sillas. Un lugar de ensueño para una degustación, en el mismo centro del Bélon.

La señora Premel se encontraba en el extremo de la pileta más adelantada. Iba vestida con los obligados pantalones impermeables amarillos, unas botas de goma altas, una sudadera rosa y unos guantes largos de color verde oscuro: una combinación cromática de lo más arriesgada. Llevaba el cabello recogido con

descuido.

No parecía haber reparado en la presencia del comisario; en ese momento estaba muy ocupada manejando una esclusa de madera por la que salía agua constantemente. A continuación hizo girar una manivela; las ruedas dentadas se movieron y, de repente, la esclusa se abrió un poco más. El accionamiento de la rueda provocó un fuerte ruido metálico, como el que habían oído antes. El caudal aumentó.

—Señora Premel, tengo un par de preguntas para usted.

Tras descender por la empinada escalera, Dupin se encaminó directamente hacia ella. La señora Premel se volvió hacia él con lentitud. No parecía extrañada.

—No hay problema, siempre y cuando no le importe que siga trabajando. Tengo que terminar en media hora. Hoy es un día de locos.

—¿Lo dice por el intento de asesinato de su exmarido, supongo? ¿Lo de encontrarse el coche accidentado con él dentro?

Por una décima de segundo, ella esbozó un gesto de asombro, pero luego respondió de forma prudente:

—Oh, vaya. Un intento de asesinato. Así que es cierto. Bueno, no me sorprende. Eso hace que el incendio tampoco pueda considerarse un accidente. Me lo figuraba. Supongo que aún no saben quién ha sido. Y yo, claro, soy sospechosa. Cosa que, la verdad, tampoco me extraña.

—¿Cómo es que ha pasado usted por la carretera hacia Riec precisamente unos minutos después que su exmarido?

—Yo también me lo he preguntado. ¿Por qué tuve que pasar precisamente por allí? En fin, así ha sido. No sirve de nada darle más vueltas. Una casualidad. O quizá no del todo: voy de Riec a Port du Bélon un par de veces al día, de un lado al otro. Nunca a una hora concreta. En cambio, mi exmarido, como todo el mundo sabe, pasa todos los días por allí a las nueve y media. Lo que me gustaría saber es cómo lo ha hecho el culpable, cómo ha provocado ese accidente.

De nuevo había ido cobrando una velocidad considerable al hablar. Entretanto había entrado en la pileta e iba dejando en el muro algunos sacos de ostras.

—Tengo la impresión de que no está usted muy afectada por el terrible accidente y las graves heridas de su exmarido. Ni siquiera cree que se trate de un intento de asesinato.

—No es que me deje indiferente, no me malinterprete, pero la compasión por Matthieu prefiero dejarla para otros. No es asunto mío. —Aquella actitud no parecía avergonzarla en absoluto.

—Antes de partir hacia Riec, ¿qué ha estado haciendo? ¿Dónde estaba usted, señora Premel, y quién puede corroborarlo?

Alguien había intentado matar a Tordeux. Sin duda. Dupin estaba totalmente convencido. Y ese alguien tenía que ser de Port du Bélon. Tenía que conocer bien la zona.

—Estaba aquí, en la empresa. Me han visto mis empleados. Claro que no puedo

decirle exactamente a qué hora, si me han visto a las nueve, a las nueve y cuarto o a las nueve y media, que es más o menos cuando me he marchado.

Dupin ya había sacado su *Clairefontaine* y tomaba algunas notas. Aquella coartada era como todas: muy poco concreta.

—Me han dicho que es usted una gran aficionada a la *bagad* y que le gusta asistir a sus conciertos. Sobre todo si es la Bélon.

—Ya conoce usted mi vena celta. Mis chicas lo adoran. Nosotros...

—Los días 27 y 28 de febrero, en los campeonatos de clasificación de Riec, ¿hubo algo que le llamara la atención de forma especial?

—Nos lo pasamos muy bien, no le puedo decir más. Yo...

—En esa ocasión, su exmarido desfiló ante usted tocando la bombardarda. Tengo la impresión de que se ven con una frecuencia sorprendente, considerando que afirma no querer tener nada que ver con él.

—Bueno, es lo que tiene vivir en el campo y, encima, trabajar en el mismo sector. Una no puede desvanecerse sin más. Pero la verdad es que paso de él. —Por primera vez clavó la mirada directamente en Dupin y aflojó un poco la velocidad con que hablaba—. ¿Sabe? Hace años que decidí no permitir que nada me confundiera, y mucho menos él.

—¡Comisario! —La voz procedía de lo alto de la empinada escalera de piedra por la que había descendido Dupin.

Magalie Melen.

—Tengo que hablar con usted, comisario.

—¡Ya voy! —gritó Dupin y, volviéndose hacia la señora Premel, añadió—: Por favor, discúlpeme.

—No hay problema. —Ella salió de la pileta y se dedicó a las bolsas de ostras.

El comisario se dio la vuelta y fue hacia Melen, que entretanto había bajado unos escalones.

La policía habló a media voz.

—Tordeux ha recuperado brevemente la consciencia y luego ha vuelto a perderla. Ha dicho un par de palabras incongruentes, no se le entendía muy bien. El médico ha intentado preguntarle por el accidente. Según él, Tordeux ha farfullado algo sobre un «fantasma» y el «coche». Su estado sigue siendo muy grave.

—¿Un fantasma? ¿Qué significa eso?

Seguramente Tordeux deliraba.

Melen se quedó callada unos instantes.

—No lo sé. Si nuestra teoría es correcta, pienso que, de ser yo la autora, no me habría quedado en la carretera sin más. Imagínese que el intento no hubiera salido bien y que Tordeux hubiera logrado controlar el coche o si, por un milagro, no hubiera sufrido accidente alguno: habría reconocido al autor y lo habríamos atrapado. No podía correr ese riesgo.

No parecía querer decir nada más.

—¿Y?

Dupin todavía no había comprendido adónde quería llegar Melen.

—Podría haberse vestido o tapado con algo que lo volviera irreconocible. Algo como una capelina o un abrigo largo... ¿Tal vez una sábana? Quién sabe.

Entonces lo entendió.

—El fantasma.

—El efecto sorpresa habría sido mucho mayor. Imagínese que le pasa un fantasma por delante del coche y...

—Está bien, Melen.

Era solo una hipótesis, pero, desde luego, resultaba convincente.

—Ya se verá, comisario.

—¿Alguna noticia de L'Helgoualc'h?

—Aún no. Pero sí de Cueff: ya ha sido localizado.

Dupin se sintió aliviado. La repentina ausencia de Cueff lo había puesto más nervioso de lo que creía.

—¿Dónde estaba?

—En los Jardins de la Mer, en el exterior. Allí no hay cobertura.

Dupin la miró confundido.

—Jardins de la Mer, o «Jardines Marinos», es el nombre con el que se conoce en Cancale el extenso parque de ostras que se adentra varios metros en el mar y que se extiende por toda la costa. Nolwenn ha hablado con él y está de acuerdo en venir a Port du Bélon. Ahora mismo se está cambiando. Los colegas de Cancale lo acompañarán en coche.

—¿Alguna otra cosa?

—De momento no.

—¿Hemos descubierto algo más sobre posibles vínculos entre el antiguo grupo de Smith y el grupo de druidas bretón?

Debería haberlo preguntado mucho antes.

—De ese asunto no hay nada. Le Ber tiene previsto hablar más tarde con el druida principal del Seashore Grove.

El jefe de los druidas era, en el orden de prioridades dictado por Dupin, el tercer punto del día para Le Ber.

—Muy bien, hasta pronto, Melen.

Dupin regresó junto a la señora Premel. Melen, por su parte, ya había llegado a lo alto y estaba junto a la puerta de madera.

La señora Premel se encontraba entonces de rodillas: sacaba ostras de las bolsas, las observaba y las colocaba en los cestos de color azul claro, todo ello a una gran velocidad. Dupin se le acercó.

—Lo siento, tengo que seguir trabajando. —Ni siquiera había levantado la cabeza.

—Hemos oído decir que tiene usted una afición muy interesante: abrir ostras.

—Es una antigua pasión. De joven, trabajaba de vez en cuando en el Atlantique de Concarneau y fue allí donde aprendí. Es fascinante.

—En una competición conoció usted a Nicolás Cueff, de Cancale. ¿O ya se conocían de antes?

Sus ojos, que a la luz del día tenían un color verde todavía más intenso, no se apartaron de las ostras.

—No conozco a nadie llamado Nicolás Cueff.

Concisa y breve.

—A principios de marzo pasó usted tres días con él en Cancale.

—¿De veras? En esos concursos participa muchísima gente. Aquel fin de semana lo aproveché sobre todo para visitar a mis mejores amigas. Mi marido y mis dos niñas también vinieron. De todos modos, ese tal Cueff no participó en ninguna de mis pruebas.

Se le habían soltado varios mechones de pelo de color castaño de la cinta y se los apartó con energía.

—¿No se lo encontró ni habló con él? ¿Puede descartarlo por completo? —preguntó Dupin con tono cortante.

Tampoco eso impresionó de ningún modo a la señora Premel.

—No conozco a ningún señor Cueff. De todos modos, si tiene una fotografía tal vez pueda acordarme de si lo vi. Eso sí podría ser. Si estaba allí.

—¿Y tampoco sabe de ningún Seamus Smith? Piénselo bien.

Dupin tenía que admitir que aquello carecía de sentido. La persona a la que Smith había visto, conocido o reconocido en los últimos días ya había negado conocer a Smith y volvería a hacerlo. Alguien de la zona, una o tal vez varias personas, mentía y desde hacía tiempo.

—No. Ya se lo dije ayer. Y tampoco conozco al otro.

La señora Premel había alzado la cabeza un instante y había mirado a Dupin.

—Usted aparece en una foto que hemos encontrado entre los objetos personales de Seamus Smith.

—¿Dice usted que ese hombre tenía una fotografía en la que salgo yo? Eso es realmente sorprendente. ¿Y qué foto es esa?

Se había vuelto de nuevo hacia las ostras.

Al principio Dupin se había propuesto guardarse para sí lo de la fotografía, el golpe de efecto de Le Ber. Pero, por otra parte, el autor del delito tenía que saber que le estaban siguiendo la pista. Que conocían esa conexión.

—Es una fotografía que aparece en el número actual de *Piping Today*.

—¿Hay una foto mía en *Piping Today*?

Era evidente que Premel conocía la revista.

—Tiene algunas imágenes de las pruebas de clasificación del campeonato mundial de gaita de Riec en las que se ve a algunos habitantes de Port du Bélon.

—Todo eso parece de locos. Pero, en fin, el comisario es usted... Lo dicho: no

conozco a ningún escocés ni he estado nunca en contacto con ninguno, y eso es todo. Ni Smith ni Mackenzie. Comprendo que me considere usted sospechosa, pero se equivoca. ¿Y quién más sale en las fotos?

—Toda su familia, su exmarido, el señor Kolenc y su hija, y la señora Bandol.

La señora Premel se quedó callada, algo que, hasta el momento, no parecía propio de ella.

—Hable con Jean Danneau, el jefe de la *bagad* de Riec. Lo vio ayer, él...

—Ya lo he hecho. No se le ocurre nada.

—Sí, claro. A mí tampoco.

—¿Qué le parece a usted la prohibición de venta? —Un cambio brusco de tema, tal como le gustaba a Dupin—. Esa medida de precaución tiene que resultar desastrosa para ustedes.

—Ya se verá.

—¿Qué hizo usted en 2008, cuando se produjo aquella mortalidad de ostras tan grave?

—Estuvo a punto de arruinarnos. A todos. Pero mi intuición me dice que esta vez saldremos adelante.

La señora Premel levantó la vista, pero no hacia Dupin. Su mirada vagó por el Bêlon, en dirección a la desembocadura. Se quedó mirando allí, como si quisiera impedir así la entrada de la enfermedad.

—Volveremos a hablar, señora Premel —dijo el comisario a modo de despedida y sin ocultar la amenaza que contenían esas palabras.

—Yo también tengo que marcharme. —La señora Premel colocó de nuevo los sacos de ostras en la piletta; los dos cestos estaban repletos—. Estos días ando de un lado para el otro, pero me encontrarán.

—Lo haremos.

Dupin se dirigió al pequeño muelle.

Con el mediodía la temperatura se había vuelto muy cálida. Asombrosamente cálida. El sol imperaba en el cielo de forma orgullosa e indiscutible.

Dupin sudaba debajo del jersey. De nuevo fue presa de un cansancio profundo, peor que antes. Sentía además que su nerviosismo iba en aumento. Estaba irritable, casi enfadado. Necesitaban dar con algo. Ya. Habían llegado a una fase crítica. El descubrimiento de Le Ber era prometedor; Dupin, de hecho, estaba convencido de que ya tenían ante ellos todas las piezas de la historia que buscaban. El problema era que eran incapaces de reconocerlas y averiguar cómo encajaban. Todo resultaba muy confuso. Un lío mayúsculo. Le convenía dar un paseo, tomarse media hora para pensar, en calma.

—¡Ah, aquí está nuestro comisario! Le he echado de menos durante el almuerzo.

Dupin había llegado al muelle y se había detenido allí. La señora Bandol salió en

aquel instante de La Coquille, vestida de color *beige* claro, salvo por las botas de montaña oscuras, que esa vez de nuevo le daban un efecto refinado y actual. Detrás de ella se encontraba Baptiste Kolenc, vestido de calle, con vaqueros y una camisa de franela de cuadros rojos; su hija llevaba un vestido largo veraniego de color azul claro que acentuaba el color negro de su pelo.

—¿Ha visto ya a Kiki?

—¿Cómo dice?

—Ahí. —Señaló hacia el Bélon, en dirección a la desembocadura—. ¿Lo ve?

A unos trescientos metros de distancia, se veía una aleta enorme y, unos metros más atrás, otra más pequeña. Una imagen irreal. Un triángulo oscuro y siniestro hendía el agua como un cuchillo. Dupin había visto *Tiburón* y muchas otras películas sobre aquellos animales. Al verlo era imposible no creer en su parentesco directo con el monstruo blanco. Si dos días atrás el nombre de Kiki ya le había parecido poco acertado, aquella sensación había aumentado notoriamente.

El tiburón se aproximaba a gran velocidad. En realidad avanzaba directamente hacia ellos.

—A Kiki le gusta el Bélon. En ningún lugar encuentra un plancton igual de sabroso. —La señora Bandol habló con un tono extraordinariamente cariñoso; al instante siguiente volvió la cabeza y dirigió una mirada severa a Dupin—. ¿Cómo tenemos el caso? ¿Qué progresos ha habido en nuestra investigación, señor comisario? ¿Y qué significan los nuevos sucesos? —Parecía que estuviera dando un sermón—. ¡No me ha mantenido al corriente! Y así no podemos avanzar. Se lo he dicho varias veces.

Kolenc y su hija, sorprendidos, sonreían. La señora Bandol prosiguió impasible:

—He estado pensando. Todo eso no es más que una ilusión. ¿Qué tiene que ver con mi cadáver? ¡Es una sarta de tonterías! —Su indignación parecía genuina, pero no estaba claro qué le indignaba exactamente—. Lo único que debería importarnos ahora es de qué va realmente toda esta historia.

—Ha sido un intento de asesinato, señora Bandol. —Dupin habló expresamente en voz alta—. El accidente de Matthieu Tordeux ha sido premeditado; alguien se ha escondido detrás de una curva y le ha hecho perder el control del coche.

Dupin quería que se extendiera el rumor sobre lo que sabían o, en cualquier caso, sospechaban. Quería que el responsable de todo aquello supiera que le pisaban los talones; los delincuentes nerviosos eran delincuentes imprudentes.

—¿Dice usted que alguien ha intentado matar al señor Tordeux? —Baptiste Kolenc se aproximó al comisario, con el rostro muy pálido—. ¿Está usted completamente seguro de eso?

Dupin no podía evitar buscar la aleta de Kiki con el rabillo del ojo. Había desaparecido, lo cual hacía la situación todavía más siniestra. Posiblemente el pariente directo del tiburón blanco andaba muy cerca, pero no se le veía. Dupin se obligó a responder de forma adecuada.

—Así es, señor Kolenc. —Admitir que hasta el momento no tenían ninguna prueba acerca de esa sospecha no contribuiría al efecto de su estrategia.

—¿De veras? —susurró Baptiste Kolenc, muy afectado.

—Sí, ¿y qué? En ese caso, ese delito forma parte de los infames robos de arena perpetrados por el señor Delsard —replicó la señora Bandol sin compasión—. Y punto. ¡Eso no tiene nada que ver con nuestro caso!

—Señor Kolenc —Dupin apartó la vista del agua—, en el curso de la investigación se impone saber dónde estaban todos a primera hora de la mañana, entre las nueve y cuarto y las diez.

La señora Bandol dirigió una mirada de horror a Dupin. Kolenc evitó la respuesta airada de la mujer respondiendo tranquilamente.

—Se lo acabamos de explicar a un colega suyo: yo...

La señora Bandol le interrumpió; al parecer, había optado por no enfurecerse.

—Este señor de aquí —dijo, cogiendo del brazo a Kolenc un momento— tiene una coartada muy sólida. Él y yo hemos salido a caminar a las nueve y media, y hemos regresado a las doce. Hemos dado mi paseo habitual junto al Bélon. Baptiste me acompaña a veces, aunque no tanto como me gustaría.

—Así es. —Kolenc sonrió—. Luego, mi hija y yo hemos almorzado.

—Yo he preparado las degustaciones y las ventas en el patio. Desde las nueve —dijo Louann Kolenc con ese tono alegre que tanto le gustaba a Dupin—. A las doce y media he cerrado el patio. Solo había cuatro clientes, parejas mayores. En esta temporada, Port du Bélon no tiene mucho atractivo.

—Las coartadas son completamente irrefutables. Y eso es algo que personalmente me alivia sobremanera. Mientras no lo pueda descartar de forma segura, un investigador no puede dejar de sospechar ni de su mejor amigo. —La señora Bandol había empleado un tono de hierro, pero con las últimas palabras había esbozado una sonrisa irónica.

»¿Qué coartadas tienen los demás? ¿Nolwenn Premel, el constructor? Por otra parte, ¿se puede descartar con absoluta certeza que ese hombre de Cancale no viniera por aquí a escondidas? —Su voz se volvió misteriosa—. ¡Y no hay que olvidar a los personajes secundarios! ¡Lea a Poirot! No esos secundarios perfectos, sino las figuras que quedan en medio, entre el centro y el margen de la historia. ¡Esas!

—¿En quién está usted pensando?

—Bueno, la sobrina del Château, por ejemplo. Ese tipo de personajes. O si no —le brillaban los ojos— hay que centrarse en las figuras centrales. ¡Las más evidentes!

—¿Acaso tiene usted alguna sospecha, señora Bandol?

—¡Oh, cielos, no! Era solo por poner un ejemplo. Personalmente, descarto de forma categórica que la chica del Château pueda tener algo que ver con todo esto. ¡Es completamente adorable!

—Entiendo.

—Supongo que ya les han informado acerca de la prohibición provisional de

vender ostras b lon —intervino Kolenc.

Dupin se alegró de que alguien sacara el tema y lo abordara con la seriedad apropiada.

—S .  Qu  le parece a usted?

—No hay que alarmarse. No merece la pena. Ya se verá.

—Tengo una pregunta más para usted, señor Kolenc.

Kolenc miró sorprendido al comisario.

—Esa afición suya, la gaita. —Dupin midió sus palabras—.  Hace tiempo que la toca?

—Treinta años. Tenemos una *bagad* fabulosa. Me lo paso muy bien.

— En alguna ocasión lo ha llevado la gaita hasta Escocia, sin la *bagad*?  Por asuntos privados?

—Lamentablemente, no. A las ostras no les gusta que las abandonen.

— Y cuando vienen los grupos escoceses de visita, mantiene usted un contacto estrecho con los m sicos?

—No. —Kolenc contestó con cierta rudeza, y rápidamente añadió—: Pero son gente muy agradable.

— Ha tenido usted noticias de que Matthieu Tordeux trabara amistad con alguno de ellos?

—No.

Dupin suspiró para sus adentros. Así no iba a avanzar.

—Muchas gracias, señor Kolenc.

Se volvió entonces hacia la señora Bandol.

—Me pasar  luego por su casa y hablaremos.

—Muy bien, si no hay más remedio, esperar .

Le hizo un guiño al comisario y le dirigió una sonrisa radiante. Aquella que tanto gustaba a Dupin.

—Nosotros... —Entonces se interrumpió.

Justo delante de él, a apenas dos metros, en el agua, atisb  la presencia del coloso oscuro; estaba justo por debajo de la superficie del agua. Vistos de cerca, aquellos doce metros tenían un efecto aún más terrible. Dupin le vio las fauces, que tenía increíblemente abiertas y, aunque sabía que la dieta del tiburón peregrino no incluía a las personas, en ese mismo instante tuvo la certeza de que aquella boca no tendría problema alguno con un humano adulto.

—No se preocupe, comisario. No hace nada.

A Dupin esa expresión, que había oído también a propietarios de perros grandes, en principio, no le inspiraba ninguna confianza.

La hija de Kolenc sonrió y agarr  del brazo a su padre.

—Nosotros también tenemos que irnos. Hasta la vista, señor comisario.

La señora Bandol se marchó acompañada de ambos.

Dupin los saludó con un gesto educado de la cabeza y, como hipnotizado, volvió

a centrar la mirada en el agua.

El tiburón había desaparecido sin dejar rastro.

El timbre del móvil lo sacó de su ensimismamiento. Miró rápidamente la pantalla.

Le Ber.

—¿Diga?

—Jefe, estoy a punto de encontrarme con Harold en un *pub*, en Oban. Aquí hace mucho viento, espero que me oiga bien.

Realmente, se oían muchos crujidos en la línea.

—¿Con quién dice que va a reunirse? ¿En un *pub*?

—Es un viejo periodista de la zona. En la policía prácticamente no saben nada de aquel atraco. A fin de cuentas, tuvo lugar antes de que se digitalizaran los informes. Y encima fue hace más de cuarenta años. Un policía veterano me ha aconsejado que hable con este reportero. Fue un caso muy sonado. Dispararon a un empleado del banco y el tercer asaltante se ahogó durante la huida. El botín superaba las doscientas mil libras. En esa época, Harold se encargaba de las noticias locales del *Fort William News* y cubrió el caso.

Precisamente por eso había enviado Dupin a Le Ber a Escocia. Para que hurgara, para que obtuviera ese tipo de información.

Detrás de él se oyeron unos pasos que se acercaban a toda prisa.

—¡Comisario, más novedades!

Eran Magalie Melen y Brioc L'Helgoualc'h.

—Un segundo. —Dupin se llevó el móvil al otro oído—. ¿Alguna otra cosa por el momento, Le Ber?

—La esposa de Mackenzie no sabe nada del robo y las fotografías tampoco le dicen nada. Le llamo luego.

El ruido en el otro extremo de la línea era cada vez más insoportable.

—¡Llámeme de inmediato después de esa charla!

Dupin colgó.

Melen y L'Helgoualc'h habían llegado hasta él. Dupin reparó en que L'Helgoualc'h, con la mano enfundada en un guante fino de goma, asía un trozo de tela.

—He encontrado esto en el bosque, debajo de unos arbustos. En la parte que queda detrás de las casas de Delsard y Tordeux, lejos del camino.

—¿Y bien? —preguntó Dupin sin entenderlo.

L'Helgoualc'h desplegó la tela; parecía un mantel burdo, de grueso lino que tiempo atrás habría sido de color *beige* oscuro y que entonces estaba desteñido y sucio.

Dupin cayó en la cuenta. La teoría de los fantasmas de Melen.

—¿Dónde dice que estaba esa tela?

—Detrás de las casas de Delsard y Tordeux.

—¿Lejos del camino?

—Sí. A unos diez metros. Lo he encontrado en mi tercer intento de localizar el punto por donde el autor abandonó el camino. El suelo estaba cubierto de matas y hiedra espesa. Es una persona muy ágil.

—¿De poco peso?

—No necesariamente si es flexible.

—¿Tamaño de la huella?

—No es muy grande, pero cuesta precisar. Ese suelo es muy difícil.

L'Helgoualc'h parecía gruñir las respuestas. Dupin tenía siempre la sensación de que el policía informaba con enorme desgana, aunque sin la menor intención de resultar antipático.

—¿Ha encontrado más pistas?

—Me parece que ha sido una sola persona. Hay huellas aquí y allá, pero el suelo es demasiado pedregoso. Venía de Port du Bélon y ha regresado también allí, por un camino estrecho y poco transitado, una senda de cazadores que empieza en el aparcamiento y se bifurca varias veces en el bosquecillo.

—Podría haber venido alguien con la tela y luego deshacerse de ella en el camino de vuelta —pensó Melen en voz alta.

—¿Cuánto tiempo se necesita para recorrer el camino desde el aparcamiento de Port du Bélon hasta la curva?

—Diecisiete minutos entre ir y venir. El sospechoso ha recorrido el camino a buen paso pero sin correr. De todos modos, yo no he dicho que la persona tomara el camino en el aparcamiento. También podría haber salido de alguno de los jardines para tomarlo después.

—Serían los jardines de Tordeux o de Delsard —dijo Melen alarmada—, pero para Premel y Kolenc también sería un momento. Port du Bélon está plagado de caminos y sendas.

Aunque era cierto, con todo, la observación de L'Helgoualc'h resultaba interesante.

—Lleve la tela a la científica. —Dupin se frotó la sien—. Toda la acción ha durado, por lo tanto, entre veinte y veinticinco minutos. —Eso era importante, sobre todo con las coartadas tan poco definidas—. Siempre y cuando todo haya ocurrido como sospechamos.

—También es posible que alguien quisiera desviar la atención hacia Tordeux y Delsard escondiendo el mantel en los arbustos detrás de sus casas. Tal vez sea una pista falsa.

Melen también estaba en lo cierto con esa afirmación. Dupin asintió.

—¿Van a necesitar más? —El tono de voz de L'Helgoualc'h dejó claro que, de ser así, lo consideraría una exigencia desmesurada.

—De momento, no. Muchísimas gracias por su ayuda.

—Me encargaré de la tela.

L'Helgoualc'h dobló el retal cuidadosamente y, de mala gana, se marchó a

grandes zancadas.

Magalie Melen y Dupin se habían dirigido al centro de operaciones, delante del Château. Tampoco esa vez Dupin se había sentado, sino que iba de un lado al otro de la mesa, una y otra vez.

—Tenemos las coartadas de Premel, Kolenc y su hija para esta mañana.

Con la libreta en la mano, las enumeró de forma concisa. Magalie Melen fue asintiendo con cada nombre.

—Coincide con las declaraciones que hemos tomado nosotros. La chica del Château también se ha encargado de las ventas y las degustaciones a partir de las nueve; ahí atrás, en el pequeño patio del Château. Pero eso, claro, no es posible comprobarlo al minuto. No son más de veinte o veinticinco minutos. Si no había mucho trabajo, tanto ella como Louann Kolenc podían haberse marchado sin que nadie se diera cuenta. E incluso si en ese rato hubiera ido alguien, posiblemente se habría esperado, se habría marchado o habría regresado al poco. Imposible poder comprobarlo.

—Kolenc y Bandol se proporcionan coartada mutuamente con el paseo — comentó Dupin.

—Todas esas coartadas son poco concretas. Y posiblemente así se quedarán.

Dupin frunció el ceño. No estaba preocupado, sino descontento.

—Que alguien interrogue a fondo a los empleados de Premel.

—Enviaré a Braz. En cuanto a Tordeux, comisario, han llamado del hospital. Ha vuelto a entrar en coma. Los médicos no se atreven a dar ningún pronóstico. En principio, por lo tanto, no podrá contar nada. Hemos...

—¿Hola?

Dupin reconoció la voz de Labat. Estaba pletórico.

—¡Tenemos algo! ¡Algo definitivo!

Cómo no.

Labat bajaba por la calle a toda prisa. Así pues, continuaban las apariciones teatrales en aquel impresionante escenario. El sol hacía brillar el Bélon en su último tramo antes de alcanzar el Atlántico. Miles de millones de diamantes parecían brillar en sus aguas.

—Mi experto en datos ha conseguido acceder a la correspondencia cifrada de Tordeux. —Labat hizo una pausa innecesaria.

Dupin notó que la acidez del estómago iba en aumento. ¿Su experto en datos? Y, por otra parte, ¿qué tenía que ver Labat con su caso?

—Hemos hallado una carpeta borrada y, en ella, un documento transcendental. —Labat se plantó delante de Dupin con un folio en la mano—. Lo que hemos encontrado es —de nuevo una pausa, esa vez con efecto dramático— una nota de chantaje.

—¿Una nota de chantaje?

Labat le puso la hoja delante sus narices con actitud triunfal.

El comisario la cogió y la sostuvo a distancia suficiente para poder leerla.

«Espero el dinero mañana, jueves. En efectivo. Nos encontraremos a las 16.00».

—¿No hay nada más, solo estas líneas? ¿Sin destinatario ni lugar?

—De momento solo tenemos eso. —Labat parecía algo ofendido—. Tenemos que ver si podemos descifrar más cosas. Estaba en una carpeta borrada ayer a las dieciséis horas junto con diversa correspondencia comercial. Ya hemos leído unas cuantas y, hasta el momento, no parecen tener mucho interés.

—Esto, Labat, no es suficiente. Además no puede ser la primera carta. Faltan los datos clave, como el importe y, fundamental, el destinatario.

—Los expertos siguen buscando.

—¿Han podido averiguar la fecha de creación del archivo? —preguntó Melen.

—Ayer por la tarde, a las cuatro.

Dupin se pasó de nuevo la mano por el cabello.

—¡Mierda!

Había hablado más alto de lo habitual. Empezó a dar vueltas. Labat giraba con él. ¿Por qué aparecía de pronto un chantaje? ¿Qué podía haber detrás de todo aquello? No tenía ni la más remota idea. Lo único que estaba claro es que Tordeux parecía haber intentado extorsionar a alguien. Tordeux, una y otra vez. Ese hombre tenía, a todas luces, un potencial delictivo notable. Y era muy ambicioso. En cualquier caso, Dupin debía admitir que no le había creído capaz de llegar tan lejos. Pero era evidente que se había equivocado. Había cometido un craso error.

Los pensamientos se agolpaban en su mente. El incendio posiblemente habría sido una advertencia que Tordeux no se había tomado en serio.

—¿Eso es todo lo que han encontrado?

—En relación con ese asunto, sí. Pero... —aquello adquiría la apariencia de un nuevo punto culminante en el relato— también hemos descubierto otras cosas: a diferencia de lo que había dicho Tordeux, Delsard sí participó en la compra de la empresa de ostras de La Fôret-Fouesnant. Con ciento cincuenta mil euros para ser exactos. Hemos visto las transferencias en ambas cuentas, con los datos precisos, incluso con el número de expediente del notario. Todo transferido de modo regular.

Por lo tanto, también ahí se había equivocado. Y lo más grave: ¡Tordeux había vuelto a mentir!

—Delsard invirtió asimismo en la compra de la empresa de Cancale. Doscientos mil euros.

En ambos casos, a la vista del precio de compra, la participación de Delsard había sido muy discreta. Con todo, demostraba que Tordeux y Delsard, en realidad, tenían negocios en común.

—Todo esto no puede ser verdad. Estoy hasta las narices.

Dupin se había quedado de pie, inmóvil, con el puño apretado. Tenía la mirada

perdida en las aguas plateadas del Atlántico, que se adivinaba detrás de la desembocadura del Bélon. Todo el pueblo debía de haber oído sus palabras.

¿Acaso el núcleo de la historia estaba en una posible discordia entre Tordeux y Delsard? ¿Habían discutido? Al final resultaría que había implicaciones con la historia de los robos de arena...

—Quiero hablar con Delsard.

Dupin nunca habría imaginado que acabaría pronunciando esa frase, y menos aún con aquella resolución.

—¿Lo ve? —Labat era incapaz de contener su satisfacción—. Me encargaré de organizar el encuentro. Ah, el prefecto espera que le llame. Me ha dicho que le diga que es urgente.

—No pienso hacerlo.

—Ha retrasado la rueda de prensa hasta las dieciséis horas y quiere, cito textualmente, hablar urgentemente con usted.

—¿Y qué...? —A Dupin no le salían las palabras con facilidad—. ¿Qué hay del robo de arena? ¿Hay novedades?

—Se confirma cada vez más. —La autocomplacencia del inspector era insufrible—. Construction Traittot ha empleado cantidades importantes de arena cuya existencia y compra no constan en ningún registro contable. Lo hemos constatado sin ningún género de duda y solo puede concluirse una cosa de eso. Existen además vínculos con una empresa de transportes ficticia de Lorient, que no recibía encargos reales y que podría haberse ocupado de robar la arena de las playas; también hay indicios de ello, ya se lo dije en otra ocasión. Esperamos la emisión de una orden de detención contra Delsard en cualquier momento.

—Esto es un auténtico desastre. —A Dupin se le escapó el comentario sin más. Todo parecía ir a favor del prefecto, incluso la demostración de una relación comercial real entre Delsard y Tordeux.

Aunque parecía una película mala, tenía que hacerse una idea de lo ocurrido: la estúpida obsesión de Labat por los robos de arena y la farsa de vigilancia que había llevado a cabo por su cuenta resultaban ser pistas reales. Dupin había cometido un error garrafal. Volvió la vista hacia el río; en aquel contexto, aunque de todo aquello podía deducirse un potencial colosal para cualquier otro tipo de delito, incluso el asesinato, ¿por qué maldita razón habían sido asesinados Smith y Mackenzie?

El comisario suspiró profundamente.

—Nos vemos en tres minutos delante de la casa de Delsard. ¡Tres minutos!

Dupin se sacó el móvil del bolsillo y partió a toda prisa. Estaba de un humor de perros.

Antes incluso de pensar en el modo más conveniente de iniciar la conversación telefónica con el prefecto, su interlocutor ya estaba soltando su perorata.

Dupin se apartaba el aparato del oído todo lo que le permitían los brazos. Sin embargo, seguía oyendo con claridad cosas como «conducta infame», «boicot

deliberado», «asuntos internos», «suspensión», incluso «traslado al auténtico fin del mundo», expresión esa última que hizo pensar a Dupin cuál sería para el prefecto el verdadero fin del mundo.

La voz al otro lado del aparato se fue tranquilizando lentamente.

Dupin se acercó el auricular al oído con cuidado. Había doblado hacia la izquierda para tomar el precioso camino que bordeaba el Bélon.

—He tenido que posponer la conferencia de prensa. ¡Y es la segunda vez! Por su culpa, única y exclusivamente por su culpa. ¡Están ahí todas las pruebas y yo sin saberlo! ¡Nada de nada! Es una infamia. Solo me entero de las cosas a medias, y por parte de uno u otro. ¡Ese supuesto accidente de tráfico! ¡Las relaciones comerciales de Delsard y Tordeux, que Labat ha tenido que descubrir por usted! ¡El chantaje! — Por supuesto, Dupin debería haberlo adivinado. Labat había hablado antes con el prefecto que con él y le había puesto al corriente de todo—. ¡Y eso de que, a la postre, el incendio resultó ser intencionado! Usted sabe desde hace horas que Delsard quería matar a Tordeux, y a mí, el único responsable, no se me había informado.

Dupin reflexionó un instante: con el último punto, el prefecto debía de referirse a las pruebas halladas en el bosque y el trozo de tela. ¡Solo eran indicios, no pruebas! Pero Guenneugues no había terminado.

—¡Y usted, entretanto, siguiendo la pista de los dos escoceses! ¡Detrás de un par de quimeras absurdas que no importan a nadie! Si no hubiera retenido usted a propósito las pruebas del ataque de Delsard a Tordeux porque no se ajustan a sus ideas fijas y a sus extrañas teorías, entonces...

—¿Acaso la científica ha encontrado algo en la tela?

—Yo... No. —Su voz fue cobrando volumen de nuevo—. Pero ¿sabe usted dónde lo ha encontrado el viejo policía de los montes de Arrée? ¿Sí? Pues delante de la casa de Delsard. ¡Otra prueba!

—Detrás de la casa. Y de tal forma que cualquier profesional es capaz de ver que se trata de una pista colocada expresamente ahí.

Guenneugues fingió no haber oído la frase.

—Por cierto, disponemos del forense más profesional y mejor pagado del mundo, ¿y pide usted ayuda a ese viejo de las montañas? Pero, bueno, de eso ya hablaremos más adelante, largo y tendido, como de todo lo demás. —El tono se relajó un poco—. Así pues, esta tarde compareceré ante la prensa.

—¿Y qué historia piensa contarles?

Se produjo un largo silencio. Dupin no estaba del todo seguro de que la pregunta no fuera a provocar un nuevo ataque.

—¡Pues que ese Delsard es un delincuente múltiple! —El modo en que lo dijo fue de chiste, aunque no a oídos del prefecto—. Robo sistemático de arena, durante años, escrupulosamente organizado. Incendio provocado, intento de asesinato y, tal vez, otros asesinatos. Negocios turbios. Y a todo ello se añadirán algunas cosas más. Tordeux era su hombre de paja; a través de él, Delsard hacía negocios e inversiones

en distintos sectores, seguro que no solo en la industria de las ostras, aunque aquí sí podemos demostrarlo. Además es posible que tenga detrás constructoras no del todo legales, para esquivar el fisco. Exacto. Hay que sumar a todo eso el fraude fiscal. Tordeux, por lo tanto, sabía algunas cosas y lo había chantajeado: quería obtener una parte mayor de las ganancias. ¡Así es! Así es como se producen los chantajes. Delsard quiso librarse de todo eso.

La capacidad del prefecto de deformar los hechos era fabulosa.

—¿Y qué hay de los dos escoceses, prefecto?

—Ya se lo he dicho y no se lo pienso repetir: el pobre criador de ostras estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Cuando se transfirió el dinero. Él...

—¿Y por qué Tordeux y Delsard, que se conocían tan bien, se encuentran de repente como si fueran dos desconocidos en un lugar como ese para intercambiar el dinero? No tiene ningún sentido, ellos...

Dupin se interrumpió. Plantear aquellas preguntas al prefecto era un sinsentido. Tenía una idea fija y nadie lo apartaría de ahí.

—¿Lo ve?

Dupin no tenía ni idea de qué significaba aquello.

—Sus preguntas no conducen a nada. No tiene usted ni el principio de una respuesta. Dejaremos a los escoceses en manos de la policía escocesa. Les pasaremos todos los datos a ellos y luego pondremos punto y final a este asunto. ¿Lo ha oído, comisario? ¡Es una orden! Ponga fin a todas las investigaciones sobre ese caso. Esas historias no tienen nada que ver las unas con las otras. No hace falta que le diga la frecuencia con que se dan esas cosas: una casualidad, una coincidencia casual de acontecimientos.

Dupin no dijo nada. Sabía perfectamente que replicar carecía de sentido. Lo peor era que esa historia, contada a grandes rasgos, podía parecer plausible a personas ajenas a la misma. Para el comisario, no era el primer caso en que, de pronto, el interés de todo el mundo por conocer la verdad y aplicar esfuerzos en desenterrarla se perdía; se extinguía, sin más, languidecía en una suerte de agotamiento general. Llegaba un momento —no relacionado con la duración real de la investigación en el tiempo, sino con su propia dinámica interna— en que bastaba con explicar una historia creíble que lo abarcara todo para ponerle fin. Tanto daban las lagunas que presentara dicha historia y su magnitud. Era suficiente con que lo pusiera todo en contexto, que incluyera todos los elementos. A menudo, aquello suponía un alivio para todas las personas que participaban en la investigación, aunque de vez en cuando les provocara remordimientos. Dupin conocía esa tentación, la conocía muy bien, pero siempre le había resultado imposible caer en ella. Sencillamente no podía aceptar algo que sabía que no era cierto.

—Muy bien. —Naturalmente, el prefecto había malinterpretado su silencio—. Entonces estamos de acuerdo. No se tome mis palabras tan a pecho. Considérelas una advertencia. —Luego inspiró de forma teatral—. Ah, querido comisario, a veces nos

obsesionamos con algo, y las cosas, ciertamente, son complicadas. En esos casos es bueno tener a un contrincante inteligente. Por cierto, tengo otra buena noticia: acudiré a Port du Bélon para detener a Delsard en persona. ¡Ah, y haga que su inspector vuelva de Escocia de inmediato! Un viaje tan caro podría comprometer el presupuesto para desplazamientos de su comisaría.

—Eso usted no... —Dupin se calló.

—Repito: espero que dé la orden a Le Ber de regresar cuanto antes.

El comisario notó que el prefecto se tomaba el asunto en serio. Muy en serio.

—Tengo que hacer una serie de llamadas importantes. ¡Le veo ahí!

Guenneugues colgó.

Dupin no habría sabido decir lo que sentía: espanto, incomprensión, asco, rabia, rebeldía... Todo al mismo tiempo.

Movió la cabeza, una, dos veces, y se pasó la mano por los cabellos del cogote.

Sin darse cuenta había recorrido un buen trecho del paseo junto al Bélon. Había bordeado ya la bahía mayor, la primera. Entre los robles se alzaban unos pinos altos que llegaban hasta la orilla. Allí el agua estaba en calma, transparente; había unas cuantas piedras en la arena clara y unos pececillos iban de un lado a otro por las aguas poco profundas.

Se dio la vuelta y regresó a media carrera con el móvil pegado a la oreja. Quería oír todo lo que Le Ber tenía que contarle.

—Le Ber, ¿qué hay...?

—¿Jefe?

De nuevo resultaba difícil comprender lo que le decía Le Ber, aunque en esa ocasión los ruidos de fondo eran distintos. Voces. Voces muy alegres.

—Necesitamos...

—Apenas le entiendo, jefe. Este *pub* está muy concurrido. Harold y yo hemos pedido un *haggis* y una pinta para acompañar; está delicioso, aunque no es para cualquiera. Se bromea injustamente sobre la cocina escocesa, pero...

—¡Le Ber! ¿Qué le ha contado el periodista?

—Hemos hablado un buen rato. En efecto, el atraco fue toda una sensación. En aquella época, Harold se involucró mucho en el asunto y, lo crea o no, todavía conserva las notas de entonces. Seguro que le caería a usted bien, jefe.

—¡Al grano, Le Ber!

Al menos entonces se le entendía.

—En un primer momento, el atraco les salió a pedir de boca, pero luego todo se fue de madre. Un vigilante de seguridad sacó la pistola y se produjo un forcejeo; Mackenzie, que al parecer era el cabecilla de la banda, arremetió contra él, se hizo con el arma y la disparó. El vigilante sufrió una herida en el estómago de la que sobrevivió. Sin embargo, durante la pelea, Mackenzie también resultó herido y no logró escapar. Smith y Ben Osborn, el tercer hombre, huyeron en sendas motocicletas. Osborn llevaba el dinero, concretamente, doscientas cuarenta y tres mil

libras. Una hora más tarde, detuvieron a Smith; estaba completamente borracho. El tercer hombre intentó escapar en un bote, pero el mar estaba muy agitado. Un pescador lo vio zarpar; era imposible sobrevivir a eso. —Le Ber hablaba de forma sucinta respecto a su estilo habitual; la explicación era prolija en detalles, pero aun así concisa—. Dos días más tarde, encontraron el bote destrozado contra una roca junto con un zapato y la máscara del atraco.

—¿Y el dinero? —El comisario avanzaba a paso rápido.

—El dinero nunca se encontró. Los guardacostas lo buscaron durante días. Se cree que desapareció en el Atlántico. En cuanto se abandonó la búsqueda, los pescadores y otros lugareños empezaron a hacer inmersiones para encontrarlo. Aquello fue, claro, toda una sensación: una suma enorme de dinero vagando por las aguas, metida en una bolsa de plástico. Imagínese. La búsqueda se convirtió en una especie de deporte. Pero nadie lo encontró.

—¿Qué pasó con Mackenzie y con Smith?

—Admitieron los hechos y pasaron en la cárcel cuatro y tres años respectivamente. Tuvieron suerte porque aún no habían cumplido los veintiuno. Si no, la condena habría sido mucho mayor.

Dupin no habría sabido decir por qué le interesaba tanto aquella historia.

—Tal vez alguien encontró el dinero y no lo dijo —apuntó Le Ber.

—¿Qué quiere decir con eso? —Dupin tenía la cabeza ya en otra parte.

—Uno de los pescadores podría haber encontrado el dinero y haberlo gastado lentamente, con disimulo. O podría haberse ido a vivir a otra parte.

Si suponían que el dinero no había desaparecido, había muchas historias posibles.

Se produjo una larga pausa.

—O bien, bueno, podría ser que el dinero ni siquiera hubiera llegado al agua porque se hubiera quedado guardado en algún otro lugar. Otra posibilidad —dijo Dupin barajando distintas opciones— es que el tercer hombre no llegara a tenerlo jamás y que Smith lo guardara en algún lugar.

—Tiene razón, jefe. Todo es posible. De hecho, todo se basa en las declaraciones que hicieron ambos. Solo conocemos esa versión. Podrían haberse puesto de acuerdo: Mackenzie y Smith estuvieron en la misma cárcel. Antes incluso de ir a juicio.

—Puede que Smith mintiera también a Mackenzie. Puede que él inventara la historia de que el tercer hombre tenía el dinero.

—Harold ha dicho lo mismo.

—¿Hubo pruebas?

—No. Ninguna.

—¿Y qué más cuenta ese tal Harold?

Para entonces Dupin ya había llegado al Château. Magalie Melen lo esperaba delante de la casa de Delsard.

—Los tres se conocían desde los dieciséis años. Aunque eran de sitios distintos, todos procedían de la isla de Skye y pasaron un año en Portree aprendiendo a pescar.

Luego los tres trabajaron en un criadero de ostras y moluscos. Iban siempre juntos a todas partes, a los mismos *pubs*. Hicieron muchas tonterías. En una ocasión se hicieron con la barca de su jefe y viajaron durante tres días por las islas Hébridas exteriores en estado de completa embriaguez. Casi pierden la vida como consecuencia. Luego el hombre los despidió.

—¿Otros delitos?

—Delitos menores: alguna pelea, destrozo de mobiliario, un coche roto, nunca nada verdaderamente grave. Jamás una agresión física, ningún robo importante ni nada por el estilo. Con el dinero del atraco querían largarse de allí.

La vida de unos chicos en los años setenta en una isla dejada de la mano de Dios, sin rumbo ni oportunidades, se dijo Dupin, debía de haber sido terrible, miserable y mezquina. Comprendió al punto aquel viaje salvaje en barco. Y, por estúpida que fuera la idea del atraco al banco, entendía la urgencia que tenían por marcharse de ahí.

—¿Cuánto tiempo trabajaron en la empresa de ostras y moluscos?

—Casi dos años.

—Siga indagando, Le Ber. Haga que Harold le cuente más cosas.

—Hay una cosa más, jefe. Hemos encontrado al periodista que escribió el artículo para el *Piping Today*. Él y el fotógrafo pasaron dos noches allí. Se alojaron en Pont-Aven, en el Central.

Le Ber esperó una reacción por parte de Dupin, que no se produjo. El comisario conocía el hotel.

—No les llamó la atención nada en particular. Solo hablaron con el director del grupo, un tal Danneau. Las fotografías no pretendían centrarse en nadie en particular.

—Bien. Llame a Nolwenn y póngala al corriente de todo. Por lo demás, no diga a nadie ni una sola palabra. ¡No responda a ninguna llamada! ¡Solo a las mías y a las de Nolwenn! —Dupin debía proteger a Le Ber; no quería decirle nada acerca de la orden del prefecto y no estaba tampoco dispuesto a hacerle volver—. En especial, ninguna llamada de Quimper o de algún número desconocido. Y, por favor, ¡informe!

Dupin colgó. Estaba a un par de metros de la casa de Delsard.

Tal vez aquella dramática historia tuviera algún extraño reflejo en la actualidad. La pregunta era ¿cómo y por qué volvía a surgir al cabo de cuarenta años y precisamente en la Bretaña? ¿Y si el dinero aún existía y había llegado indirectamente hasta allí? ¿Quizá alguien a quien Mackenzie, Smith o ese tercer hombre conocían, y muy bien, de entonces? ¿Una persona que aparecía también en la fotografía del *Piping Today*?

Dupin se contuvo. Superaría aquel cansancio espantoso y redoblaría sus esfuerzos. ¡Volvería a analizarlo todo otra vez, desde todos los ángulos!

Magalie Melen se encontraba en la entrada del terreno de Delsard, junto a un

Porsche todoterreno.

Estaba esperando a Dupin.

La casa no se veía desde la calle. La tapaban unos arbustos de oleandros, camelias y laurel. Solo podía verse tras dar unos pasos en la entrada: era una granja antigua elegantemente restaurada, con una valla en torno a un jardín con aspecto de parque, orientado hacia el este, hacia Riec. En el centro de aquel frondoso jardín, había una piscina fantástica y varias palmeras. Repartidos por el lugar había también varios arbustos de malva. Detrás del jardín empezaba el bosquecillo por el que serpenteaba el pequeño camino donde habían encontrado el retal.

Melen mantenía el móvil pegado a la oreja.

—Muy bien, gracias.

Colgó y se acercó al comisario.

—Está en su despacho, acompañado de dos abogados. Le espera.

Aquello parecía la escena que precede al enfrentamiento definitivo en una película de vaqueros.

—Vamos allá.

Melen se dio la vuelta y pasó junto al vehículo. Era evidente que conocía el camino.

—Cueff llegará en media hora —dijo cuando se le acercaba Dupin—. Aún no han detectado la presencia de la bacteria en el Bélon, pero en principio se mantiene la prohibición de venta. Han aparecido otras pruebas de fraude sistemático por parte de Tordeux; ahora ya se puede hablar de delito; no hay ninguna novedad sobre la carta de chantaje. Hasta ahora los informáticos no han podido recomponer ningún otro documento importante. Y en el trozo de tela tampoco se ha encontrado ninguna pista.

Había una gran cantidad de pistas.

—Se me ha ocurrido una teoría muy descabellada —continuó la agente, con tono vacilante—, aunque por desgracia no se sostiene. ¿Y si Mackenzie no estuviera muerto? ¿Y si su muerte fuera fingida?

—¿Qué le hace pensar algo así?

—No tenemos su cadáver. De hecho, no tenemos nada. Podría ser perfectamente una simple puesta en escena por su parte. A fin de cuentas mató a su compañero de camino aquí tras salir del aeropuerto, solucionó en Port du Bélon el asunto que le había traído hasta aquí, fuera el que fuese, y se largó, desapareciendo expresamente del mapa.

Aquella ocurrencia de Melen, de repente, parecía extrañamente admisible.

—Centrémonos en la escena del aparcamiento: Mackenzie quería que lo dieran por muerto; luego hizo desaparecer su coche de forma que casara con la hipótesis de que se había producido un asesinato y que el cadáver había desaparecido en el mar. De hecho, si lo hubiera visto alguien que no fuera la señora Bandol, un excursionista, por ejemplo, se lo habrían creído al momento. Eso aclararía también por qué la señora Bandol solo vio un vehículo: el de él. —Melen se quedó parada un momento

—. Sin embargo, entonces, por desgracia, otros elementos importantes carecerían de sentido. —Prosiguió sin más con la explicación de su teoría—: ¿Por qué, por ejemplo, se tomó la molestia de escenificar un asesinato en el aparcamiento, sin poner más pistas? Le habría resultado muy sencillo dejar un rastro de sangre, con un trozo de tela que lo identificara fácilmente como la víctima.

Entretanto ya habían entrado en la casa y estaban junto a la escalera que llevaba a la primera planta. Dos agentes lo controlaban todo con ojos de águila. Les saludaron con la cabeza.

—Es una teoría interesante.

—Pero no aclara lo que más nos importa, esto es, qué asunto tenía que arreglar Mackenzie en Port du Bélon.

Así era. Y, sin embargo, Dupin se dio cuenta de que había algo ahí que le gustaba.

—Ahora le dejaré solo, comisario. Regresaré con los expertos que están analizando los datos de Tordeux.

—Sí, hágalo.

Dupin subió la escalera rápidamente.

Al llegar a la primera planta, se encontró en una sala impresionante. Se trataba de una estancia alargada, con aspecto de oficina, cuyos grandes ventanales daban al exterior, al jardín. Todo parecía ostentosamente caro. Por doquier había objetos que no encajaban con el exquisito gusto con que se había restaurado el edificio: un sofá de piel amarillo chillón con estructura de acero inoxidable, un aparador de acero inoxidable mate. Al final de la estancia había una mesa de oficina de aluminio apoyada contra la pared en la que se amontonaban documentos y carpetas; tenía dos pantallas de ordenador grandes colocadas una junto a la otra. Delante de estas había dos hombres vestidos de paisano, los expertos.

Labat y un joven alto al que Dupin no conocía se hallaban de pie junto a una gran butaca de piel que, por algún motivo no evidente, era de un amarillo distinto al del sofá. En ella se encontraba sentado un hombre de pequeña estatura, delgado, que, de ser Delsard, lucía un aspecto totalmente distinto al que había imaginado Dupin. Tenía el rostro hundido, y la expresión, nerviosa, casi asustada; su apariencia era triste, abrumada. Junto a él había dos hombres vestidos elegantemente trajeados, los abogados sin duda.

El hombre alto y Labat se aproximaron a Dupin. Eran un equipo muy dinámico.

—Jason Riefolo, director del grupo de operaciones especiales.

—Un momento. —Dupin se dio la vuelta y se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros.

El rostro del director del equipo adquirió inmediatamente un tono púrpura.

—No irá ahora a... —No podía ocultar su enojo.

Dupin no se paró a escuchar a Riefolo y regresó a la escalera con el teléfono pegado al oído.

—¿Le Ber?

Dupin habló en voz baja.

—¿Jefe?

Por primera vez la conexión era excelente, constató Dupin con alivio.

—¿Alguna otra novedad de Harold?

—Nada más sobre nuestra historia.

—Siga en ello, Le Ber.

Dupin colgó.

Regresó, pasó sin más de Labat y del director de operaciones y se encaminó directamente hacia el hombre delgado que estaba sentado en la butaca de piel amarilla. Los dos abogados, de unos treinta años, se acercaron de inmediato al hombre, uno a la derecha y el otro a la izquierda.

—Comisario Georges Dupin, de la comisaría de policía de Concarneau. ¿Supongo que es usted el señor Delsard? Me encargo de la investigación de los asesinatos que se han producido en los dos últimos días.

El prefecto no debía enterarse nunca.

—Este registro, totalmente cuestionable —se adelantó el hombre a la derecha de Delsard—, no guarda relación alguna con ningún asesinato; el objetivo policial expresado es otro. Usted...

—Yo no pretendo registrar nada. Solo quiero hablar con el señor Delsard. Él, a través de su hombre de paja, Matthieu Tordeux, se ha metido en el negocio de las ostras. Y tanto los dos asesinatos de los últimos días como el intento de asesinato de hoy parecen guardar relación con acontecimientos exvinculados al negocio de las ostras. Mis investigaciones giran en torno a una sospecha de asesinato, no a robos de arena.

Entretanto Labat y el director del grupo de operaciones especiales se habían aproximado y habían oído todas y cada una de aquellas palabras. Pero a esas alturas a Dupin le traía sin cuidado.

—Esto es ridículo.

Fue Delsard en persona quien contestó; su voz parecía algo temblorosa, pero fría.

—Señor Delsard, debería usted guardar silencio y dejarnos hablar a nosotros —le recomendó el abogado de la derecha mientras el de la izquierda asentía.

Dupin no reaccionó, se quedó mirando a Delsard como si estuviera a solas con él.

—¿Cuándo ha llegado usted aquí hoy, señor Delsard?

—Mi cliente se encuentra en su casa desde primera hora de la mañana, aproximadamente las diez. Él...

—¿Acaso no estaba aquí cuando ha empezado el registro?

—Mi cliente no estaba en casa.

—¿Qué significa «aproximadamente las diez»?

—Aproximadamente las diez.

—¿Dónde ha estado usted antes, señor Delsard? ¿Entre las nueve menos cuarto y las diez?

—No vemos motivo alguno para contestar.

Dupin no podía obligarle. Delsard no debía decir nada, y lo sabía.

—Así que ¿ha llegado a casa poco antes de las diez, señor Delsard?

—Ya se lo hemos dicho.

Delsard miraba con indiferencia por el ventanal mientras sus abogados hablaban por él.

—¿Ha llegado aquí usted solo?

—Sí. Nos hemos encontrado aquí con nuestro cliente.

Con ello quedaba demostrada una cosa: Delsard no tenía coartada para el momento del delito.

—¿Ha venido aquí él solo? —Por primera vez Dupin se dirigió al abogado.

—Nos hemos encontrado con él aquí mismo, ya se lo he dicho. —El abogado estaba incómodo; se había dado cuenta de que había dicho algo que interesaba al comisario.

Dupin se dirigió de nuevo a Delsard.

—¿Dónde estuvo anteayer, martes, entre las cuatro y las cinco de la tarde, así como ayer sobre las seis y media de la tarde?

—Tampoco diremos nada al respecto.

Aquel ridículo juego prosiguió.

—¿Conoce usted a un tal Ryan Mackenzie o a Seamus Smith?

—No hay motivo para hacer esa pregunta al señor Delsard y, por lo tanto, no hay motivo para responder.

Dupin aflojó.

Podía ahorrarse el resto de las preguntas, a pesar de que, claro está, le habría gustado saber más cosas. Quería saber más sobre la auténtica relación con Matthieu Tordeux, algo que Delsard jamás le contaría. Además, Cueff estaba a punto de llegar. Sin embargo, había descubierto una cosa, y era que Delsard carecía de coartada para esa mañana.

—Muy bien, señor Delsard. En el asunto del intento de asesinato contra Matthieu Tordeux, voy a solicitar una orden de detención contra usted. De forma que tendrá dos. A ver quién se queda con usted, señor. El delito más grave decide.

—¡Es mi hombre! Lo detendremos nosotros; está acusado de un robo especialmente serio, de delitos graves contra el medioambiente y toda una lista de infracciones más. El prefecto...

—Sí, lo sé, vendrá en persona.

Sorprendentemente, Labat se había mantenido al margen de la conversación, algo que no se correspondía en absoluto con su modo de actuar.

—Va a ser un gran acontecimiento, sin duda.

Dupin se dio la vuelta y volvió a la escalera. Tenía que salir de allí.

Treinta segundos más tarde, había abandonado la casa.

El coche que llevaba a Cueff se había retrasado a causa de una fuerte lluvia en el interior y Magalie Melen calculaba que estaría allí en unos veinte minutos. Dupin había decidido encontrarse con Cueff en La Coquille; a esa hora no habría mucha actividad.

Mientras hablaba con Delsard, le habían llegado dos SMS. Eran de Claire. Uno decía: «Llámame». Y al cabo de unos minutos: «Estoy en Lorient. Vuelvo a las seis. ¿Comemos algo por ahí?». Con el trajín de aquel día, Dupin casi se había olvidado de Claire; desde la breve llamada telefónica de esa mañana, no había vuelto a decirle nada. Tenía que llamarla y cancelar la cita. «Lo siento, no puedo. Te quiero. G.».

Dupin se había quedado parado en la calle, en dirección al muelle, para escribir el mensaje, a apenas unos pasos de la casa de Delsard. A la izquierda, a lo largo del límite de la residencia del constructor y frente al muro del terreno de Tordeux, salía uno de los caminos que conducían al bosquecillo y luego a la senda de los cazadores. Andando por allí debía de llegarse directamente al Bélon. Dupin pensó en ello un momento.

Luego penetró en aquella espesura, casi selvática.

También allí el ambiente era sombrío, igual que donde había estado con L'Helgoualc'h y Melen.

Al cabo de unos minutos, había llegado a la senda de cazadores que llevaba al tramo de carretera del accidente. El comisario siguió adelante, con paso lento. Intentaba pensar, poner toda la información en orden. Por encima de su cabeza, las espesas copas de los árboles se tocaban entre sí; el bosque se olía y saboreaba en el aire, en el suelo húmedo, en la resina de la madera.

Desde el punto de vista táctico, la charla con Delsard no había sido acertada. Se había impuesto el cansancio. A pesar de sus esfuerzos, Dupin era incapaz de pensar con claridad. En cambio, era imprescindible que consiguiera ordenar sus ideas.

De pronto, entre los troncos, vislumbró un brillo azul, primero muy débil, luego cada vez más intenso.

El Bélon.

El sentido de la orientación de Dupin lo había conducido a donde él quería. Al cabo de un par de metros, salió del bosquecillo y se detuvo.

Era asombroso. En la zona de Port du Bélon donde había estado en los últimos días y que tan bien conocía por sus paseos, el Bélon era sobre todo mar. No solo porque desde allí se veía la desembocadura y el Atlántico en toda su extensión, no, sino también porque el ambiente era absolutamente marino. En cambio ahí, al otro lado de la lengua de tierra donde se levantaban las casas, todo era distinto. Ante él se abría un paisaje marino perfecto, tranquilo, agradable. Visto desde allí, el Bélon era una enorme superficie de color azul grisáceo, lisa como un espejo, de dos o tres kilómetros de longitud y aproximadamente medio kilómetro de ancho. Totalmente en calma. Aunque la marea seguía siendo alta, ya había empezado a bajar. En los márgenes se veían algunas mesas de cultivo de ostras. También justo delante de él.

Dupin prosiguió y se quedó a unos centímetros de la línea del agua.

Había visto algo brillante. A través de las aguas poco profundas, vislumbró un par de caparzones relucientes de ostras planas y, junto a ellas, una ostra gigante. Un ejemplar especialmente grande. En una ocasión, en el mercado de Concarneau, Le Ber le había hablado al respecto: se trataba de un *ped de cheval*, llamado a veces «ostión». Eran ostras que se escapaban de los parques y que, en libertad, podían alcanzar tamaños enormes; cierto que esa no era tan grande como la de su sueño, pero realmente era inmensa. Una ostra de cuarenta centímetros resultaba impresionante. Hacia la izquierda, la espesura del río fue aclarándose hasta convertirse en un prado. Al contemplarlo detenidamente, Dupin se dio cuenta de que se trataba, en realidad, de un jardín. Un jardín maravilloso. Detrás de tres grandes abetos, había un pequeño palacete de granito gris claro. Era un lugar encantador, como de cuento. Tenía que tratarse de la casa de la señora Bandol.

Dupin recorrió un tramo del camino de piedra de la orilla. Primero con cierta vacilación, luego cada vez más decidido. Atravesó el césped y a continuación se dirigió al palacete. Naturalmente esperaba una residencia hermosa —al fin y al cabo, la habían comprado las hermanas Bandol—, pero aquello superaba todo cuanto había imaginado.

Se acercó a la entrada, a la cual se accedía por una escalera de piedra.

—¡Hola! ¿Señora Bandol?

Era absurdo que gritase. La casa era una construcción maciza y seguramente tenía decenas de habitaciones. Lo mejor era llamar al timbre.

—¡Estoy aquí! ¡Aquí!

Dupin se volvió. A unos veinte o treinta metros, había un cenador, parcialmente cubierto de camelias en flor, situado justo al lado de un meandro del Bélon. No podía haber un lugar más idílico. Delante se abría una gran terraza de madera junto a las aguas, con tres tumbonas de aspecto cómodo en naranja, amarillo verdoso y turquesa. En la tumbona de color turquesa, con el respaldo erguido, estaba tumbada Armandine Bandol. No hizo ademán alguno de levantarse. Tenía a Zizou a sus pies y parecía profundamente dormido.

El comisario fue hacia ella.

—Viene usted demasiado temprano —dijo la mujer con tono reprobatorio—. No le esperaba aún.

Dupin cayó entonces en la cuenta de que le había prometido pasar «más tarde» por su casa.

—Pero, en fin, ya está aquí.

Ella seguía sin hacer ningún ademán de ponerse en pie. Junto a la tumbona, en el suelo de madera, tenía una copa alta y estrecha. Una copa de champán. Al lado, había una tetera y una taza de té. También había un libro, un periódico, un sombrero elegante de color rojo y una campanita de cristal.

—Yo... —Dupin no quiso admitir que había llegado allí de casualidad, más

cuando no podía quedarse mucho rato—. Todo se ha retrasado un poco, señora Bandol. El señor de Cancale se ha retrasado. Tengo poco tiempo, pero tenía muchas ganas de pasar a visitarla.

A pesar de que sus palabras no eran totalmente coherentes, parecieron apaciguar a la señora Bandol.

—Siéntese, vamos —dijo ella señalando la tumbona naranja—. Aquí, a mi lado.

Dupin vaciló, pero fue solo un instante. Luego se sentó. El respaldo era totalmente recto.

—Quédese usted un ratito en silencio aquí y deje que el paisaje ejerza su influjo. A mí me ayuda muchísimo cuando tengo que reflexionar.

Ella cerró los ojos.

Tras una breve vacilación, Dupin se reclinó en el asiento y miró a su alrededor. Se sentía inquieto, pero allí el mundo era como un jardín celestial. Armonía. Placidez. Templanza. Resultaba extraño, pero la naturaleza parecía infinitamente bondadosa. Todo estaba en silencio, solo se oía una brisa ligera.

—Yo veo mucho más con los ojos cerrados. El paisaje de aquí —reflexionó la señora Bandol— es el paisaje de los cuentos y los cuentos se reflejan en nosotros. — Se detuvo un momento, abrió los ojos, volvió la vista hacia Dupin y de repente habló de forma enérgica—. Muy bien, a ver. Manos a la obra, comisario. ¿Cómo está la situación?

Dupin se había dejado llevar unos instantes. Curiosamente, sin saber por qué, le había venido a la cabeza la ostra gigante. Desde entonces, había algo que le inquietaba.

Las palabras de la señora Bandol lo devolvieron a la realidad; Dupin miró asustado el reloj, y luego, el móvil. Ninguno de esos gestos le pasó desapercibido a la señora Bandol.

—Aquí no hay cobertura. Jamás. Es algo que me encanta.

Dupin pensó qué debía hacer entonces. A fin de cuentas, ya era tarde.

—Yo... Bueno, señora Bandol, no sé si le importaría. —La idea era ciertamente extraña pero, a la vez, muy práctica—. ¿Le importaría si pudiésemos charlar aquí, en su casa, con el señor Cueff?

La expresión de ella no dio a entender de ningún modo que la propuesta le pareciera rara.

—¿Tal vez en el cenador?

Dupin, en realidad, había pensado en una sala del interior de la casa, aunque no veía por qué no podían hablar allí. Era consciente de que la impresión sería extraña, pero, de todos modos, era lo más sencillo. Además, allí seguro que estarían solos y nadie les molestaría. Por otra parte, no era malo que un sospechoso se sintiera inquieto.

—Hace usted un inmenso favor a la policía, señora Bandol.

La señora Bandol sonrió, pero su gesto hizo evidente también que le parecía

excitante poner el cenador a disposición de una actuación policial.

—Faltaría más. Además, de hecho, yo soy parte del equipo.

Tomó la campanita que tenía junto a su tumbona y la hizo sonar.

—¿Me permitiría usar su teléfono? —preguntó Dupin, al tiempo que se ponía de pie—. Debo informar a Magalie Melen.

—Por supuesto, comisario, por supuesto.

Una joven vestida de negro con delantal de puntas se acercó con pasos cortos desde la casa. Su expresión no era precisamente sumisa.

—¿La señora ha llamado? —preguntó.

—Dos cosas, Odette: muestre a este caballero dónde tenemos el teléfono. Tiene que hacer una llamada urgente. Además, en unos minutos tendremos visita, en el cenador. ¿Podrá prepararnos un té?

—Me parece —intervino Dupin, interrumpiéndola de forma amable pero clara— que bastará con una jarra de agua, señora Bandol.

—Al menos un café para acompañar, para todos.

Dupin vaciló, aunque luego cambió de idea.

—Señora Bandol, ¿le importaría que la señorita Odette llamara a Magalie Melen y le dijera que acompañe hasta aquí al señor Cueff?

La señora Bandol se volvió hacia la chica.

—Haremos lo que ha dicho el señor comisario. Tenemos el número.

—De acuerdo, señora.

La señorita Odette desapareció.

—¿Quién se encarga del mantenimiento de todo esto, señora Bandol? El jardín, todo el terreno.

—Tengo un pequeño grupo que se encarga de todo: un jardinero, una mayordoma, una cocinera y Odette. Cuando es necesario, los tres tienen personal que les ayuda. Una propiedad exige un poco de dedicación.

—¿Conoce personalmente al señor Delsard, el constructor?

Los ojos de la mujer reflejaron cierta confusión.

—No estará considerando que nuestro caso guarda alguna relación con los robos de arena, ¿verdad? Comisario, estoy tremendamente decepcionada. ¡No pierda usted el orgullo! —Dupin no habría sabido decir si el espanto era real o fingido—. Usted es un auténtico investigador. No como Hércules Poirot, ciertamente, pero bastante bueno. Sacará a la luz el secreto en torno al que gira toda la historia. Yo le ayudaré.

Dupin, sin quererlo, sonrió.

—Y, bueno, ya que lo pregunta: no, no lo conozco. Sé quién es, pero no sé más. No es nada simpático. Nunca saluda.

—En cuanto al señor Kolenc, ¿confía plenamente en él?

El rostro de la mujer adoptó entonces una repentina expresión de profunda estupefacción.

—Hasta aquí podíamos llegar. Él forma parte del equipo. Es de los nuestros. ¡Por

supuesto! Es un amigo.

Con esas palabras zanjó el asunto.

—Ese constructor podría estar involucrado en varias historias que no tienen ninguna relación entre ellas, como la nuestra —reflexionó la señora Bandol—. Y su amigo Tordeux no solo sería una víctima, sino también un delincuente, tal vez incluso el asesino de los dos escoceses. Antes de que él mismo fuera agredido. Eso daría un giro muy interesante a la historia: si Tordeux muere, el asesino habrá sido asesinado. Y tendríamos otro asesino.

—Lo que dice es, en efecto, muy posible. En cualquier caso, Tordeux estaba chantajeando a alguien. Hemos encontrado una carta que lo demuestra, pero, por desgracia, carece de destinatario. No sabemos a quién la dirigía.

La señora Bandol abrió los ojos, estupefacta.

—¡Ese hombre es capaz de todo! ¡Ya lo ve!

Dupin se había levantado e iba andando de un lado para el otro, inquieto. Se detuvo junto al río y dirigió una mirada hacia el tranquilo Bélon. Aún no era consciente de qué le provocaba aquella comezón, pero estaba seguro de que era algo importante.

—Muy bien, señor comisario. ¡Reflexione! Es lo que yo decía. Así todo se volverá más claro.

Dupin solo oía a la señora Bandol a lo lejos.

Conocía ese momento, cuando algo en su interior —y en este caso hablar de intuición no era nada exacto— se activaba por su cuenta; algo que su entendimiento no era capaz de esbozar de inmediato o, solo en parte, de un modo muy impreciso.

Cueff estaba calvo; únicamente en las sienes se advertía un poco de pelo corto y canoso. Llevaba unas pequeñas gafas de concha, que hacían que su mirada de ceño fruncido resultara pérfida. Era de constitución fuerte, pero no una persona atlética, sino más bien recia, lo cual contrastaba intensamente con su rostro delicado. Dupin se dijo que a veces hay cabezas que parecen no encajar con el cuerpo sobre el que se asientan, o al revés.

Magalie Melen había llevado a Cueff en coche hasta allí; no habían tardado mucho.

La señorita Odette los había acompañado hasta el cenador, que estaba pintado de blanco y decorado con tallas de madera opulentas. Cinco columnas de madera sostenían la cúpula. Debajo había dos bancos de madera colocados en ángulo recto de tal modo que pudiera admirarse el Bélon y todo aquel paisaje tan colorido.

La señora Bandol se había quedado en su tumbona; había cogido un libro y parecía enfrascada en la lectura.

—Tome asiento. —Dupin no creyó que hubiera motivos para ser amable—. Señor Cueff, usted hizo a propósito una declaración falsa: hemos podido comprobar que

anteayer sí salió de casa. Tenemos una testigo. Y por la tarde estuvo usted en Port du Bélon.

Como no tenía nada que perder, el comisario se dijo que podía intentar sonsacarle atacándole directamente.

Tras un momento de sorpresa, Cueff soltó una risa burlona.

—Así que ¿he sido arrastrado por toda la Bretaña amenazado con una orden de detención por comprar dos kilos de cigalas, una ensalada y dentífrico? Iban a siete euros el kilo. ¡Figúrese, el kilo! No sabía que le interesaran mis compras.

—Lo único que me interesa es saber adónde fue después de comprar.

—Directamente a casa, donde...

Dupin se levantó de pronto, como movido por un resorte.

Cueff y Magalie Melen lo miraron sorprendidos. Eso era. Tenía que ser eso. Por fin sabía lo que le había estado inquietando. Ya lo tenía. Aunque, sin duda, era una idea aventurada que llevaba a una conclusión muy arriesgada y, ciertamente, osada.

La ostra gigante del Belón le había recordado el extraño sueño de la noche anterior. Tal vez aquella pesadilla no fuera tan rara como parecía. De pronto, todo cobraba sentido; repentinamente adquirirían significado tantos hechos absurdos. Las fotografías del *Piping Today*, el hecho de que Smith hubiera reconocido a alguien en ellas que le hubiera hecho llamar a toda prisa a Mackenzie...

Sin disculparse ni decir una sola palabra, Dupin abandonó el cenador y salió corriendo hasta el final de la terraza. Se encontraba en una especie de trance febril. Cueff tenía dificultades para no perder los estribos por completo, pero Dupin estaba tan sumido en sus propios pensamientos que era incapaz de oír las agrias palabras que le dedicaban.

Su cerebro repasaba la historia a toda velocidad. Contempló inmóvil la amplia extensión de agua, que reflejaba a la perfección el azul intenso del cielo.

Luego se dio la vuelta y se acercó a la señora Bandol.

Su rostro reflejaba auténtico nerviosismo y expectación.

—¿Inspiración? —preguntó ella con picardía.

—Tengo que utilizar el teléfono.

—Venga conmigo.

Ella se levantó de su asiento y anduvo delante de Dupin con paso ágil y elegante. Cueff y Melen, estupefactos, lo observaban todo desde el cenador.

La señora Bandol parecía estar disfrutando de lo lindo. No dijo nada. No hizo ninguna pregunta. Eso alegró mucho a Dupin.

Lo condujo por un pasillo de techos altos y paredes revestidas de madera, más grande que todo el apartamento de Dupin y lujosamente vacío. A la derecha había una mesa, seguramente de estilo imperio. Sobre ella, un teléfono tapizado en terciopelo con el dial rojo oscuro, que recordó a Dupin una película llamada *Fantômas* protagonizada por su venerado Louis de Funès.

—Aquí tiene.

La señora Bandol desapareció enseguida en el jardín.

Dupin reflexionó un momento. Para aquella tarea la mejor era Nolwenn. Era lo más eficaz.

Marcó su número. Ella respondió al instante.

—Tiene que investigar algo por mí, Nolwenn.

—¿De qué se trata?

La secretaria sabía ver cuándo Dupin estaba especialmente impaciente.

—Quiero que analice la vida de tres personas: Nicolás Cueff, Matthieu Tordeux y Baptiste Kolenc. Investigue todo lo que pueda encontrar. Examine los datos biográficos. La documentación oficial. ¡Mírelo todo, especialmente lo anterior a 1970!

—¿Antes de 1970?

Nolwenn parecía sorprendida.

—Partida de nacimiento, escuela, formación, lugares de residencia, ese tipo de cosas.

—No hay problema.

Dupin no sabía cómo podría lograrlo Nolwenn sin una orden de detención ni de registro. Pero esas eran las palabras que le gustaban.

—¿Solo estos tres?

—Sí, solo ellos.

—Por cierto, el prefecto quiere que hagamos volver a Le Ber de inmediato.

—Se quedará en Escocia hasta que no lo necesitemos.

—Le acabo de decir a la secretaria de Guenneugues que, siguiendo sus instrucciones, he intentado buscar vuelos, pero que lamentablemente Le Ber hoy no conseguirá llegar a Glasgow a tiempo para el último. He reservado para el primero de la mañana, a las seis y cinco. No tenemos más tiempo.

—Es suficiente. Es usted fabulosa.

—Le llamaré en cuanto tenga alguna cosa. Supongo que todo esto es secreto.

Dupin lo había olvidado. En realidad, él ya no estaba investigando, porque oficialmente el caso estaba cerrado.

—Por completo.

Al instante ella ya había colgado.

Dupin volvió de inmediato al cenador.

Cueff entretanto se había puesto de pie y estaba furioso.

Melen se había quedado sentada y parecía totalmente tranquila. Casi relajada. La señora Bandol se había colocado divinamente en su tumbona de tal modo que podía verlo todo.

Dupin fue al grano.

—¿Dónde vivía usted antes de 1970, señor Cueff?

—Ese comportamiento suyo hacia mí es de una desfachatez colosal...

—Antes de 1970, señor Cueff.

Aquel tono brusco de su voz, reforzado por su poderosa presencia física —Dupin se había quedado de pie justo delante de Cueff—, tuvo efecto.

—En Cancale.

—¿Y dónde nació y creció?

—¿Por qué?

—Lugar de nacimiento y primeros años.

—Cancale.

—¿Colegio, estudios, todo en Cancale?

—Sí.

Cueff volvió a sentarse. Dupin se quedó de pie.

Si Cueff era quien estaba buscando, le mentiría. Y era posible incluso que hubiera algún que otro documento falsificado o desaparecido.

—¿Tiene la policía alguna otra pregunta ocurrente para mí?

Cueff se esforzó por adoptar la actitud más indiferente que le era posible.

Hacerle más preguntas acerca de su biografía no serviría de nada; Dupin dejó esa parte de la investigación en manos de Nolwenn. Si había alguna cosa, ella la encontraría.

—Vamos a examinar su coche, señor Cueff, el filtro del aire acondicionado, las esterillas, todo. Ya sabe que hoy en día es posible encontrar cualquier cosa. Incluso rastros microscópicos de tierra cuya composición solo se dé en Port du Bélon, por ejemplo. En la desembocadura del río.

Dupin hablaba de forma mecánica; tenía la mente demasiado ocupada con muchas ideas a la vez.

Cueff entonces soltó una risa fuerte y forzada.

—Señor comisario, realmente es usted un payaso muy gracioso.

Dupin le dio la espalda. Con ello puso fin de forma clara a esa conversación.

Sabía que en ese momento no tenía nada con que presionar aún más a Cueff y sacarlo de su cascarón. Tenía que esperar a los resultados de la investigación de Nolwenn.

Además, por el momento, su hipótesis era muy aventurada. Una ocurrencia. Sabía que había hecho una apuesta muy arriesgada, pero no tenía más remedio.

Cueff dejó salir entonces todo su enfado.

—Resulta increíble que me haya obligado a hacer un trayecto de varias horas para dedicarme estos minutos tan fuera de lugar. Llamaré a mi abogado; a partir de ahora tomará cartas en este asunto.

Dupin entretanto ya había abandonado el cenador, pero al oír aquello se volvió.

—Yo en su lugar lo habría hecho antes. Melen, acompañe al señor Cueff al coche y llévelo de vuelta. Vigílelo. En cuanto reciba más información, es posible que regrese aquí más rápido de lo que a él le gustaría.

Diez minutos más tarde, Dupin estaba de vuelta en el muelle de Port du Bélon. A esa hora, en el río se veían los parques de ostras de Tordeux y de Kolenc. El agua, en retirada, los había dejado en gran parte a la vista. El sol ya no era tan potente ni tenía el brillo del mediodía, y el tiempo había refrescado bastante.

Dupin tenía que comer algo. Era urgente. El cruasán de Béa quedaba ya muy lejos en el tiempo. Por el camino, por un instante, se había sentido realmente mareado. Conocía esos mareos. Eran la señal definitiva. Tal vez pudiera comprar un bocadillo en la panadería de Riec; tenía tiempo antes de que cerrara. Mientras iba hacia allí podría llamar de nuevo a Le Ber, y a Nolwenn en el camino de vuelta.

Dupin enfiló la pequeña callejuela que conducía al aparcamiento. Intentó pasar lo más desapercibido posible, algo que, por su estatura, resultaba difícil. Lo último que le convenía era tener que hablar, fuera con quien fuese.

Un grito colérico y temible, que el comisario reconoció al momento, lo sorprendió:

—¡Está usted sus-pen-di-do! —El prefecto, al parecer, no sabía cómo proyectar toda la energía negativa de sus ataques en una frase—. ¡Queda usted suspendido provisionalmente y de forma oficial! ¡Queda apartado por completo del caso!

Guenneugues había salido disparado al ataque de Dupin por detrás, posiblemente desde la entrada de la propiedad de Delsard. El comisario se volvió. La cabeza con la forma perfecta de un huevo de aquel hombre delgado, pero alto y de poco pelo, vestido, como siempre, con un traje de color marrón de aspecto barato, estaba roja. Parecía que todas sus células fueran a estallar en breve.

—¡El jefe del equipo me ha informado de todo! ¡Conozco todas y cada una de las palabras! Usted ha seguido con el caso. ¡Sigue investigando el asunto de esos dos escoceses, y ninguno más! ¡Esto es sabotaje! ¡Se está riendo de mí! Y luego está el interrogatorio con Cueff y esas excusas poco convincentes sobre Le Ber. ¡Le dije antes que el caso estaba cerrado! ¡Era una orden! ¡Está sus-pen-di-do! —De nuevo, alargaba la palabra de un modo ridículo.

—Ha habido una nueva...

Dupin se interrumpió. Era una tontería. Presentar al prefecto, en ese estado, una teoría tan descabellada no era buena idea. Además, le confirmaría que seguía ocupándose de «esos dos escoceses».

—Lo digo muy en serio. ¡Queda usted apartado del caso!

Curiosamente, solo esas palabras alcanzaron de verdad a Dupin. Todo lo anterior le había parecido uno de los ataques coléricos habituales del prefecto, sin más.

—Entrégume el arma y la placa. ¡Y créame, además de la suspensión provisional, esto tendrá consecuencias muy graves!

Dupin se quedó sin habla. Tuvo que contenerse con todas sus fuerzas. Tenía los puños cerrados.

Entretanto, habían aparecido ya el jefe de la comisión especial y Labat. Se auguraba un espectáculo. Una humillación pública.

Se hizo el silencio.

Transcurrieron unos segundos. Nadie dijo nada.

El prefecto pareció notar la terrible tensión del rostro y el cuerpo de Dupin. Entonces habló con voz más queda.

—¡Arma y placa!

Dupin apretó los dientes.

Se llevó la mano derecha a la funda del arma que llevaba debajo del jersey, sacó la Sig Sauer y se limitó a tirarla al suelo, junto a él. Al hacerlo, clavó la mirada directamente en el prefecto. Lo mismo hizo con la placa. Se limitó a mover los brazos. La placa fue a caer muy cerca de la pistola.

Luego, sin decir nada, Dupin se dio la vuelta y se marchó. Lentamente, emprendió la cuesta.

Al aparcamiento.

—Quiero un informe completo sobre todo lo relevante en el caso de Delsard y Tordeux, en especial en lo referente a la falta de coartada de Delsard de esta mañana. —Aunque el prefecto hablaba en voz alta, esa vez el tono era algo contenido, ya no gritaba. No había asomo de triunfalismo. En realidad, su voz sonaba algo desvalida.

Dupin no le hizo caso. Entró en el coche. Con mucha calma. Arrancó el motor y partió trazando un gran arco.

Durante unas cuantas curvas permaneció quieto, mientras sus manos dirigían el vehículo de forma mecánica.

Luego cogió el teléfono del coche.

—¿Claire?

—¡Georges! ¡Qué bien que hayas llamado! Ya entiendo que...

—Almorzaremos juntos, Claire. Por supuesto. Eso es lo que vamos a hacer.

—¿De veras? ¿No te causará problemas?

—No, en absoluto. Me viene muy bien.

—¡Es fantástico, Georges!

—Nos encontraremos en Rosbras, en el restaurante de Marie. Yo ya estoy de camino.

—Y yo iba a coger el coche. Ya lo tengo todo listo. Estaré ahí en un cuarto de hora. ¡Hasta ahora, Georges!

El comisario notó lo mucho que ella se alegraba.

—¡Nos vemos, Claire!

Dupin inspiró profundamente.

Luego pisó el acelerador a fondo.

El comisario condujo por la carretera serpenteante que llevaba al pequeño

malecón en el que se encontraba el restaurante. Apenas distaba un par de metros del agua. No del Bélon, sino del Aven. Rosbras, que no era más que un puñado de casas, estaba a un tiro de piedra de Port du Bélon.

El Bistrôt de Rosbras de Marie era una hermosa casa antigua, pintada de blanco intenso, con repisas de madera de color gris claro en las que había unas cajas pintadas de rosa con flores abundantes, y una marquesina amplia y también gris claro, bajo la cual había una terraza de madera decorada con macetas de cerámica con olivos, oleandros y pequeñas palmeras. Las mesas eran de madera, muy sencillas y las sillas, las típicas de los bistró. El local daba directamente al Aven, que, como el Bélon, era mitad río y mitad mar. Aunque todo resultaba prácticamente perfecto, lo que hacía del lugar algo único era su ambiente, la atmósfera especial que se percibía al instante. Era la belleza única del lugar, el ambiente liviano, alegre, despreocupado. Atmósfera de vacaciones.

Dupin aparcó el coche algo lejos del muelle, fue a la terraza y se sentó en la primera fila, junto al mar. Claire aún tardaría un poco.

No había mucha gente; solo había otra mesa ocupada. Como en todas partes, también allí empezaría a acudir la gente durante la semana de Pascua; entonces empezaba la temporada.

Dupin se encontraba sumido en un estado extraño. Se sentía perplejo, incapaz de aceptar, e incluso de creer, lo que acababa de ocurrir. Y estaba además esa rabia irrefrenable que había intentado reprimir y contener durante el incidente con el prefecto, pero también en ese momento. Si no lo hacía, el resultado sería simplemente catastrófico.

A la perplejidad y la rabia se sumaba también la sensación de impotencia y de absoluta irrealidad. Todo parecía totalmente alejado de la realidad. Y estaba también el agotamiento extremo que experimentaba. Tenía ganas de llorar y de reír, de huir y de acabar con todo. Estaba aturdido. Sí, quizá esa era la palabra que mejor describía su estado. Era como si se hubiera producido un empate de emociones.

—¡Hola, Georges! ¿Qué hay? ¿Blanco o tinto?

Marie, la propietaria. Delgada, cabello oscuro, largo y algo desgreñado; llevaba unos pendientes grandes, una camiseta roja, vaqueros desgastados y una chaqueta de cuero. A Dupin ella le caía bien, igual que su marido, una antigua estrella de fútbol bretona, y la hermana de ella, que cocinaba de maravilla. Marie y su marido habían convertido el local en un lugar especial. El bar y todo el lugar.

—¡Tinto! ¡Un gascuña, por favor!

Marie le sonrió. Una sonrisa cálida y animosa. Aquello sentó bien al comisario. Le dio más ánimos que cualquier palabra. Luego ella se volvió y regresó al interior.

¿Qué debía hacer? ¿De verdad debía mantenerse al margen de todo, dejar que las cosas siguieran su curso? ¿Abandonar su extravagante teoría? En cualquier caso, una cosa era cierta: estaba suspendido. Y lo sentía. En fin, ya se vería.

Por otra parte, de camino hacia allí, Nolwenn le había llamado para avisarle de

que no era fácil obtener la documentación; solo tenía algo en el caso de Kolenc y parecía estar bien. Tal vez eso no llevase a ninguna parte. Dupin se había limitado a escucharla, incapaz de mencionar una sola palabra de lo que había ocurrido.

—El vino.

Marie había regresado y dejó una botella de Domaine de Pellchaut en la mesa.

—Gracias, Marie.

Se sirvió un poco de inmediato y se tomó la copa de un trago. El vino le recordó el verano, las tardes pasadas allí durante la puesta de sol.

Desde donde se encontraba veía perfectamente cómo se precipitaba el agua en el río, no de forma suave y lenta, sino con fuerza, imperiosa, rápidamente, con multitud de remolinos. El Atlántico recogía las masas de agua prestadas a la tierra. Cómo una inspiración y una expiración. A unos cien metros, el Aven era amplio y, un poco más arriba y debajo de allí, se abría hasta formar unos lagos, como en el Bélon, delante de la casa de la señora Bandol. La orilla estaba bordeada por bosques espesos, de color verde intenso y de una tranquilidad infinita. El canto de los pájaros, el chapoteo del agua y el ruido de los botes al entrecrochar entre sí, todo parecía amortiguado.

Dupin había vuelto a servirse una copa.

En el centro del río había varios botes amarrados a unas boyas blancas y redondas. Barcas motoras, veleros con los mástiles levantados, que daban tumbos sin parar a un lado y al otro a causa de la corriente. En la otra orilla se alzaban las escasas mansiones de Kerdruc, generosamente distribuidas entre jardines botánicos floridos. Había allí unos abetos poderosos. Más tarde, el sol se escondería entre ellos. No faltaba mucho; de hecho, ya se había acercado un poco hacia ellos, bañando las aguas y el mundo a las orillas del Aven con una suave luz dorada. Seguía sin verse una sola nube; el cielo era de un delicado azul pastel.

Dupin iba a menudo allí, con frecuencia en compañía de Claire; el Bistrôt de Rosbras era uno de sus locales favoritos. La mayoría de las veces se quedaban ahí sentados sin más, el uno junto al otro, con una copa de vino en la mano, mirando el paisaje sin hablar. Observaban los pájaros, los botes, los remolinos, el curso del sol. O ni siquiera eso: a veces se sumergían en el ambiente del lugar y del momento.

—¿Qué ocurre, Georges? Pareces enfadado. Y agotado, también.

Dupin levantó la vista, sobresaltado.

Claire estaba justo a su lado.

Seguramente había dejado el coche arriba.

—Estaba ensimismado. No estoy... —Dupin no acabó la frase.

¿Qué pretendía decir? Claire le conocía.

—¿Has comido algo?

—No.

—¿Y cuándo has comido por última vez?

Dupin hizo un gesto negativo con la mano.

—Georges, estás loco. En cambio, al menos parece que beber sí que has bebido.

Ella miró la copa y sonrió.

—Muy bien. Es mi consejo médico en caso de urgencia.

Claire se sentó. Todos los mechones de su cabello rubio normando brillaban a aquella luz cálida.

—¡Yo también estoy hambrienta!

Esa era una de las cosas que le encantaban de Claire: tenía un hambre de lobo y comía como uno.

Seguramente Marie había oído hablar a Claire. Salió y la saludó.

—Marie, tenemos que comer algo. Para mí una sopa bretona de pescado, *parmentier* de pato y pastel bretón. Por cierto, antes —vaciló, aunque muy poco— unas ostras. Que sean doce. Tomaré una copa de vino blanco con las ostras y luego tomaré también el tinto.

Al oír la comanda de Claire, el hambre de Dupin se volvió insoportable.

—Para mí lo mismo. ¡Menos las ostras!

Marie se marchó con una sonrisa.

El *parmentier* de pato que preparaban allí era sencillamente celestial: un puré de patatas cremoso con pato asado deshilachado, delicado y sabroso.

Aquello le reconfortaría. Le daría fuerzas y, lo más importante, sería fabuloso estar ahí sentado con Claire y comer. Dejar a un lado todo lo incomprensible, al menos por esa tarde. Dupin sacó el móvil y apretó el botón de apagado durante tres segundos. Una leve vibración confirmó la acción.

—Estoy oficialmente suspendido del caso. Un caso que, en realidad, no existe porque, sobre el papel, se considera resuelto. El prefecto en persona ha estado en Port du Bélon y ha arrestado al malhechor, el cual, sin embargo, no tiene nada que ver con los asesinatos.

Le había costado pronunciar aquellas frases. No tenía ni idea de cómo explicar brevemente una historia tan absurda como aquella. Y tampoco tenía fuerzas para hacerlo.

—Estoy agotado, Claire. El caso ha terminado.

—Comamos, Georges. Y bebamos vino. Nada más —dijo ella. Y se dispuso a hacerlo: le sirvió una copa y otra para ella.

—*Yec'hed mat*. ¡Salud!

—*Yec'hed mat*, Claire.

Dupin bebió.

En ese momento notó el efecto del vino en el estómago vacío. En la cabeza, en el cuerpo. Se sintió alegre. Se alegraba además de que Claire no hubiera hecho ningún aspaviento ante la situación. Ella sabía que esa actitud era la que más le ayudaba.

—Ya tengo el piso completamente montado. Apenas pienso traerme nada de París. Ningún mueble.

Típico de ella. Amueblar un piso entero en un solo día.

—El director del hospital me ha preguntado si podré volver a operar mañana. Es

un caso interesante, pero le he dicho que no. No quiero arriesgarme a perderme tu fiesta.

Ah, la fiesta. Solo le faltaba eso. La había olvidado por completo. Era lo último que le apetecía en ese momento.

Al instante siguiente, Marie apareció con las ostras y pan.

Claire se concentró de inmediato en aquellas delicias: eran ostras planas. Roció una con un poco de limón, separó la carne con un pequeño cuchillo, se colocó la ostra en los labios, la sorbió y finalmente la masticó con fruición. Dupin ya se había metido un trozo de pan en la boca y luego tomó un sorbo de vino.

Aquello le hacía mucho bien.

—Ahora podré volver a comer ostras a diario, como cuando era pequeña. Es tremendo; si las pruebas aquí por primera vez no puedes volver a comerlas jamás en ninguna otra parte.

Dupin se echó a reír. Aunque en referencia a las ostras, le resultaba difícil entender aquello, sabía perfectamente qué quería decir Claire, porque era aplicable a cuanto había allí: el pescado, los moluscos, los cangrejos, las langostas, todo lo que los pescadores locales sacaban de las aguas costeras de la Bretaña. Allí las cosas no solo tenían un sabor un poco distinto al del mejor restaurante parisino, sino completamente diferente. El pescado sabía a lo que era, tenía un sabor delicado único, una carne especial; con cada hora de transporte y de conservación que pasaba, los pescados se volvían insípidos por igual.

—Hoy he visto un tiburón peregrino, Claire. Justo delante de mí. Se alimentan solo de lo que comen las ostras, esas diminutas partículas de plancton. No comen seres humanos. —Dupin calló durante un instante—. Bueno, si lo hacen es sin querer.

Claire le dirigió una mirada breve, desconcertada.

—Era Kiki —dijo él acentuando sin darse cuenta las dos íes—. Y luego está Charlie, el ganso de Toulouse.

Dupin se dio cuenta de que estaba desvariando. Los pensamientos se le escapaban sin que pudiera retenerlos.

Estiró las piernas y se reclinó un poco hacia atrás.

—Toma una.

Claire había separado una ostra con el cuchillo. La carne flotaba en el pequeño mar que se había formado dentro del caparazón.

—Mejor no.

Claire no dejó que le afectara.

—Para los primerizos, lo mejor es un poco de vinagreta. —Tras rociar la ostra, se la ofreció de nuevo. Lo miró animosa, con los ojos brillantes.

—Mejor no. Yo... —Dupin cedió.

Tal vez no fuera una idea totalmente descabellada. En realidad sentía un poco de aprensión ante el encuentro del día siguiente con el doctor Pelliet, en la fiesta. Al menos habría cumplido una de sus instrucciones. De todos modos, si eran tan

fabulosamente saludables para el estómago —una verdadera medicina, el remedio por excelencia—, tal vez mereciera la pena intentarlo. Tal vez ayudaran de verdad.

Claire se dispuso a comerse la ostra.

—Ya me la como yo —dijo Dupin rápidamente.

Había sonado muy patético. Asió la copa de vino y tomó un gran trago. Ya estaba listo.

—Es bueno para el estómago. Son instrucciones del médico.

De repente, cogió la ostra de Claire e inclinó la cabeza hacia delante. Como no se trataba de ser elegante, se la pasó rápidamente por la boca. Recordó las palabras de Le Ber explicándole cómo comerlas, la masticó rápidamente y se la tragó. Todo aquello no le llevó ni cinco segundos. Había estado tan tenso que apenas se había dado cuenta del sabor que tenía. En todo caso, no estaba mal. Lo poco que había notado, principalmente agua fresca, salada y yodada, no tenía para nada mal sabor.

En la cara de Claire se reflejaba una auténtica admiración. Dupin se echó a reír. Se sirvió vino.

—La sopa.

Marie apareció junto a ellos con una bandeja con dos platos hondos y humeantes. Dupin se alegró de que la sopa evitara más comentarios sobre las ostras.

—Está muy caliente.

A Dupin le encantaba el olor intenso y especiado de la sopa de pescado bretona, y también el ritual que exigía. Había que untar los picatostes con salsa rouille de forma generosa —al menos en el caso de Dupin— y echarlos a la sopa, donde se quedaban flotando como pequeñas barquitas; luego se cubría todo con queso *gruyère* rallado, el cual se fundía en la sopa, oscura y espesa. El sabor era único; no había nada comparable. Era agua de mar cocinada. Un sabor intenso, oloroso, acompañado del sabor ligeramente picante y fresco de la salsa rouille.

Marie había desaparecido de nuevo.

—Tu primera ostra. Estoy impresionada.

Claire lo decía de corazón, pero acompañó sus palabras de un pequeño guiño.

—Yo también.

La sopa sabía tan bien como olía.

Comieron sin intercambiar palabra.

Los pensamientos de Dupin empezaron a embrollarse de un modo raro, dibujando unas curvas grandes y amplias, o al menos esa era la sensación. Todo aquel mundo dorado empezó a trazar curvas grandes y amplias.

El comisario acercó la mano a la copa de vino con una sonrisa.

Un pequeño y maniobrable Peugeot de la policía descendió por la curva a gran velocidad. Frenó debajo de la terraza, justo delante de su mesa. Con tanta fuerza que los neumáticos chirriaron.

Al instante, Magalie Melen saltó del coche y se plantó frente a Dupin. Todo aquello ocurrió a una velocidad vertiginosa.

—Nolwenn. Tiene nueva información. Es preciso que la llame cuanto antes.

Dupin no sabía qué decir. Claire y Marie, que en ese momento había sacado otra botella de vino para el pato, observaban la escena como si de una obra de teatro se tratase.

—Yo... —Dupin se incorporó, algo que le resultó bastante difícil— estoy fuera del caso. Estoy suspendido. No puedo. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

Tenía que hacer un gran esfuerzo para controlarse. Sus frases debían ser ordenadas y coherentes.

—Me ha dicho Nolwenn que seguramente estaría comiendo. Ha hecho algunas llamadas; de hecho, este ha sido el primer lugar que me ha dicho, pero la línea estaba constantemente ocupada.

—¿Y qué tiene? ¿Qué quiere Nolwenn? Quiero decir, ¿qué novedades? ¿Qué ha descubierto? —Las frases no habían sido precisamente elegantes.

—No lo sé. Quería hablar con usted en persona.

No estaba ya en condiciones. Y, además, estaba hasta las narices.

—Ya basta por esta tarde. Hoy, no. —Pronunció aquellas palabras de forma clara y precisa. El vino apenas se percibía en ellas—. Dígale que la llamaré mañana por la mañana.

Según cuál fuera la información de Nolwenn, siempre podría pensar en ello. Si quería. Algo que no creía en absoluto que fuera a ocurrir. Con la cabeza despejada... Si...

Claire no dijo nada.

—¿Está usted seguro? —Melen no desistía.

—Sí.

Era lo que sentía. Melen puso cara de no creérselo.

—Pues entonces, nada. Tengo que volver. En cuanto Nolwenn me ha localizado, he salido de la «gran charla final obligada» del prefecto. He dicho que estaba algo indispuesta. Le entiendo, comisario —añadió entonces con tono apenado—. De verdad que le comprendo perfectamente.

Se dio la vuelta, entró en el coche, cambió el vehículo de sentido con tres maniobras en el malecón y desapareció.

Al cabo de unos segundos, la calma había regresado al lugar. Aquella escena había sido una aparición pasajera.

Dupin seguía ahí sentado, aún erguido en el asiento. Volvió la vista hacia Claire. Las últimas palabras de Magalie Melen le habían conmovido íntimamente.

No podía. Así no podía. Entonces en la cara de Claire asomó una sonrisa.

—Vamos, Georges. No puedes evitarlo.

Luego soltó una carcajada.

—¡Bastante has aguantado ya! ¡Vamos, en marcha! Te quiero.

Dupin se echó a reír también. Al instante siguiente, se sintió algo mareado y tuvo que agarrarse a la mesa. Entonces fue a coger el móvil; al hacerlo estuvo a punto de verter la copa que había encima de la mesa con el codo.

Encendió el móvil. Se dio cuenta de que estaba nervioso. Marcó el número de Nolwenn.

Ella contestó de inmediato. Sin saludarle siquiera, le soltó:

—Tengo algo tremendamente interesante, comisario. He echado mano de un par de contactos y he accedido a varios documentos de esos tres señores.

Dupin jamás preguntaba qué entendía ella por «un par de contactos». Nolwenn tenía muchísimos, algunos de los cuales bastante insólitos. Era como un detective privado de las películas en blanco y negro.

—¿Y qué dicen... esos documentos? —A pesar de sus esfuerzos, aún tenía el vino subido a la cabeza.

—Tengo los tres diplomas de finalización de estudios. Cueff, en Cancale. Kolenc, también en Cancale. Tordeux, en Brasparts, en los montes de Arrée.

—¿En los montes de Arrée?

—Y las partidas de nacimiento, también de los tres. Pero aquí viene lo más interesante: para dos de ellos he encontrado toda una serie de documentos del período intermedio. Solo en el caso de uno no hay nada. ¡Nada de nada! Ni un solo documento. Como si esa persona no hubiera existido durante ese tiempo.

Dupin se estremeció; no sabía si por el vino o a causa del nerviosismo.

—Luego he llamado a la escuela local y he preguntado por él. Su nombre no les consta en ningún registro ni en ninguna lista, pero existe un diploma emitido por ellos. Solo existe ese documento, sin embargo, parece ser que jamás estuvo en esa escuela. ¡El documento es falso, señor comisario! No había...

—¿De quién se trata, Nolwenn?

Dupin se puso en pie de un salto; al hacerlo, sacudió la mesa y volcó la botella de vino sobre su plato.

—¿Qué ocurre, Georges? —preguntó Claire, algo alarmada, mientras volvía a colocar la botella.

Nolwenn pronunció el nombre de forma breve y concisa.

El asesino.

Dupin se quedó paralizado, como si lo hubiera alcanzado un rayo.

Pero era así.

Tenía que ser él.

—Yo... Bueno, la llamo luego, Nolwenn. Ahora mismo me voy. De inmediato. Quiero decir que voy a detenerlo.

Colgó. Intentaba tenerse en pie. Claire también se había levantado de la silla.

—Georges, no puedes conducir en ese estado. —Sacó el monedero y dejó el dinero encima de la mesa.

No se veía a Marie por ninguna parte.

—¡Conduzco yo!

Dupin quiso protestar, pero cuando le sobrevino un nuevo mareo, cedió.

Claire se había adelantado a toda prisa hacia su coche. Dupin la seguía cuidando cada paso que daba.

El sol estaba ya muy bajo, las sombras habían ido alargándose. El bosquecillo por el que circulaban ya estaba oscuro. Los extensos campos de colza que se alternaban en él relucían con las últimas luces.

No quedaba más que una curva para llegar al aparcamiento de Port du Bélon. Claire y Dupin habían permanecido en silencio durante todo el trayecto. La tensión se palpaba en el ambiente.

Dupin se había esforzado mucho por concentrarse. Tenía la impresión de que las últimas copas de vino le estaban pasando factura. Necesitaba tener la mente despejada.

—Un poco más. Conduce hasta detrás del aparcamiento.

Claire asintió.

Dupin quería aparcar justo delante de la puerta. Por distintos motivos. Pero, sobre todo, quería evitar a toda costa tener que bajar por la calle, ya que entonces lo vería alguien. Por fortuna, nadie conocía el coche alquilado de Claire. Cualquiera habría reconocido el suyo de inmediato.

Claire avanzó muy lentamente con el coche. Dupin esperó hasta el último momento.

—Ahora. Aquí.

Claire detuvo el coche y echó el freno de mano. Dupin abrió la portezuela; al hacerlo se oyó un fuerte chirrido metálico. La pared de la casa.

Claire, que en ese momento salía del vehículo, se mantuvo impasible. Tampoco Dupin dijo nada. Tuvo que concentrarse en pasar por encima del cambio de marchas del coche y deslizarse hasta el asiento de Claire, acción que le valió un par de golpes en la cabeza. Se apeó del coche por el lado del conductor.

Agradeció el frescor del aire, aunque ello no cambió gran cosa su estado.

—Aquí es —dijo dirigiéndose directamente a la puerta de madera que daba al patio interior. La abrió. Esta vez tampoco estaba cerrada.

—¿Llevas el arma, Georges?

—No.

Sin más explicaciones, trastabilló con la grava fina del patio cubierto y se quedó parado ante la puerta.

Se pasó la mano por el cabello, sacó aire con fuerza y luego volvió a inspirar. Entonces llamó al timbre. Claire murmuró:

—¡Espera, Georges! No puedo acompañarte. —Pero él apenas la oía.

Durante un momento, no se produjo ningún movimiento. Luego se oyeron

algunos ruidos de muebles al ser arrastrados. Pasos. Pasos ligeros.

Se abrió la puerta.

Delante de ellos apareció Louann Kolenc.

Sus ojos azules se iluminaron al ver al comisario, pero su actitud no dejó entrever nada más. Llevaba el pelo recogido en un moño, un jersey de pico de color gris claro y vaqueros.

—¿Nos permite pasar, señorita Kolenc?

Dupin procuraba contenerse en la medida de lo posible.

Louann Kolenc adoptó una expresión más seria, pero no mostró el menor atisbo de animadversión o de defensiva.

—Pasen. Mi padre y yo acabábamos de sentarnos a la mesa —dijo abriéndoles paso por un pasillo estrecho y oscuro.

—Me imagino que quieren hablar con los dos.

Dupin y Claire entraron en una estancia agradable, que en otro tiempo posiblemente había sido la cocina de la mansión. Entonces, además de unos muebles de cocina anticuados, en el centro tenía una mesa vieja de madera sobre la que pendía una lámpara con una pantalla clara y sencilla que arrojaba una luz cálida y escasa. Encima de la mesa había una olla grande, una *baguette*, platos, dos copas y una botella de vino tinto. A través de una gran ventana orientada al oeste se vislumbraba, entre robles nudosos, el Bélon, que refulgía bajo la luz dorada de la puesta de sol.

Kolenc estaba sentado a la mesa. Sereno. Tranquilo.

Volvió la vista, sin resentimiento, hacia Dupin y Claire. Sin embargo, no les dirigió ningún saludo. Su hija se sentó.

Dupin y Claire se quedaron de pie, junto a la puerta.

Todos permanecieron en silencio. Un silencio largo e incómodo.

Al cabo de unos instantes, Dupin dio medio paso hacia la mesa. Aunque se esforzaba por controlar la voz, no lo consiguió. Le salió quebradiza. Queda.

—Ben Osborn... Usted es... —No pudo terminar la frase.

Era inaudito.

Pero era cierto.

La sala seguía sumida en un silencio absoluto.

Volvió a empezar:

—Usted no está muerto. Jamás lo estuvo.

Dupin notó que se estremecía al pronunciar aquellas palabras.

Kolenc se mostró tranquilo, impassible.

—No se ahogó. Solo fingió su muerte. —De repente empezaron a salirle las palabras—. Tenía el dinero robado. Siempre lo tuvo. Y escapó, probablemente esa misma noche.

Dupin había dado en el blanco con aquella idea descabellada. La historia, en efecto, giraba en torno al atraco al banco que había tenido lugar cuarenta años atrás, pero tomaba un giro completamente distinto al que había imaginado en un principio.

No se trataba del dinero que de algún modo había ido a parar a manos de alguna persona: se trataba del tercer implicado en el atraco, el tercer hombre, que supuestamente se había ahogado y fue declarado muerto.

Baptiste Kolenc clavó los ojos, inexpresivos, en el tablero de la mesa.

Dupin retrocedió. Notó la pared a su espalda. Mejor así.

—Usted se marchó de Escocia y de la isla, y fue a parar a Cancale, la ciudad de las ostras. Nadie lo importunó, ni siquiera al cabo de varias semanas. El dinero le permitía seguir adelante, y conocía bien el negocio de las ostras. Poco a poco se fue tranquilizando. Pensó que podría librarse de todo aquello y empezar una nueva vida. —Dupin pensó que quizá el alcohol ayudaba a su facilidad de palabra, porque la historia le estaba saliendo redonda—. Aprendió francés perfectamente, lo más rápido que pudo; y además ya sabía hablar celta. Sin embargo, Cancale no era la solución. Solo era un paso intermedio. Allí lo preparó todo. Se creó otra identidad y consiguió nueva documentación que completara su nueva personalidad. El dinero se lo permitió. —Claire seguía de pie, como paralizada, con la mirada clavada en Dupin, sin reparar en Kolenc o su hija. Dupin no se daba cuenta—. Luego se marchó a Port du Bélon. Lejos de todo. Con su nueva identidad. Y así nació Baptiste Kolenc. El maravilloso Baptiste Kolenc. Ese hombre de vida discreta y respetado por todos. Se enamoró y se casó con una chica de la zona y tuvo una hija. Trabajó muy duro y de forma honrada. Se convirtió en alguien importante en la zona, en una institución, y sobre todo, y esa era su mejor coraza, en uno de los de siempre. Era usted alguien que no era usted. Durante cuarenta años, ha sido alguien que no era.

Dupin hizo una pausa. Aquella historia era absolutamente estrambótica.

La ostra enorme que había visto antes en el Bélon le había recordado su pesadilla. Esas palabras, oscuras y estremecedoras, como de cuento, contenían la solución del misterio: «Soy yo. Pero yo no soy yo». Las palabras le habían dado pie a aquella ocurrencia desaforada. Nolwenn y Le Ber se sentirían orgullosos de él: un lúcido sueño druídico había iluminado la verdad en aquel caso tan curioso. Como en una de las historias que le había contado L'Helgoualc'h en los montes de Arrée: aquella de las figuras que aparecían de vez en cuando en las aldeas y que no eran quienes decían ser...

Kolenc y su hija seguían sin hacer ademán alguno de hablar. Aquello tenía algo de siniestro. Su expresión era impasible, aunque no demostraban el menor asomo de hostilidad.

—En algún momento, usted perdió el miedo, aunque siguió siendo prudente. La probabilidad de que alguien le encontrara aquí, en Port du Bélon, después de tantos años, décadas ya, era cada vez menor. Todo iba viento en popa. Pero entonces —Dupin hizo una pausa—, entonces se produjo uno de esos caprichos del destino que se dan en la vida, uno de esos giros extraños... —cada vez le costaba más hablar; a fin de cuentas era una historia triste— que lo cambian todo, que parecen increíbles y que, sin embargo, ocurren y, de hecho —Dupin tenía pleno convencimiento de

aquello—, son la esencia de nuestra existencia. Un periodista hizo unas fotografías para una revista escocesa que Smith leía con regularidad. Y en una de esas fotografías, Smith lo reconoció; al momento, llamó a Mackenzie. Y aquello fue su perdición.

El discurso de Dupin se había ido apagando. Se encontraba mal.

Baptiste Kolenc cogió una copa como a cámara lenta y bebió en pequeños sorbos, con una parsimonia infinita. Su hija no le quitaba ojo. Luego ella, súbitamente, se volvió hacia Dupin, que se había apoyado en la pared.

—Querían dinero —dijo en voz apagada pero clara—. Querían quinientos mil euros en efectivo. Amenazaron con dar a conocer toda la historia, con destruir la vida de mi padre. No solo querían dinero: querían venganza. Mackenzie quería vengarse. Mi padre estaba dispuesto a darles todo el dinero, cuanto antes. Yo no estaba de acuerdo. Eran unas personas horribles. —Su voz se endureció y adoptó un tono despectivo—. De hecho, se pelearon entre ellos antes incluso de tener el dinero. Mackenzie mató a Smith de camino hacia aquí; él mismo se lo dijo a mi padre a la cara sin rodeos. Y dijo también que mi padre le pertenecía, que lo tenía en sus manos.

Baptiste Kolenc dejó la copa encima de la mesa; su expresión era pétrea, nadie habría podido decir lo que le pasaba por la cabeza. Su hija prosiguió:

—Dijo que mi padre se había convertido en su fuente de financiación personal; que, a partir de ahora, haría negocios relacionados con las ostras en la Bretaña y que destruiría todo cuanto había construido mi padre durante todos estos años.

Louann Kolenc se interrumpió. Clavó la mirada en Dupin. Inclino la cabeza un momento hacia atrás. Quería seguir hablando, pero su padre se le adelantó, casi sin voz.

—Yo lo maté. Con un cuchillo. No era mi intención, pero lo acuchillé.

De nuevo se produjo un largo silencio. Luego, de pronto, Baptiste Kolenc se espabiló y habló con tono colérico.

—Yo no soy Ben Osborn. Soy Baptiste Kolenc. Es verdad que hubo un tiempo en que fui un Osborn, pero fue hace muchos años. ¡Ben Osborn ya no existe!

—¡Esos dos hombres sí eran unos delincuentes, señor comisario! ¡Mackenzie! —Louann Kolenc hablaba con el más profundo de los desprecios—. Pretendía que...

—Déjalo, Louann. Lo maté. No quise hacerlo, pero tampoco lo lamento. Volvería a hacerlo.

Dupin se apartó de la pared y se acercó a Baptiste Kolenc.

—Usted propuso el aparcamiento como lugar de encuentro porque era un lugar solitario.

—Aparqué el coche un poco antes de llegar. Tuve que ir a buscarlo para llevarme el cadáver de Mackenzie. Y entonces apareció Armandine Bandol y lo vio. —Kolenc se interrumpió—. Luego me deshice del cuerpo arrojándolo al mar; llamé a Louann y se lo conté todo. Entonces vino ella para llevarse el coche de Mackenzie. —Kolenc parecía casi aliviado—. Al principio mucha gente no creyó a Armandine, pero tenía

razón en todo. Era cierto. Allí había habido un cadáver.

—Matthieu, Matthieu Tordeux, ese cerdo, vio a mi padre cuando se marchaba del aparcamiento. Él venía de su apartamento rural. Chantajeó a mi padre, quería...

—¿Lo chantajeó? —A Dupin no se le había ocurrido esa posibilidad—. ¿Matthieu Tordeux chantajeaba a su padre? Así pues, Tordeux sí forma parte de esta historia. ¿El incendio, la agresión?

Dupin cayó entonces en la cuenta de que en algún momento de esa misma tarde él había relacionado el chantaje, el incendio y la agresión con el caso del robo de arena.

—Entonces está todo relacionado. Todo forma parte del mismo caso.

Nadie dijo nada.

—Yo no podía consentirlo. Eso tenía que acabar, finalizar para siempre. —La voz de Louann Kolenc adquirió un dejo algo mecánico—. Tenía que volver a ser todo como antes. Mi padre no tenía conocimiento de mis actos; soy la única responsable de ellos. Él nunca habría permitido algo así. ¡Él es una persona maravillosa! —Le temblaba la voz. Louann Kolenc palideció, se apagó, parecía que se vendría abajo de un momento a otro—. El dolor por la muerte de mi madre ya fue suficiente. De joven cometió un error, sí. Pero lo pagó con creces. Durante mucho tiempo. No era justo.

Kolenc, por su parte, estaba hundido; era apenas una débil sombra. Tenía una mirada infinitamente triste.

—Nunca debiste hacer algo así. —Era casi un murmullo—. Jamás. No debí meterte en esto.

Louann Kolenc se puso de pie. Estaba temblando. Rodeó la mesa y besó a su padre en la frente. Luego se sentó en una silla a su lado y le tomó de la mano.

También ella estaba desfallecida.

—Me gustaría... —Dupin dio un paso hacia ellos.

—Georges. —Claire se había vuelto hacia él, y habló en tono suave pero decidido —: Georges. Basta ya, déjalo.

Tenía razón. Era suficiente. Se alegró de escuchar las palabras de Claire.

Kolenc se puso de pie.

—Recogeré un par de cosas. —Se acercó a una puerta que había al final de la sala—. Luego nos podremos ir.

Desapareció. Su hija lo siguió.

Dupin sabía que, en realidad, debía seguirlo, pero no lo hizo. Se quedó con Claire.

Ella se había acercado a la ventana sin decir palabra. Dupin se acercó a ella, le tomó la mano y se la apretó. Miraron al exterior. El sol ya se había puesto por detrás de las colinas que había junto a la desembocadura del Bélon, aproximadamente donde estaba el aparcamiento. Había desaparecido de forma plácida, sin efectismos ni colores dramáticos, dejando únicamente tonos pastel rosa y naranja claro mientras en el horizonte se veía un azul claro y limpio.

—Esto es muy duro, Georges.

—Sí.

Al poco tiempo, Baptiste y Louann Kolenc regresaron, ya con las chaquetas puestas. Se quedaron de pie en la estancia, tranquilos, mirando al comisario.

Dupin quiso decir algo, alguna cosa.

No pudo.

No había nada más que decir.

Se puso en marcha y atravesó la habitación empleando para ello el último resto de concentración que le quedaba. Erguido. Claire lo siguió.

Kolenc y su hija parecieron detenerse un instante, pero finalmente también se movieron.

Kolenc apagó la luz antes de cerrar la puerta.

Dupin estaba sentado en su oficina de Concarneau, que tan poco le gustaba. No había encendido la luz, pero tenía la ventana abierta de par en par; las luces amarillentas de la calle arrojaban unas sombras difusas en aquel despacho esquinero de la segunda planta. De vez en cuando, unos haces de luz más intensa cruzaban rápidamente la habitación: eran los vehículos que bajaban por la calle de la colina al puerto.

Claire se había quedado con Nolwenn en la oficina de al lado.

No se habían dicho nada durante todo el trayecto; se habían limitado a sentarse muy apretados en el pequeño Citroën C2 mientras el aire acondicionado intentaba, con poca fortuna, compensar la humedad del ambiente; Claire tuvo que bajar las ventanas un par de veces para que no se empañaran demasiado los cristales.

Cuando llegaron a comisaría, Dupin informó a Nolwenn de lo imprescindible. Su secretaria no dijo nada en absoluto. Le llevó un vaso de agua, lo cual significaba que consideraba que el estado de Dupin era muy grave.

Dos agentes se habían llevado a Baptiste y a Louann Kolenc. Al marcharse, ambos tenían la mirada algo perdida; Baptiste Kolenc se había vuelto una sola vez hacia Dupin. El comisario no estaba en condiciones de intuir qué había querido decir con aquella mirada. Muchas cosas. En todo caso, no reflejaba hostilidad ni abatimiento. Al contrario. Puede que hubiera algo de orgullo. Kolenc había admitido todos los hechos, a pesar de que habían terminado en tragedia. Aunque no debía hacerlo, Dupin, en su fuero interno, le comprendía perfectamente.

Solo quedaba una cosa por hacer, a pesar de que no tenía más fuerzas ni ánimos para eso y, desde luego, era lo último que le apetecía.

Pero tenía que hacerlo, por él.

Inspiró profundamente.

Marcó el número.

El prefecto tardó en responder.

—Dupin, es usted...

El comisario le interrumpió de inmediato.

—Tenemos al asesino de Ryan Mackenzie. Es Baptiste Kolenc. Ha admitido su culpabilidad. En realidad, no se llama Baptiste Kolenc. —Dupin alzó la voz, incapaz de saber de dónde sacaba las fuerzas—. Y también tenemos a la persona responsable de los ataques contra Matthieu Tordeux. Se trata de Louann Kolenc. Ella también lo ha admitido todo. Está todo relacionado. Ambos se encuentran ahora en la comisaría de Concarneau. También se ha confirmado que Mackenzie mató a Smith.

—Yo... —El prefecto vaciló.

Dupin no tenía ni idea de lo que seguiría. Le daba igual. No pensaba decir nada más.

—Precisamente ahora se lo estaba diciendo a esa joven agente de Riec. ¡Ha sido todo un acierto haberle separado del cargo para que pudiera seguir investigando de incógnito! ¡Me parece que ha sido fundamental! Oficialmente el caso estaba cerrado y el malhechor se creía a salvo. No cabe duda de que ha sido una estrategia brillante por mi parte. Aunque, de todos modos, tengo que decir que usted ha desempeñado su papel de forma nada desdeñable, querido comisario. Incluso me atrevería a decir que lo ha hecho muy bien. Tiene que contarme toda la his...

Dupin pulsó el botón rojo. Todo aquello era demasiado ruin. Superaba, con creces, todas las maniobras miserables del prefecto de los últimos cinco años.

Por suerte, no le quedaba ni un resquicio de fuerza para montar en cólera. En ese momento, a Dupin le daba todo igual, le resultaba completamente indiferente.

Se levantó, cerró la ventana y salió.

Claire le sonrió cuando entró en el despacho de Nolwenn. Aquella sonrisa inimitable y encantadora le reconfortaba muchísimo.

—Debería usted dormir, señor comisario. Solo dormir.

Nolwenn, igual que Claire, también se había puesto de pie.

—Eso haré, Nolwenn. Yo... —No podía más—. Gracias.

Se encaminó directamente hacia la salida.

Claire lo cogió del brazo.

—Buenas noches, Nolwenn —dijo.

Al cabo de medio minuto, ambos salían a aquella noche despejada. Y algo más tarde, Claire abría la puerta del apartamento de Dupin.

El cuarto día

Dupin se despertó alrededor de las once de la mañana. Por prudencia, la noche anterior Claire había desactivado todos los teléfonos, interrumpiendo así las comunicaciones con el mundo exterior. El comisario había dormido como un tronco. Sin embargo, por la mañana había amanecido con resaca.

Claire se había levantado temprano. Había ido a comprar cruasanes al mercado, y *baguettes* —de cuatro clases, tipo sarmentine, tradicionales—, al puesto de pan de delante de la casa. Además, le había preparado el café que no contaba y se lo había llevado a la cama. Era todo fabuloso, excepto por el dolor de cabeza que acusaba detrás de la frente. En cambio, curiosamente, su estómago había resistido muy bien el pequeño exceso; todo indicaba que la ostra sí había surtido efecto.

Dupin y Claire fueron paseando tranquilamente hasta las Sables Blancs, unas legendarias playas de arena blanca. Allí se desvaneció el dolor de cabeza. A la vuelta, caminaron por las callejuelas de Concarneau y compraron algunas cosas para el piso de Claire, trapos de cocina, sobre todo. Finalmente, ya pasado el mediodía, fueron a la crepería que la artista Valérie Le Roux llevaba con su marido y tomaron unas crepes. En ningún lugar las hacían más deliciosas. De vuelta en casa, durmieron un poco. Más tarde, salieron a comprar revistas en el quiosco de la gran plaza. Habían decidido no comprar periódicos ese día porque a Dupin no le apetecía en absoluto leer los titulares. Luego fueron a tomar una copa al Amiral.

Hasta el momento, había sido un día perfecto. Incluso hasta primera hora de la tarde Dupin casi había llegado a olvidarse de la «gran celebración».

Al despertarse, Dupin no había hecho más que un par de llamadas breves de trabajo. Una a Nolwenn, para que lo pusiera al corriente, ya que ella se había ocupado de los últimos detalles de la cena de la noche; y la otra al prefecto, que había celebrado su «gran conferencia de prensa» a las doce del mediodía. Igual que en la conversación de la noche anterior, había seguido actuando como si no hubiera pasado nada. Dupin sabía que esa actitud no iba a cambiar. No le importaba. Solo cuando el prefecto le comunicó que encontraría el arma y la placa sobre la mesa de su escritorio, por un segundo, su voz había sonado algo más apocada, casi avergonzada.

La noche anterior, Baptiste y Louann Kolenc habían admitido oficialmente los hechos y habían prestado una declaración completa de los mismos. También el robo de arena se había confirmado de forma definitiva. Labat había asistido a la conferencia de prensa.

Sin duda, con el esclarecimiento de dos «delitos capitales», el prefecto había logrado una actuación magnífica, un gran espectáculo.

Lo fabuloso fue que, en cuanto hubo terminado esa conversación, Dupin se olvidó de ella. Aquello le hizo sentir muy satisfecho consigo mismo.

Para la señora Bandol, lo ocurrido con Kolenc iba a ser un golpe muy duro. Dupin temía que no lo entendiera y no pudiera perdonárselo. Era complicado. De hecho, toda la historia lo era. Y muy triste, además. Había sido un caso muy duro y enrevesado. Posiblemente el más extraño que había llevado hasta el momento. No había logrado resolverlo hasta prácticamente el último momento. Nunca había estado tan cerca de tirar la toalla.

La terraza del Ar Men Du era un lugar mágico. En realidad, no solo la terraza. Situado en una punta de tierra, el fabuloso restaurante disponía de dos ventanales, orientados al este y al oeste, y todas las habitaciones de su encantador hotel tenían vistas al mar. Desde allí se veía el horizonte y las dos pequeñas islas que había delante del establecimiento. Dos veces al día, cuando la marea estaba baja, quedaba al descubierto suficiente fondo marino —arena, piedras, moluscos y algas— para acceder a la isla de Raguenez sin mojarse los pies. Un paseo acompañado de cangrejos vivarachos de todos los tamaños y en el que se encontraban moluscos especialmente deliciosos en los puntos con mucha arena y en las rocas.

Eran las siete y media. El cielo estaba espectacular, destacando con su profundo y perfecto color azul atlántico. Las hierbas de la isla, hirsutas y resistentes, que convertían la isla en una cúpula de un intenso color verde, brillaban con la iluminación de la noche. Todo resplandecía, incluso la misteriosa y solitaria casa de piedra de la isla, de paredes blancas, que, deshabitada, daba la impresión de haber sido construida solo para convertir en idílico un paisaje ya de por sí espectacular.

Parecía que hasta el Atlántico se hubiera engalanado para la velada, vistiéndose de un elegante azul oscuro. Se mostraba tranquilo, solemne, incluso, y sobre todo infinito. Desde allí podía experimentarse, en toda su magnificencia, la sensación de estar en el fin del mundo.

En el horizonte se dibujaba la silueta de las islas Glénan. Ese atardecer, el legendario archipiélago parecía flotar un poco por encima del agua. Majestuoso y misterioso. Dupin había tenido que resolver allí un caso complicado. Precisamente en uno de sus primeros casos importantes había ido a parar al bar del Ar Men Du, bajo una lluvia intensa. Cinco años eran mucho tiempo y, sin embargo, habían pasado volando.

Frente a las Glénan, en medio del mar, destacaba una roca escabrosa, un menhir atlántico gigantesco, un monumento magnífico. Además de escabroso, aquel peñasco era totalmente negro. Era el Ar Men Du, la piedra negra que daba nombre al hotel. Se decía que quien lo veía adquiriría poderes especiales.

Alain Trifin, el propietario del restaurante, a quien Dupin tenía en alta estima, había dispuesto una mesa larga con mantel blanco en la terraza. Nolwenn había anunciado que, si la temperatura lo permitía, tomarían el aperitivo y los entrantes fuera. Así fue: la temperatura era agradable, al menos con jersey. La cena sería en el interior.

Claire y Dupin habían aparcado abajo, junto al mar, y no arriba, delante del

restaurante. Ya habían llegado todos y reinaba un ambiente especialmente alegre. Allí estaban Nolwenn, Labat y Le Ber —de vuelta en tierras bretonas desde las 8.07 de la mañana—, su «comisaría», su «grupo»; el espigado Goulch, el agente de la policía marítima que tanto le había ayudado en el caso de las Glénan; Marc Leussot, el biólogo marino y ecologista radical, que había sido nombrado nuevo director del famoso instituto de biología marítima después de que su predecesor fuera detenido a raíz de las investigaciones de Dupin; su amigo Henri y su esposa, Héloïse; Lily Basset y su marido, Philippe, del Amiral, al que Dupin llevaba tiempo sin ver; Fragan Delon, el antiguo amigo del hotelero asesinado en Pont-Aven, al cual el comisario visitaba de vez en cuando, y el doctor Pelliet, que miraba con escepticismo a Dupin (sin duda, por la prohibición de que tomara café y por la cura de ostras que le había prescrito y que, en opinión Dupin, de algún modo, había cumplido a rajatabla). La comisaria Rose todavía no había llegado; en cambio, Dupin se encontró con una invitada espontánea de Nolwenn: Magalie Melen, a la cual Dupin había tomado afecto esos últimos días, tan complicados. Era la primera vez que la veía vestida de paisano, con una falda de flores, camisa blanca y un jersey azul marino.

Como no podía ser de otro modo, Alain Trifin también asistía a la celebración. (Nolwenn, para asegurarse de que al prefecto no le diera por hacer acto de presencia en la fiesta, se había asegurado con mucha antelación de que la fecha elegida coincidiera con algún acto nocturno importante en Rennes).

—¡Señor comisario, veo que ha encontrado usted el camino hasta aquí! —Nolwenn había empleado un tono de voz algo severo, pero a su cara asomaba una sonrisa amable. Había estado esperando la llegada de Claire y del comisario al lado de la escalera que daba a la terraza. Claire la saludó con dos besos; luego Claire y Dupin se acercaron a saludar a los demás invitados.

Nolwenn se había encargado de que todos tuvieran las copas llenas con el vino favorito de Dupin en el restaurante de Alain, un vino especial para acontecimientos alegres: el Confidentiel, un gigondas.

Aunque Dupin se había prometido a sí mismo vigilar el consumo de alcohol esa noche, para cuando terminó de saludar a todo el mundo ya llevaba tres copas.

—Por una vez, haremos un brindis oficial, aunque a usted no le guste. —Nolwenn se había colocado a la cabecera de la mesa; los demás se situaron alrededor y levantaron la copa—: ¡Por el comisario! ¡Por usted! ¡Por estos cinco años! ¡Por haber sabido salir bastante airoso de todo! —Un elogio supremo, en boca de Nolwenn—. Gracias a unos buenos maestros —dijo ella dirigiendo una mirada benevolente a su alrededor—, ha logrado dar los primeros pasos para convertirse en un auténtico bretón. ¡Bravo! —Se oyeron entonces muchas risas—. ¡Y para algo así hay que tener los mejores maestros, sobre todo si es uno de París! *N'hall ket an den ober ul lamm hir gant ur vazh verr!* ¡No se puede dar un gran salto con un bastón corto! Por lo tanto, ¡por todos nosotros! *Yec'hed mat!*

A continuación se oyó el tintineo alegre de las copas al chocar.

En la mesa había unos aperitivos increíbles: langostinos asados, tartar de mango y piña, y gelatina de langostinos.

—Y también —Nolwenn, levantó la copa de nuevo—, ¡por Claire, la normanda que se volverá bretona! ¡Un gran paso!

Claire se rio. Era evidente que estaba emocionada.

Todos volvieron a hacer entrechocar las copas.

Entonces tomó la palabra Le Ber.

—Jefe, tenemos una cosa para usted. En realidad, son dos. Una es esto de aquí. — Se inclinó y levantó algo del suelo. Era una caña de pescar, una caña impresionante, con carrete y sedal. Y prosiguió—: Hay varias cosas que no se le dan mal, jefe, pero hay una para la que no tiene remedio y que nosotros creemos que tiene que aprender: no sabe usted relajarse, tomarse las cosas con calma. El doctor Pelliet —y miró hacia el médico de cabecera de Dupin, el cual asintió— nos ha aconsejado al respecto. Por orden facultativa deberá usted salir a pescar al menos una vez a la semana, durante dos o tres horas. Por otra parte —la voz de Le Ber adoptó un tono alegre—, la pesca, sin duda, ¡le bretonizará todavía más!

Entregó la caña a Dupin con un gesto ceremonioso y luego le abrazó con torpeza. Alrededor todo el mundo aplaudía.

Dupin no sabía qué decir. Todo lo que tenía que ver con acciones expresas para relajarse le ponía aún más nervioso. Necesitaba trucos (o esos inesperados momentos de felicidad, como ese día). Pero, se dijo, quizá la pesca funcionaría.

Todo el mundo miraba al comisario con curiosidad.

—¡Fantástico! Así pues, ahora iré a pescar.

Fragan Delon dejó oír su voz grave:

—Puede venir conmigo.

—Si no hay más remedio, también puede venir conmigo. —Se ofreció también Leussot con una sonrisa.

Henri le dirigió un guiño de complicidad.

Dupin sabía lo mucho que eso significaba. Para los bretones, los sitios para pescar eran sagrados.

De repente, sin que pareciera planificado, Labat se acercó al comisario con un cubo de color rojo vivo.

—¡Esto seguramente le vendrá muy bien! Se me ocurrió sin más.

Colocó el cubo a los pies de Dupin; Labat estaba claramente cohibido. Luego tendió la mano a Dupin.

—Yo... Bueno... Gracias. Solo quería decirle eso —balbuceó.

Dupin sabía que su inspector no se refería ni a ese momento ni al cubo.

Estrechó la mano de Labat con fuerza.

El estrépito de una puerta de coche al cerrarse impidió más situaciones emotivas. Todos volvieron la cabeza hacia el aparcamiento.

Era Rose. La comisaria Sylvaine Rose, de Gwenn Rann. Con toda la calma del

mundo, sacó un pequeño paquete del Renault oscuro, del cual Dupin se acordaba muy bien, porque había llegado a pasar la noche en él. Rose subió tranquilamente hacia la terraza.

—Y, ahora, un regalo conceptual. —Nolwenn volvió a tomar la palabra y entregó con satisfacción un marco a Dupin—. Es un avance del artículo que publicará mañana el *Ouest-France* con motivo de la celebración de sus años de servicio. Elaborado y redactado por Michel Guéguen, un importante historiador de Concarneau.

Dupin no entendía nada.

—No tema, no trata sobre usted, sino sobre su origen, su apellido. —Nolwenn tomó aire—. En 1832 nació en Guérande un bretón muy especial, Guillaume Dupin. Al principio trabajaba como pescador, igual su padre, pero luego, a los veintiséis años, conoció a una hermosa chica de Concarneau, Mauricette Rocherdreux, que trabajaba en una planta envasadora de sardinas. Él se mudó a Concarneau y la pareja se estableció en la Ville Close. Entonces él se puso a trabajar en el instituto de biología marina, donde se convirtió en una leyenda para los pescadores, porque era el encargado de controlar el famoso barómetro del jardín del instituto, el que proporcionaba a los pescadores información diaria sobre si debían salir a pescar o no. ¡Y eso que él, como todos los demás, no sabía leer! Fue una cuestión de supervivencia. Murió en 1898 y dejó dos hijos, que abandonaron la Bretaña. ¡Adivine adónde se marcharon!

Dupin seguía sin entender adónde quería llegar Nolwenn.

—Se marcharon al este, muy lejos. Más allá de París.

—¿Al este?

—Al Jura.

Así que era eso. La familia de su padre provenía, en efecto, del Jura.

—Guillaume Dupin de Concarneau podría ser su tatarabuelo, señor comisario.

La conclusión saltaba a la vista. Los Dupin eran en realidad bretones. Dicho de otro modo, la Bretaña los había engendrado.

—¡Qué curioso! —Era una historia asombrosa. Y, además, hermosa. En cuanto tuviera ocasión, se lo preguntaría a su madre. Por lo que sabía, en realidad, los Dupin no habían sido una familia muy arraigada en el Jura.

—¡Muchísimas gracias!

Al instante se retomaron las conversaciones animadas, formando un animado telón de fondo sonoro.

—Señor comisario —Rose estaba delante de él—, el viento y el sol han querido que llegara hasta aquí. —Ella llevaba unos vaqueros gastados, un jersey negro ajustado de cuello alto, y una chaqueta negra y un poco larga. Como siempre, su aspecto era elegante y, a la vez, informal.

Entregó un paquete a Dupin.

—Esto es solo de relleno. El regalo es este.

Entonces se sacó del bolsillo una caja diminuta de madera, de no más de tres centímetros de largo.

—Debe llevarse siempre encima.

Ella la abrió y Dupin vio al instante lo que contenía: ¡era flor de sal! La cajita estaba completamente llena.

—Para que no tenga que echar jamás otra sal en el entrecot. —Lo miró un momento y luego se echó a reír—: Se lo merece.

Rose le hizo entrega de la cajita como si fuera una condecoración. Era preciosa.

—¡Gracias!

Alain Trifin había diseñado personalmente el menú de esa noche: como entrante, una terrina de *foie-gras* de la casa con chutney de piña y manzana. El mejor *foie-gras* del mundo, legendario. Para hacerlo Patrick Le Guen, el genial cocinero del Ar Men Du, utilizaba una mezcla secreta de condimentos que solo hacía en cantidades pequeñas por la noche, cuando todo el mundo se marchaba; así nadie podía descubrir su receta.

—El plato principal será rodaballo asado con tortitas de patata. —Nadie presentaba la comida como Alain Trifin: no hacía nunca grandes aspavientos y, en cambio, lograba un efecto poderoso—. El rodaballo ha sido pescado por Philippe Briant, un pescador local, hace cuatro horas, a mano, sin usar redes porque estropean la carne. Lo han sacado de inmediato del barco y lo han envuelto en paños de lino húmedos para que la carne se mantenga jugosa.

Dupin había asistido a esa solemne ceremonia formal cuando el pescador —que tenía la barca en la punta de Trévignon, donde vendía el género a diario— llegaba con su furgoneta una hora antes de que empezara el servicio. Los cocineros habían dejado todo lo que se traían entre manos para recibirlo.

—Y de postre, un clásico: un milhojas de vainilla de Tahití.

A Dupin se le hizo la boca agua.

Nolwenn se inclinó hacia él.

—Me había permitido la libertad de invitar también a la señora Bandol. Me ha llamado para decir que se sentía «indispuesta», que se lo dijera. Y también que está molesta con usted, porque Kolenc no es el verdadero culpable. Aunque también dice que seguramente se le pasará y que podrían ir a comer juntos a La Coquille alguna vez.

Dupin no pudo evitar una sonrisa; aquello era muy propio de la señora Bandol. Y significaba además que seguían siendo amigos. En todo caso, comprendía que no estuviera de humor para fiestas. De hecho, ese mismo día por la tarde, Dupin había decidido que pronto pasaría a visitarla.

—Le cae bien, ¿verdad, señor comisario?

—Sí. Es fantástica.

Nolwenn volvió la vista hacia el Atlántico.

—Una de las grandes. Una mujer muy fuerte. Precisamente el año pasado perdió

a su hermana gemela, que...

—¿Cómo dice? —Dupin no podía creerlo—. ¿Murió?

—Sí, era modista. Llevaba una vida muy discreta en París. Sophie Bandol estaba muy unida a su hermana. Fue en noviembre pasado. Solo se publicaron un par de notas en algunas revistas de moda.

Dupin estaba tremendamente sorprendido.

—¿Y es eso cierto? ¿Sin más?

Nolwenn lo miró con sorpresa y no hizo ademán de responder a una pregunta tan extraña.

Si eso fuera cierto, entonces la señora Bandol sería, en efecto, Sophie Bandol, la actriz y... Dupin desistió. No servía de nada pensar en eso. De pronto se echó a reír, a carcajadas, algo que en aquel ambiente tan alegre no llamó mucho la atención. Era de locos y, a la vez, fabuloso.

—Jefe —Le Ber volvió a tomar la palabra—, veré, hay una cosa de usted que nos gustaría saber. Debería contarnos finalmente qué ocurrió para que fuera sancionado con un traslado al fin del mundo. Explíquenos por qué lo echaron de París.

Dupin sabía que con los años no dejaban de surgir nuevas historias. Se decía que había atropellado el perrito de aguas de la esposa del jefe superior de policía; que había propinado un puñetazo al alcalde de París y le había roto un diente. E incluso que se había peleado con la mafia y se encontraba en un programa de protección de testigos. Fuera lo que fuese, se murmuraba, tenía que haber molestado mucho a alguien.

—Bueno, ya se verá —dijo Dupin riéndose—. A ver qué nos depara la velada.

Aquella iba a ser una noche muy larga.

Una fabulosa noche bretona.



JEAN-LUC BANNALEC (Bonn, Alemania, 1966). Es el seudónimo de Jörg Bong. Estudió literatura alemana, filosofía, historia y psicología en la Universidad Renana Friedrich Wilhelm de Bonn y la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt. Fue asistente de investigación para el profesor Dr. Volker Bohn y Silvia Bovenschen. Recibió su doctorado en Frankfurt en el concepto de la imaginación y las cuestiones estéticas de finales de la Ilustración y el Romanticismo temprano en la obra de Ludwig Tieck. Desde 1997, Jörg Bong trabaja para S. Fischer Verlag y vive en Frankfurt. Jörg Bong es también coeditor de la revista literaria *Neue Rundschau*.